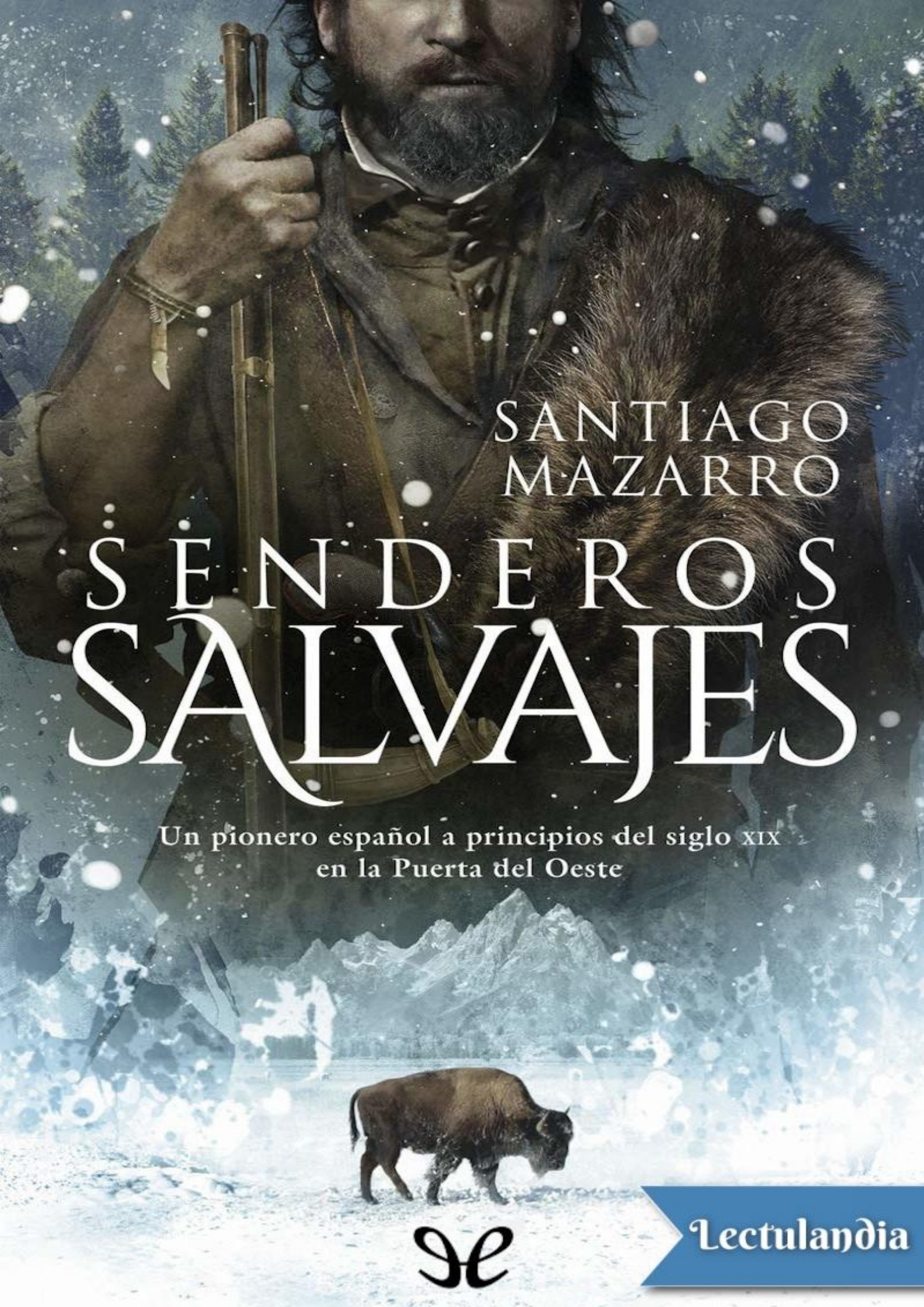

SANTIAGO MAZARRO
SENDEROS SALVAJES
Un pionero español a principios del siglo XIX en la Puerta del Oeste
Lectulandia

Principios del siglo XIX.

El Oeste de Norteamérica es un territorio salvaje e inexplorado. Un lugar repleto de bosques vírgenes, llanuras inmensas y tribus nativas dispuestas a defenderse de los ataques del hombre blanco.

Ajeno a los peligros que entraña, Joaquín, un joven huérfano, se une a la expedición de su tío, Manuel Lisa, un comerciante de pieles que está llamado a convertirse en el español más influyente del Lejano Oeste americano.

Por desgracia, trescientas millas río arriba, las cordilleras heladas y los animales salvajes no serán la única amenaza para los expedicionarios de Lisa: más allá del Yellowstone, las traiciones y envidias acechan, y los indios podrían acabar siendo los únicos en quienes confiar en un vasto terreno que reclaman los Estados Unidos, el Imperio británico, la Francia napoleónica y la Corona española.

Santiago Mazarro narra con un ritmo vertiginoso y grandes dosis de suspense uno de los episodios más convulsos de la historia americana en esta trepidante novela de aventuras que huye de los tópicos y presenta dos mundos —el ya colonizado y el aún por explorar— muchas veces enfrentados.

Santiago Mazarro

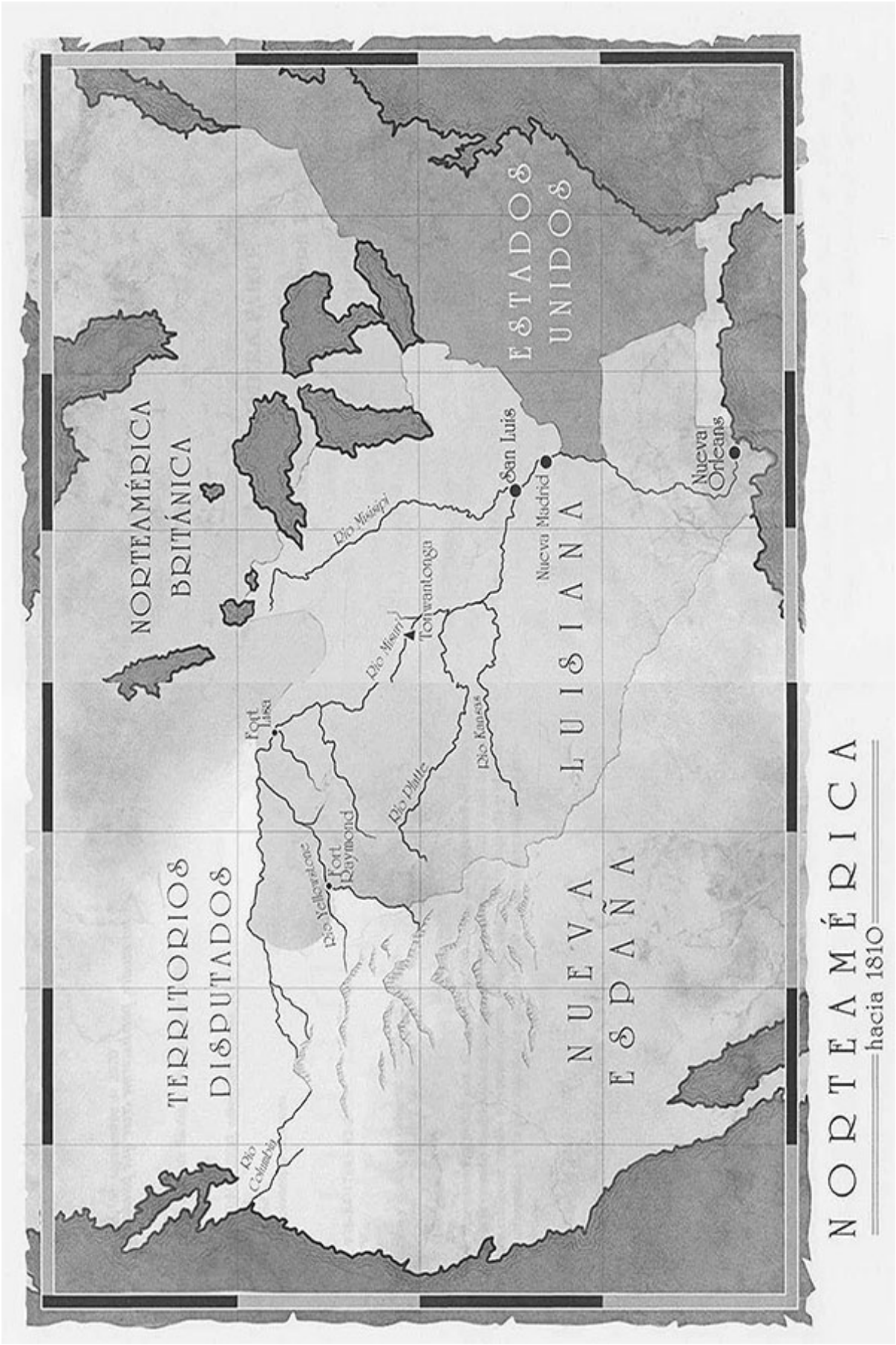
Senderos salvajes

ePub r1.0
Titivillus 14-11-2021

Título original: *Senderos salvajes*
Santiago Mazarro, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi madre, por hacerme creer que puedo con todo.


NORTEAMÉRICA
BRITÁNICA
ESTADOS
UNIDOS
TERRITORIOS
DISPUTADOS
LUISIANA
NUEVA
ESPAÑA
San Luis
Nueva Madrid
Nueva
Orleans
Tonwantonga
Fort
Lisa
Fort
Raymond
Río Missouri
Río Mississippi
Río Platte
Río Kansas
Río Yellowstone
Río
Columbia
NORTEAMÉRICA
hacia 1810

PRIMERA PARTE

ABRIL DE 1807 - ENERO DE 1808

1

Un violín quebradizo llora desde hace días la muerte de un hombre libre. Sus notas lanzan una melodía tan tenue que esta mañana apenas alcanzaban la orilla civilizada del Misisipí. Imagino que el difunto arrastrará siempre la fama de hombre feroz y extravagante, pero los que le conocimos no ignoramos que, ante todo, y digan lo que digan, don Manuel Lisa fue una buena persona. En realidad, por aquí todos le llamábamos «Manuel», o «Capitán», por los años en que lideró la compañía de comerciantes más próspera de Norteamérica.

Lamento de todo corazón ser el último de nosotros con vida. Habría sido más fácil entender esta historia si la hubiese escrito cualquier otro. Pese a ello, si estáis leyendo estas líneas, es porque, nada más volver de su sepelio, he decidido dejar constancia de quién fue Lisa y quiénes fuimos los que le seguimos.

Aunque español en origen, su verdadera patria fue siempre la frontera, y, con ella, cualquiera de los horizontes que visitamos los años en que hicimos del mundo indómito y salvaje nuestro auténtico modo de vida. Manuel, que en paz descanse, admiraba la curiosidad frente al resto de las virtudes, y sabía hallar fortuna en la libertad absoluta que le confería su oficio. Tal vez por eso tuvo siempre la valentía de aventurarse en lo desconocido de nuestro continente; de soñar con un mundo nuevo.

Los primeros recuerdos que vienen a mi cabeza —y más ahora que en estas páginas trato de narrar cómo ocurrió todo— son de la primavera de 1807. Si cierro los ojos, casi puedo ver a Manuel esperándome en un pequeño banco de la ciudad de San Luis. Yo llegaba a caballo, tras cuatro días de penurias que ahora no procede contar. Allí estaba él, manos en los bolsillos y rostro inquieto tras una chalina de paño grueso. La enorme espalda apoyada en el respaldo de roble. Las piernas cruzadas, la una sobre la otra. Recuerdo pensar que estaba en plena forma. Era un hombre imponente, bastante alto,

fuerte y poseedor de unos penetrantes ojos marrones. Aquel día iba debidamente arreglado según la moda de la época: frac negro con cuello de piel y sombrero de copa, aunque el pelo negro enmarañado y las botas altas anticipaban en su aspecto costumbres más de campo que de ciudad.

Me acerqué. Se levantó lentamente. Pese a la voluptuosidad de sus patillas, no me fue difícil discernir que la herida fea que le recordaba en el cuello se había tornado en cicatriz. Pocos sabrán que se la hizo en la emboscada más famosa del año 1801, nada más arrancado el siglo. Una expedición de veinte españoles volvía exitosa a Nueva Orleans tras pasar el otoño cazando castores en el curso medio del río Misisipí. Al parecer, la niebla les hizo acampar en un lugar poco aconsejado, y los indios arikaras defendieron su territorio degollando, uno tras otro, a aquellos hombres cristianos. Que se sepa, solo dos lograron escapar a semejante barbarie. Manuel Lisa fue uno de ellos. Cuentan que, en plena emboscada, se dejó caer bosque abajo, entre la maleza, esquivando los hachazos de los nativos. Por pura fortuna encontró malherido a su hermano, escondido tras un arbusto. Retrocedió unos pasos, aupó el cuerpo sobre sus hombros y le convirtió así en el segundo superviviente de la velada.

Mi padre era aquel afortunado. Joaquín Lisa. Lo que convierte a Manuel en mi tío. Ambos fueron compañeros de incursiones durante muchos años; compartieron no solo un lazo de sangre, sino también una de esas hermandades propias de haber vivido cientos de aventuras juntos. Desgraciadamente, mi padre murió al medio año, fruto del mal curar de sus heridas. Recuerdo el malestar que estas le provocaron durante meses y lo sorprendido que siempre me quedaba cuando le veía bromear con mi tío Manuel sobre arrancarse la costra de cuajo y echársela de comer a los cerdos.

Eran otros tiempos, que decía mi madre. Con ella, por cierto, me fui enseguida a vivir al presidio de San Antonio de Béjar, en la provincia española de Texas. Allí pasé cinco años siendo mitad monaguillo en una misión católica y mitad sirviente en la casa de unos criollos que pocos respetos le guardaban ya al rey Borbón al otro lado del océano.

Aunque hoy día no me arrepiento, dudo mucho que, de haber conocido las actividades y compañías de mi tío Manuel en aquellos años, le hubiese ofrecido mis servicios tan a la ligera. Más aún teniendo en cuenta lo que acababa de ocurrirle aquella misma mañana. El caso es que, tras bajarme del caballo, le di un fuerte abrazo, y él me lo devolvió sin dudarlo ni un segundo.

—Joaquín, cuánto has crecido —creo recordar que fue lo primero que me dijo—. Siento mucho lo de tu madre. De haberme enterado, habría tratado de

ir al entierro.

—Yo también me alegro mucho de verle, tío. Y le agradezco que me haya aceptado como ayudante.

Tanta desgracia junta os resultará abrumadora, pero la realidad es que mi pobre madre murió unos días antes del comienzo de esta historia —tras agravársele una gripe— y que yo me quedé sin empleo el mismo día que las tropas de San Antonio se marcharon a rendir cuentas al fuerte del Álamo.

No recuerdo si, harto de servir a desconocidos o deseoso de tener a mi familia cerca, robé un caballo más lento y flaco de lo que hubiera sido aconsejable para que me llevase directo a San Luis, lugar en que vivía mi tío Manuel como ciudadano estadounidense. Como sabréis, Napoleón le había comprado toda la Luisiana a España para tres años más tarde vendérsela a los Estados Unidos.

—¿Qué tal el viaje? —dijo mi tío, observando la montura escuálida que me acompañaba.

—Muy bien —mentí. Había sido un auténtico desastre.

—Has llegado el día esperado… y a la hora adecuada.

Manuel se mesó las patillas con calma y miró a su alrededor con un gesto de sospecha.

—Tío, de verdad, no sé cómo agradecerle… Pronto le permitiré ver que soy una persona responsable…

—Tranquilo. Es una buena noticia que estés aquí. Como digo, no podías haber llegado en mejor momento.

—Gracias.

—Tengo planes para ti. —No volvió a abrir la boca en un buen rato. Manuel Lisa no era hombre de muchas palabras, ni mucho menos. Solo hablaba si era estrictamente necesario, y, cuando lo hacía, era para poner punto y final a un debate, pues poca gente le contradecía.

Subió a un caballo negro y robusto de un brinco y tiró de las riendas con agilidad. Yo hice lo propio para seguirle a paso ligero. Lisa era lo bastante conocido en San Luis como para que más de una persona en el camino parase el carro o la montura con el ánimo de concederle un saludo cortés. La mayoría, sin embargo, parecía tenerle cierto respeto. Incluso me atreveré a decir que algo de miedo.

Avanzamos por un camino de tierra que muy pronto se convirtió en otro elegantemente adoquinado. Me avergüenza decir esto, pero otra cosa que me sorprendió nada más pisar la ciudad fue la actitud y la vestimenta de las mujeres, mucho más joviales y despreocupadas que en las ciudades de Nueva

España, donde siempre andaban escondidas tras su misal y su rosario. En San Luis, los carruajes iban y venían con damas jóvenes que no dudaban en mirarte de pies a cabeza para concederte una sonrisa. El trajín era sorprendente para tratarse de una ciudad ubicada en tierra tan inhóspita. Pronto me di cuenta de que estábamos dando extraños rodeos.

—Cuidado ahora. Acércate a mí —dijo Manuel con voz firme y segura—. Bajaremos al río por la parte trasera; no quiero que nos descubran.

—¿Quiénes? —pregunté.

—Haz lo que te digo, Joaquín.

—¿Alguien nos persigue? —Pero no obtuve respuesta.

Muchos habréis oído hablar de la expedición de Lewis y Clark. Fue la primera llevada a cabo por estadounidenses con el objetivo de encontrar una ruta fluvial desde el Atlántico hasta el océano Pacífico. Pues bien, hacía apenas unos meses que Lewis y Clark habían regresado a San Luis, y los carteles de bienvenida aún podían verse bajo las ventanas de los edificios más próximos al río. Con el objetivo de reclamar la presencia estadounidense en el Oeste americano antes de que franceses, españoles o británicos pudiésemos hacer lo mismo, la campaña había sido un gran éxito. Y si os cuento esto es porque me pareció curioso enterarme de que mi tío, aun siendo español de nacimiento, había tenido un papel destacado en todo aquello. Conocedor en buena parte de los territorios del oeste —gracias a la experiencia obtenida como cazador e intérprete de los indios—, brindó a los estadounidenses un buen número de consejos, mapas y provisiones a cambio de que el nuevo gobierno de Luisiana le otorgase una sola cosa: la posibilidad de seguir comerciando con los territorios españoles de Texas y la Florida.

Apeados del caballo y casi a hurtadillas, como escondiéndonos de algo o de alguien, bajamos por el sendero adoquinado. A medida que nos acercábamos al río, el número de las calles iba descendiendo: 6, 5, 4… Finalmente llegamos a una vía bastante larga en la que había un poste del que colgaba un gran cartel: «Second Street». Seguí de cerca a mi tío, mirando de reojo a los vendedores de carne de los soportales y a los jóvenes que jugaban a las cartas arañando los últimos rayos de sol frente al muro de una iglesia protestante. No escapó a mi atención un grupo de cuatro o cinco hombres que, observándonos desde lo lejos, intercambiaron susurros y palabras en un perfecto francés.

—Es aquí —dijo Manuel por fin. Su voz era áspera y ruda como ninguna.

Mientras atábamos mi caballo y el suyo a la parte trasera de su almacén, al otro extremo del pequeño jardín, desde una altura considerable y apoyado en

la barandilla de madera, nos saludó mi primo Remón. Otros cabellos rubios y alborotados asomaban tímidamente entre los balaústres. Debían de ser los de su hermano.

Dieron las siete de la tarde en la torre de la iglesia. Y justo en ese instante, como si las campanadas hubieran definido con rigor la hora de llegada, subí con atino los peldaños de la casa, y antes de que pudiésemos hacer uso de la aldaba, la puerta se abrió de golpe. Mi tía Polly, a la que llevaba sin ver una eternidad, sonrió nada más verme y me dio un fuerte beso en la mejilla.

—Bienvenido, Joaquín. Siento mucho lo de tu madre. Ya sabes que ella y yo nos llevábamos bien.

—Gracias, Polly.

—Qué mayor estás… ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—En Nueva Orleans, hace al menos seis años —respondió mi tío. Aunque hablaba español a las mil maravillas, su acento inglés seguía siendo inconfundible.

Polly Charles Chew, una viuda a la que Manuel Lisa había conocido años atrás en Nueva Orleans, era su mujer por aquel entonces. Tímida, amable y cariñosa, poseía unos preciosos ojos azules que combinaban a la perfección con una larga y ondulada cabellera rubia. No digo que no se quisieran, pero siempre tuve la sensación de que Polly le estaba más agradecida a mi tío que cualquier otra cosa. A fin de cuentas, Manuel Lisa se había hecho cargo de ella —y de su pequeña hija Rachel— tanto afectiva como económicamente en un momento de suma delicadeza para sus vidas en la capital. Con el paso de los años y tras su mudanza a San Luis, el matrimonio había hecho crecer la familia, trayendo al mundo a Remón y a Manuel, mis dos pequeños primos carnales.

—Te hemos preparado una cama en la habitación de Remón, en el piso de arriba —dijo Polly.

Creo que en aquel instante sonreí amablemente, le di las gracias por acogerme en su preciosa casa y seguí a mi tío hasta el salón, donde se encontraban los tres niños. Guardo de aquel momento un recuerdo tierno, de profunda calma y quietud. Los dos pequeños jugaban con un caballito de madera en torno a una mesa con la cena recién servida. Rachel, la mayor, leía junto a la chimenea. Cuando pienso en un hogar, tal vez por no haber tenido uno apropiado a lo largo de mi vida, viene a mí ese preciso instante.

Entré en la habitación y dejé en el arcón lo único que poseía: una camisa a rayas, ropa interior, unos calcetines bien gordos y un medallón de plata que solía cuidar como un tesoro, pues era lo único que conservaba de mi madre.

Pocos minutos después, sentados a la mesa y tras haber ordenado lo poco que tenía, mi tío sacó una botella de vino tinto de un cajón, sirvió tres copas y extendió una hacia mí con cuidado. «Jerez Seco Selecto. Vino Andaluz», decía la etiqueta.

—Pruébalo, Joaquín. Un barco solía llegar cargado de barricas desde el puerto de Cádiz. Directo a Nueva Orleans. Tu padre y yo las subíamos en bote por el Misisipí y lo vendíamos aquí y en San Carlos. —Mi tío evocó aquel recuerdo como si la llegada de su sobrino hubiese pellizcado de algún modo su memoria.

—¿Y ya no llega? —preguntó Rachel sin levantar la vista del libro que leía al mismo tiempo que cenaba.

—El vino que llega ahora es francés. Todo es francés. ¿Qué estás leyendo, Rachel? Seguro que también es francés.

Rachel sonrió, dio la vuelta a su pequeño librito y lo dejó sobre la mesa. El título de la portada estaba escrito en inglés:

The Mysteries of Udolpho, a Romance; Interspersed with Some Pieces of Poetry.

Probé el vino. Estaba realmente bueno.

—Creo que la novela es inglesa. Pero la protagonista es francesa —contestó Rachel—. ¿Tú sabes leer, Joaquín?

—Sí que sé —respondí orgulloso—, aunque no he tenido oportunidad de hacerlo muy a menudo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Y no has tenido tiempo? No lo entiendo.

—Si Dios quiere, pronto leeré alguna novela. He oído que el *Quijote de la Mancha* es muy divertida. Mi padre tenía un ejemplar y solía recitar alguno de sus pasajes de memoria.

—No la conozco.

En las estanterías del salón había al menos dos o tres decenas de libros viejos. Los observé con calma. Luego hubo un breve silencio que sirvió a mi tío para medir sus siguientes palabras.

—Escucha, Joaquín. —Manuel lisa me miró firmemente—. Esta mañana, unas horas antes de que llegaras, ha ocurrido algo. Algo que cambia mis planes. Olvida la carta que te mandé: ya no me servirás en el muelle.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pronto lo sabrás. —Sus manos inquietas delataban en él cierto grado de nerviosismo—. Muy pronto. Por el momento, quiero que descanses bien esta

noche y que estés preparado. No vamos a estar mucho tiempo en San Luis. —Asentí, acabé con presteza la sopa que Polly había preparado y apuré poco después la copa de vino. Escuché el coloquio posterior sin volver a abrir la boca. Luego pedí permiso para levantarme de la mesa y retirarme a mi nueva alcoba. Me tumbé en la cama. Una cama dura y rígida de madera sobre la que colgaban sábanas gruesas y amarillentas.

Aquella primera noche aprendí que Rachel, la hija adoptiva de Manuel Lisa, leía a menudo novelas de terror. Que Remón y el pequeño Manuel detestaban leer y preferían jugar con sus amigos en los canales del río. Aquella noche, arropado ya entre mantas de piel, se me escapó una lágrima tras pensar un buen rato en mi pobre madre. No tuve tiempo de despedirme de ella, de poner en orden nuestros asuntos. Todo había sido tan precipitado…

Justo después escuché a Polly lamentarse. Fuera lo que fuese aquello que había ocurrido por la mañana y que tanto inquietaba a mi tío, preocupaba sobremanera a mi tía. Por el quicio de la puerta vi la silueta apenas iluminada por las llamas de Manuel Lisa. Se acercaba a su mujer para darle un abrazo. Sobre el torso descubierto, y para mi sorpresa, Manuel Lisa lucía un enorme tatuaje. Una forma oscura, geométrica y alargada sobre la que se cruzaban un par de flechas. Entiéndase que el impacto que me causó aquello fue debido a que, pese a que era común entre marinos y otras profesiones, solo en una ocasión había visto un dibujo similar sobre la piel, concretamente en el pellejo de un indio comanche al que llevaban preso los guardias de Santa Fe.

Cuando se hubieron separado, observé cómo él le mostraba a ella una carta hecha añicos que llevaba en el bolsillo.

—Lo haremos por nuestra cuenta —susurró—. No nos queda otra manera.

Arrojó los pedazos de papel al fuego y observó lentamente cómo se consumían.

—¿Sigues confiando en el dibujo?

—¿En qué dibujo?

—El mapa de Heceta.

—Por supuesto. —Manuel Lisa giró sobre sí mismo y apagó la pequeña lámpara de gas que iluminaba la estancia.

2

Pese a la misteriosa conversación de la noche anterior, he de confesar que mi primer día en San Luis comenzó de un modo más bien tranquilo.

—Buenos días, primo. Tendrás hambre. El desayuno está servido —susurró Rachel tímidamente y desde el pasillo al ver cómo me limpiaba el rostro con un paño humedecido.

—Gracias. Enseguida bajo.

Aireé las sábanas a sacudidas. Desayuné. Luego, cuando el sol apenas amenazaba con salir, acompañé a Polly a pedir una cita al practicante para la vacunación de mis primos contra la viruela. Más tarde fui a comprar unos huevos, que pude pagar con moneda de a ocho reales, puesto que el dólar vigente en San Luis seguía siendo el español.

—¿De dónde eres, chico? —me preguntó en inglés la vendedora, alzando la voz sobre la barahúnda. Por timidez o debido a la complejidad de la respuesta, no supe qué decir e hice como que no la había entendido.

Tras dejar los huevos con muchísimo cuidado en la repisa más alta del almacén de mi tío, entré de nuevo en la casa para acompañar a mi prima Rachel a la casucha que tenía la escolania junto la iglesia, donde había de ensayar junto al resto del coro para amenizar la misa del domingo. Intercambiamos algunas frases vagas. Luego me quedé viendo a las demás niñas entrar y salir por el pórtico de madera. La mayoría de ellas era de origen francés. Alguna, española.

Todas estas tareas las agradecí mucho, porque sin duda me permitieron saborear y descubrir de primera mano las peculiaridades de una localidad de frontera. Y me explico, pues he podido saber que cuando en cualquier otra parte del mundo se habla de «frontera», se entiende como tal la línea imaginaria que separa un país o una parcela del territorio vecino. Pues bien, lo que en Norteamérica se conocía —y aún hoy conocemos— como «frontera» es algo bien distinto. Los estadounidenses incluso le ponen otro nombre.

Como algunos sabréis, llaman «*border*» al concepto español de «frontera». Y «*frontier*» al suyo.

La *frontier* es en realidad un vasto terreno, una amplia cantidad de tierras desdibujadas entre lo ya colonizado y lo aún inexplorado. Entre el este civilizado y el oeste salvaje. Dos mundos excluyentes que en aquella época se encontraban al borde de la masacre. Y si algo hacía famosa a San Luis era precisamente el hecho de ser la gran ciudad en la frontera. Sin embargo, pese a estar ganando fama como la Puerta del Oeste, ciertas calles se mostraban aún como un lugar tranquilo y apacible en el que perderse en aquella primavera de 1807.

Eran más bien las calles próximas al río a las que acudí con mi tío aquella tarde las que cada día se llenaban de viajeros y nuevos pobladores venidos del este. Manuel Lisa sabía reconocer la nacionalidad de cada uno solo con mirarlos desde la distancia. «Francés. Español. Alemán, tal vez polaco. Estadounidense». Todos ellos compartían las calles de una urbe que se sentía apátrida y salvaje. También había esclavos: negros e indios. Pero como las autoridades españolas habían prohibido esclavizar a los indios y las estadounidenses aún no se habían pronunciado al respecto, por la calle uno solo veía sirvientes negros, mientras que los nativos pasaban todo el tiempo de puertas para dentro. Tal vez por esta razón aún no había logrado ver un solo indio en San Luis, por irónico que resulte a los que hoy día me conozcan. Por supuesto, eso estaba a punto de cambiar.

Desde hacía un par de horas, y tras haber disfrutado en una mañana repleta de recados, me dedicaba a observar a la gente paseando por las calles. Casi aún puedo verme allí, sentado en una mecedora de fieltro, reposando tranquilo el pollo asado que habíamos comido. Saboreando la ciudad que pensaba que sería mi refugio por el resto de mis días. Una sombra lenta y alargada comenzaba ya a robarles el brillo a los charcos que se apelotonaban junto a la alameda. Desde el jardín de mi tío se escuchaba el graznar de los patos. En ese preciso instante vino a buscarme a paso firme, agitando los brazos y silbando desde el camino.

—¡Joaquín! Vamos, levanta.

Brinqué de la mecedora y le seguí a paso ligero.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—Ahora lo verás.

Salimos de Second Street Doblamos un par de esquinas y recorrimos las colinas paralelas al río. La tarde le había quitado al día el resplandor impoluto del sol y los tonos del cielo se habían vuelto anaranjados. Tras caminar un

poco entre las plantaciones, anduvimos por el muelle otro buen rato y nos paramos frente al último amarradero de la orilla, tan alejado del resto que los juncos casi se habían comido sus tablas de madera.

—¿Es este su muelle?

—Echame una mano, Joaquín.

Ayudé a mi tío a apartar unos cuantos tallos con la mano y descubrí entre la maleza una pequeña barca cubierta de telas viejas.

—¿Qué es?

Una vez más, no obtuve respuesta, así que allí esperamos, sentados. En silencio. Estaba acostumbrado a esperar, si os soy sincero. Me había pasado los cinco últimos años esperando. Esperando a que empezase la misa. Esperando a que los señores decidieran salir de palacio para engalanar y limpiar sus monturas. Esperando, en definitiva, a que un golpe de suerte cambiase por fin mi fortuna y me ofreciese una escapatoria de una o de otra manera.

Las aguas del Misisipí se movían lentas y aletargadas frente a nosotros.

—Qué despacio se mueve el agua —dije sorprendido.

No sé a qué tanta sorpresa, pienso ahora. Ese río estaba allí antes de llegar nosotros. Y seguirá estando allí cuando todos nos hayamos ido. Los ríos no tienen prisa, que diría una vieja amiga.

Observando el agua, mi tío sacó un enorme puro de no sé dónde y le prendió fuego en un santiamén con el pedernal que llevaba en la bota. Se quitó el sombrero de copa, se echó para atrás el alborotado pelo negro y se mesó las patillas al tiempo que le daba una lenta y larguísima calada al habano. Luego suspiró profundamente y me concedió una mueca sonriente.

Sin yo saberlo, la calma con la que había comenzado mi segunda jornada en San Luis estaba llegando a su fin.

El sol se poma tras las montañas y teñía el cielo de un rosa pastel cuando una pequeña embarcación rodeó la que hoy día es la isla del Arsenal, por aquel entonces un islote fluvial sin importancia. Cuando la embarcación se hubo aproximado lo suficiente, Manuel Lisa destapó con brío la tela vieja que cubría la barca de madera que había dispuesta frente a nosotros, para descubrir bajo ella una considerable montaña de pieles y fardos de cuero.

—Joaquín, vas a tener que ayudarme con esto.

La balsa llegó por fin ante nosotros. De ella se apeó un hombre enorme que la amarró con presteza a un poste y se detuvo frente a mí al tiempo que se quitaba una capucha gris de la cabeza. La sangre se me heló de inmediato. Aún hoy puedo recordar el rostro sonriente de aquel indio, sus ojos

penetrantes, los pendientes grandes y ovalados que colgaban de sus orejas y el trenzado de un cabello largo y negro que se perdía entre las mantas y tejidos que cubrían todo su cuerpo.

—Es mi sobrino —se adelantó mi tío—. Joaquín, este es George Drouillard.

—Oh… Hola. Encantado de conocerle —le dije. El indio estrechó mi mano con fuerza y comenzó a traspasar a toda prisa los paquetes desde la barcaza de mi tío hasta su pequeña balsa de madera. Esperé la señal de Manuel y comencé a ayudar, cruzando de un lado a otro todos los fardos y atadijos, dejando los más pesados para los musculosos brazos del tal Drouillard.

—¿Joaquín? Igual que su padre, yo imagino.

—Es el hijo de mi hermano Joaquín, sí.

Aunque Lisa permaneció en el muelle, el indio y yo seguimos cargando. Algunos bultos eran más pesados que otros, pero a Drouillard no parecía importarle lo más mínimo el contenido de los paquetes.

Como más tarde supe, Manuel y él ya habían tenido asuntos antes, sobre todo porque tres años atrás George Drouillard había aceptado ser el intérprete principal en la expedición de Lewis y Clark, hasta convertirse en una pieza fundamental de aquella empresa intercambiando mapas y provisiones con mi tío. Sin embargo, los dos se habían encontrado por primera vez mucho antes, en el asentamiento francés de St. Genevieve, en torno a un asunto de venta de tierras en el que Drouillard había velado por los intereses de los franceses, y los hermanos Lisa —Manuel y mi padre— habían hecho lo propio para con los españoles. Tal vez os preguntéis cómo un indio llegó a ser interlocutor de los franceses. Os diré que el padre de Drouillard fue un colono francés en Quebec, y su madre, una india de la tribu shawnee. Aquel año, Drouillard ya había trabajado para ingleses, franceses, iroqueses, estadounidenses y osages, así que cualquier cosa podía esperarse de un hombre como él.

—Señor Manuel, ¿es cierto lo que *lo* gente ahora dice?

—Es cierto, sí.

—Mal para usted. Los omahas son amigos *contigo*.

—Y lo seguiremos siendo.

El comentario rotundo de Lisa consiguió incrementar la atención del indio, que dejó por un momento de cargar fardos para mirarle con atención.

—Tengo un regalo para ti —dijo mi tío.

Mientras lo decía, sacó de debajo de su chaqueta una pequeña bolsa de papel y la puso sobre el poste en el que estaba amarrada la balsa, cerca de

Drouillard. El indio la observó sonriente y al mismo tiempo inquisitivo. Tras un instante, estiró el enorme brazo para agarrar el envoltorio de papel. Sabe Dios que pude ver entonces con claridad el enorme tatuaje que llevaba aquel hombre en la muñeca. Muy similar al que le había visto a mi tío la noche anterior, bien definido y negro como el carbón sobre el pecho descubierto.

Drouillard rompió el papel y extrajo de él una caja de madera que poseía en su cubierta una ilustración a todo color.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

—Pero…

—Tú ábrelo. Es la última de estas que me queda en el almacén —dijo Lisa —. No encontrarás unos mejores.

El indio giró la caja para leer con detenimiento la colorida etiqueta, en la que rezaban unas cuantas líneas en español:

TABACO PURO.
CALLE DE SAN IGNACIO, LA HABANA.
HECHO EN CUBA.

—Parecen de los buenos.

—Eso creo yo, desde luego.

—¿*De dónde* los tienes?

—Un viejo conocido mío tiene dónde conseguirlos, y los lleva a Valenzuela desde Florida.

—Y usted los subes desde Valenzuela. Sin pasar por Nueva Orleans.

—Efectivamente.

—No sé cómo siempre *te* consigues lo que te propones.

—Ojalá lo consiguiera solo la mitad de las veces que lo intento.

Drouillard guardó los habanos en la bolsa en que venían y los colocó en la balsa, junto a todo lo demás. Luego siguió cargando el resto de la mercancía y concedió a Manuel Lisa una pequeña risotada.

—Yo diría que intentas comprarme.

—Eso hago. ¿Vendrás con nosotros? —preguntó mi tío de inmediato.

—Es posible.

—¿Qué te ha dicho Lewis de mí?

—Que usted necesitabas poner a buen recaudo *estos* provisiones. Y también que necesitas un intérprete para su viaje.

—¿Y qué te parece?

—Como ves, no tengo problema en ayudarte con lo *premier*. Pero tengo *algunos* dudas con lo otro. No me cae bien la familia Chouteau, pero lo dirigen todo por aquí. Si vamos a emprender *un* expedición sin avisarlos…, van a estar enfadados. Es *un mal* idea.

—Es posible, sí. Puedes quedarte con todo lo que estás cargando como adelanto.

La oferta debió de sorprender a Drouillard tanto como a mí, ya que arqueó las cejas mirando a mi tío y dirigió una ojeada alrededor en busca de algún curioso. Cuando vio que tras los juncos todo estaba despejado, depositó él mismo el último fardo en su balsa y dio un brinco para ponerse justo enfrente de mi tío, apenas a un palmo de distancia.

—¿Necesitas un intérprete? Pensé que usted hablas algo en la lengua de los omahas. Además…, con razón tienes la fama de loco, señor Manuel. ¿Cómo vamos a emprender un nuevo viaje hacia el oeste sin haber preparado nada antes?

El comentario resbaló en el semblante impasible de mi tío, que se limitó a fumar su puro con paciencia. Manuel lisa llevaba semanas estudiando las rutas que Lewis y Clark habían tomado, pero sobre todo las que no habían tomado. Claro, que eso Drouillard no lo sabía. Y yo, por aquel entonces, menos aún.

—No solo necesito un traductor, Drouillard. Necesito un rastreador, un cartógrafo y un buen tirador. Y tú eres todo eso.

—Tengo otras ofertas. *Otros* expediciones.

—No tienes otra oferta como la mía.

Desde la orilla, observé con atención los comentarios y reacciones de ambos interlocutores durante un largo rato. George Drouillard se divertía con la forma de ser de mi tío. Constantemente le retaba a sorprenderle, como tratando de adivinar un atisbo de sonrisa bajo las pobladas patillas y el rostro enigmático de Lisa. Por su parte, Manuel concedía a aquel indio mucho más crédito del que daba a la mayoría de los hombres con los que entablaba conversación, pues no rechistaba por ninguna de las bromas que lanzaba, incluso sonreía con alguna. La decisión parecía tomada desde hacía varios minutos, más aún cuando juntos compartieron su mutuo desprecio por la familia Chouteau, de la que hasta aquel momento nunca había oído hablar pero que sin duda tenía algo que ver con lo repentino de aquella empresa.

En ese instante, mi tío le hizo una nueva oferta a Drouillard.

—Serías el segundo al mando, junto con Benito Vázquez.

—¿El viejo Vázquez? Me *sorprendo* que siga vivo.

Dos bromas del indio más tarde, George Drouillard y mi tío se daban un corto pero firme apretón de manos.

—Una cosa más, Manuel. ¿Es cierto lo que dicen? ¿De verdad tienes contigo ese mapa?

—Es posible.

—Apuesto a que sí. Planeas encontrar *el* ruta por el agua hasta el Pacífico.

—Si la encontráramos, sería interesante, sin duda.

—Lewis y Clark no lo consiguieron. Créeme, Lisa, yo estuve allí. Los ingleses dicen que no existe. Los franceses dicen que no existe. ¿Se te ha ocurrido que, tal vez, no exista?

—Tal vez. —Una sonrisa inundó de nuevo el rostro de los dos hombres.

—¿Cuándo salimos?

—No tenemos mucho tiempo; en cuatro o cinco días, calculo.

—Poco tiempo. Tendré que reclutar *un* o dos *de* ayudantes. No les diré el motivo del viaje. Entiendo que seremos muy pocos. —Tras decir esto, Drouillard se giró hacia mí y sonrió de oreja a oreja—. ¿Vendrá con nosotros Joaquín Lisa?

—Sí —respondió mi tío.

Aquel monosílabo estaba a punto de cambiar mi suerte por completo, aunque yo aún no lo sabía. Resumía de algún modo mi participación en un viaje hacia lo desconocido y, por lo tanto, me pondría en un camino nunca antes transitado hacia tierras que jamás hubiese soñado imaginar. Pero al mismo tiempo aquel monosílabo resumía una incursión arriscada en tierra inexplorada, pensé, que bien podía acabar con una flecha en mi sien, o tal vez en plena noche, con un cuchillo indio rebanando mi garganta. Mi tío había hecho multitud de pequeñas y grandes incursiones más allá de la frontera, pero sin duda esa, que fue la más precipitada, y la primera que hizo conmigo, fue la que más quebraderos de cabeza le proporcionó durante años. En cuanto a mí, bueno, tal y como tengo intención de seguir contando en estas páginas, en ella descubrí mi valentía, encontré el amor, perdí mi inocencia y por poco hallo la muerte. Se dice pronto. Sería esa empresa y no otra la que cambiaría nuestras vidas para siempre.

3

Como habréis notado, lo que le ocurrió a Manuel Lisa la mañana del día en que yo llegué estaba siendo la causa de todas sus decisiones precipitadas. Y aunque bien es cierto que yo me enteré de los detalles semanas después, os hablaré de ello en este momento, pues fue también el detonante de la conversación con Drouillard que ya he mencionado y del resto de preparativos de nuestro primer gran viaje.

Por lo que más tarde supe y pude imaginar, Manuel Lisa madrugó aquel martes, a sabiendas de que debía finiquitar sus asuntos pronto para poder ir en mi búsqueda en torno al ocaso. Desayunó una manzana y guardó en un bolsillo recóndito de la chaqueta una vieja carta que había estado salvaguardando durante meses. Observó cómo los niños se desperezaban en la cama, depositó un beso tímido en la mejilla de Polly y salió dando un brinco por la puerta trasera.

Pasó junto al río y observó de lejos su pequeño bote, bien amarrado y flanqueado por otros dos mucho más grandes y altaneros. El ajetreo y el ruido de los muelles solo eran interrumpidos cuando una nueva expedición surcaba el río Misisipí hacia el norte entre vítores de familiares y curiosos, hecho que, pensaba él, empezaba a ocurrir con demasiada frecuencia.

Lisa avanzó calle arriba palpando la carta que llevaba en el bolsillo de su chaqueta gris y tratando de evitar que se le arremolinase el pelo de las patillas. Lo cierto es que antes de salir de casa —raro en él— se había afeitado y acicalado con cierto esmero, decidido a no causarle mala impresión a Auguste Chouteau, probablemente la persona más influyente de todo San Luis.

Pues bien, al cabo de unos minutos había llegado al prominente edificio níveo que antaño había sido la sede provincial de la Corona española. Acabado el pequeño período de dominio francés, lucía ya una ostentosa bandera estadounidense. Subió lentamente los peldaños que separaban la calle recién adoquinada del ilustre porche blanco. Dos jóvenes bien equipados con

aparejos y utensilios de trabajo colocaban junto a la puerta un nuevo y prominente letrero:

LOUISIANA DEPARTMENT OF WILDLIFE AND FISHERIES.

En el suelo, aún se podía leer el que acababa de ser retirado:

CAPITANÍA GENERAL DE CUBA. LUISIANA ESPAÑOLA.

Golpeó en la puerta con la aldaba de bronce con cierto esmero y esperó unos segundos. Tras un rápido descorrer de cerrojos, el rostro no muy agraciado de una doncella más joven de lo esperado le sonrió bajo una cofia blanca.

—Buenos días. Tengo una cita con Auguste Chouteau. Decidle que Manuel Lisa ha venido a verle.

Sin mediar palabra, la doncella le invitó a pasar y se alejó dando saltitos por el pasillo.

Manuel entró en el enorme recibidor cerrando el portón tras de sí. Las ventanas estaban abiertas de par en par con la intención de airear la estancia recién pintada, por lo que el ruido de los carruajes era un tanto molesto. Todo estaba como nuevo. Sillones tapizados, enormes cuadros de marco dorado con escenas dieciochescas, e incluso un oso disecado sobre una alfombra carmesí. Aquello le hizo meditar un segundo. Las cosas iban bien por San Luis. Y les seguían yendo bien a los Chouteau.

La doncella regresó al cabo de un instante y le rogó que le siguiese por un oscuro y largo corredor. Aquella parte del edificio estaba aún siendo remodelada.

—Esto está cambiando mucho —dijo Manuel. La joven sonrió tímidamente y se ofreció para sostener amablemente los guantes y la chistera —. ¿Hace cuánto empezaron las obras?

La muchacha, que no hablaba español, volvió a guardar silencio mientras abría de un empujón una gran puerta de roble.

Manuel entró lentamente en el salón y se despidió de su acompañante, que cerró la puerta a toda prisa. Aquella estancia era de un extraordinario buen gusto. Al fondo, frente a un ventanal, se encontraba el escritorio principal, flanqueado, como era de esperar, por más tapices, un par de castores disecados y una buena pila de libros. Le llamó la atención un curioso violín que parecía no haber sido tocado en años y que yacía sepultado por una pila de mapas y contratos.

Escuchó un murmullo a su espalda y se volvió despacio.

—¡Vaya, a quién tenemos aquí! —La carraspeante voz de Auguste Chouteau dejaba percibir, entre risas, un diluido acento francés—. Al comerciante con los precios más altos de Nueva Orleans.

Tres hombres emergieron de la habitación colindante. Auguste Chouteau iba el primero. Unos sesenta años, piel rosada y ojos azules. Por aquel entonces había engordado una barbaridad. Le seguía el que sin duda debía de ser su hermano Pierre. Mucho más joven, pero poseedor de la misma papada. El tercero en discordia era un estadounidense entrado en años enfundado en un uniforme añil. Sonreía altivamente y se adelantaba con premura a los dos hermanos Chouteau para estrechar la mano de Manuel…

—Manuel Lisa, es un placer conocerle al fin. —Le estrechó la mano enérgicamente durante el tiempo suficiente para que Lisa pudiese ver las medallas que engalanaban su chaqueta. La conversación prosiguió en inglés —. Es usted tal cual había imaginado. Soy James Wilkinson, gobernador del territorio de Luisiana.

—Toma asiento, por favor, Manuel —le espetó Auguste Chouteau tras darle también la mano—. Este es mi hermano Pierre. Creo que no llegaste a conocerle en Nueva Orleans. —Pierre Chouteau parecía un hombre reservado, tanto que sin mediar palabra tomó asiento al fondo de la gran mesa de madera —. ¿Quieres un brandy?

—Sí. Ponme uno. —Manuel Lisa se acercó a su anfitrión aceptando una minúscula copita de fino cristal tallado. El brandy afrutado se había convertido en un rito formal entre las clases más acomodadas del Misisipí. Tomó del mismo modo asiento en un extremo de la mesa.

El gobernador se palpó la espalda con gesto dolorido y emitió un pequeño suspiro mientras se sentaba, según tengo entendido, junto a los dos Chouteau, justo enfrente de mi tío Manuel.

Se hizo un silencio lo suficientemente largo como para oír cómo un carruaje se acercaba y posteriormente se alejaba al otro lado del gran ventanal.

—¿Cómo está Polly? —preguntó Auguste.

—Bien. Cuidando como puede de los niños. —Por lo que ella le había dicho, Manuel sabía que Auguste Chouteau había visitado a su mujer en los últimos meses—. Y encargada también de los envíos de carne a la capital.

—Ha sido un mes muy frío. Pasé a visitarlos, a los niños y a ella…, hace unas semanas.

—Lo sé. Me lo dijo. —Manuel buscó rápidamente con la mirada a Wilkinson—. Le agradezco al gobernador que aceptase concedernos el nuevo terreno que solicitamos junto al río. Soy consciente de que las tierras ribereñas del Misuri son cada vez más cotizadas en San Luis.

—No hay nada que agradecer, Lisa —respondió amablemente el gobernador—. Alguien que ha prestado semejante servicio al propósito del presidente Jefferson no puede conformarse con una finca de rango menor. —Al oír esas palabras, el menor de los hermanos franceses se removió, incómodo, en su silla haciendo chirriar las maderas.

—Tu petición era más que razonable, Manuel —continuó Auguste—. Me alegré al saber que finalmente nuestro nuevo gobernador te la concedía.

—Con todos los respetos, hermano: ¿qué hizo este español por el presidente Jefferson? —preguntó en francés y de forma repentina el compungido Pierre Chouteau. Su hermano mayor sonrió mientras parpadeaba lentamente, con un rostro que a duras penas lograba disimular el hastío.

—Manuel Lisa guio al capitán Lewis y a William Clark…

—Las únicas cartas españolas que llevaron consigo fueron las de John Evans. Galés, por cierto.

—Pierre, Manuel aprovisionó…

—Tú lo has dicho. «Aprovisionó» —interrumpió Pierre—. Aprovisionó de suministros en su salida a Lewis y a Clark. Como no podía ser de otro modo si quería demostrar estar al servicio del Gobierno estadounidense y no del lado de los espías de la Corona española, como sin duda lo estuvieron sus compatriotas. ¿Me equivoco?

Conociéndole, mi tío Manuel debió de pensar que aquella impertinencia era propia de un pupilo sin modales. Fijó su mirada en el joven Pierre y pensó que tal vez no fuera tan joven. Parecía haber rebasado con creces la tercera década de vida, tal vez fuese de la misma edad que el propio Manuel Lisa. Un silencio aún más largo —y sin duda más tenso que el anterior— sostuvo el pulso de la estancia.

—Hermano —continuó Pierre—, tratemos antes que nada el asunto de los omahas… —Esa fue la primera intentona del tal Pierre de mencionar el tema relativo a los indios omahas.

—Ahora no, Pierre —le interrumpió Auguste con una nueva sonrisa, esta vez entre cordial e incómoda—. ¿Cuál es el motivo de tu requerimiento, Manuel?

Manuel Lisa, con la mirada aún fija en Pierre Chouteau, tardó unos instantes en reaccionar. Finalmente asintió, echó mano al bolsillo de su

chaqueta y extendió la carta de aspecto maltrecho como el que extiende un mapa. Comenzó a explicar con calma los motivos de su visita.

—Hace hoy tres años, me comprometí a ayudar, guiar y aprovisionar de mapas y herramientas al capitán Meriwether Lewis y al subteniente William Clark en un peligroso y reconocido viaje que duró más de dos años, desde mayo de 1804 hasta septiembre de 1806. —Se reclinó en su asiento y continuó su explicación con aparente calma, aguardando a que el gobernador se bebiese el último sorbo de brandy—. Conocedor de las rutas fluviales desde la época en que la Corona española poseía estas tierras, no tuve dificultad en señalarles y aconsejarles el que consideré que podría ser el mejor camino hasta el océano Pacífico. —Volvió a hacer una breve pausa, estudiando con aplomo la reacción de Pierre Chouteau, que negaba lentamente con la cabeza.

Wilkinson tomó con cuidado la carta que Manuel había extendido sobre la mesa y empezó a examinarla con detenimiento.

—Como puede ver, gobernador —prosiguió Lisa—, a cambio de tales servicios, su antecesor en el cargo se comprometió a mantener los planes comerciales que yo mismo había acordado con Juan Manuel Salcedo, el antiguo gobernador español de la Luisiana. Por eso solicito de ustedes un salvoconducto que me permita abrir una ruta comercial con Santa Fe.

Las manos de James Wilkinson depositaron cuidadosamente la carta en las de Auguste Chouteau, que leyó despacio mientras se mordía un poco el labio inferior, pensativo. Cuando acabó, dejó la carta en la mesa y fijó su mirada en Manuel Lisa.

—Manuel, Santa Fe pertenece a la Corona española. Y solo mi familia tiene derecho a ese monopolio a través de Texas.

—¿Tu familia? ¿Desde cuándo? —inquirió mi tío, sorprendido.

—Desde el verano pasado. Pensé que lo sabías.

—Yo te hablé de esa ruta, Auguste. La conoces gracias a mí.

—Mi sobrino y su mujer disponen desde el año pasado del monopolio comercial que recorre el camino de Santa Fe… Sin embargo, sabiendo que este es tu deseo, no creo que tengan problema en contratarte para la expedición de este verano.

Aquellas palabras fueron un jarro de agua fría para Manuel, que continuó sosteniendo el vaso de brandy con firmeza. Manuel Lisa había trazado aquella ruta. Y si la familia Chouteau la conocía, era gracias a sus esfuerzos. Sus posibilidades de crecer económicamente dependían en gran medida del

contenido de esa carta. Por un momento miró al suelo buscando las palabras adecuadas. Después se volvió lentamente hacia su viejo amigo.

—Te conté en múltiples ocasiones mi intención de abrir una ruta comercial con Santa Fe, Auguste. Sabías que me fue prometida la posibilidad de abrir la maldita ruta. Tengo una carta que lo acredita. —El español blandió de nuevo la misiva con su mano derecha mientras depositaba con la zurda su ya vacía copa de brandy—. Esa era mi ruta. Es mi ruta, Auguste.

—Escuche, Manuel. Los Chouteau tenemos el monopolio legal del comercio con Santa Fe, entérese —añadió el joven Pierre echándose hacia delante.

—No estoy hablando contigo. Auguste, puedes decirle de mi parte a tu hermano que cierre la boca en lo sucesivo —replicó Lisa señalando al joven.

—Cálmese, Manuel. Las cosas han cambiado mucho —susurró el gobernador Wilkinson—. Hace ocho años esta ciudad era española. Hace cuatro, francesa. Ahora es estadounidense. Las normas cambian… Y, por tanto, todos estos asuntos… cambian. La persona que firmó esta carta no tenía potestad para hacerlo. Además, si es solo eso, una carta, no tiene validez legal. Lo que usted acordase con Salcedo es ahora irrelevante. Luisiana se rige por las leyes estadounidenses.

Luisiana se regía, para que quede claro, por las leyes del soborno.

—Sin embargo, los Chouteau sí pueden comerciar en territorio español. Hay algo que nunca cambia, gobernador —respondió Manuel—. La familia Chouteau siempre ha dispuesto de todo lo que le ha venido en gana.

Pierre Chouteau se puso en pie de un salto, se detuvo para inspirar profundamente y le dedicó a Manuel una mueca desafiante mientras le señalaba con el dedo.

—Somos los fundadores de esta ciudad, Lisa. No sé quién diablos te has creído que eres, pero mientras permanezcas en los Estados Unidos deberás acatar nuestras leyes. Ese monopolio es nuestro. Bastante halago es que te hayamos recibido en presencia del gobernador…

—Nunca debisteis lealtad a Salcedo, ni a Carlos IV… Y tampoco se la debéis a Napoleón. —Manuel Lisa se incorporó, enfrentándose con el pequeño de los Chouteau. Acto seguido lo hicieron Auguste y el gobernador Wilkinson. El español frunció el ceño y sus labios se contrajeron en un gesto de ira contenida—. Así que no te atrevas a justificar el saqueo que estáis llevando a cabo con las leyes del maldito presidente Jefferson.

—¡Él es ahora tu presidente, desagradecido! ¡Sus leyes son las mismas por las que tienes una casa en nuestra ciudad! Y eso que con ese aspecto

andrajoso no mereces más que una pocilga… ¡Desaparece de nuestra vista! —Pierre Chouteau cogió la carta de encima de la mesa y con dos giros bruscos de muñeca la partió en cuatro pedazos. Manuel Lisa se agachó. Con apenas dos movimientos rápidos de sus dedos sacó de su botín un cuchillo afilado y lo posó en un abrir y cerrar de ojos sobre el cuello desnudo del más joven de los Chouteau. El trinchete era corto, con mango de cuero y cuidadosamente decorado con motivos tribales.

—Es evidente que no sabes bien quién soy —dijo Chouteau, aunque lo podría haber dicho cualquiera de los dos.

—Lisa, si no te calmas, tendré que pedir que te arresten. Baja el arma —dijo James Wilkinson al tiempo que cogía cuidadosamente los restos de la carta y se los tendía a su propietario. La respiración de Pierre era pausada pero notablemente inquieta—. Este documento no tiene validez alguna. La ruta a la que hace referencia tiene un acuerdo de monopolio con la familia Chouteau. Te recomiendo que vuelvas a casa y recapacites sobre la opción de aceptar un contrato laboral con su compañía. —Manuel bajó el cuchillo y lo arrojó ferozmente contra la mesa de madera.

—Ese cuchillo… es de los omahas —observó Pierre—. Hermano, no he venido aquí a escuchar amenazas y sandeces sobre el camino de Santa Fe. He venido a dejar claro el asunto de los omahas. —Pierre miró a su hermano, que a regañadientes asintió con la cabeza antes de volver a fijar la mirada sobre Manuel.

—Cuando fui a verla, tu mujer comentó que estabas en la capital —dijo Auguste—. Sin embargo, tú mismo dijiste que fuiste a vender pieles de castor al mercado de Nueva Madrid. Y por lo que hemos sabido, no estuviste ni en un sitio ni en el otro. Estuviste en Tonwantonga.

—¿Me habéis estado siguiendo?

—Contrataste a los isleños. Subiste por el Misuri con ellos… Tienes una canana con tres plumas pintadas de rojo en tu escritorio, Lisa. Según los textos de Lewis, es el emblema de Big Elk.

Big Elk es como los hombres blancos llamaban a Ontopanga, el jefe de los omahas. Sin duda, Chouteau había ido a visitar a Polly para confirmar la teoría de que Manuel Lisa intercambiaba pieles y herramientas con la nación omaha.

—Lisa, podemos pasar por alto que mintieses a las autoridades. Pero sabemos que tienes algún tipo de acuerdo con los omahas. Y eso debe terminar —sentenció Pierre—. Los contratos de comercio con Tonwantonga y

esa tribu pertenecen a la familia Chouteau desde el día primero del mes pasado.

Manuel creyó haber oído mal. Se encogió de hombros e hizo un amago de enfrentarse a su interlocutor, pero se detuvo a la mitad, sorprendido y confuso. Su mirada se encontró con la del gobernador Wilkinson, que asintió con firmeza. Mi tío había ido a aquella reunión con la esperanza de alcanzar acuerdos que le hicieran progresar económicamente, y esta nueva situación no solo no se lo permitía, sino que cortaba de raíz su única fuente de ingresos. Se produjo entonces el silencio más largo hasta el momento, solo interrumpido por el sonido de un martillo lento y grave en el pasillo colindante. Manuel cogió los añicos de la carta que le tendía el gobernador y se guardó el cuchillo de nuevo en el botín. Esta vez, dos carruajes pasaron bajo la ventana. Manuel permaneció inmóvil un último momento, con los ojos clavados en la papada sudorosa de su viejo amigo Auguste.

—Iré al tribunal para asegurarme de que lo que decís es cierto.

—Ve adonde tengas que ir, Manuel. Verás que la única compañía que opera ahora en San Luis bajo contrato legal es la nuestra. Además, entiende que tus compatriotas no te lo están poniendo fácil. Hace apenas unas semanas las autoridades españolas arrestaron a uno de nuestros mejores exploradores…

—Me trae sin cuidado, Auguste.

—Lo más inteligente por tu parte sería mantener una buena relación con…

—El problema de nuestro tiempo es que los hombres débiles y decrépitos sois más ricos y poderosos que los que aún tenemos fuerza para explorar este continente. —Manuel Lisa supo en ese momento que su temperamento había echado por tierra toda posibilidad de buscar un nuevo acuerdo con sus anfitriones. Cosa que, por otro lado, le agradó profundamente. Pese a la rabia, de pronto, se sintió liberado. Recordó que esa tarde llegaba a la ciudad el que suscribe estas líneas. Se acordó de Drouillard, de Diego de Goiri y de los viejos amigos que aún le quedaban en Nueva Madrid. Elaboró en su mente el esbozo de un plan.

—Coge tus cosas y sal de aquí, Lisa.

—Puede que controléis la ruta de Santa Fe. Y puede que sobre el papel hayáis adquirido un monopolio con los omahas. Pero si voy allí y alcanzo un nuevo acuerdo con ellos…

—¿Con qué tripulación, Lisa? Nosotros tenemos hombres para hacerlo. Eres un gran explorador. Pide perdón por tus palabras, recapacita y únete a

nosotros. ¿Es cierto que tienes ese mapa del que todos hablan?

—Sé navegar por el Misuri. Conozco mejor que nadie a las tribus, y sabéis de sobra que soy mejor explorador de lo que llegaréis a ser cualquiera de vosotros. Allí, río arriba, hay cosas que apenas imagináis, Auguste. Cosas que vosotros no sabríais encontrar. Y créeme, cuando las descubra, seguiréis peleando por las migajas de un botín obsoleto. Buena suerte en su nuevo cargo, gobernador. —Manuel Lisa dio media vuelta sobre sí mismo y caminó con presteza hacia la puerta oscura de roble—. A propósito —añadió justo antes de salir y tras haber escupido sobre la moqueta—: el brandy estaba asqueroso.

4

Saqué dos yeguas del pequeño establo que mi tío tenía junto al almacén, predispuse los asientos y amarré las correas de tiro a sendos horcates. Cuando quise entrar a avisar a Manuel de que ya estábamos listos, me sorprendió subido al carruaje.

—Joaquín, sube. Nos vamos.

Apoyé el pie en el ballestón y de un brinco me subí al carro. Pusimos rumbo sur por el camino del río.

Habían pasado dos días desde nuestro encuentro con Drouillard en el muelle de San Luis, y la visita a Nueva Madrid era el punto de partida del plan que Manuel Lisa había trazado en su cabeza.

Pude observar en su rostro que llevarme a Nueva Madrid y convertirme en cómplice de todo aquello le hacía cierta ilusión. En parte puede que le recordase a los tiempos en que iba con mi padre a esconderse en aquella ciudad para comerciar con las tribus atakapas que aún quedaban cerca de Lafayette. En cambio, lo único que yo recordaba de las veces que me tocó visitar Nueva Madrid siendo solo un niño era a Elena, la muchacha del *toulousain*.

—Me acuerdo de Elena.

—¿De qué Elena? ¿La del *toulousain*?

—Así es. Era la única niña del pueblo.

—Curiosa memoria —rio mi tío—; imagino que seguirá en ese antro. Las cosas no cambian demasiado por allí.

Tiene cierta gracia. Durante los cinco años que estuve en Texas con la familia de mi madre, frecuenté una misión que regentaba un fraile franciscano. El fraile había visitado Nueva Madrid y conocía perfectamente la obra de mi tío en la zona. Obviamente, me guardé mucho de confesarle mi parentesco con él, pues no parecían hacerle ninguna gracia ciertas historias que había oído y presenciado.

Nueva Madrid había sido durante años el acogedor refugio de Manuel y de mi padre. La joven ciudad, fundada hacía poco más de treinta años por Bernardo de Gálvez, el más insigne gobernador español de Luisiana, les había brindado a los dos unas cuantas temporadas de lúdica compraventa y ocasional tráfico de mercancías.

Como casi toda la zona del Misisipí, Nueva Madrid estaba habitada por un extraño compendio de españoles, franceses y colonos estadounidenses, a los que el antiguo gobernador había dejado entrar y emprender negocios con la condición de jurar lealtad al rey de España. El más exitoso de todos ellos, una tintorería. Tras la reciente adquisición del territorio por parte de Thomas Jefferson, Nueva Madrid había pasado a llamarse «New Madrid», y aquellos colonos habían recuperado su nacionalidad estadounidense. Un viejo empresario y antiguo coronel de la Guerra de Independencia, William Morgan, ejercía por aquel entonces de líder local. Por suerte para mi tío, los trapícheos de la anterior década habían bastado para labrarse una relativa amistad con el señor Morgan, y a nadie se le habría ocurrido en sus años de ausencia perturbar la casita, una vieja morada en la que Lisa aún guardaba provisiones, armas y aparejos de sus primeros contactos con los osages, los atakapas y los omahas.

Avanzamos traqueteando por campo abierto, dejando atrás las villas de St. Genevieve y Prairie du Rocher, cada una a un lado del río. El carromato crujía y avanzaba a trompicones mientras las yeguas tiraban hacia delante a paso lento. No sin cierta dificultad, conseguimos abrirnos camino por el puente de Veracruz tras un largo tramo balanceándonos por la margen derecha del Misisipí. Era curioso ver cómo algunos de aquellos pueblos estaban bien organizados y teman una iglesia y un mercado sobresalientes de entre la cuadrícula que conformaban sus calles, mientras que otros apenas se sostenían en pie entre tablones de madera mal colocados y provisionales lonas de cuero.

Antes de afrontar el tramo final del camino, comimos un par de manzanas y dejamos que las yeguas descansaran en un claro junto al río. Observé las bolsas que llevábamos en la parte trasera de la carroza.

—Manuel, ¿para qué estamos yendo a Nueva Madrid? ¿Necesitamos dejar todo esto en la casita?

—Así es. Y necesitamos coger otras tantas cosas de allí… Ahora lo verás. En Nueva Madrid empezará nuestro viaje —respondió. Luego se mesó las patillas, me miró abriendo muchísimo los ojos y, sin añadir nada más, tomó de nuevo las riendas del carruaje.

Cuando por fin llegamos, descubrimos que la noche anterior había llovido por allí y que el barro impedía la entrada a la villa por su puerta principal, así que tomamos un rodeo.

—Baja y desatasca las palomillas, Joaquín. O no saldremos de aquí en toda la tarde.

Obedecí de inmediato. Entre el hedor de la tintorería y los charcos enlodazados, los niños correteaban y jugaban con palos y ruedas de madera.

—Buenos días, señor Lisa —musitó en español una anciana. De inmediato entendí que no había pasado inadvertida la presencia de mi tío.

—Buenos días —respondió él.

Casi habíamos llegado a la casita cuando por fin conseguimos sacar por completo el carruaje del barro. Atamos una cuerda larga al horcate de las yeguas y nos dirigimos por un camino de tierra con varias bolsas cargadas hasta los topes.

Era un lugar realmente bello. Frente a los cultivos de algodón, se alzaba una estrecha pero preciosa casa pintada de azul cielo.

—Las cosas cambian poco por aquí —señaló mi tío.

El paso del tiempo, no obstante, había hecho mella en los balaústres y en los marcos roídos de las ventanas. Los escalones exteriores chirriaron cuando ascendimos por ellos. Amontonamos los fardos junto al pórtico de madera de la hacienda.

—Llevo sin venir aquí años… —susurró Manuel. La llave sonó a óxido y el crujir de la madera adornó el lento abrir del portón marrón…

Al parecer, todo estaba tal y como mi tío lo recordaba. Las escaleras de caracol, el pequeño retrato de su padre junto a la chimenea… absolutamente todo. Sin mediar palabra, dejamos dos o tres bolsas repletas de pieles en una alacena y ocultamos bajo una trampilla un buen número de objetos de los omahas. Entre ellos pude ver un par de cuchillos largos, una gran pipa adornada con plumas, una especie de escultura de cedro y una cornamenta de búfalo tallada con esmero.

—No me fío de Pierre Chouteau —dijo Manuel, que sin duda debió de reconocer en mi gesto el asombro por descubrir el contenido de los sacos—. Y tienen a las autoridades de su lado. Si los Chouteau encuentran esto en San Luis… Hemos de dejar todo a buen recaudo.

Al abrir el altillo de la habitación principal, el haz de luz que entraba por la ventana dejó ver una cortina de polvo que caía arremolinándose por todo el cuarto. Manuel buscó con rapidez entre los utensilios que allí se encontraban y me fue dando para que guardase en la talega una cosa tras otra: un par de

cuernos de pólvora, una gran bolsa de tela repleta de perdigones, un hacha de mano, cantimploras, munición, utensilios de cocina y una buena cantidad de suministros de tabaco.

—Coge todo esto. Lo vamos a necesitar.

Cargamos con las bolsas hasta el carruaje. Luego volvimos a la casita, ordenamos el altillo y entramos en una habitación diferente a todas las demás. Una especie de librería oscura y desordenada.

—¿Qué necesitamos de aquí? —pregunté, pero, como de costumbre, no obtuve respuesta. El suelo de la estancia crujía con cada paso.

Al fondo de aquel cuarto, bajo un tragaluz, había un pequeño escritorio lleno de contratos y hojas selladas. Manuel Lisa sacó del bolsillo de su frac una pequeña llave, la introdujo en la parte inferior del escritorio y activó de ese modo el mecanismo, que hizo salir de una de las patas de madera una diminuta gaveta tallada.

—Vaya… —susurré.

Observé con toda la atención que pude el objeto que mi tío extraía de la abertura, pero me fue prácticamente imposible dilucidar de qué se trataba. Lo introdujo en un bolsillo de su abrigo. No hice preguntas. Sabía que no obtendría respuestas.

Al haber acabado en la librería y tras cerrar el cajoncito del curioso escritorio de madera, Manuel encendió su pipa en el jardín de la parte trasera de la hacienda. Yo permanecí un rato apoyado en el alféizar y luego volví a entrar en el recibidor de la casita. Recorrí el pasillo, me asomé a un par de habitaciones oscuras y acabé apareciendo en el salón principal. «En otro tiempo debió de haber sido un salón majestuoso», pensé, pero por aquel entonces sobre la alfombra roída apenas quedaban una mesa —a la que además le faltaba una pata—, una estantería medio vacía y dos sillas carmesí mal dispuestas. Di con cierta timidez unos últimos pasitos para situarme en el centro de la estancia. Sobre la chimenea, y recubierto por alguna que otra telaraña, presidía aquel espacio el retrato de mi abuelo. Aún hoy recuerdo bien aquel cuadro. Sus penetrantes ojos grises. La casaca roja repleta de bordados en oro. La seriedad con que parecía vigilar a cualquiera que osase dirigirle la mirada.

—Don Cristóbal de Lisa —espetó mi tío desde el pasillo al verme observar la pintura. Luego entró en el salón y se detuvo junto a mí, examinando el lienzo con media sonrisa burlona.

Según tenía entendido, Manuel y mi padre no habían conocido mucho a su padre. Cristóbal de Lisa había venido a América desde Murcia, en España, a

bordo de un barco del rey Carlos III. Lo que aquel día aprendí es que lo había hecho a las órdenes de Alejandro O'Reilly, un hispanoirlandés cuya misión era castigar las insurrecciones francesas en la Luisiana española. La población francesa aún le recordaba como «O'Reilly el sanguinario».

—… y O'Reilly mandó fusilar a todos los franceses sublevados de Nueva Orleans. Incluidos los niños.

—Eso es horrible —dije yo.

—Sí que lo es. Ese irlandés debía de ser un buen hijo de su puta madre. —Manuel dijo aquello a la par que se carcajeaba de forma irónica y daba una calada a su pipa.

—¿Y el abuelo?

—¿Mi padre? Mi padre no dio ninguna orden… —esta vez, Lisa cambió el gesto y le concedió a su padre una reverencia, elevando su boquilla a modo de saludo—, pero alguien debe apretar el gatillo.

Al intuir mi reacción, Manuel Lisa se acercó a mí y puso su mano sobre mi hombro.

—Tu padre solía preguntarme si creía que tu abuelo había sido un hombre justo.

—¿Y tú qué le respondías?

—¿La verdad? —Manuel se mesó una vez más las patillas y paseó el dedo pulgar sobre la cicatriz de su cuello mientras fumaba. Luego apartó su mano de mí y cogió de la única estantería que allí había una botella de licor—. La verdad, me trae sin cuidado. Apenas le conocimos. Pero tal vez si el Código O'Reilly hubiese seguido siendo la ley vigente, habríamos conservado nuestro derecho sobre el camino de Santa Fe —musitó.

—Qué más da eso —le respondí, ingenuo—. Encontraremos nuevos caminos al oeste. Nuevos senderos. ¿No? Para eso estamos aquí.

—Ya lo creo —rio; suspiró y se palpó el bolsillo en que acababa de introducir el objeto misterioso que había extraído del escritorio—. Una cosa no se le puede negar a mi padre: tenía buenos amigos.

En aquel momento, no supe entender el comentario de mi tío.

Brindamos con aquel licor espantoso, y unos minutos después, Manuel dejó en el suelo las copitas con las que habíamos brindado, se acercó a un cajón polvoriento, sacó de él una especie de fusil Hawken de aquella época y, tras comprobar que conservaba todas sus piezas intactas, lo extendió hacia mí con sumo cuidado.

—Si no te separas de mí, no tendrás que usarlo más que para cazar castores. Pero nunca se sabe.

—Gracias —contesté.

—¿Has usado de estos en Texas?

—Sí, más de una vez —le mentí. Me tomaba por un crío. E intuyo que hacía bien, aunque en aquel momento de camaradería y confidencias me fastidiase.

—Está bien. Venga, hemos quedado con los isleños en el *toulousain*. Vamos para allá.

Prácticamente el único lugar para tomar algo en Nueva Madrid era una taberna situada en la planta baja de una posada sin nombre que todo el mundo conocía como «el *toulousain*».

—¿Los isleños? —pregunté.

—Los isleños, sí. Ahora los conocerás.

Aunque la duda que me venía realmente a la cabeza era si Elena seguiría por allí. La hija del dueño era Elena. La recordaba muy bien. De niña, solía tocar una guitarra vieja pero bien afinada que amansaba de manera oportuna a los borrachos de aquel lugar.

Agarré los obsequios de mi tío, me puse el abrigo y salimos por la puerta de atrás.

La acera esquinada del *toulousain* era en el fondo un tranquilo pero concurrido hervidero de ideas, viajeros y comerciantes que iban a San Luis y paraban a medio camino para cantar, discutir sobre política, beber licor y exigir que la pobre Elena les dedicase una canción.

El *toulousain* debía su nombre a uno de esos viajeros. Alexandre. Un *chasseur* de Toulouse que solía recitar sus versos las tardes que traía su mercancía desde Lafayette. De forma habitual y durante más de diez años, estuvo mezclando sonetos con efusivas canciones que enaltecían la reciente Revolución francesa. Cierta noche, llevado tal vez por el furor de los aplausos o por la mezcla de sus creencias con más vasos de vino de la cuenta, acabó golpeando a un español muy monárquico que desde luego no compartía sus ideas. Sumado esto al hecho de haber recitado sus versos en la por entonces católica Nueva España, apenas hicieron falta unas horas para acusarle de alborotador y de traidor y así llevarle al paredón de fusilamiento. Era una noche de noviembre y los truenos no dejaron discernir el disparo que acabó con su vida. Solo después de su trágico fin, los comerciantes reconocieron que aquel hombre había sido el mejor poeta que había pasado por Nueva Madrid.

—Ese hombre era un completo idiota, Joaquín.

—Me acuerdo de él. De niño me dio mucha pena enterarme de…

—Hablaba mucho, pero no decía nada.

—Una noche mi padre me llevó a verle recitar. Y me pareció muy divertido.

—Supongo que sí. Eras un niño. Desconfía de la gente que dice que hace cosas. Y confía solo en quien veas que las hace.

Caminamos con presteza entre las arracimadas casitas de madera y a través de los cultivos de algodón. Cruzamos por completo dos calles embarradas hasta una sucia plaza que debía de ser la del mercado, desde la cual tomamos un atajo que desembocaba directamente en el lugar.

Nada más entrar en la taberna, un par de colonos reconocieron la cara de Manuel Lisa y nos dejaron su sitio en la barra. Al tiempo que una señora gorda y escandalosa llamaba la atención de un niño, pedimos dos cervezas y esperamos un rato.

En contraste con la tranquilidad absoluta del exterior, el *toulousain* estaba lleno de mayoristas y ganaderos beodos.

—Las cosas no cambian nunca por aquí —volvió a decir Manuel.

Un violinista de mediana edad subió al estrado y comenzó a pellizcar las cuerdas de su instrumento. El músico llevaba un andrajoso abrigo de cuero, zapatos viejos y unos pantalones manchados de barro. Sus aspavientos alborotados y los gestos exagerados no disimulaban en absoluto el hecho de que el violín sonara estrepitosamente mal.

Ahora que escribo estas líneas, no puedo evitar recordar el sonido que lograba sacarle al mismo instrumento la buena de Mary Hempstead; la mejor violinista que he conocido y un personaje fundamental de este relato. No obstante, creo que aún no ha llegado el momento de hablaros de ella. Hoy, en su lugar, os contaré cómo conocí a los isleños.

Cuando nos hubieron servido la cerveza, Manuel Lisa se sentó a una mesa en la que, para mi sorpresa, ya se habían acomodado otras tres personas.

—Siéntate aquí, Joaquín.

Varias jarras vacías sobre la madera demostraban que nuestros acompañantes habían de llevar un buen rato esperando. Comprobé que uno de los presentes trataba de saludar de forma efusiva a mi tío.

—¡Capitán!

—Quietos. No os levantéis —les espetó Manuel a aquellos hombres—. No he querido avisar a nadie que no vaya a venir. Solo a los necesarios. No quiero llamar la atención, y hasta pasados unos días no dejaremos ningún comunicado oficial sobre la expedición. Por el momento, solo algunos conoceréis la ruta. Vamos a viajar hacia el norte subiendo por el Misuri, más

allá de Fort Elisabeth. Estableceremos un campamento al norte del Platte. Tal vez en el río Yellowstone. —La tranquilidad pasmosa con la que mi tío hablaba de todo eso ante aquellos desconocidos chocaba de bruces con el nerviosismo que producía en mí un viaje de tales características—. No quiero que nos sigan. El lunes saldréis desde aquí, todos juntos, a bordo de La Santa Cruz. —El más viejo de aquellos tres hombres asintió en silencio. Otro, en cambio, se encogió con asombro:

—¿El Yellowstone? ¿Alguien ha establecido algún campamento tan al norte?

—Aún no —respondió Lisa—. Llevad provisiones con vosotros. A medianoche pasaréis a buscarnos en San Luis; saldréis del río por el canal del almacén. Allí estaré yo con Benito, con George Drouillard y con sus ayudantes.

Aquellos hombres escuchaban con atención. Manuel Lisa les hablaba tan pausadamente y convencido de sí mismo que no ponían en duda una sola de sus palabras, pues las pronunciaba con una determinación que habría convencido hasta al mismísimo diablo. Los gestos de sus manos y el brillo de sus ojos emanaban un respeto tan profundo que rozaba la sumisión.

—¿Preparamos nosotros el barco?

—Sí. Preparando el esquife desde aquí evitaremos llamar la atención allí. Sencillo. De modo que si los cuatro salís de…

—¿Los cuatro? ¿Qué cuatro, capitán? —interrumpió el más joven de ellos.

—Este es mi sobrino Joaquín. Va a iniciar el viaje con vosotros, os echará una mano. Acabamos de estar en la casita y le he dado provisiones y armas para que no tengáis que ocuparos de él.

Como podéis imaginar, me enteré al mismo tiempo que aquellos hombres de las intenciones de mi tío.

Fijé entonces la atención en los tres, tratando de aislarme del sonido horripilante del violín y de los abucheos que inundaban el *toulousain*. Uno de ellos, bajito y de prominente mostacho, puso su mano izquierda en forma de visera para tapar el candil luminoso que le impedía verme con claridad y extendió la derecha en señal de saludo.

—¿Sobrino? No sabía yo… Un placer el conocerle, Joaquín. Me llaman «el Manco». Y estos dos son Arturo y su padre, Juan Ignacio. Nos llaman «los isleños». —Extendí mi mano y se la estreché a aquel joven, que hablaba con un acento extrañísimo—. No sabía yo que tuviese sobrinos, capitán.

—Encantado de conocerlos —respondí, nervioso.

—Por cierto —interrumpió esta vez el tal Arturo—. ¿Cómo es que viene ese Drouillard? Lo que no sabía yo es que pactásemos ahora con los perros franceses que tienen invadido nuestro país.

—Drouillard será el segundo al mando —respondió Lisa—. Al igual que Vázquez. Es mitad indio y mitad francés, y tú serás su subordinado, Arturo. —El dedo de mi tío se posó ligeramente en el pecho del isleño—. Sin embargo, puede que sus ayudantes sí que sean franceses. Así que evitaréis los comentarios relacionados con Napoleón, con la cabeza de su rey y con la verga del nuestro. Lo que pasa en Europa…

—Si el nuestro no tiene verga, Manuel, pues no la tiene.

El semblante serio de mi tío advirtió de que aquella broma no era bienvenida, y respondió:

—Lo que pasa en Europa se queda en Europa.

—El mundo entero está en guerra, capitán. No solo Europa. No hace ni dos meses arrestamos a espías estadounidenses en el río Colorado.

—Facundo Melgares sorprendió a Zebulon Pike en Nuevo México —respondió Manuel Lisa haciendo gala de que conocía bien el caso—. Los Chouteau también lo mencionaron. Pero Nuevo México es suelo español, y donde vamos nosotros no existen fronteras.

—Entendido, capitán.

—No existe la política en la tierra a la que vamos.

Lisa remató el contenido de su jarra en un abrir y cerrar de ojos, y añadió:

—Tenéis dos días para prepararlo todo, tiempo de sobra dada la austeridad de nuestro viaje. Hacedme un favor: tratad bien a Joaquín. Aunque va a tener que empezar a cuidarse solo.

—¿Y tú qué harás? —se me escapó.

—Despedirme de Polly y de tus primos. Empieza nuestro viaje, Joaquín. Nos vemos en un par de días.

Manuel se levantó y colocó el abrigo sobre sus hombros con presteza. Luego se palpó el bolsillo del frac con sumo cuidado. Vigilaba que siguiese allí lo que fuera que hubiese cogido de la gaveta secreta del viejo escritorio de su padre. Me revolvió el pelo de forma cariñosa y se dispuso a salir del *toulousain*.

Yo me quedé petrificado, rodeado de aquellos hombres a los que acababa de conocer. Pedí otra cerveza —que no pude acabarme— y masticamos tabaco en silencio hasta que llegó la hora de cenar. En ese instante caí en la cuenta de que la mujer gorda que no hacía más que gritar era Elena, y el niño

pequeño, supuesto receptor de los alaridos, su hijo. Según comentó el Manco, el violinista era el padre de la criatura.

—Las cosas cambian rapidísimo por aquí —susurró.

5

Hacía unas dos horas que había anochecido. El río Misisipí reflejaba una luna que iba y venía entre nubes negras como el azabache. Sentado en un extremo de la barcaza, ataviado con mis botas y sosteniendo un hatillo repleto de utensilios, cargaba de munición mi nuevo rifle y escuchaba la conversación que mantenían los isleños. Recuerdo que la temperatura era bastante agradable. Arturo ayudaba a Juan Ignacio a remar río arriba mientras el Manco afinaba las cuerdas de una guitarra española. De pronto, con la silueta de Nueva Madrid difuminándose a nuestra espalda, la noche se hizo más oscura y el filtro violáceo que silueteaba nuestra embarcación —llamada por aquellos hombres «La Santa Cruz»— se convirtió, junto al candelabro que engalanaba la proa, en la única luz de la que dispusimos. Un enorme vértigo invadió todo mi cuerpo.

—No sé nada —susurré.

—Yo tampoco, si te soy sincero —me contestó el Manco entre risas—. Lo mejor es no pensarlo demasiado. —Después dejó la guitarra a un lado y se sentó junto a mí—. Si te caes al río y mueres ahogado, va a ser imposible encontrar el cadáver. Y tu tío, o bien nos ahorca o bien nos despide. Y no sé cuál de las dos cosas es peor, así que procura no caerte. También es mi primera vez. La de estos dos no, estos ya se las saben todas. —Una nueva carcajada brotó de su interior.

Aquellos tres hombres me caían bien. Los dos días que había pasado con ellos en Nueva Madrid me habían servido para hacerme una idea de quiénes eran y que relación guardaban con Manuel Lisa.

Juan Ignacio, Arturo, el Manco y otros muchos hombres de los que me hablaron pero que yo nunca llegué a conocer eran conocidos como «los isleños» por haber nacido —o en muchos casos, por descender— de hombres y mujeres oriundos de las islas Canarias. Al parecer, treinta años atrás, cientos de canarios se habían asentado en las tierras más húmedas, agrestes y

pantanosas de las marismas del río Misisipí, en la por entonces Luisiana española. A expensas del propio rey de España, familias jóvenes de las islas de Tenerife, la Gomera y Gran Canaria habían abandonado sus pueblos natales por venir a poblar tierras americanas. Algunas de esas familias se establecieron en Terre aux Boeufs y en las afueras de Nueva Orleans. Otras bajaron más al sur, fundando pequeñas ciudades como Valenzuela o la Parroquia de San Bernardo. Con el paso del tiempo, y pese al hermetismo que, según el Manco, mantenía su comunidad, algunos habían migrado al norte, abandonando el oficio de pescadores de cangrejos y abrazando costumbres de la frontera.

—Nosotros hemos cambiado a las jaibas por los búfalos, Joaquín —me había dicho Juan Ignacio, el mayor de los tres, la mañana siguiente de conocerlos en el *toulousain*. Precisamente Juan Ignacio, el único del trío nacido en las Canarias, había conocido a mi tío Manuel hacía cinco o seis primaveras, durante el intercambio de unas pieles en la isla Delacroix. Se mantenía fuerte y ágil a pesar de su avanzada edad, aunque recuerdo que la mitad de las noches las pasaba en vela y abatido por tener a su mujer enferma de gravedad. Arturo, el segundo de mis acompañantes, era su único hijo, y debía de haberlo heredado todo de la madre, porque en nada se parecía al padre. Mientras ambos remaban, continué sentado sobre aquellas tablas de madera, recorriendo las primeras millas al lado del Manco.

—¿Por qué te llaman Manco —me atreví a preguntarle al tercero de los isleños— si no te falta ninguno de los dos brazos? —Sonrió el Manco con aplomo melancólico y me ofreció un poco de tabaco de mascar que le acepté sin replicar.

—Por mi padre, que perdió un brazo el mismo día que arribó a Nueva Orleans.

—¿De verdad? ¿Y has heredado el apodo?

—Unos heredan dinero, otros la fama… Yo heredé el apodo, exacto. Pero más vale eso que haber nacido sin un brazo, como pensaba mi padre que podía pasar si tenía retoños.

—¿Y cómo te llamas en realidad?

—Alejandro. Alejandro Estopinal. O eso me han dicho. ¿Qué pasa? ¿Nunca te han puesto un mote?

Me quedé un rato pensativo, con la mirada perdida en aquel río inmenso todo negro y caudaloso. Vino a mi mente el sacerdote franciscano que más de una vez me había llamado luterano por rebatir y cuestionar aquello de que Dios era uno y trino. Los hijos de los soldados españoles de San Antonio de

Béjar me habían llamado alguna vez «el matarranas», por haber sido capaz de atinarle con una piedra a una en todo el ojo en el lago Calaveras. Sin embargo, no recordaba ningún sobrenombre que se me hubiese puesto de forma continuada o que yo hubiese sentido como propio.

—Nunca —respondí.

—Pues es una lástima.

El silencio invadió el navío, que avanzó entre susurros río arriba durante, al menos, otra hora. Iba cargado de provisiones, armas, munición, pieles y dos grandes toldos de tela vieja.

Al fin, Juan Ignacio se incorporó para otear el horizonte. Abrió un baúl pequeño y sacó de él una vela larga con tres pábilos. Los prendió rápido con el fuego del candelabro y comenzó a hacer gestos con los brazos. Esperó un rato, con el catalejo en ristre y el aliento contenido. De pronto, desde la orilla contraria, vimos cómo otra luz se movía serpenteante, respondiendo a nuestra llamada.

—Vira hacia la orilla, Arturo, y los veremos enseguida.

Efectivamente, la silueta y las luces de la ciudad de San Luis comenzaron a aparecer frente a nosotros a medida que avanzábamos por la margen derecha del río. Un jinete, probablemente el que nos había hecho la señal con su antorcha, cabalgó junto a nosotros desde la orilla. En una ciudad comercial como aquella, donde el Misuri y el Misisipí eran fuentes de toda riqueza, cada movimiento se controlaba con cautela, de modo que, para no errar y marchar de allí con éxito, había que ser rápidos en la ejecución del plan de mi tío: su estratagema de partir en plena noche con el navío ya cargado en Nueva Madrid había sido pensada para que los hombres a sueldo de Auguste Chouteau —y los demás fideicomisarios— no pudieran ni percatarse del rumbo ni seguir a ninguno de los hombres que acompañaban a Manuel Lisa en aquella empresa. La esperanza era adelantarse así a los otros grupos de exploradores y empresarios de la ciudad que ya tramaban apoderarse de los conocimientos y rutas de las que él mismo y Drouillard pretendían ser legítimos descubridores. Y es que, como ya habréis ido adivinando, aquella era una tierra en la que cualquier cacique local, cualquier ricachón cualificado o, como hubiese dicho mi tío, cualquier cabrón hijo de puta era capaz de autoerigirse en soberano de la más mínima porción de tierra que rentabilizar en su beneficio.

—Ahí están.

Desde la barcaza, y con la ciudad de San Luis ya nítida enfrente de nosotros, las siluetas de media docena de hombres se reconocieron con

claridad en la parte trasera del almacén de Manuel Lisa. Juan Ignacio miró en dirección a mi tío. El segundo le miró a él y ambos se saludaron con aprobación. A su lado, pude ver a George Drouillard. Una faja negra le ceñía la cintura, y bajo ella, portaba un fusil de grandes proporciones. Llevaba la cabellera recogida con una cinta de tela roja.

—Virgen Santa. Qué indio tan enorme —dijo el Manco.

El mestizo dio indicaciones a otros dos hombres para que se aproximaran a nuestro navío. Estos obedecieron de inmediato, agarrando con presteza las cuerdas que Arturo les acababa de lanzar. A medida que tiraban de la cuerda, nos aproximábamos a la orilla, y la luz difusa hacía parecer que eran ellos los que se acercaban más y más a nuestro esquife. Cuando por fin la coca rozó con las piedras del fondo, prácticamente a un instante de que varásemos en la ladera, el pelotón se adentró en el río, con el agua mojando sus rodillas y el chapotear de las botas como única cantinela. Oí por vez primera la voz de mi tío Manuel.

—Rápido, De Goiri, salta sin miedo.

Segundos después, observé cómo Arturo extendía la mano para ayudar al tal De Goiri a subir a bordo. Hice lo mismo con otro de los hombres, un tipo rubio bastante joven que cargaba con un mosquetón y un hatillo verde entre los brazos. Nada más auparle, me saludó en francés y me susurró su nombre. Antoine Bissonet. El propio Bissonet dio media vuelta sobre sí mismo y tendió la mano a George Drouillard y a Peter Weiser. Miré hacia la popa y comprobé cómo mi tío Manuel y un hombre canoso y enjuto que se presentaba como Benito Vázquez soltaban las amarras con la ayuda del Manco. El último en subir a bordo fue William Thomas.

—¡¿Falta alguien?! —gritó Juan Ignacio.

—Ya estamos todos. Vámonos de aquí —respondió mi tío.

«Todos menos uno», pensé yo. El jinete que nos había guiado por la orilla de canal con la antorcha en ristre permanecía inmóvil observándonos desde la distancia. Manuel Lisa y George Drouillard levantaron un brazo en señal de despedida. El jinete hizo lo propio. Acto seguido jaleó a su caballo y se perdió calle arriba entre los muelles de San Luis.

—¿Quién es? —preguntó el Manco.

—El encargado de comunicar que hemos partido —respondió Lisa—. Meriwether Lewis.

La embarcación tomó rumbo oeste para abandonar el Misisipí a los pocos minutos de salir del almacén y siguió el curso del río Misuri.

Un repentino hueco en el estómago me hizo perder el control de las rodillas. Decidí sentarme antes de caer por la borda, pues el vaivén de las olas que se producían en el cruce de ambos ríos me había dejado sin aliento, algo asustado y aturdido. Apoyé la cabeza sobre las piernas dobladas, e, inmerso en un mareo somnoliento, escuché un murmullo de presentaciones y saludos a mi espalda.

—Es peligroso remar de noche. No deberíamos ir demasiado rápido —comentó alguien.

Pasaron aún unos minutos hasta que todo el mundo hubo dejado a buen recaudo su equipaje y encontrado un sitio relativamente cómodo desde el que poder remar y ayudar a La Santa Cruz a establecer un rumbo adecuado. Justo entonces noté su mano sobre mi hombro.

—Joaquín, ¿cómo estás?

—Bien, tío. Algo mareado ahora. Pero no es nada. Traigo conmigo todo lo que me diste en la casita.

—Perfecto. Tu tía y tus primos te envían recuerdos. —Hablaba con un tono relajado, habría dicho que visiblemente feliz por el hecho de emprender aquella aventura—. Rachel y yo hemos pensado en darte esto. Tómalo, es para ti.

Me sorprendió ver que mi tío sacaba de su talega un libro de tapas duras. Leí su título a la luz tintineante del candelabro que engalanaba la proa.

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha. *Primera parte. Escrito por Miguel de Cervantes.*

Mis cejas se arquearon y sonreí a Manuel, agradecido. Bajo el dibujo de un caballero armado con una lanza, que supuse que sería el tal Quijote, una última línea rezaba:

Impreso en Veracruz, Nueva España.

—Pasaremos muchas semanas ahí fuera. Seguro que tienes tiempo de leerlo. Ah, y toma esto también.

El medallón de mi madre. Lo dejé caer sobre mis hombros, rodeándome el cuello.

—Gracias…

El sonido de las aguas rugiendo bajo nuestros pies se hizo notar en aquel preciso momento. Mi tío se levantó y dio órdenes de establecer un turno tanto en la guardia y remo del navío como en el timón. Los hombres asintieron y

obedecieron de inmediato, y yo guardé el ejemplar del *Quijote* junto con el resto de mis bártulos.

Agarrando el colgante de plata de mi madre, apoyé la cabeza en uno de los barriles que se amontonaban bajo la amura de estribor. Puesto que mi tío no me había encomendado aún misión alguna, el sueño se apoderó de mí a medida que la barca avanzaba río arriba, adentrándose más y más en territorio salvaje.

El *Missouri Gazette*, primer periódico semanal de la región de Luisiana, publicaría meses más tarde en uno de sus primeros ejemplares que en torno a una veintena de hombres capitaneados por el comerciante español Manuel Lisa habían partido hacia terreno indio con la intención de establecer nuevos puestos comerciales y de explorar el territorio desconocido al oeste del Misuri. «Adentrarse en una tierra repleta de siux, pies negros y pawnees con tan pocos hombres —proseguía el periódico, fundado y dirigido por el empresario Joseph Charles, amigo de Auguste Chouteau— es una temeridad impropia de hombres sensatos. Manuel Lisa ni siquiera ha tenido en cuenta la opinión de los fideicomisarios y gobernadores de la ciudad de San Luis, que se enteraban de esta empresa a través del reputado explorador Meriwether Lewis. No obstante, el propio Lewis, recién elegido gobernador de la Alta Luisiana, tras el escándalo protagonizado por James Wilkinson, ha decretado que la financiación de este viaje es “perfectamente legal” y ha deseado al español y a sus acompañantes la mejor de las fortunas. Al hacerlo, ha recordado las palabras que, al parecer, el propio Manuel Lisa le habría dicho la mañana en que partió rumbo a lo desconocido: “Creo que ya habré recorrido una gran distancia para cuando otros estén aún decidiendo si empezar su viaje hoy o mañana”».

6

Abrí un ojo. Luego el otro. El frío de la mañana le helaba a uno los huesos por dentro. Me incorporé lentamente y solo tras frotarme los ojos con energía pude observar la amplitud del río Misuri, que se extendía ante nosotros aún más enorme y caudaloso de lo que la noche anterior lo había imaginado. En la margen derecha los álamos se alzaban tupidos, apiñados, y sus ramas inmensas apuntaban hacia el cielo luchando por encontrar la luz de aquel sol salvaje. A la izquierda, las rocas caían más abruptas y tras ellas se desplegaban un sinfín de colinas verdes y frondosas que se perdían en el horizonte. Por un momento, me imaginé trepando hasta sus cimas, divisando en la lejanía una manada de bisontes o identificando en la distancia el vuelo de un águila calva. De pronto, y pese al frío, me sentí un afortunado por estar allí, explorando aquella tierra virgen, tan lejos de la rutina tediosa y mortecina que me había acompañado en los últimos años. Me recuerdo también inocente. Ilusionado. Esperanzado por tener la oportunidad de afrontar con éxito aquella expedición en una tierra nueva y desconocida. «Una tierra repleta de sorpresas», pensé.

Tras ponerme en pie observé que el resto de la tripulación desayunaba y charlaba amontonada en la popa del barco, a los pies del pequeño alcázar.

Es curioso el modo en que los hombres conviven y se entretienen en un espacio tan reducido como las barcazas de río. Se agrupan por distintos motivos. Edad y galones son los principales, siempre por detrás del idioma. Los franceses, Jean-Luc y Bissonet, se disponían en torno a Drouillard esa mañana. El mestizo se había soltado el pelo, y su larga cabellera llegaba hasta el suelo de madera. Por los gestos que hacía y la vehemencia de sus palabras, compartía con los otros su experiencia en aventuras pasadas. A escasos metros, los isleños remaban y charlaban con Benito Vázquez, el más veterano del grupo, un gallego que a sus setenta años había pedido a mi tío realizar con él su último viaje hacia el oeste. A decir verdad, su conversación era más

banal, creo que intercambiaban opiniones sobre una prostituta de San Luis a la que —al menos Vázquez y Arturo— habían visitado en las últimas semanas. El joven William Thomas, de Virginia, y el soldado veterano Peter Weiser, de Pensilvania, remaban juntos al final del navío. Manuel Lisa, que timoneaba personalmente la embarcación y parecía poner oídos en todas las conversaciones, me dio los buenos días con una leve mueca. Por último, sentado bajo el mástil de la única vela de La Santa Cruz, se hallaba un hombre distinto a los demás. El joven se llamaba Diego de Goiri, y, aunque delgado, era bastante generoso de talla. Debía de rondar el cuarto de siglo. Quizá tuviese treinta años. Desayunaba una hogaza de pan untada con mermelada de arándanos y trataba de no mancharse con ella un poncho que a duras penas le calentaba los huesos. Entre sus manos sostenía un cuadernito de piel plagado de anotaciones, todas muy ordenadas, intercaladas con detallados y preciosos dibujos.

—San Carlos del Misuri —anunció Manuel desde el alcázar—, el último pueblo civilizado que nos encontraremos en unos cuantos meses.

Drouillard, Bissonet y los demás se pusieron en pie para observar la aldea que se alzaba en una de las orillas del río. Giré sobre mí mismo y, efectivamente, pude ver a lo lejos un conjunto de casas de madera ordenadas en torno a la pequeña iglesia de san Carlos Borromeo. Drouillard conocía bien el pueblo, pues en la expedición del capitán Clark habían permanecido algún que otro día esperando allí a que todos los miembros de la misión se hubiesen reunido y aprovisionado de alimentos, licor y tabaco. Se encargó de recordarlo con su curioso acento, y aquello suscitó la atención del viejo Vázquez. De Goiri cerró su libreta y se puso en pie de un brinco para divisar mejor la aldea.

—¿Sigue viviendo allí tu amigo Carlos? —preguntó Benito Vázquez al tiempo que miraba por el catalejo.

—Se marchó a Florida. Como casi todos los españoles —respondió mi tío virando la embarcación lo suficiente como para darnos a entender que no pararíamos a reponer víveres en San Carlos, o en Saint Charles, como se llamaba al lugar desde que los Estados Unidos compraran el territorio obligando a Carlos de Hault (antiguo gobernador del lugar y amigo de Manuel Lisa) a migrar a la Florida. El héroe local por allí, como aprendí tiempo después, era entonces un tipo llamado Daniel Boone. Un aventurero, comerciante, cazador e intérprete de los indios del que a menudo se contaban auténticas proezas. Dichas habladurías no tardaron en hacerse notar a bordo de La Santa Cruz.

—Dicen que Boone caza búfalos gigantes —susurró alguien.

—Yo he oído que ha batallado contra los pies negros en solitario.

—¿De verdad? Pensé que era un héroe de guerra.

—¿De qué guerra? —preguntó el Manco.

—De la guerra de la Independencia —respondió en inglés William Thomas. El chico de Virginia llevaba largo rato esforzándose por comprender la lengua española y, por fin, acababa de adivinar lo que decíamos—. Mató a decenas de perros ingleses con un hacha de madera y un arco con flechas. Sin usar bayonetas. Sin pólvora.

Ciertas o no, aquellas historias habían venido muy bien a los hijos del tal Boone, que, usando como bandera el apellido de su padre, habían montado en la zona varios puestos comerciales. Y aunque en 1807 aún no lo supieran, aquellos jóvenes estaban a punto de convertirse en los hombres más ricos de la ciudad. Algo inevitable, supuse. Aún hoy lo sigo pensando. No creo que exista el destino, sin embargo, creo firmemente en lo inevitable. Y al igual que lo era que aquellos chicos disfrutaran de la reputación de su padre, lo era que otro como yo, desprovisto de toda gloria, buscase esperanzado la suerte en aquella tierra remota. Como decía mi buena madre, a cada uno le da la vida un desafío que pone a prueba su coraje. Esa mañana intuí que aquel viaje sería el mío.

Pasado San Carlos, la tripulación volvió a hacer uso vehemente de los remos. La Santa Cruz se adentró así río arriba, avanzando lentamente hacia lo más salvaje de aquellas llanuras tupidas e inhóspitas. Los aromas y sonidos distantes de la inmensidad cobraron vida. Me di cuenta entonces de que el tal Diego de Goiri hacía caso omiso de nuestra conversación, ni siquiera miraba en dirección al curso del río, sino sobre los riscos escarpados que sobresalían en la linde del río.

—Ahora sí que no hay vuelta atrás, caballeros —se burló Vázquez, sonriente—. Si alguno se arrepiente de haber venido, que salte por la borda en plena noche, porque como le pille desertando a la luz del día, Dios sabe que ese mamón hijo de mil putas deseará no haber nacido.

—No blasfeméis, Vázquez —respondió el Manco, irónico—. Os tema por un hombre de fe.

El Viejo rio con ganas.

—Donde vamos no hay Dios que valga, hijo. Te garantizo que ninguno de los monstruos que vive río arriba sabe quién cojones es Dios nuestro Señor.

Así transcurrió un día, y otro, y llovió un poco cada mañana durante cuatro jornadas. Aquellas primeras noches dormíamos con el bote amarrado a la orilla, y hacíamos una decena de pequeñas hogueras a nuestro alrededor. De ese modo, decía Manuel Lisa, si los indios con actitud hostil nos veían en plena madrugada, la multitud de focos llameantes crearía en ellos la ilusión de que éramos una gran comitiva, y eso los mantendría alejados del campamento. Estaba muerto de cansancio, y, sin embargo, apenas lograba pegar ojo. El miedo, los nervios, el cansancio, los mosquitos, el barro.

Al amanecer, si podíamos y soplaba a favor la brisa, hacíamos uso de la vela. Pese a ello, los remos eran la mejor forma de conferir a nuestro esquife la fuerza necesaria para vencer ala corriente. Debido a ello, me habían brotado en ambas manos multitud de pequeñas heridas. En muchas ocasiones, cuando la corriente se animaba a coger algo de fuerza, había que saltar del barco, atar una soga a algún árbol y tirar de ella para salir pronto del atolladero. Otras veces, un tronco varado se interponía en nuestro camino, y si tras el primer aviso las ramas y palos a la deriva podían contarse por decenas, lo tomábamos como una buena señal: seguíamos la pila de maderas roídas hasta enormes diques de árboles tumbados en los que los isleños me enseñaban a cazar castores.

—Una castorera.

—Vamos a salir de aquí con unas cuantas pieles. Joaquín, saca el mosquetón.

—Lo tengo preparado.

—Aguanta el aire, chico —me decían—. Síguele con el cañón, Joaquín.

El fusil que me había regalado mi tío tenía guardamontes y una empuñadura tipo pistola, así que no fue difícil hacerme con él. Al amanecer de nuestra quinta jornada, escondido entre unas rocas y con la ayuda de Juan Ignacio, conseguí atinarle a un castor de un solo disparo.

—Apunta bien —me susurró él antes.

—Ya lo hago.

—¿Estás seguro?

El animal iba y venía entre los salientes de un dique inmenso y caótico que había junto a la orilla. Las ramas se entrelazaban y ascendían perpendiculares a la orilla, y sobre sus ramas inferiores correteaba mi primera pieza de caza.

—Creo que sí.

—Creer no es estar seguro.

—Entonces sí —respondí, más convencido.

—Pues dispara.

Un sonido atronador salió despedido de mi rifle, y la nube de polvo grisáceo se interpuso entre nosotros. El castor, como digo, resultó abatido de un solo intento. Arturo y Bissonet lo recogieron y lo apilaron junto al resto de animales muertos.

—¡Tu primera víctima mortal, chaval! —gritó Arturo desde la orilla.

Mi tío celebró el buen tino, y aunque no dijo gran cosa, noté en su mirada cierto orgullo que le hizo estar de muy buen humor el resto de la mañana.

—Pues ya dispara mejor que su padre —fue lo único que susurró cuando los demás le dieron la noticia.

Cinco animales abatidos. Luego fueron diez. Veinte. Cincuenta. La pila de pieles de castor crecía cada jornada. A nadie se le ocurría por aquel entonces pensar que algún día apenas habría castores. Que las incursiones de hombres blancos río arriba se contarían por cientos. Que el saqueo de aquella tierra a manos de sus futuros pobladores sería tan desolador para sus legítimos habitantes como rentable para los recién llegados. Creo que aquella primavera, años antes de que las rutas hacia el oeste se popularizasen entre los estadounidenses y los migrantes de todas las zonas de Europa, los exploradores de Manuel Lisa éramos prácticamente los únicos hombres blancos con el desconocimiento suficiente como para afrontar una empresa de semejantes características y no seguir más consejo que el de la propia intuición de mi tío.

Poco a poco, logré vencer mi timidez y charlar con los demás miembros de la expedición. Una mañana en que me levanté mojado, quejándome de la lluvia, Benito Vázquez, el Viejo, como todos le llamaban, se burló de mí diciendo que en su tierra natal —Santiago de Compostela, en España— llovía casi todos los días del año, y que aún no habíamos visto en América una lluvia como la que él mismo recordaba haber conocido de niño.

Antes de ser trasladado a la Luisiana, Vázquez había sido soldado en la España de Carlos III; pero, tal y como él decía, de eso hacía ya muchos años.

—Hace tanto de eso que ni me acuerdo, muchacho.

—Entiendo.

—¿Entiendes?

—Lo puedo imaginar, quiero decir.

—Bueno, qué sé yo. No sé cuánta imaginación tendrás.

—Me refiero a que puedo entender que eso fue hace tiempo…, y por eso no se acuerda bien…

—Ni me acuerdo ni me quiero acordar. Este oficio, si se puede llamar así, es para lo que nací. Estar aquí, intentar enseñar algo a esos putos indios. Comerciar con ellos. Fornicar de vez en cuando. Cazar castores y bisontes si Dios lo permite. Ya sabes. Esta puta libertad. Eso es ahora lo único que importa.

Por una cosa o por la otra, tanto había forzado el Viejo sus ojos oteando horizontes que aquellos ya no le dejaban ver con nitidez. Recuerdo que cada dos por tres desempañaba las lentes de sus diminutos anteojos con una camisa de lino turquesa, y maldecía la humedad del río cuando no tenía motivos para maldecir sobre otra cosa.

—La puta humedad, muchacho —decía—. Se me empañan los puñeteros cristales. Este maldito río de los cojones…

La verdad, se maldecía todo el tiempo a bordo del pequeño barco. Jean-Luc, uno de los chicos franceses de Drouillard, me enseñó una tarde a insultar en su propio idioma. Por ello, pasé toda una velada diciendo «*putain, merde, enculé*» y otras muchas cosas que ya no recuerdo pero que sin duda fueron el divertimento de todo el grupo.

Remar, cazar, comer y volver a remar hasta que se pusiese el sol.

Manuel Lisa escuchaba atentamente la mayoría de nuestras conversaciones, pero rara vez intervenía en ellas. Años más tarde comprendí que la autoridad que se precisa para liderar a un grupo de hombres en aquellas condiciones está reñida con cierto tipo de confianzas. Por ello, a menudo se obligaba a sí mismo a mantenerse apartado del resto, examinando sus mapas con cautela y tomando siempre notas en un pequeño diario.

Enseguida noté que con el único con el que se tomaba ciertas libertades en el trato era con Diego de Goiri. Incluso ocurría a la inversa, por lo que cada día me producía mayor curiosidad saber de qué se conocían mi tío y él y cuáles eran los motivos de tan estrecha confianza.

Acabé descubriéndolo una velada lluviosa en la que acampamos junto a un bosquecillo, recién pasada la desembocadura del río Osage. Hicimos un par de fuegos en el centro de un claro de la alameda. El ambiente era algo tenso porque Drouillard y mi tío nos habían pedido tener las armas bien cargadas y estar alerta. Al parecer, a partir de la desembocadura de aquel río la probabilidad de encontrar indios hostiles se acentuaba de forma considerable.

—Weiser, haz guardia en aquella colina —ordenó en inglés Drouillard—. Jean-Luc, permanece a bordo del barco.

Yo seguí sus instrucciones y, tras cenar un poco de carne de castor, me arrodillé junto a la hoguera. El sol se había puesto ya tras el horizonte y el cielo, anaranjado e inmenso pero salpicado de nubarrones, se ennegrecía por momentos. Fuera del círculo del campamento, con su vórtice de fuego, la pradera plagada de matorrales parecía desvanecerse en la oscuridad más absoluta. Saqué de mi talega el ejemplar de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y comencé a leerlo para apaciguar el miedo.

Capítulo primero, que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco…

—¿Qué lees? —me dijo De Goiri, de pronto, al tiempo que se sentaba a mi lado y se colocaba unos pequeños anteojos. Le mostré la cubierta de mi libro y asintió sonriendo. Vi que él también tenía su pequeño cuadernito entre las manos.

—¿Y tú? —le pregunté yo.

—Yo no leo, escribo. —Extendió hacia mí el cuaderno con cuidado, y, tras abrirlo, pude leer el título rotulado a mano en su primera página.

ESTUDIO DE LA NATURALEZA Y LA BOTÁNICA DE LUISIANA.

Miré a Diego con sorpresa y comencé a ojear el resto de las páginas.

EXPEDICIÓN DE MANUEL LISA. 16 DE ABRIL DE 1807.

Nada más dejar la ciudad de San Carlos, avistamos varias cabras de enormes cornamentas en los riscos cercanos al río Misuri.

Junto al texto, Diego de Goiri había dibujado un detallado esquema de una de las cabras, señalando su altura y la longitud de sus cuernos.

—¿Estudias a todos los animales?

—A todos los que puedo, desde luego. Plantas y animales. Trato de ampliar los resultados de la Real Expedición Botánica a Nueva España. Aunque este territorio ya no pertenezca a la Corona…

Removí el trasero sobre la roca de piedra dura y me incorporé levemente para permitir que la luz de las llamas iluminase con propiedad la libreta.

—Vaya… Es increíble. —Me quedé unos minutos más absorto ante los dibujos y anotaciones de Diego de Goiri, y a medida que pasaba las páginas, le hice varias preguntas. Quise saber todo sobre él, pues su extraña ocupación

me había producido mayor curiosidad que la de ningún otro hombre que hubiese conocido hasta la fecha.

Nacido treinta y dos años atrás, en Vizcaya, Diego de Goiri era naturalista de profesión. A los quince años había entrado como aprendiz en el Real Gabinete de Historia Natural de Madrid y allí había pasado su adolescencia, fascinado con las aves y animales que venían enjaulados desde América. A los dieciocho, se alistó en una expedición científica a Nueva España autorizada por el rey, y al llegar al puerto de La Habana, conoció a un jovencísimo Manuel Lisa, que en aquella época aún trabajaba para la Marina.

—Tu tío y yo viajamos juntos a Nueva Orleans, en el mismo navío. Nos hicimos buenos amigos.

Tiempo después, bajo las órdenes del capitán Bodega y Cuadra, en una expedición que llegó hasta la isla de Nutka, en el Pacífico, Diego de Goiri había conocido a su maestro y mentor, el naturalista José Mariano Mociño, con quién pasó largos períodos de tiempo catalogando especies del Nuevo Mundo.

Ahora, escribiendo estas líneas, comprendo que Diego representaba el triunfo de la razón y el progreso frente a las sombras oscuras de aquel primitivo pero creciente mundo en expansión.

—Así que cuando me disponía a acompañar a mi maestro a Madrid con los resultados de la expedición —concluía De Goiri, sonriente—, escuché lo que habían descubierto Lewis y Clark para los Estados Unidos, y quise quedarme para ayudar a ampliar nuestra investigación.

—Te acordaste entonces de mi tío…

—Tu tío me dejó venir con la condición de hacer también de cirujano del grupo. —Diego sonrió y se encogió de hombros—. No pude resistirme.

Aquello explicaba que la maleta de Diego fuese siempre llena de pinzas, sierras y demás aparejos destinados a arreglar las piezas maltrechas de un hombre herido.

—¿Crees que descubriremos muchos animales nuevos en este viaje? —pregunté, realmente deseoso de que así fuera.

—Confío que sí, la verdad.

—¿Y le pondrás tu nombre a alguno de ellos? ¿A alguna cabra gigante, o algo así? —Al oírme decir aquello, una tímida risa salió de los labios del vizcaíno.

—Hagamos un trato, Joaquín Lisa: si de verdad encontramos algún tipo de cabra gigante, le pondremos tu nombre.

Sonreí complacido, pero antes de poder devolver una respuesta amable, George Drouillard nos chistó desde el otro lado de la hoguera. Tanto él como el resto del grupo habían creído oír un ruido a nuestra espalda. Miré hacia atrás, compungido, y, si os soy sincero, me pareció oír un crujir de ramas lejanas.

Bissonet y Jean-Luc estaban tendidos tras un arbusto, señalando a la amenazante oscuridad e intercambiando impresiones.

Me acerqué al fuego, lo más que pude, con la intención de calmar el escalofrío que me producía pensar que algo pudiera estar acechándonos desde el otro lado de la arboleda.

—¿Tienes miedo? —me preguntó un susurrante De Goiri—. No pasa nada si lo tienes. Yo también lo tengo a veces en estos viajes.

Agradecí enormemente aquella sinceridad e intenté no pensar en ello, abriendo de nuevo mi novela y concentrándome en la lectura…

Es, pues, de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza…

—Tenéis razón. Alguien nos acecha —advirtió de pronto en inglés Peter Weiser, que había bajado a hurtadillas desde lo alto de la colina cercana.

Cerré el libro y lo guardé en la talega. Eché mano rápidamente a mi arma de fuego y suspiré tratando de alejar de mí pensamientos asustadizos.

—Peter, ¿qué has visto? —preguntó Drouillard.

—Ver nada, señor. He oído pasos y voces del otro lado de la alameda.

—Calma —susurró Manuel Lisa—. No os separéis y permaneced alerta. Si alguien necesita orinar, que lo haga en el propio campamento. Duplicaremos la guardia esta noche.

Nada más decirlo, se palpó el bolsillo del frac. Aquello me hizo recordar que, en ese preciso bolsillo, Manuel Lisa había metido, días atrás, el objeto que tan a buen recaudo había permanecido escondido en el escritorio de la casita.

Oímos ruidos durante toda la noche. Crujir de ramas, cantos rodados cayendo colina abajo, chapoteo de charcos y otro montón de zumbidos, chasquidos y estrépitos irreconocibles.

Yo permanecí despierto hasta el alba, con el mosquetón sobre el vientre, los ojos clavados en el cielo estrellado y el corazón a punto de salírseme del pecho. El sol apareció por el borde del mundo, y poco a poco las cosas comenzaron a revelarse en la oscuridad. Nos mirábamos algo compungidos. Simulando estar tranquilos cuando era evidente que ninguno lo estaba. Un par

de hombres inspeccionaron la zona con timidez y apagaron la poca llama que aún quedaba consumiéndose sobre las ramas carbonizadas. Después recogimos nuestros bártulos en silencio y volvimos a toda prisa a bordo de La Santa Cruz.

7

—Podría haberse tratado de un ciervo asustado, tal vez herido. No llegamos a distinguir nada —comentó William Thomas a media mañana de la siguiente jornada, haciendo lo posible por restar importancia al asunto. El joven de Virginia había hecho guardia apostado sobre la colina, al alba, cuando la primera luz bañaba el campamento, y aseguraba no haber visto nada fuera de lo normal.

«Tal vez fuesen solo cabras», susurraron unos. «Tal vez un oso», comentaron otros. Tal vez exploradores de la tribu osage.

—Si llega a haber sido una partida india hostil, nos habríamos visto en un apuro —se quejó Bissonet en una mezcla de inglés, español y francés, tratando de hacerse entender entre la tripulación pero escondiendo su lamento de los oídos de mi tío—. Somos muy pocos. Pensé que seríamos más. Es *un* locura estar aquí tan pocos.

—Silencio, Antoine.

—¿El capitán no planea decirnos adonde nos lleva? ¿Estaremos meses subiendo río arriba siendo tan pocos? Es ridículo, un suicidio…

Asustados por primera vez desde que había empezado nuestra expedición, comprendí lo intransigente que es el pánico y, sobre todo, la fiereza con que se manifiesta cuando se topa uno con el miedo a lo desconocido. Tal vez Bissonet llevase razón y aceptar aquel empleo había sido una insensatez proporcional a la inmensidad de aquel territorio inexplorado. O tal vez no existiese tal peligro y, por lo tanto, su lamento continuo fuese el único ingrediente capaz de minar la moral de la tripulación.

Manuel Lisa se limitó a escudriñar durante horas la linde del río. Cada cierto tiempo, dejaba el sombrero en manos de algún otro tripulante para acurrucarse junto a la pequeña amura de estribor y tomar el catalejo con ambas manos. Al hacerlo, contenía tras el semblante serio toda emoción posible. Cada uno de nosotros reaccionaba al nerviosismo según era. El Viejo

maldecía. El Manco bromeaba. Aunque, a decir verdad, tras el susto de la noche anterior, lo que predominaba a bordo de nuestro esquife eran los silencios y las quejas de los más desconfiados.

—¿Habéis oído lo de ese mapa? —insistía Bissonet—. Se supone que nuestro capitán lleva encima un mapa del que nunca nos ha contado nada…

George Drouillard advirtió enseguida las quejas del francés y le propinó una patada a modo de advertencia. Luego se acercó a Manuel Lisa.

—Manuel… ¿Seguimos adelante? No se ve nada. Es inútil. Como observar cuadro a través de *un* pared.

—Sigamos un poco más.

El río entero se había tornado en una espesa nube grisácea que apenas permitía dilucidar el trazo que dibujaba su cauce.

—Hoy no levanta la bruma —observé.

Pasé remando la mañana entera. Terna un sueño terrible, y cada poco rato había de forzar los ojos para distinguir dónde acababa el río y dónde empezaba el pasto.

—Huele a tormenta. No es normal tanta niebla en esta época del año —comenzó a murmurar Vázquez—. En una ocasión, cuando no era más que un crío, tuve que ayudar a mi primo a faenar en día de niebla. Salimos a la mar desde la playa de Muros, no muy lejos de Santiago…

Perdí el hilo de su historia al ver la madera de mi remo ensangrentada. Me detuve en seco. La costra sobre las llagas de mis manos se había roto de nuevo debido al roce continuo de las cuerdas de la pala. Al caer en la cuenta de aquello, incliné el cuerpo sobre mi talega y saqué de ella el par de calcetines limpios para proteger mis heridas con ellos. El Viejo proseguía con su historia.

—… aquel día le dije a mi primo: «Si vas a seguir jodiendo con esa cantinela, va a ayudarte a faenar la puta de…».

—¡Silencio! —ordenó mi tío.

Una fuerte sacudida sonó desde la orilla. La corriente apretaba extrañamente en aquel punto del río.

Sucedió entonces que acertamos a oír un ajetreo de voces ante nosotros y aminoramos nuestra velocidad por no provocar más ruido con los remos chapoteando en la superficie.

La niebla también era más densa en aquel tramo. Nos agachamos, bien escondidos. El recuerdo de los sonidos constantes de la noche anterior estaba aún demasiado presente como para tener que disponer de más motivos para la

precaución que aquellas voces lejanas. Reconocimos ante nosotros un islote fluvial repleto de álamos y matorrales.

El viento agitó las ramas con suavidad, haciendo que las hojas sonasen levemente al chocar las unas contra las otras. Al rato, Manuel Lisa divisó un extraño movimiento por el rabillo del ojo. Unas manchas oscuras se dibujaban en el islote. Su reacción rápida y segura alertó muy pronto al resto.

—Lisa, hay alguien en esa isla, bajo los árboles —advirtió, aun así, el Manco.

Manuel asintió y contuvo el aliento con una tranquilidad pasmosa. Drouillard echó mano de su mosquete y el joven William Thomas se arrodilló tras un barril de brea de Longás.

—Lo suponía. Que nadie haga ninguna tontería. Somos comerciantes. No necesitamos enemigos —susurró nuestro capitán.

Al virar el esquife sobre sí mismo, pudimos ver la estampa con claridad. Una sombra erguida entre la neblina del bosque. Era esbelta, alta y elegante. Se cubría la piel morena con una piel blanca como la leche.

—Es una mujer, una mujer india —indicó Arturo.

El isleño señaló con su trinchete en dirección a la gallarda figura. George Drouillard hizo una seña con su mano izquierda y acto seguido pronunció unas palabras en la lengua ponca de los omahas. La mujer retrocedió unos cuantos pasos.

—No parece omaha —señaló Manuel Lisa.

—Tal vez kaw.

Tal y como Drouillard señaló, se trataba de una mujer india de la tribu de los kaws, o «Kansas», como los llamaban los estadounidenses, haciendo honor al afluente del Misuri en que habitaba la tribu por aquel entonces, y que había sido llamado «Cansez» por los franceses unos años atrás.

La mujer hizo un amago de saludarnos cuando una decena de indios kaws aparecieron entre el follaje. Dos de ellos nos apuntaron con su lanza y un tercero comenzó a proferir amenazas y advertencias en una lengua extrañísima. Se me heló la sangre por dentro del cuerpo. Nuestro capitán se puso en pie de un brinco.

—Bajad las armas —ordenó Manuel Lisa al grupo. Aunque asustados, y pese a no confiar en aquellos indios, terminamos por hacer caso a nuestro capitán.

Durante un buen rato, permanecimos todos inmóviles. El río era una anchísima cinta grisácea adornada por los árboles de aquel islote y custodiado por aquellos indios que, amenazantes, la protegían de los forasteros. Uno de

ellos bajó su lanza. Comenzaron entonces a intercambiar frases cortas. Parecían discutir.

—¿Son pescadores? —preguntó Diego de Goiri, arrimándose lo más que pudo a la proa del esquife.

A medida que permanecíamos en el lugar y dejábamos que se acercaran, distinguíamos más objetos de los nativos. Entre los que habían dejado en el suelo, observamos aparejos de pesca, redes y dos canoas de abedul. En cuanto a los que llevaban sobre el cuerpo, mocasines, túnicas de ante, colgantes tallados y enormes pendientes ovalados.

—Vamos a bajar —dijo entonces mi tío.

—Es peligroso, Lisa. Me da que son hostiles, y no se ve nada con esta puta niebla —replicó Vázquez.

—Puede que no hayan visto hombres blancos en mucho tiempo…

—Precisamente por eso, capitán —el Viejo se acercaba a Manuel Lisa para aconsejarle al oído sin que el resto de la tripulación escuchase lo que decía, pero el silencio sobre el esquife era tal que más parecía estar dando las órdenes él mismo—, debemos esperar a bordo y tratar de hablar con ellos desde…

—Iremos con cuidado, Vázquez.

—Voy con usted entonces.

—No —amenazó Lisa con seriedad—. Permanezca a bordo. Thomas, Drouillard, conmigo.

Cuando nos hubimos acercado lo suficiente al islote, Manuel Lisa, William Thomas y George Drouillard se apearon muy despacio de la barcaza. Me puse en pie para observar mejor lo que ocurría. Los tres negociadores descendieron por la escalerilla ubicada en la popa con las manos vacías bien elevadas sobre la cintura, en señal de paz. Los indios los miraban ojipláticos, sin perder detalle de cada uno de sus movimientos.

—Con cuidado ahora. Que nadie haga ningún gesto extraño —ordenó Lisa.

Cuando llegaron a la orilla, los kaws gritaron, retrocedieron y discutieron de nuevo. Luego susurraron para sí. Una capa más espesa de niebla se dispuso entre nosotros y ellos.

—¿Dónde están? —preguntó el Manco.

Me desanudé los calcetines de las manos y agarré con fuerza el mosquetón.

Al cabo de un rato, Drouillard, que volvió a aparecer entre las nubes, hizo un gesto con la mano en señal de que esperásemos a bordo, y continuó

hablando, junto a Thomas y mi tío, con aquellos hombres. Durante unos minutos, estuvo ofreciéndoles tabaco, licor y una cesta repleta de pieles de castor. Algunos kaws bajaron sus armas ante la petición severa de la única mujer del grupo. Murmuraron palabras en su lengua.

—¿Son hostiles? Los kaws, digo.

No hubo respuesta a mi pregunta.

Con aquella bruma, apenas lográbamos ver lo que ocurría a tres palmos de nuestras narices, por lo que distinguir lo que sucedía en el islote se antojaba muy complicado. Los indios condujeron entonces a mi tío y a los demás hasta las canoas que tenían atracadas y bien subidas a la orilla. El resto de indios siguió a la comitiva por detrás, con las lanzas a media altura. La silueta de todos ellos se difuminó en la espesura.

—¿Adónde puñetas van ahora? —inquirió Vázquez, confundido con aquel encuentro, ceñudo y nervioso. Por un momento, noté en él el impulso errático de apuntar con el mosquetón en dirección a las canoas.

—Han dicho que esperemos —respondí yo, tratando de mostrar una templanza que no tenía.

—Me importa un comino. No me fío lo más mínimo.

Pasaron unos minutos que se hicieron eternos, y allí permanecimos. Quietos, inmóviles. Observé a Juan Ignacio, con las piernas abiertas y los fuertes puños sosteniendo el timón del esquife, muy a sabiendas de que tenía el ancla bien clavada en el fondo del río y los nervios contenidos tras el semblante turbado. A diferencia de Vázquez, el isleño era un hombre sereno. La templanza y la paciencia son virtudes para las que no todos los hombres están hechos. Tal vez sean virtudes poco frecuentes, pero tan útiles en tierra salvaje como la fuerza o el coraje.

Por fin, apareció Drouillard de entre las mismas nubes bajas que antes le habían engullido.

—Juan Ignacio —dijo el mestizo—, llevad *la* barco despacio, hasta aquella orilla. Son kaws. Parece que podremos comerciar.

Nos movimos con la torpeza que profiere el nerviosismo, y al cabo de unos minutos, logramos hacer virar la barcaza. Remamos a ciegas durante un pequeño tramo con la intención de llegar a la orilla opuesta. Poco después, un rayo de sol desgarró la capa de niebla baja. Aquello bastó para darnos cuenta de que el islote que habíamos visto era en realidad el cabo llano y arbolado que se formaba en la unión del Misuri con un río caudaloso y sin nombre que se formaba por encima del Kansas. Eso explicaba, pensé, la fuerza de la

corriente. Pasado un instante, el manto grisáceo volvió a cubrirlo todo, y la quilla del barco rozó ligeramente el fondo oscuro del río.

Unos minutos después ya caminábamos entre las hierbas y los juncos embarrados de la orilla del Kansas siguiendo muy de cerca los pasos de aquellos indios. Lideraba la expedición la mujer esbelta. Engalanada con una piel blanca, apenas había manchado su atavío por el bajo de la falda. La seguían de cerca los pescadores. Para mi sorpresa, sus mocasines no resbalaban en aquella tierra repleta de hierbajos y charcos profundos. De vez en cuando, viraban el cuello con la intención de no perder de vista nuestro rumbo, murmuraban y luego seguían caminando. Las pieles de ante que les cubrían el cuerpo estaban todas mojadas y manchadas de barro. Ni un soplo de brisa agitaba aquel día las plumas que algunos de ellos llevaban sobre la cabeza.

Oímos entonces el relincho aislado de un caballo y un murmullo de mujeres y niños. Uno de los indios gritó anunciándole al resto del grupo nuestra llegada. Aquel estaba a punto de ser el primer encuentro de nuestra comitiva con una tribu nativa, de modo que fijé la mirada en mi tío Manuel y traté de imitar todos sus movimientos.

—¿Dónde nos han traído? —dijo alguien a mi espalda.

Cuando nos quisimos dar cuenta, nos rodeaban cerca de diez tipis, y los más veteranos supieron al instante que nos encontrábamos ante una partida de cazadores de búfalos. En 1807, los kaws vivían mucho más al sur de lo que lo hacen hoy día. Es más, tal y como me explicó Drouillard días después, los hombres y mujeres de dicha tribu eran excelentes cultivadores del maíz, por lo que los niños se podían contar por miles en su residencia habitual, el poblado de Manyinkatuhuudje, justo en el cruce del río Big Blue con el Kansas, lejos de los ataques de pawnees y muy cerca de sus únicos amigos, los osages, viejos conocidos de Manuel Lisa.

Nada más vernos, los centinelas del campamento se dieron la novedad, y las cabezas sorprendidas empezaron a manar de entre las telas embarradas que conformaban el campamento. Las cuentas de los collares de los más jóvenes repicaban a medida que se acercaban a toda prisa. Algunos gritaron y otros tantos blandieron por un instante lanzas y trinchetes, pero no miento si digo que la voz de alerta tardó poco en convertirse en un manto de susurros curiosos y asustadizos. La niebla confería a aquella estampa un halo de misterio perturbador e inquietante.

Comprobé rápido que los kaws eran hombres y mujeres de tez morena, casi rojiza, y de una estatura considerable. Identifiqué también que el rostro

de la mayor parte de ellos era más ancho que largo, y sus facciones mucho más redondeadas que las de los indios comanches, único pueblo nativo al que yo había visto en el tiempo en que había vivido con mi difunta madre en la ciudad española de San Antonio de Béjar. La sorpresa, no obstante, parecía ser recíproca. Y es que aunque hoy día resulte imposible de creer, la mayor parte de aquellos hombres tampoco había visto jamás a un hombre blanco. Expulsados hacía un siglo del valle de sus ancestros, mucho más al este, competían en las últimas décadas con el resto de tribus por disponer de un pedazo de las tierras ribereñas del Misuri. Por supuesto, no imaginaban que también estas iban a ser muy pronto saqueadas por el crecimiento de una nación en aras de expandir su legítimo territorio.

—Mi nombre es Manuel Lisa —comenzó diciendo mi tío en un tono rotundo—. Soy amigo de los osages.

Al decir aquello, sacó de uno de sus bolsillos un pequeño tótem con forma redondeada y lo mostró a alguno de los indios más avezados. La talla, supe después, era un símbolo de la danza *l'nlon schka* de los osages. Drouillard asintió y añadió unas palabras en la lengua de los osages, muy similar a la de los kaws. Un indio joven, robusto y ataviado con un paño rojizo sobre la cabeza se hizo cargo de la situación tras el ademán de quitarse de encima a los pescadores con los que nos habíamos topado hacía ya un buen rato. Llevaba al cinto un cuchillo afilado con tachuelas y unos mocasines embarrados adornados con espinas de ursón teñidas. Rondaría la treintena, y hablaba en nombre del resto. Sin dejar de murmurar palabras en su lengua, y con la ayuda de la mujer que nos había guiado hasta el campamento, condujo a la comitiva entre el resto de tiendas arracimadas. El hedor a sangre seca era más presente a medida que nos internábamos en lo profundo del campamento. Comprendimos de dónde provenía cuando pasamos junto a dos indios que desollaban la piel de un bisonte descomunal. La carne estaba cortada en tiras largas y estrechas y colgada de una cuerda deshilachada. A duras penas conseguían secarla con la niebla baja invadiendo su campamento.

—Bisontes —susurró el Manco—. Si están aquí acampados, es que hay cabezas de toro en esta zona.

—Caballos —apuntó Lisa—; lo importante es que tienen caballos.

Rodeamos un roble blanco en el que había atadas por lo menos una docena de monturas. Al fin, paramos en seco. El kaw que nos guiaba dispuso una lona de ante junto a la entrada de uno de los tipis. Luego sacó de un baúl un tallo alargado y le prendió fuego por uno de sus extremos. Poniéndolo en

el suelo, sobre una roca grisácea, nos invitó a sentarnos en torno al hilito de humo que expulsaba la rama.

Hasta donde recuerdo, nos sentamos en aquella piel seca seis personas. Manuel Lisa, George Drouillard, Peter Weiser, Diego de Goiri, el Manco y un servidor. El resto de la compañía se quedó varios pasos atrás, esquivando como buenamente podían las miradas inquisitivas de una veintena de indios asustadizos.

El protocolo negociador de mi tío era casi ritual. Primero ofrecía a sus interlocutores una pequeña ofrenda; un regalo como símbolo de sus buenas intenciones. Aquel día, fue un reloj que extrajo con cuidado de la talega de cuero. El indio lo recibió de buen grado, sonriendo y mostrándolo a todos los demás. Después, intentaba entablar conversación. Preguntaba quiénes eran. De dónde venían. Qué hacían allí. Tal y como los más veteranos habían predicho, aquellos indios formaban parte de una partida de caza kaw que llevaba varias semanas al norte de su pueblo. Por último, trataba de intercambiar con ellos alimentos, pieles, herramientas y animales de carga. Esa tercera parte, la más importante si cabe de las que he mencionado, tuve que aprenderla semanas más tarde, pues nuestro primer *encuentro con los nativos fue de todo menos* constructivo.

—He visto que tenéis caballos —fue lo último que logró pronunciar Lisa en un tono calmado. Apenas habíamos entablado diálogo con nuestro anfitrión cuando el sonido de cuatro caballos a galope invadió el campamento. Una pequeña comitiva de cinco o seis kaws irrumpió junto a nosotros.

—¿Quiénes son estos? —inquirió en inglés Weiser.

—No lo sé, pero no traen cara de ser amigos nuestros —respondió el Manco.

Los recién llegados espantaron la niebla como por arte de magia. Después se apearon del caballo a voz en grito. Dos de ellos lucían prominentes plumas y pinturas de guerra sobre el rostro. El más viejo de los guerreros, que era tuerto, señaló con furia a nuestro amigo y acto seguido clavó su único ojo sobre nosotros con un gesto encendido, hostil. El indio del pañuelo rojo sobre la cabeza se puso en pie metiendo en su bolsillo el relojito que le había dado mi tío. Ambos comenzaron a discutir a voz en grito. Nos pusimos en pie muy despacio. El corazón volvía a palpitarme a toda velocidad.

—George, ¿los entiendes? ¿Qué están diciendo? —susurró Lisa.

Drouillard frunció el ceño y ladeó la cabeza apretando los ojos con intención de aguzar su oído.

—Están enfadados —dijo por fin.

—Eso ya lo estoy viendo. ¿De qué hablan?

—El alto no *quiera* comerciar contigo.

Pese a lo evidente de sus mensajes, el mestizo se esforzaba por entender algo de aquella conversación. Manuel Lisa se impacientó.

—Dile que yo hablaré con él —insistió Lisa.

—No creo que sea *buen* idea. Dice que hombres blancos robaron a su hija.

—¿Hombres blancos? Nosotros no tenemos nada que ver con eso.

El rostro serio de mi tío permaneció inmóvil ante la traducción de su amigo. Miré hacia atrás y comprobé entonces que el viejo Vázquez y Bissonet hacían gestos indicando que nos fuéramos pronto de allí. Drouillard se atrevió a participar de la discusión. Al poco tiempo, los gritos empezaron a ser ensordecedores. Por un momento, noté cómo los únicos que mantenían la calma eran nuestro anfitrión, Manuel Lisa y Drouillard, que en ese preciso instante había dejado de musitar palabras en la lengua de los osages para empezar a hablar en francés. Ante dicho cambio, detrás de nuestra posición, otros kaws empezaban a murmurar y a blandir en alto hachas y trinchetes.

—Manuel, creo que debemos irnos —advirtió Diego de Goiri, y me cogió del brazo con fuerza.

No obstante, Lisa permanecía allí quieto, tratando de resolver el desaguisado.

—George, ¿qué hombres blancos han robado a su hija? —preguntó entonces mi tío.

—Franceses, creo —respondió Drouillard.

La respuesta nos pilló a todos por sorpresa.

—¿Franceses? ¿Los Chouteau?

Lo que ocurrió después fue tan rápido y disparatado que apenas logro encontrar palabras que lo describan con justicia. El hombre tuerto lanzó un lamento al viento tan furioso como desgarrador. Agarró un hacha del suelo y se la arrojó al indio con el que discutía. Falló. El filo se hundió en el brazo de la mujer que nos había acompañado desde la orilla del río, y el rojo de su sangre tiñó la piel blanca y lisa con la que cubría todo su cuerpo. Un joven corpulento la cogió en volandas antes de que pudiese desplomarse. El forcejeo de los presentes se convirtió en una marabunta de patadas, mordiscos y cuchilladas. Un trueno distante resonó entonces en el campamento y la tormenta más absoluta sobrevino en plena pelea.

—¡Al barco! —gritó Manuel Lisa haciendo gestos con los brazos y buscando la silueta de sus hombres en el horizonte—. ¡Volved al barco!

La lluvia empezó a calarlo todo, como si el aliento contenido de las nubes bajas hubiese querido preceder al caos de la pelea. Me zafé de un par de brazos que pretendían darme caza. Salté por encima de una carreta repleta de carne seca y me abrí camino entre los tipis de la tribu.

—¡Rápido! —exclamó Vázquez al tiempo que tiraba de la pechera de los demás con fuerza.

Susurré muy bajito, casi para mis adentros:

—Salgamos de aquí…

Corrimos ajenos al desconcierto de la pelea. Atropellados, sin demora. Si no me equivoco, Drouillard nos gritaba desde la delantera. Unos cuantos iban junto a él, y cada vez que volvía la mirada comprobaba que otros tantos nos seguían desorientados. A mi lado corrían el Manco y Diego de Goiri. Intuyo que ambos con un susto proporcional al propio, a pesar de que no nos perseguía ninguno de los kaws que acababan de protagonizar la refriega.

Íbamos calados. El pantalón chorreaba, y el poncho había calado ya mi camisa de botones. Por fin, logramos salir del campamento, atravesar la llanura embarrada y vislumbrar de nuevo el río. A partir de ahí, el camino era fácil. No temamos más que trazar una línea recta hacia el norte, dejando al lado derecho las colinas rocosas y siguiendo la margen derecha del Misuri.

Ya casi habíamos llegado cuando eché la vista atrás. Manuel Lisa se había parado en seco. Rostro serio y mirada perdida tras unos ojos bien abiertos. Me detuve nada más verle. Los demás corrieron en dirección a La Santa Cruz.

—Tío… Capitán…

—¡Seguid sin mí!

—¿Qué ocurre?

Manuel Lisa no respondió. Se limitó a mirar en todas las direcciones y a escudriñar con desasosiego el terreno embarrado. Se palpaba, nervioso, los bolsillos de su atavío.

—Tío, ¿qué ocurre?

En ese preciso instante, Lisa se tiró al suelo, rescató del fango un sobrecito marrón y sacó de su interior una cartilla cuadrada. Sopló sobre ella con un mimo inusitado dada la situación, y la guardó con rapidez en el bolsillo interior de su abrigo. Luego se incorporó, comprobó que nadie nos seguía y volvió a caminar a toda prisa. Pasó junto a mí sin apenas mirarme y golpeó mi hombro, animándome a reanudar la marcha.

Para cuando llegamos al barco, la tormenta había amainado y casi había anochecido. Hasta que Vázquez mandó a los tripulantes guardar silencio,

sobre el esquife eran todo murmullos, quejas y lamentos, entre los cuales, por suerte, tan solo cabía mencionar heridas leves y rasguños.

—No podemos navegar a oscuras en esta zona del río. Atracaremos en esa playa. Descansaremos y seguiremos al alba.

Bissonet, que entendió a la perfección las palabras de mi tío, usó el inglés para protestar por aquello.

—Estamos demasiado cerca. Nos encontrarán durante la noche. Continuemos un poco más.

—No. Es peligroso remar en plena noche, nos acercamos al Platte.

—Esos putos salvajes saben qué rumbo llevamos. Nos habrán seguido…

—Supone usted demasiado, Antoine —interrumpió Lisa con severidad.

Si bien es cierto que me molestaba que Bissonet cuestionase de tal modo el liderazgo de mi tío, el susto de la disputa con los kaws me hacía querer huir de aquella parte del río tan pronto como nos fuera posible.

—¿De verdad pretende construir un campamento río arriba, capitán? —insistió el francés—. Apenas hemos logrado escapar a salvo de una partida de caza. Somos muy pocos… Es un milagro que sigamos todos con vida… —protestó de nuevo el francés.

—Bissonet, se lo digo a usted por última vez: cierre la maldita boca. Drouillard, le hago responsable de las palabras de su ayudante. Ate usted a Bissonet en corto o acabará lamentando contradecir mi mando.

Los demás atamos la soga del barco a un álamo enorme y encendimos una hoguera pequeña, bien escondida tras una maraña de rocas. Rodeamos la lumbre con la intención de secarnos la ropa y asamos un poco de carne de castor que comimos en absoluto silencio.

—Joaquín. ¿Tú qué dices?

—¿Sobre qué?

—El indio tuerto. El kaw. Nos ha seguido… —susurró el Manco—, ha descubierto nuestro rumbo y vendrá con sus espíritus a matarnos en plena noche.

—¿Espíritus?

—Espíritus de los salvajes. ¿No te diste cuenta? Cuando apareció en el campamento, se disipó la niebla. Cuando gritó, un puñetero trueno partió el cielo en dos, solo cuando nos dejó de perseguir paró la lluvia…

—Nadie nos matará en plena noche, y menos aún un espíritu de los salvajes —respondí yo, y guardé en la talega munición, cuenco de latón y tenedor. Mis calcetines seguían empapados. Tenía el cuerpo sembrado de magulladuras. Había sido un día agotador precedido de una noche agotadora.

Lo último que necesitaba eran cuentos sobre espíritus del bosque—. Voy a tratar de dormir algo.

Me tumbé sobre la arena extendiendo la manta bajo mi cuerpo. Observé un rato a Manuel Lisa, que seguía despierto, a poca distancia de las llamas y palpándose el bolsillo del abrigo con cautela. Aquello que casi pierde en plena huida había de ser sin duda lo mismo que había cogido semanas atrás del escritorio de la casita.

Cerré un ojo. Luego el otro. La quietud tenue y constante de las aguas del río rozando contra las rocas confería a la velada una melodía irresistible.

—¿Habéis oído eso? —volvió a susurrar el Manco.

Casi habría sido capaz de girar sobre mí mismo y golpearle de no haber sido por la respuesta afirmativa del que menos cabía imaginar:

—Yo sí. Alguien se acerca —respondió Diego de Goiri.

El crujir de unas ramas cercanas alertó definitivamente al pelotón. La sorpresa fue lo primero. Luego la sospecha. A toda prisa, Thomas derramó sobre el fuego un puñado de arena y nuestra posición exacta se diluyó en la oscuridad.

Pisadas. Pisadas acompañadas de un ruido metálico.

Volví a ponerme en guardia. A duras penas logré vislumbrar la reacción confusa de los hombres. No sé si fue la mirada seria de mi tío, la expresión desafiante de Drouillard o los ojos y el rostro del asustado Diego de Goiri, callado y a mi lado, lo que congeló mi alma.

—¿Nos habrán seguido hasta aquí? —advirtió alguien.

Eché mano a mi arma y comprobé que estaba cargada. Jean-Luc apuntó a la frondosidad del bosque con recelo al tiempo que retrocedía un paso. El silencio duró el tiempo preciso en que Manuel Lisa decidió, por lo contrario, llegar hasta donde estábamos, dar un paso adelante, señalarnos y alzar el brazo haciendo un gesto:

—Tú, tú y tú, conmigo.

—¿Yo? —pregunté.

—No, Manuel. Es *un mal* idea —susurró Drouillard.

Pero mi tío hizo caso omiso de aquello. El Manco, Weiser y yo mismo le seguimos agachados entre las ramas bajas del gran álamo en el que habíamos atado el esquife. Sentí que el latir de mi corazón era el único ruido capaz de delatar nuestra posición en la negrura de aquella playa.

Pronto comprobé que estábamos rodeando —por la parte alta de la alameda— el origen de las pisadas. Nos detuvimos. Manuel Lisa se quedó en

silencio dejando que sus ojos escudriñasen la lobreguez y que sus oídos detectasen algún tipo de sonido.

Esperamos unos segundos y entonces las escuchamos de nuevo, más cerca que nunca. Pisadas seguidas del tintineo de unas cacerolas.

En ese instante, antes de que pudiésemos darnos cuenta de lo que ocurría, mi tío nos hizo una segunda señal y se abalanzó de un brinco al otro lado de un arbusto. Para mi sorpresa —pero no para la suya—, impactó de lleno contra la figura ensombrecida de la que emanaban aquellos sonidos.

El grito de un hombre sorprendido por el ataque rompió la tensión sostenida de la noche, y unos ladridos nerviosos se encargaron de hacer el resto. Justo después, el Manco corrió a ayudar a Manuel lisa, añadiendo un puñetazo a la mandíbula del extraño, al que ahora sí pude ver con nitidez. Cayó rodando sobre la arena, con una mano ante los ojos y la otra en la rodilla, tratando de revolverse para ver la cara de sus atacantes. Weiser y yo, que habíamos corrido hacia el lugar de la contienda, pudimos echar una mano a Manuel y al Manco y prendimos rápido al desconocido, que en ese momento nos miraba con sorpresa. Contra todo pronóstico, se trataba de un hombre blanco, de mediana edad y tupida barba rubia, que desde luego no esperaba que nosotros también lo fuéramos. Un gran perro, al que por su color negro era difícil ver, ladraba y gruñía a escasos pies, dispuesto a atacar en cualquier momento. Solo cuando el Manco apuntó con el rifle al perro, pudimos oír la voz rabiosa de aquel hombre, exigiendo en un perfecto inglés que no disparásemos al animal.

—¿John? ¿John Colter? —inquirió Manuel Lisa, confuso. El tal John examinó con detenimiento la cara de mi tío, escudriñando su rostro en busca de algún rasgo conocido.

—¿Manuel Lisa? —preguntó al tiempo que el resto de la expedición llegaba hasta el lugar en el que le temamos retenido—. ¿George Drouillard? ¿Qué hacéis vosotros aquí?

8

Los ojos de Manuel Lisa siempre anticipaban lo que nos íbamos a encontrar tras cada giro que daba La Santa Cruz. Llegué a creer que era capaz de ver a través de los álamos y los fresnos, que en aquella parte del río estaban más desordenados, como si ya hubieran desistido de seguir un orden lógico y hubiesen preferido apelotonarse en las orillas.

El río nos guiaba ahora ligeramente hacia el sudoeste, pero los pelícanos pasaban volando en sentido contrario, surcando el cielo en forma de cuña, como si el Todopoderoso nos advirtiese con una flecha en el cielo de que diésemos media vuelta y regresáramos por donde habíamos venido.

—¡Es una señal de Dios! —gritó en francés François Bissonet.

—¡Tal vez en aquella dirección encontremos una manada de bisontes, o alguna colina segura en la que establecer el campamento, capitán! —añadió Juan Ignacio.

Manuel Lisa se limitó a observar a sus hombres de soslayo y a conceder una sonrisa a su amigo naturalista.

—Dios no planea decirnos nada. Menos aún, a través de unos pelícanos. Vuelven a casa —comentó Diego de Goiri respondiendo a las supersticiones de los demás tripulantes—. Probablemente hayan pasado el invierno en el golfo de México.

Un enorme pelícano americano, con sus alas extendidas y numerosas anotaciones bajo las patas, quedó dibujado aquel día en el cuaderno del vizcaíno.

Más tarde, tuvimos que usar la soga y los remos a modo de palanca para salir de un pequeño remolino que se había formado en el agua bajo nuestro peso.

—Mirad, más cabañas —advirtió Vázquez oteando la resbaladiza orilla del Misuri. Un conjunto de en torno a diez o quince cabañas de tierra derruidas bajo la arboleda podía divisarse a simple vista.

Indios omahas. Tiempo atrás habían colonizado en pequeños campamentos todo el cauce del río, desde la desembocadura del Platte hasta los territorios del norte, casi en el nacimiento del propio río. La llegada de los europeos, y su constante y perpetua guerra contra los siux, los habían obligado a abandonar aquellas aldeas y agruparse en torno a Tonwantonga, la capital de su amenazada nación. En ella vivía su jefe, Ontopanga, a quien mi propio tío había visitado en cuatro ocasiones.

—Y allí hay al menos cinco cabañas más. Todas abandonadas.

No habíamos dejado de verlas desde la noche en que dormimos mojados y asustados entre el río Kansas y el Platte. Aquella noche en que John Colter y su perro casi nos matan de un susto —y nosotros a él— apareciendo por sorpresa en la playa en que acampábamos. Colter, que había decidido acompañarnos al enterarse de que íbamos a establecer un campamento y a emprender una partida de caza subiendo el Misuri, conocía a mi tío Manuel, y sobre todo a George Drouillard, de la expedición de Lewis y Clark. El propio Drouillard fue el más sorprendido de haberle encontrado, pues, según nos dijo, todo el mundo le daba por muerto.

Al parecer, Colter llevaba tres años en territorio salvaje, sin tomar contacto alguno con la civilización, ya que había pedido de manera expresa a Lewis no regresar a San Luis con el resto del grupo. Aquella hazaña, que a mí me había dejado boquiabierto, le había mantenido un total de cinco años recorriendo —primero acompañado y luego en solitario— los afluentes y bosques que había al norte del Platte, por lo que mi tío celebró que aceptase un contrato de seis dólares al mes con toda la euforia que era capaz de manifestar. Y, aunque como más tarde veréis, el destino de Colter estaba estrechamente ligado al mío, recuerdo que lo que más me gustaba del estadounidense por aquel entonces era su acompañante peludo, Fang, un enorme y robusto perro de aguas de San Juan que pasó de inmediato a ser el primer y único miembro canino de la compañía.

—Colter —le dijo una mañana mi tío—. ¿Cómo estás?

—Vivo. Y empleado de nuevo. Y además esta noche he dormido como un oso. No me quejo.

—Quiero preguntarte algo.

—Soy todo oídos, capitán.

El de Virginia, que reposaba la cabeza sobre el lomo del perro, se mesó la barba, se incorporó y escupió por la borda. Mi tío le miró con gesto sereno.

—Los kaws con los que nos topamos hace unos días insinuaron haber tenido problemas con hombres blancos. Con franceses, dijeron.

—Eso me ha dicho George, sí…

—¿Y bien? ¿Lo crees posible?

Colter se encogió de hombros.

—No veía a un hombre blanco desde hacía más de cinco años, Manuel. No sé, de ser cierto, esos franceses no son de Montreal.

—La Compañía de la Bahía de Hudson no opera tan lejos de los lagos.

—Usted lo ha dicho, capitán: sean quienes sean, los franceses con los que se cruzaron los kaws subieron desde San Luis.

A mediodía, el viento que soplaba desde las montañas era cálido y agradable, el sol resplandecía en lo más alto y ni una sola nube podía contemplarse en el cielo, enorme y azul. Mientras la guitarra del Manco sonaba al compás del fluir del agua, sostuve en mi mano el colgante plateado de pequeños ribetes que había pertenecido a mi madre. Me acordé de ella durante un buen rato. Pensé en ella. En si habría visto con buenos ojos todo aquello. Si habría aprobado el hecho de que su único hijo se adentrase en territorio salvaje con unos desconocidos. «Probablemente no», me dije. Entonces empezaron a cantar los isleños, con un tono dulce y melancólico, al ritmo de la guitarra del Manco.

—«Yo, que arribé a esta costa, buscándome el abriguito, sentí una voz que decía: “Aquí estamos heladitos”. Era yo un pobre jaibero…». —Cantaban algo que ellos llamaban «décimas» y que solían interpretar como pasatiempo. Fueron tantas las décimas que oí aquellos días que aún hoy las recuerdo, y a veces sin quererlo las tarareo en mi cabeza. Los que me conocen saben que esta misma que interpretaron a bordo del barco en aquel día de primavera es la que a menudo canto en las *rendez vous* o cuando camino junto a un pelotón de forasteros por nuestro bosque:

Era yo un pobre jaibero,
pescando en pleno febrero,
y entonces dijo otro jaibero:
«Hemos dado a un avispero,
maldito el mes de febrero…».

Durante el almuerzo, algunos de los hombres se mostraron nerviosos, susurrándose cosas al oído y riendo a carcajadas. Yo miré a Diego de Goiri en busca de una explicación y este se encogió de hombros al tiempo que guardaba en el baúl sus diminutos aparejos científicos. En aquel instante, unos brazos le agarraron los tobillos y le hicieron perder por completo el equilibrio. Cuando traté de incorporarme para ver quién había tumbado al señor

De Goiri, noté cómo una mano tiraba de mi camisa y me hacía caer al suelo con brusquedad. Otra mano rodeó mi cuello y una tercera me inmovilizó las piernas. Intenté zafarme, pero solo logré que más y más manos se unieran a la causa de mis captores. Sentí sus respiraciones resoplando contra mi cuello y escuché una ola de carcajadas brotar de todas partes. Con el rabillo del ojo vi cómo alguien tiraba a Jean-Luc por la borda, y unos segundos más tarde, el Manco y De Goiri ya chapoteaban en las aguas del Misuri.

—¡No sé nada! —recuerdo oírme gritar al tiempo que pataleaba y me retorcía como un corcel salvaje. Mi tío observaba todo desde la distancia, con los labios arqueados en forma de sonrisa contenida.

Justo cuando creí que iba a escaparme, los enormes brazos de Drouillard me levantaron del suelo haciéndome volar por los aires. Caí al agua con toda la barriga, chocando contra el fondo de arena tras bajar algunos palmos y sintiendo cómo el frío inundaba todo mi cuerpo. Cuando subí a la superficie, de un brinco, la ropa me pesaba tanto que apenas era capaz de mover los brazos para mantenerme a flote.

—¡Me ahogo! —Desde la superficie del río vi al barco alejarse, y sobre él a toda la tripulación, riendo, asomada expectante por la borda—. ¡Me ahogo, mald…! —grité una vez más, tragando una bocanada de agua que me hizo cerrar la boca a media frase. Chapoteé y maldije durante unos segundos antes de hundirme completamente bajo el agua. Abrí los ojos. La arena del fondo se arremolinaba descontroladamente a mi alrededor y el peso de las botas era como un ancla bajo mi cuerpo.

«Moriré aquí», empecé a pensar.

Pero no pude completar aquel trágico razonamiento, porque cuando quise darme cuenta, sentí de nuevo el fondo arenoso bajo mis pies. Me puse en pie de forma instintiva, y una vez más, salí a la superficie. El agua me llegaba por la cintura, y al mirar atrás vi que estábamos a apenas unos pasos de la orilla. De Goiri, Jean-Luc y el Manco ya tendían sus ropas sobre las ramas finas de un arbusto con la intención de secarlas al sol de media tarde. Al mirarnos, y mirar al barco atracando a tan solo unos metros de donde estábamos nosotros, no pude evitar soltar una sonora carcajada. Cuanto más reían —el Manco y los demás desde la orilla y Drouillard desde el barco—, más reía yo mismo. Salí del río y el agua brotó de mis botas como una catarata interminable. Nada más alcanzar tierra firme, me tumbé en aquella playa de pequeñas rocas grises y descansé, pues de la risa y del esfuerzo me dolía enormemente la barriga. «Desde luego, a madre no le hubiese gustado esto. Pero está siendo divertido», pensé. Cuando se llegaba lo bastante al noroeste y se entraba en

tierra de búfalos, era costumbre entre los hombres de mi tío empujar al agua a los novatos que nunca habían viajado lo bastante lejos como para haber visto con sus propios ojos las grandes llanuras del curso medio del Misuri.

—El Manco y Arturo irán con Colter y con el perro del señor Colter. Jean-Luc, Bissonet, Weiser, con Drouillard, hacia el sur. Thomas, usted colocará las trampas en la orilla opuesta. Que nadie cruce allí hasta que yo dé la señal. Joaquín vendrá conmigo; subiremos a aquella loma, no será difícil encontrar un buen escondite. Hay cabezas de toro para todos en este lado del río, así que paciencia: no quiero a ninguno atrapado en una estampida. Juan Ignacio, en el tiempo que estemos fuera el mando corresponde a Vázquez. Vigilad bien el barco y no perdáis de vista la posición del sol. —Tras decir todo aquello en un tono firme y conciso, mi tío se acercó a De Goiri, dio una palmada sobre su hombro y le susurró, sonriente—: Diego, tienes dos días libres. ¿De verdad los vas a pasar tomando notas en una libreta?

—Oh, por supuesto, capitán; alguien debe estudiar a estas criaturas antes de que ya no quede ninguna —respondió De Goiri con ironía. Manuel Lisa le sonrió.

—Está bien. Ten cuidado. Pide a Juan Ignacio que te acompañe si te alejas demasiado del barco.

—Tranquilo. Que haya decidido no matar bisontes no implica que no sea capaz de defenderme de ellos o de cualquier otra amenaza.

El contrato que cada uno de aquellos hombres había firmado con Manuel Lisa era sin duda revolucionario para la época: un porcentaje de la venta de cada una de las cabezas de ganado que los hombres consiguiesen abatir iría directo al bolsillo de su respectivo verdugo. De ese modo, Lisa combatía la holgazanería, se garantizaba que cada uno de los cazadores tratase de abatir al mayor número de bisontes posible y motivaba, al dividirlos en grupos de dos o tres hombres, que cada equipo compitiese contra el resto por obtener el mejor botín.

Estaba claro que mi tío, pese a ser un hombre reservado, poseía un don incomparable para el liderazgo. Un don que, con envidia y admiración a partes iguales, aprendí a reconocer y a distinguir a medida que pasaban las semanas. En su mirada, en su carácter. En el tono grave y fascinante con el que era capaz de hablarnos a todos. Aquel día, mientras ascendíamos colina arriba cargados con una manta de ante y agazapados entre las hierbas, me dio alguna lección al respecto.

—Debes tener un conocimiento pleno de tus fortalezas, Joaquín, y de tus debilidades también, claro, para aprender a verlas en los demás. Y en ti

mismo.

Subíamos ladera arriba, no por donde habría sido más lógico o más sencillo trepar, sino justo por donde su olfato nos hizo perdernos.

—¿Y cómo sé yo cuáles son las debilidades de los demás? —pregunté algo extrañado.

—¿Cómo dices?

—Si no conozco las propias.

—Debes conocer las inquietudes de todos los que te acompañan. Cada hombre es distinto, y nunca se sabe por dónde va a salir, por eso es bueno prevenir la música antes de que empiece el baile. —Miró de reojo mi reacción confusa y esperó a que hubiese dado unos pasos hasta haberme colocado a su altura—. Sé, por ejemplo, que lo que estás a punto de ver te sorprenderá más que a ninguno.

Nos alejamos poco a poco del grupo y al cabo de una hora aparecimos sobre una gran roca desde la que divisé, por primera vez en mi vida, una gigantesca manada de bisontes. La atmósfera de quietud y armonía era abrumadora. Un espectáculo para la vista, sin duda. Al menos dos centenares de aquellos toros inmensos pastaban junto a los islotes que formaba el Misuri en una de sus orillas. Admiré durante un rato el sosiego de la loma y dejé que acompañase a la vista un aroma de hierba mojada apenas consumido por el viento. Los bisontes parecían hormigas que iban y venían entre los pastos al ritmo de un compás meticuloso.

Vimos que unos pocos de aquellos animales estaban más próximos al río, así que fuimos hacia allí, muy despacio.

Era mucho más fácil, según comprendí esa mañana, dar caza a los animales junto al agua. Así luego no había que cargar con sus pieles y sus cuerpos más que para subirlos al barco.

Descendimos por la colina lentamente, por el lado opuesto al que la habíamos subido, y cuando por fin hubimos llegado a la parte cercana a la orilla, nos escondimos tras un matorral.

—Mira ese, el más grande. Es un toro muy viejo, pero su piel vale por la de dos —dijo mi tío al tiempo que apoyaba el cañón del rifle sobre una rama. El búfalo retrocedió un poco y luego se acercó, pastando a unos palmos de distancia de donde estábamos nosotros. Levantó su enorme cabeza y nos miró, masticando la hierba con calma, meneando las barbas a un ritmo lento y acompasado.

—Nos está mirando —susurré.

—Mientras no nos huela, no hay nada perdido. Saca la baqueta, apóyala en la roca y dispárale.

Hice lo que me dijo. El búfalo seguía allí quieto, acechándonos con unos ojos tristes y cansados, incapaces de ver el destino que le aguardaba.

Apunté. Solté todo el aire. Miré fijamente a aquel animal y apreté el gatillo.

El rifle me propinó una sacudida violenta en el hombro, y un sonido ensordecedor resonó por todo el valle. Cuando miré por encima de las ramas, vi a una decena de búfalos huir colina arriba e identifiqué al que yo mismo había disparado, tratando de seguirlos, cojeando, desplomándose sobre sus patas delanteras y cayendo por la ladera. Finalmente quedó tumbado frente a nosotros, gimiendo y revolviéndose en el suelo, lamentando no haber sido más joven, más listo y más rápido. Noté cómo una especie de tristeza inocente recorría mi rostro. Arrepentimiento. Manuel Lisa supo verlo al instante, y al tiempo que cargaba su propio fusil con pólvora y munición, me dio un golpecito en el hombro.

—Trata de atinarles siempre por encima de las costillas. —El disparo de mi tío, que sonó aún más fuerte que el mío, provocó una nube de polvo sobre el lomo del toro y atravesó su interior apagando para siempre sus ojos cansados.

Sacó entonces un cuchillo que brilló con la luz del sol, y me enseñó a extraer del animal el hígado, la lengua y ciertas partes grasientas que se amontonaban junto a sus patas. Luego colocamos al animal sobre la gran manta de ante y tiramos de ella con fuerza para situar el cadáver junto a la orilla. Cuando volvió a guardar su cuchillo, observé de refilón la cuartilla que había salvado de la lluvia unos días atrás, la misma que había tomado del escritorio de la casita y que llevaba siempre consigo en el bolsillo interior del frac. Luego retrocedimos unos pasos y volvimos a la colina para buscar un nuevo escondite entre las rocas.

Tragué saliva. Luego me decidí a hablar alto y claro.

—Tío, eso que llevas en el abrigo… ¿es lo que por poco pierdes mientras huíamos de los kaws? ¿Lo que guardabas bajo llave, en el escritorio la casita?

Manuel Lisa oyó perfectamente la pregunta, pero tardó varios minutos en responder. Fue algo después, cuchillo envainado, cabeza erguida y espalda recostada sobre una roca alejada de la manada, cuando decidió que era oportuno despejar mis dudas.

—Así es.

—¿Es el mapa del que todos hablan?

—El mapa de Heceta. —Sonrió.

—¿Heceta? ¿Dónde está Heceta? —pregunté, pensando, por el tono con que lo había dicho, que se trataba de un lugar.

—Espero que debidamente enterrado —respondió Manuel.

—¿Se trata de un hombre?

—Bruno de Heceta fue un marinero español, vizcaíno, por cierto, como Diego.

—¿Está muerto?

—Está muerto, sí, murió hace apenas unos meses. Pero mucho antes lideró una campaña militar en el océano Pacífico, ¿sabes?, subiendo al norte, desde California, cartografiando toda la costa.

—¿Le conociste? —inquirí entonces, dejando a un lado el fusil y acercándome a la roca en que estaba apoyado mi tío.

—Bruno era un buen amigo de mi padre, de tu abuelo. Antes de marcharse a Europa, cuando hubo acabado su contrato en el Pacífico, y al enterarse de la muerte de tu abuelo, nos envió a tu padre y a mí un mapa como regalo.

—El mapa del que todos hablan.

—Eso es. El mapa de Heceta. Entonces no le dimos importancia.

—¿Y ahora sí?

—Por supuesto.

—¿Y qué indica?

Ante esa duda, Manuel me miró con atención, ordenando una vez más, como solía hacer, sus ideas en la cabeza.

—Este mapa pertenecía a tu padre tanto como a mí. Imagino que tienes derecho a saberlo.

Instantes después se palpó el bolsillo interior y desdobló el pliego amarillento sobre la roca.

Un detallado esquema, repleto de líneas sinuosas e indicaciones de toda índole, podía apreciarse desde mi posición. Me incorporé para observar con más detenimiento la cuartilla y Manuel continuó explicándomelo todo con detalle a medida que señalaba el mapa con el dedo.

—Los guardiamarinas del teniente Heceta enfermaron de escorbuto en la desembocadura del río Columbia. Justo aquí. En el Pacífico. Pero cuando atracaron para reponer fuerzas, en lo que hoy día conocemos como la Entrada de Heceta, Bruno continuó navegando seis días más, ascendiendo río arriba, por aquí.

A medida que Manuel Lisa decía todo aquello, su dedo iba discurriendo a lo largo del pequeño mapa. Me miró. Asentí. Continuó al ver que entendía todo lo que decía.

—Heceta identificó los afluentes del río Columbia. Los dibujó todos, observa. Y justo aquí —mi tío posó su dedo sobre una gran mancha de tinta negra— encontró un lago del que, tal y como explica en sus notas, nace un segundo río, uno inmenso y caudaloso que se pierde hacia el sur.

De inmediato entendí la importancia del descubrimiento.

—El Misuri —dije, equivocado.

—El Jefferson. Así lo bautizaron Lewis y Clark. Afluente del Misuri. No puede ser otro.

—¿Y crees que…?

Razoné por un momento mis palabras.

—Adelante.

—¿Podría ser esa la conexión fluvial? —pregunté sorprendido—. ¿La forma de llegar desde el Atlántico al Pacífico por agua? ¿La misma que no lograron encontrar los estadounidenses el año pasado?

—Tu padre creía que sí.

—¿Mi padre?

—Durante un tiempo, lo convirtió en una obsesión.

—¿Y tú?

—No me importaría averiguarlo.

—¿Y subiremos para ello hasta tan arriba? ¿Sin ser más de los que somos?

—Así es.

Tragué saliva de nuevo. Los isleños me habían contado historias. Al parecer, las tribus del norte eran bien distintas de las de las praderas. Más numerosas y hostiles. Mucho más reacias al contacto con el hombre blanco. Y no se podía decir que nuestro primer encuentro con una tribu de las praderas hubiese sido alentador.

—¿No será peligroso?

—No podemos saberlo aún. Confío en la ayuda de los omahas.

Mientras hablábamos de todo aquello, otros disparos lejanos sonaron más al este. El rifle de Colter, el de Arturo, el de Drouillard, el de Bissonet. Pensé en todos ellos y en cómo se tomarían el plan de mi tío.

—¿Estamos aquí para encontrar ese paso? —pregunté.

—Estamos aquí para establecer el primer campamento civilizado del curso alto del Misuri. Para cazar, obtener pieles que vender tras el invierno y

comerciar con las naciones indias. Si de paso encontramos la forma de navegar hasta el Pacífico, habremos hecho historia. Nadie antes ha ido adonde pretendemos llegar. Sé reservado con esto, Joaquín. Sé que podrás. No es ningún secreto que llevo el mapa conmigo; sin embargo, prefiero no distraer a la expedición con este asunto.

—Así lo haré.

Probé de nuevo con la caza al atardecer.

Un búfalo solitario bebía en una zona de penumbra en la que el río había crecido tanto que inundaba los troncos de los árboles. Caminé despacio, con el cuidado de impedir que las botas hiciesen demasiado ruido al hundirse en el agua. Apunté. Solté todo el aire. Le miré fijamente y levanté un poco el cañón, tratando de no volver a darle en las patas. Apreté el gatillo. Esta vez logré atinar al animal en el corazón, y lo abatí de un solo disparo. Tal vez no me habría alegrado tanto de haber sabido lo que hoy día sé de esas llanuras. Ya no quedan bisontes a los que abatir en ese tramo del río. Tan solo diez años después comenzó a ser imposible divisarlos en grandes manadas al norte del Platte y por debajo del río Cheyenne. La llegada de las nuevas y cada vez más grandes compañías peleteras estaba acabando con ellos. Claro que en el verano del 1807 no lográbamos imaginar que en los años venideros más gente decidiese seguir nuestros pasos río arriba: tramperos aficionados a vivir rodeados de tribus indias y praderas desprovistas de toda comodidad.

Horas después, hicimos recuento de munición, organizamos las piezas abatidas y volvimos al barco cargados con tres grandes pieles y con todas las partes comestibles del animal que pudimos acarrear. Sin saberlo, mi mente cargaba además con mis propias experiencias, y mis manos, con la destreza aprendida en la lección de aquel caluroso día. Como algunos ya sabéis, conservo con cariño las páginas del diario de Diego de Goiri. El único integrante de la expedición que en aquellas jornadas no disparó a un solo bisonte fue al mismo tiempo el que más aprendió de las peculiaridades del curso medio del Misuri.

EXPEDICIÓN DE MANUEL LISA. 3 DE JULIO DE 1807.

Nos hallamos en una zona de este mundo absolutamente virgen. De los ríos manan enormes corrientes de agua a pesar de haber llegado ya la estación estival. Al menos un centenar de aves distintas deben de habitar en este valle. Hay mamíferos también: bisontes, nutrias de río, castores, mapaches y un sinfín de ratones. Deduzco que decenas de ellos sin catalogar. He podido capturar a roedores para el estudio. Añado al final unas ilustraciones.

El señor Thomas tuvo un pequeño incidente colocando las trampas durante la tarde. Una de ellas se activó y le hirió en la pierna izquierda. Tuve que limpiarle la herida y cosérsela con esmero al anochecer. Cicatrizará bien

si se le otorga un permiso para dejar de cazar durante unos días. Manuel Lisa se lo concederá, aunque él mismo desea volver pronto a la faena, pues ansia la comisión que todos ellos reciben por cada animal abatido.

Estaré aquí algunas jornadas más, ya que los hombres de Lisa cazan búfalos y castores a diario. Las partes del bisonte que no utilizan sirven de alimento para unos lobos blancos y formidables a los que planeo examinar mañana mismo. Somos muy precavidos en no ir en solitario más al norte por el momento, pues al parecer es un auténtico milagro que no nos hayan descubierto tribus indias, y estas mismas podrían ser tanto amistosas como hostiles, o incluso una mezcla, tal y como ocurrió con los kaws. Con el ruido que hacen los rifles al disparar, considero imposible que no nos hayan detectado. Tal vez nos estén evitando.

9

—El choricero es un analfabeto y un caradura. Y, lo que es peor, un traidor. Un completo desastre —dijo Benito Vázquez al tiempo que tiraba de cuchillo piel abajo despellejando la cabeza de un animal.

—En absoluto. De ninguna manera —le replicó Juan Ignacio mientras limpiaba con un gran trapo la sangre que había quedado impregnada en la empuñadura—. Hace lo que buenamente puede.

—Fornicar con la reina. Eso he oído que hace.

Hablaban de Manuel Godoy, el generalísimo de los ejércitos y favorito de los reyes de España en aquel tiempo. Un hombre polémico que al parecer había llegado al poder absoluto desde un origen humilde y al que casi todos aquí y allá achacaban los desastres de la patria. Había sido, dicho sea de paso, uno de los responsables en la venta de la Luisiana española a los franceses, y aunque aún nadie le imaginaba a este lado del océano, en apenas unos meses sufriría un motín que le mantendría exiliado de España hasta el fin de sus días.

—¿Qué hubieses hecho tú?

—Atacar a los franceses. Con toda la fuerza posible. Desde el mismo día en que a Luis XVI le cortaron la cabeza. Desde luego, jamás me hubiese unido a ellos. Ni siquiera, y mira que es tentador, para darles por el culo a los ingleses. —Hablando de aquel modo, ambos se estaban saltando por completo la norma que Manuel Lisa había impuesto relativa a no discutir de política en todo el transcurso de la expedición. Pero lo cierto es que la situación en el otro lado del mundo era muy delicada, y el hecho de no recibir noticias durante semanas permitía que los hombres dejasen volar su imaginación. Napoleón tenía invadida media Europa, y era cuestión de tiempo que se decidiese a hacer lo mismo con España. De Es más, mientras nosotros despellejábamos búfalos y castores en un bosque americano, las tropas

francesas ya ocupaban territorios de la península Ibérica y sometían a su voluntad ciudades enteras.

—¿Con qué dinero? Llevas mucho tiempo perdido en estas tierras, Benito. España es un país pobre. Y cuando el dinero habla, la verdad calla. Poco tardarán los Estados Unidos en quedarse con Texas y la Florida. Eso si no proclama Iturrigaray la independencia de México o de toda Nueva España.

En el fondo, aquellos dos hombres, que habían nacido en Galicia y en Tenerife, eran el reflejo sempiterno de un secreto a voces. La personificación de un país afligido y consternado por la pérdida irreparable de su papel hegemónico en el mundo. Atareados en los quehaceres de su vida cotidiana, a menudo debatían de estos asuntos, pues, aunque pensaban que poco o nada repercutiría eso en su suerte, los ayudaba a matar el rato.

Uno de los días más trágicos de toda la expedición fue ese mismo. Aquel día la conversación derivó en esto y en lo otro, y cuando nos quisimos dar cuenta, habían puesto a caer de un burro a toda Francia. Aquello había llegado a los oídos de Bissonet y de Jean-Luc, porque créanme que «Napoleón» es una palabra que se entiende bien en todos los idiomas. Dándose por aludidos, se presentaron allí de inmediato y exigieron explicaciones al isleño y al gallego.

—¿*Tenés* algún *probleme* con nosotros? —preguntó Bissonet, en un vago intento de hablar en español, enarcando las cejas con desdén. Olía a licor y a sangre seca y tenía cara de pocos amigos.

Nos quedamos perplejos. Reparé pronto en la botella que escondía en su cinturón.

—No. Con vosotros no —respondió Vázquez mirando hacia otra parte y evitando el conflicto. Pero la insistencia de los dos franceses, que sin duda habían cogido una turca de órdago, acabó por desesperarle—. Sí. Está bien. He dicho que los franceses sois unos perros. Y unos herejes. Pero era una conversación privada.

Asintió entonces Bissonet, con las pupilas clavadas en el mostacho de Benito Vázquez. Yo observaba la escena preocupado, buscando con la mirada a mi tío, pero sin alcanzar a verle por ningún lado. Ni a él ni a George Drouillard. En esas estábamos cuando el gallego, viendo que su interlocutor no se daba por vencido, se puso en pie, desafiante. La mirada de los presentes fue de los ojos furiosos de Bissonet a los labios apretados y cortantes de Vázquez, y luego al machete que este mismo sostenía con su mano derecha, todo lleno de sangre de búfalo. Por último, al fusil Brown Bess, corto pero imponente, que el Viejo colgaba de su espalda. Después, sin mediar palabra,

Jean-Luc dio un paso atrás y se fue por donde había venido, pero Bissonet se quedó allí, pasmado, desafiando aún a Benito Vázquez, no sé si con la certeza o el desconocimiento de que aquella actitud bien podría valerle un castigo severo.

—Exijo *un* disculpa, viejo.

—Entérese, Antoine: yo no tengo por qué disculparme, soy su superior en esta expedición. Váyase, siga trabajando y no informaré a Manuel Lisa de este incidente.

Diego de Goiri, que acababa de comprender lo que allí ocurría, dio un paso al frente y trató de apaciguar los ánimos, pero lo único que consiguió fue que todas las miradas se dirigiesen al fin hacia la contienda, lo que aumentó la tensión por momentos. Bissonet parecía haberse presentado en aquel claro del bosque con la testaruda misión de obtener una disculpa, y de difícil manera iba a cambiar de opinión. Bebió un trago de licor. Se tambaleó, y miró tanto a Benito Vázquez como a Juan Ignacio. El alcohol no hacía más que agravar la situación.

—Españoles… —A aquella palabra le siguieron un balbuceo en francés y un escupitajo que cayó vacilante hasta encontrar junto al suelo la bota del viejo Vázquez.

Dos segundos más tarde, un puño que había propulsado el brazo del gallego impactó de lleno en la cara de Bissonet. Me puse en pie de un salto y abrí bien los ojos. Colter agarró a Fang con fuerza para impedir que se metiese de por medio. Yen el tiempo en que ató al perro a un árbol, los otros dos ya se habían intercambiado media docena de puñetazos.

Si bien aquello había ido demasiado lejos, no había hecho más que empezar. Aturdido por el último golpe, el francés logró mantenerse en pie: buscaba a tientas su botella de whisky.

Aún hoy no consigo explicarme cómo fue capaz de agarrarla y lanzarla con el tino suficiente como para hacerla colisionar contra la cara de Vázquez, pero recuerdo con nitidez el reguero de sangre que discurrió primero por su ojo y más tarde por la roca en la que el Viejo había estado sentado. Al instante, Arturo y yo mismo sosteníamos a Bissonet, mientras que Diego y Juan Ignacio ayudaban al viejo a taponar la herida, que continuaba escupiendo sangre a borbotones.

Manuel Lisa y George Drouillard llegaron a tiempo para presenciar el desconcierto y trazar con acierto un análisis de los hechos. Cuando Bissonet cruzó con ellos la mirada, dibujó en su rostro un gesto abatido, como tomando conciencia de sí mismo y de sus actos. Pese a ello, muy lejos de disculparse o

de entregarse a los designios de mi tío, me asestó un codazo en las costillas y salió corriendo entre los árboles, disparando a su paso para impedir que le siguiéramos.

Lo que Manuel Lisa ordenó aquel día es bien sabido por todos los que supieron de nuestras hazañas en los meses y años posteriores.

—Drouillard. —Unos segundos le bastaron para repasar en su cabeza las consecuencias de su orden, tiempo de sobra para que Antoine Bissonet volviese a disparar en la distancia—. Tráemelo. Preferentemente vivo. Si se resiste, muerto.

—¿Capitán?

—Ha agredido a un superior. Estamos en zona hostil. Se dirige hacia el norte. Si le descubre una tribu, delatará nuestra posición y encontrarán nuestro barco.

—Es *un mal* idea.

—George…

—Pero, Manuel…

—Ya me has oído, George, maldita sea.

El mestizo suspiró profundamente y salió corriendo como alma que lleva el diablo con el fusil bien prieto entre sus manos.

Durante los treinta minutos siguientes lo único que rompió el silencio en nuestro campamento fueron los lamentos y quejidos de Benito Vázquez cada vez que Diego de Goiri asestaba una puntada en la ceja izquierda de su rostro. Una gota salada acarició mi labio. Otra cayó sobre la cara seria de mi tío. La tercera gota salpicó en la aguja ensangrentada que sostenía De Goiri. Y al poco de que una lluvia ligera se hiciese notar en el bosque, un disparo lejano encendió los susurros de toda la compañía, acallando enseguida los lamentos del compostelano.

Drouillard tardó al menos una hora en regresar, blanco como la espuma y con el cuerpo de Bissonet aún vivo sobre sus hombros. Le tendió junto a nosotros y se sentó a su lado, esquivando un pequeño charco que se había formado con la lluvia. La mirada perdida y el rostro desfigurado reclamaban atención en lo que hacía apenas una hora había sido Antoine Bissonet. De su boca manaban un murmullo ininteligible y un poco de sangre. También brotaba sangre —demasiada— del orificio grande que le había hecho la bala a la altura del riñón. Lisa se levantó solemnemente del tocón en que se había sentado y tocó la espalda de su amigo vizcaíno, diciéndole:

—Haz por él lo que puedas, Diego.

—No era mi intención, Manuel. También fue nuestra culpa —se lamentó Benito con la ceja recién cosida y la cara aún manchada de sangre.

—Cuando la culpa es de todos, la culpa no es de nadie —respondió Lisa —. Alguno debe asumirla. Por agredir a un superior. Por estar beodo en turno de guardia. Y, lo peor, por desertar poniendo en riesgo las vidas de todos los aquí presentes. —Nadie replicó a sus palabras.

Bissonet murió aquel día.

Diego vino a las pocas horas negando con la cabeza al tiempo que todos cenábamos en torno a una pequeña hoguera. Weiser y Jean-Luc llevaron su cadáver hasta La Santa Cruz, y, la verdad, no se dijo gran cosa. Drouillard se llevó las manos a la cara y permaneció así durante horas.

—Las personas nacen el día que sus madres los alumbran —dijo de pronto mi tío—, pero necesitan ganarse la vida día tras día, responsabilizándose de sus propios actos. Que Antoine no haya sido capaz de hacerlo no implica que no sea una tragedia. Al alba le daremos un entierro digno.

Aquella noche tuve una horrible pesadilla. Soñé que Drouillard traía sobre sus hombros a mi madre, convaleciente, sola. Y la vi perdida, mirándome a los ojos sin encontrarme, pidiéndome perdón con una mueca de dolor y una herida ensangrentada a la altura de los riñones. Me levanté sudando frío cuando aún no había amanecido, y mientras todo el mundo dormía, salí a pasear. Pensaba —erróneamente— que los grillos y el brillo tenue de la luna menguante eran mi única compañía. Cuando doblé la roca manchada con la sangre del viejo Vázquez, vi a mi tío. Estaba junto al río, con la mirada fija en su propio reflejo. Solo.

Mi madre sola en aquel sueño. George Drouillard disparando solo contra su amigo. Bissonet muriendo solo. Mi tío solo frente al río y yo mismo, allí solo, sin nadie que me explicase por qué sentía ese vacío. Aquella noche de verano, la soledad y la muerte se me presentaron como las únicas certezas comunes en la vida de todos los seres que habitan este mundo.

El día amaneció raro y silencioso. Hicimos un gran hoyo en el suelo y enterramos a Bissonet en la profundidad de la tierra. Luego cubrimos el agujero con un buen número de rocas para protegerlo de carroñeros y saqueadores. Manuel Lisa quería irse de inmediato. No le gustaban ni el lugar elegido para el sepelio ni la demora en todo aquello, pero no se atrevió a contradecir el deseo de Jean-Luc y de Drouillard de fabricar con palos y ramas una gran cruz para la tumba. Así que esperamos.

—Es increíble —murmuró el Manco.

—¿El qué? —pregunté yo.

—Lo que pesa un muerto.

—¿Cómo dices?

—El cadáver de Bissonet. Pesaba muchísimo.

Diego de Goiri, que había oído nuestra conversación, se introdujo en ella de forma repentina:

—¿Cuánto querías que pesase?

—Muchísimo menos que estando vivo —respondió el isleño.

—¿Y eso por qué?

—Por el alma.

—¿El alma? —dije yo.

—El alma de un hombre debe de pesar… por lo menos lo mismo que uno de sus brazos.

—Entonces tú irás al infierno —murmuró De Goiri muy serio. Sonreí melancólico.

—¿Y eso por qué?

—Porque eres el Manco —concluí después.

Continuó siendo una mañana reflexiva, triste para algunos y aburrida para otros, hasta que los hechos acabaron por darle la razón a mi tío.

—¿Qué es ese sonido? ¿Habéis oído?

Algo se acercaba desde el otro lado de la colina.

—Maldita sea, escondeos —dijo alguien.

—Demasiado tarde.

Cerca de quince indios perfectamente armados y escondidos entre las hierbas nos sorprendieron al tiempo que colocábamos la cruz sobre la tumba de Bissonet. Precisamente había sido la huida rápida y ruidosa del francés río arriba lo que había delatado, la tarde anterior, nuestra posición en aquel territorio. Vestían con calzones de ante atados a un cinturón sobre la cintura y con camisas abiertas de cuero sobre las que portaban cuchillos, lanzas y flechas de distintos tamaños.

El encuentro, como veis, fue tan rápido e inesperado que ni siquiera tuvimos tiempo de temer por nuestras vidas.

—Estamos rodeados —dijo el Manco, que parecía haber olvidado la cuestión relativa al peso del difunto e intentaba alcanzar con la mano su mosquete.

El ruido lejano se hizo presente. Jinetes. Sonido de herraduras chocando contra la tierra que anticipaba la llegada de ocho indios más, todos ellos montados sobre caballos blancos y marrones.

Juan Ignacio sacó un cuchillo largo de su bota y retrocedió unos cuantos pasos. Yo me agaché, tratando de ocultarme sin éxito tras una roca. Drouillard nos miró a ambos enfadado. A Juan Ignacio le obligó a guardar el cuchillo. A mí me agarró por el pescuezo y me hizo mantener el cuerpo erguido junto al resto. Diego de Goiri se colocó a mi lado y se ajustó los anteojos con brío. Tras unos segundos de confusión y miedo, intervino Manuel Lisa.

—Ya basta. Calma, que nadie mueva ni un solo dedo. Hemos tenido suerte.

—¿Suerte? —preguntó Juan Ignacio.

Para mi sorpresa, Manuel Lisa, John Colter y George Drouillard dieron un paso al frente, sonrieron y mostraron nuestras reservas de tabaco y pólvora a aquellos guerreros. Acto seguido señalamos todos hacia el río, haciéndoles ver que allí teníamos un barco cargado de pieles de castor y de búfalo. Los jinetes se apearon del caballo. Sus pieles, perfectamente tatuadas. Su cabellera, morena y recubierta con plumas rojizas. Sus flechas, por suerte, ya a recaudo de sus aljabas.

Tocaron el hombro de mi tío y nos hicieron gestos amables, indicando que los acompañásemos a través del bosque. Eran omahas, amigos de Manuel Lisa.

Nadie volvió a mencionar nada relativo al incidente con Bissonet en las siguientes semanas.

10

Cuando por fin llegamos a territorio omaha, la luz pálida del atardecer apenas alcanzaba a dibujar nuestras siluetas con la fuerza suficiente como para reconocernos los unos a los otros. El cielo oscurecía ya sobre aquel bosque misterioso, y los árboles extendían sus sombras infinitas como garras estiradas que trataban de alcanzarnos. El murmullo de al menos un centenar de voces —y la luz de las hogueras a lo lejos— fue la única pista de que, pisada tras pisada, aquellos guerreros nos guiaban hasta Tonwantonga. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—Santo Dios. Este campamento es mucho mayor que el de los kaws —murmuró Juan Ignacio.

—De aquí no saldremos con vida, padre —le respondió su hijo Arturo—. Es en momentos como este cuando pienso que debimos habernos quedado pescando jaibas en Delacroix.

—Tranquilos. Estos indios son buenos amigos, comerciarán con nosotros. Lisa ya ha estado aquí antes —sentenció Benito Vázquez en un tono relajado.

El comentario del tercero me calmó en cierto modo. Aun así, he de admitir que el sonido distante de tambores y flautas en plena noche me helaba la sangre por dentro. Mantuve la mente alerta y puse mil ojos en todo cuanto ocurría. «Siempre es bueno prevenir la música antes de que empiece el baile», me había dicho mi tío.

Resulta tan curioso pensar a fecha de hoy que algún día pude tener miedo de acercarme a Tonwantonga que, al escribir estas líneas, una sonrisa recorre mi rostro. Pero, en fin, supongo que entonces era imposible conocer hacia dónde iban a apuntar los dados, de tal modo que tragué saliva, mantuve los dedos bien cerca del trinchete y continué caminando a paso ligero entre John Colter, George Drouillard y un temeroso Diego de Goiri, que lo más que había logrado dibujar desde que nos habíamos topado con los omahas había

sido una mueca extraña y perfecta entre el terror y la fascinación más absoluta.

Los latidos profundos del poblado resonaban por todo el valle hasta dejar perder su eco en los confines de la noche. Saltamos por encima de las rocas que hacían de parapeto entre la maleza del bosque y el suelo del poblado.

Cuando por fin llegamos, descubrimos el origen de aquel ruido, pues la luz de una hoguera iluminaba a un grupo de indios que tocaba en torno a ella un enorme tambor de piel de bisonte. Anduvimos unos pasos más, hasta que los tuvimos enfrente, interpretando la canción que daba la bienvenida a sus exploradores. El sonido ululante de las voces sobre el compás de la percusión era sobrecogedor, casi como un lamento ancestral cuyo eco resonaba una y otra vez y se repetía con la intención de atrapar en su melodía a todo aquel que lo escuchara.

La llama desmedida que manaba de la tierra era de agradecer. No solo nos calentó de inmediato, sino que nos permitió ver con nitidez, por primera vez en un buen rato, lo que pasaba a nuestro alrededor. De pronto, decenas de rostros de indios emergieron de la nada y los guerreros que nos habían conducido hasta allí se diluyeron entre una multitud curiosa de omahas que se aproximaban a nosotros, murmurando y haciendo gestos nerviosos con las manos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó en francés Jean-Luc.

—Deja que Manuel hable —o algo similar respondió Drouillard.

Alguien me tiró de los dedos. Cuando miré, una niñita me sonreía al tiempo que corría para esconderse bajo las piernas de una anciana seria y reflexiva que observaba la barba del señor Colter con asombro. Negaba confusa, moviendo la cabeza.

—Capitán, ¿no deberíamos dejarles claro que somos amigos? —preguntó esta vez el señor Vázquez.

Comprobé de inmediato que nos hallábamos en el centro de un buen círculo de indios asustadizos, que a su vez se encontraban en el interior de otro gran círculo formado por enormes cabañas de tierra, de las que salían cada vez más y más personas a contemplar lo que fuera que hubiese perturbado el normal transcurso de la velada. En cada una de las cabañas parecía haber otra pequeña hoguera, y en una de ellas alcancé a ver un buen número de caballos. Manuel Lisa miró alrededor. Aquel lugar le era bien conocido. Alzó la cabeza entre el gentío y pronunció unas palabras en lengua omaha. Luego esperó un momento y volvió a pronunciar las mismas palabras, esta vez dando un grito. La música se detuvo. Los aldeanos se hicieron a un

lado, y tras unos pocos segundos, de la más grande de aquellas enormes madrigueras manó una silueta tosca e imponente. Cualquiera hubiese dicho que la sonrisa y las cejas arqueadas de mi tío chocaban radicalmente con la solemnidad y el tono serio de su recién aparecido interlocutor, pero cuando por fin se hubieron enfrentado el uno con el otro, apretaron sus manos en un saludo sincero.

Intercambiaron unas palabras en su lengua, y solo entonces el jefe Ontopanga dejó escapar una sonrisa.

—Manuel…

Cuando George Drouillard dio un paso al frente para unirse a la conversación, Ontopanga se giró sobre sí mismo. Por primera vez, pude verle con toda claridad. Llevaba una gran manta adornada con figuras geométricas, y bajo ella, al menos una decena de collares. La piel era morena, repleta de magulladuras y tatuajes cobrizos que apenas se dejaban ver bajo una enorme piel de búfalo teñida toda de negro.

—Parece que somos bien recibidos —susurré.

—Eso parece —afirmó Diego de Goiri—. ¿Te has fijado en sus heridas?

La mayoría de aquellos indios, especialmente los hombres, presentaban heridas y vendajes que recorrían todo su cuerpo. En los brazos, en el rostro, bajo las costillas. La pierna de uno de ellos sostenía sola el cansancio de muchas décadas de vida, sin otra pierna que la ayudara. Una chica joven, que no contaría más de doce o trece años, tenía el rostro desfigurado y el labio partido en dos.

—Cierto.

Las chispas de la hoguera escaparon en mil direcciones. Se revolvieron en un lamento místico para unirse después en una maraña de fuego que se alzó sobre la pradera. Desaparecieron por completo en la oscuridad de la noche estrellada.

Ajeno al crepitar de la lumbre, el jefe de la tribu seguía mirando y sonriendo a mi tío. Pasó así un buen rato. Luego, tras sopesar las palabras de Manuel y de Drouillard y mirándonos uno a uno, Ontopanga nos hizo un gesto amable, indicándonos que fuésemos tras él.

Tal y como hicimos con los kaws, aceptamos la invitación, y avanzamos entre las cabañas siguiendo a nuestro anfitrión. En esta ocasión, comprobé, las casas eran de tierra y hierba seca. Esquivamos los charcos y los corrillos de indios curiosos. Un joven acarició el lomo de Fang y otro señaló asombrado la espesa barba de John Colter. A lo lejos, se agolpaban, curiosos, más de cincuenta omahas.

—¿Habías visto tantos indios alguna vez en tu vida? —preguntó, asombrado, el Manco.

—Nunca —respondí.

Ontopanga iba dando órdenes a los chicos más jóvenes, que de inmediato obedecían y salían de allí a toda prisa con la intención de disponer los preparativos necesarios para nuestra llegada. Sorteamos una hilera de cestas de mimbre, una barca de río y un pesebre de madera en el que se alimentaba un potrillo blanco.

Dividimos la comitiva en dos. Unos cuantos subieron por un camino de tierra y los demás regresamos al centro del poblado. Al levantar un momento la mirada, y justo cuando pasamos frente a la cabaña principal, observé una puerta entreabierta. Tras ella vi cómo se asomaba el rostro indiscreto de una chica muy joven. Una cabellera larga y morena. Unos ojos oscuros que titilaban con el vaivén de las llamas. La mujer más guapa que había visto jamás. Cuando aquella mirada penetrante e inquisitiva se cruzó con la mía, noté cómo me sonreía, y una sacudida perturbó mi interior obnubilando por completo mi juicio. Volteé incluso la cabeza, ajeno a todo protocolo, por no perder el contacto visual con la chica, que repentinamente se ruborizó y cerró la puerta a toda prisa.

Con la mente aún distraída en aquel intercambio de miradas, advertí que nos hallábamos esperando frente a una cabaña. Salió de ella una mujer anciana, con los pechos descubiertos, caídos, los pies desnudos, muy sucios, y una sonrisa en el rostro. Nos invitó a entrar y eso hicimos. El chamizo olía a hierbas y a resina de árbol.

—¿Dormiremos aquí? —pregunté.

No obtuve respuesta. En su lugar, la mujer nos dio una manzana a cada uno. Me acurruqué en la esquina del fondo y escuché la voz de mi tío perderse en la lejanía. Unos troncos incandescentes calentaban el interior, que había sido cubierto con mantas y pieles gruesas. Cuatro o cinco de nosotros, no recuerdo ahora quiénes, pasaríamos allí nuestra primera noche en Tonwantonga, compartiendo estancia con la anciana y con un hombre enjuto y callado que supusimos que era su marido. La compartimos también con el crepitar de los troncos ardiendo, con el silbido furioso del viento y con el aullido lejano de uno o dos lobos que hoy estoy seguro de que fueron capaces de oler nuestra presencia.

A la mañana siguiente fui, como de costumbre, el último en despertar. Salí de la cabaña, en la que me hallaba completamente solo, y comprobé que lo acontecido la noche anterior no había sido un sueño.

El poblado indio de Tonwantonga se extendía ante mí. Un pequeño riachuelo discurría a un lado. Su agua era tan clara como el mismo cielo de la mañana. Un poco más arriba, donde el curso de la misma agua formaba una tímida cascada, dos hombres arrojaban lanzas contra las rocas y las sacaban luego con truchas clavadas en la punta. Era imposible ver una sola montaña. La planicie se extendía en todas las direcciones, y solo los bosques lejanos ponían coto a aquel mar interminable de hierba. Dos niños jugaban con una talla de madera frente a la cabaña en que habíamos pasado la noche. Al verme, uno de ellos se quedó petrificado. El otro salió corriendo y se perdió entre las barracas de tierra seca.

—Increíble —susurré.

Eché mano del costal y desenvolví la manzana que no había sido capaz de terminarme la noche anterior. La devoré en cuestión de segundos y divisé con la mirada al Manco, que permanecía recostado entre las hierbas, sobre una tela pálida. Otros tantos niños de la tribu le observaban de cerca. Jugaban con él lanzándole pequeñas piedras que él trataba de interceptar al vuelo para devolvérselas con disimulo. La madre de los niños observaba la escena mal escondida tras una montaña de cestos vacíos. No parecía hacerle demasiada gracia que sus hijos se hiciesen amigos del Manco. No pude culparla.

—Joaquín. ¡Ya has despertado! —gritó Juan Ignacio desde la parte trasera de la cabaña—. ¡Esta tarde cazaremos con estos putos indios!

—¿Bisontes?

—¡Pues claro! ¿Les enseñarás tú? Ya que eres todo un experto…

—¿Necesitarán nuestra ayuda? —pregunté.

—¡Seguro! Estos salvajes no saben nada…

Sonreí. Por muy bruto que fuera, sabía que el isleño solo intentaba ser amable.

—Habrá que comprobarlo —respondí.

Luego saqué entre mis cosas mi ejemplar de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* y caminé tímidamente entre aquellas paredes de tierra hasta el borde interior de cabañas concéntricas, tratando de identificar a la chica que la noche anterior me había mirado desde su puerta. Cuando creí haber hallado la abertura, me senté a esperar, con mi libro abierto de par en par, tapándome la cara y poniendo un ojo en la pequeña puerta de almidón.

Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado…

No debieron de transcurrir más de veinte minutos cuando aquella puerta se abrió y de ella salió la chica. Más dulce si cabe que la noche anterior, unos quince años, el pelo negro recogido y los ojos brillantes. Iba envuelta con una tela gris de ante bien ceñida desde el cuello a los tobillos. Sobre las manos, un canasto vacío. Para mi sorpresa, ella misma miró en mi dirección y me dedicó una sonrisa. Tímida. Pero una sonrisa a fin de cuentas. Nos miramos el uno al otro durante un largo rato. Cuando vi que se marchaba, mi primer instinto fue el de salir corriendo tras ella, cogerla de la mano y preguntarle su nombre, pero cuando otras dos mujeres indias salieron de la cabaña, me vi cohibido, me agazapé y no tardé en refugiarme de nuevo entre las páginas de la obra de Miguel de Cervantes.

… y, buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea…

Volví a levantar la vista varias veces esa mañana. Ni rastro. Se había perdido entre las cabañas de barro, y no logré adivinar la dirección que había tomado. Sonreí avergonzado.

—Volveré mañana.

Tal y como me había adelantado el isleño, aquella tarde Drouillard dirigió una partida de caza. El objetivo, nos dijo antes de partir, era el de hacerse con una veintena de búfalos, así que seis de nosotros y en torno a veinte hombres omahas unimos fuerzas para derribar un total de veintitrés astados. Verlos montar a caballo, con el pecho tatuado reluciente bajo el sol y chillando en aquella lengua tan distinta de las nuestras era sobrecogedor. No era menor su sorpresa para con nuestras técnicas de caza. De hecho, los más jóvenes acabaron pidiendo que les mostrásemos el funcionamiento de los mosquetones. Aquella acabó siendo la mejor cacería en lo que aquellos hombres llevaban de estío. Esa precisa noche, Diego de Goiri escribió en su cuaderno unas líneas que conservo en mi colección. Como siempre, las incorporo a mi relato.

EXPEDICIÓN DE MANUEL LISA. 15 DE JULIO DE 1807.

Mis primeras impresiones de la tribu omaha no pueden ser más fascinantes. Estos indios, al igual que los kaws, poco o nada tienen que ver con los nutka, a los que bien ha estudiado ya el maestro José Mariano Mociño en sus Noticias sobre Nutka. *Los omahas viven en poblados permanentes, grandes y circulares, de casas de tierra cubiertas de planchas de corteza. Estamos en uno llamado Tonwantonga. Deben de vivir aquí casi mil o más. Sin embargo, construyen algunos tipis para dormir lejos del poblado si se alarga la partida de caza. Desde que llegamos, hace apenas un día, encontramos a muchos heridos. Creemos que ha ocurrido en batalla con los siux. Para sorpresa de muchos, muestran una relación buena con nosotros. He acompañado a los hombres de*

Lisa a su cacería y han derribado bisontes junto a ellos. Es fascinante, son grandes cazadores de búfalos. Algunos saben usar bien los antiguos mosquetones europeos. Otros disparan flechas. Cuando acaban con la vida de los animales, se acercan a su hocico para inhalar su último aliento. Esto desconcierta a los nuestros y provoca algunos roces, pero tienen una gran confianza en Manuel Lisa y en sus hombres.

Pasamos en los tipis que los omahas tenían destinados a la caza toda una semana. Cazando junto a ellos y esperando bajo las telas una nueva orden de mi tío, que a menudo se encerraba con el jefe Ontopanga a charlar, a fumar tabaco y a concretar planes que rara vez trascendían al resto de la compañía. La relación entre ambos se remontaba diez años atrás, cuando Manuel Lisa participó de la construcción de un pequeño fuerte —el Fuerte Carlos, llamado así en honor al rey de España— a apenas una milla de Tonwantonga. Su amistad, por tanto, nos hacía a todos pensar que acabaría comerciando con Ontopanga aunque las nuevas leyes de San Luis se lo impidieran.

—Construiremos el campamento aquí —decía a veces el Manco.

—Imposible —respondía Vázquez—. El comercio con los omahas lo controla la familia Chouteau.

—Es más que evidente que Big Elk prefiere hacer negocios con Lisa —opinaba Weiser.

Los estadounidenses llamaban «*Big Elk*» —«Gran Alce»— al jefe de los omahas. Me hizo gracia enterarme de aquello porque, al margen de que el origen del nombre nada tuviera que ver, se parecía bastante a uno.

Por orden de Vázquez, Jean-Luc, Arturo y yo establecimos turnos para vigilar a La Santa Cruz, que permanecía atracada al otro lado del bosque. Recuerdo que, cuando no me tocaba vigilar en el turno de mañana, amanecía muy temprano para caminar hasta la aldea y observar con cautela la casa de la chica misteriosa de la que había caído, según se mofaba el Manco, completamente enamorado.

Ella, si me veía acurrucado del otro lado de su cabaña fingiendo que leía, me sonreía y me hacía un gesto tímido con la mano antes de irse a trabajar con el resto de mujeres a la enorme plantación de maíz que habían hecho crecer al otro lado del arroyo.

Una mañana la sorprendí a escasos metros del tipi que compartía con el propio Manco y con Diego de Goiri, husmeando junto a otra niña entre mis cosas.

—¡Eh! ¡Espera! —grité.

Los ojos le brillaron y las mejillas comenzaron a arderle bajo la tez morena. Al oírme, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Me

arrepentí toda la noche de haberle gritado en lugar de haberme acercado con cautela y con el valor para preguntarle su nombre.

—No sé ni cómo se llama —les dije a mis compañeros esa misma noche.

—¿En qué cabaña vive? —inquirió Diego.

—Creo que en la grande. En una de las que está en el centro del círculo. Frente al tronco cortado.

—Si quieres yacer con una, te recomiendo que salgas a caminar con el viejo Vázquez esta noche —dijo el Manco, que sabía que algunos hombres, como Colter, Weiser, Arturo o Vázquez, habían yacido con mujeres indias desde nuestra primera noche en Tonwantonga—. Ellos saben perfectamente adonde hay que ir.

—¿Y tú no lo sabes? —preguntó De Goiri.

—A mi no me gusta fornicar con estas salvajes. Con todo el respeto lo digo. De hecho, a mí solo me gusta fornicar con mujeres que sepan hablar el español.

—¿Cómo dices? —insistió Diego.

—Lo que oyes.

—Menuda estupidez —dije yo.

—Qué sabrás tú, Joaquín, si no eres capaz ni de preguntarle el nombre a tu india. No está bien fornicar con mujeres de otra especie…

—Las indias no son de otra especie —interrumpió De Goiri.

—Y qué sabrás tú, naturalista. Tú solo sabes de cabras. —De Goiri soltó una sonora carcajada y se recostó junto a la hoguera, sacó su libreta y mojó la pluma en tinta china. El Manco, por su parte, siguió con su discurso—. Escucha, Joaquín. Tú sabrás. A Dios no creo que le importe. Pero no hay nada más bonito que fornicar en tu propio idioma…

A la mañana siguiente me desperté sobresaltado. Era un día caluroso en el que el sol apenas había logrado salir del horizonte y ya calentaba y bañaba el campo de rojo como una antorcha. Recordé la conversación de la noche anterior y anduve por primera vez con más decisión que vergüenza hacia el poblado. Dos caballos pasaron a mi lado. Esquivé el establo y salté el muro de barro y piedras que cercaba la aldea. Suspiré. Caminé decidido hacia la cabaña de la chica, incluso después de que un indio joven, uno más fuerte y musculado que el resto —allí casi todos eran enjutos— pasara junto a mí musitando algo entre dientes y escupiendo al suelo con vehemencia. Luego se reunió con otros cuatro hombres y entre los cinco cogieron en volandas una carreta con atadijos.

Me dirigí hacia la puerta. Suspiré de nuevo, esta vez con rotundidad, y justo antes de que pudiera tocar en las maderas dela puerta o decir esta boca es mía, Manuel Lisa salió del chamizo. Al ver mi cara de sorpresa, arqueó las cejas y se me acercó sonriente.

—Buenos días, Joaquín.

—Buenos días, tío.

—¿Qué haces aquí?

En un primer momento la vergüenza me hizo buscar una excusa creíble, pero la sinceridad pudo pronto conmigo y acabé confesando a las primeras de cambio.

—Vengo a ver a una chica. A una chica india. En esta cabaña. Estos últimos días… Nos buscamos con la mirada, pero nunca… No hablamos —concluí, y esperé una carcajada que nunca llegó.

—¿En esta cabaña?

—Sí. El caso… es que creo que yo… a ella también…

—¿A ella también?

—También le debo de haber agradado, digo… Creo.

—¿Qué edad dirías que tiene?

—No lo sé, algo más joven que yo, quince años. Tal vez dieciséis.

—Interesante. Muy interesante, la verdad —dijo sonriente.

—¿Interesante por qué? —le dije. Pero no obtuve respuesta. Solo fui testigo de cómo Manuel Lisa pedía a aquellos hombres, al del escupitajo y a sus cuatro acompañantes, que ayudasen a John Colter a cargar con unas pieles —. ¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Lo que no entiendo es qué haces tú aquí y por qué no estás cargando con las bolsas.

—¿Han comprado los indios las pieles?

—Algunas sí, las hemos intercambiado por caballos. Otras las guardaremos en el establo de Ontopanga. Abandonamos el barco unos días. Debemos estar todos en el poblado.

—¿Y eso por qué?

—Habrá un gran banquete. Una fiesta. Y decidiremos asuntos importantes. Ven. Acompáñame. —Mi tío y yo anduvimos junto al río mientras un reguero de miradas atentas examinaba cada uno de nuestros movimientos. Una mujer nos ofreció unas bayas rojizas, las comimos y nos sentamos en el pasto, con las piernas cruzadas.

—La familia Chouteau ha adquirido el monopolio comercial con esta nación —arrancó Manuel—. Auguste Chouteau es un hombre muy poderoso

en San Luis. ¿Le conoces?

—He oído hablar de él —respondí.

—Unos meses atrás, precisamente el día en que tú llegaste a la ciudad, fui a verle a su nueva dependencia…

Continuó un largo rato describiéndome su encuentro con el gobernador Wilkinson y con Auguste y Pierre Chouteau. Me contó el asunto relativo a su carta y, en definitiva, a su altercado con aquellos hombres.

—… pero hay un modo, Joaquín. Existe un modo de anular nuestra desventaja. De hacer que el viento sople a nuestro favor.

—¿Cuál?

—Una boda.

—¿Una boda?

—Me casaré con la hija de Ontopanga.

Así fue como descubrí —una vez más, con absoluta perplejidad— los planes de mi tío. A lo largo del día, y a medida que volvíamos cargados con las pieles desde el barco, el resto de la expedición lo fue asimilando. Adiviné en la mirada de Lisa el orgullo de habernos sorprendido. Una vez más.

A menudo Manuel actuaba por instinto, mostrando un carácter duro y tenaz, hasta el punto en que, en cierta ocasión, un comerciante de especias de Nueva Orleans le había descrito como «un hombre violento al que solo se le ocurren acciones absurdas y arbitrarias». Pero, si os hablo con sinceridad, aunque con frecuencia le fuese útil aparentar esa actitud vehemente, no le definían el ímpetu ni la virulencia.

Como sabéis, Manuel Lisa proviene de una acomodada familia española. La educación y los modales adquiridos por mi tío de su madre, María Ignacia Rodríguez, le habían venido bien a lo largo de su vida, cuando el alistamiento en la Marina, el contrabando de mercancías y los encuentros con la burguesía —a la que Manuel temía más que a nada— habían puesto a prueba su carácter. De hecho, era la aristocracia criolla, hipócrita y mendaz, bien representada en San Luis por los hermanos Chouteau, el motivo de su eterna desconfianza.

—¿Te casarás con una india? —fue todo cuanto logré decir.

—Me casaré con la hija del jefe.

Nadie sabía con exactitud cuándo había planeado esa unión, pero desde luego no había sido algo improvisado. Aquel día Manuel Lisa sentía que no había nadie en la tierra capaz de parar su impulso frenético, y es que, si se casaba con una hija del gran jefe Ontopanga, ya no tendría que ceñirse al monopolio que acreditaba a Pierre Chouteau como único interlocutor de la

tribu. Sería legalmente uno más de aquellos hombres. Es más, el francés tendría que aceptar a Lisa como interlocutor de la nación omaha. Al mismo tiempo, Ontopanga establecía un vínculo con nosotros capaz de protegerle de su principal enemigo, los siux. Por supuesto, dado que el rito omaha no tenía validez ni repercusión en el ámbito cristiano, Polly podía seguir siendo la mujer de mi tío en el «mundo civilizado», como los hombres lo llamaban.

Hoy día son más habituales las uniones entre hombres blancos y mujeres indias, pero en 1807, aquella boda suponía un golpe sobre el tablero de proporciones extraordinarias. Un topetazo que sin duda nos traería a todos, a mí más que a ninguno, consecuencias de lo más inesperado.

11

La imagen que tenemos de los días y momentos que marcan nuestras vidas siempre es algo exagerada. Es algo normal, supongo, así que habéis de perdonarme si cambio algún pormenor a medida que narro esta parte de la historia.

Pasados un par de días, llegó la fecha de la boda de mi tío con la hija de Ontopanga. Esa mañana, una anciana vino a toda prisa a buscar a Manuel Lisa y se lo llevó hasta una cabaña pequeña y derruida a las afueras de Tonwantonga. El resto del poblado trabajó con diligencia mientras mi tío era invitado a realizar todo tipo de actividades. Pescaron varias truchas —fabricando una trampa con palos y redes—, recogieron y limpiaron la entrada de todos los chamizos y, al mediodía, lograron cazar un alce enorme que Lisa tuvo que rematar con una especie de cuchillo romo. La gente iba y venía a toda prisa. De algún modo los únicos ajenos a aquellos preparativos éramos nosotros, siempre en medio, sorprendidos, torpes y obstaculizando a los omahas en sus tareas rituales.

—Me da a mí que casarse con una india implica varias dificultades —dijo Arturo riéndose al tiempo que se sentaba.

—Sí —le respondió el Manco—. A mí la primera de ellas me parece, en sí misma, la de casarse con una india.

Cerca de veinte hombres entraron en una cabañita de la zona sur del poblado que había permanecido cerrada desde el día en que llegamos.

—¿Qué creéis que hay ahí? —pregunté.

—No tengo ni la menor idea. —El Manco masticaba un tabaco seco que Jean-Luc le había regalado mientras miraba perplejo los extraños ritos y protocolos que realizaban los indios ante nosotros.

—Una hoguera —dijo entonces De Goiri—. Creo que van a hacer una gran hoguera.

—¿Y ese tronco? —Una rama seca de álamo era transportada por una docena de sacerdotes.

—No lo sé. Pero debe de ser importante para ellos. Fíjate con qué cuidado lo mueven.

Los sacerdotes de los omahas, representantes del cielo, vivían —y siguen viviendo— en la parte norte de sus poblados. Encargados de organizar las ceremonias religiosas, los banquetes festivos y las ofrendas rituales, heredan de sus padres y tíos la obligación de representar los poderes de los dioses. Bajo ninguna circunstancia deben encargarse de los asuntos de la tierra, como la guerra, la caza o las cosechas. Muy a su pesar, dicho estricto sistema de clases pervive a duras penas en nuestros días.

Por la tarde, y tras haber intentado sin éxito encontrar a la chica india de la sonrisa perfecta —a la que llevaba algunos días sin ver—, compartí con los demás melón con maíz, y me senté a leer junto al río, descubriendo con asombro cómo el demente don Quijote arremetía con su lanza contra las aspas de un molino.

> *… y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta Juña, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo…*

Una sombra larguirucha se cernió sobre las páginas de mi novela. Para mi sorpresa, descubrí que la provocaba una india joven, escoltada de tres acompañantes. Habían llegado sonrientes hasta el lugar en el que me encontraba, con la piel recién pintada y engalanadas con pellejos de ciervo teñidos de negro y carmesí. Una de ellas dijo de la forma más solemne que podáis imaginar:

—Lissa. Joaquínn Lissa.

Pasaron unos segundos desconcertantes.

—¿Joaquín Lisa? Soy yo —respondí, perplejo, al tiempo que me ponía en pie.

—Lisssa.

—Soy yo —repetí, e hice gestos asintiendo y tocándome el pecho con la mano.

Las acompañé. Pasamos junto a lo que muy pronto sería una enorme hoguera y me llevaron a toda prisa hasta una cabaña apenas decorada con pieles gruesas y ornamentos tallados. Me hicieron entrar en ella.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Las mujeres me hicieron un gesto con las manos, como pidiéndome que esperara. Luego rieron y se despidieron de mí entre susurros.

Los cánticos profundos y graves de los hombres empujaron al sol tras el horizonte, y yo, desde la ranura estrecha de aquella cabaña cálida y repleta de pieles, intenté ver lo que ocurría en el exterior.

El gran tronco de madera de álamo había sido engalanado y dispuesto en el centro del círculo que formaban las cabañas. Por aquel entonces aún no sabía que se trataba de Umo ‘ho ‘ti, el primer omaha. Un poste divino considerado por los indios un humano con capacidades extraordinarias. En torno a él bailaban y cantaban por igual hombres y mujeres, si bien las mujeres apenas iban ataviadas con sus habituales vestidos de ante mientras que los hombres lucían sobre la piel pinturas brillantes y sobre el cabello plumas ostentosas de águilas doradas.

Recuerdo que intenté salir de la cabaña, pero dos guerreros enormes me cortaron el paso. Por algún motivo, habían decidido retenerme allí, impidiéndome ver con claridad lo que ocurría en la ceremonia y aislándome por completo del resto de la compañía.

—¿Por qué no me dejáis salir? —insistí una y otra vez—. ¿Qué es lo que pasa? Exijo que me dejéis salir. Soy amigo de Manuel Lisa. Soy su sobrino.

Extrañado y sin respuesta, volví a mirar por la ranura de la puerta, levantando la vista sobre el hombro de mis captores.

Mi tío llevaba el torso descubierto y un collar de cuentas negras hacía juego con el tatuaje grande y geométrico que lucía en el pecho, y no tanto, a decir verdad, con la enorme cicatriz que recorría su cuello.

—¡Jean-Luc! —grité al ver al francés no demasiado lejos de donde me encontraba.

Los guardias se escandalizaron. Susurraron enfadados y me hicieron gestos con las manos en signo de desaprobación.

Volví a mirar por la ranura. La música se detuvo en el momento exacto en que Manuel Lisa se acercó a la hoguera y uno de los hombres del cielo, ataviado con una gran pluma de águila en la cabeza, comenzó a emitir un sonido extraño; una especie de lamento dulce y melódico que acompañaba a la perfección el tintineo suave y dubitativo de las llamas.

Fue entonces cuando la vi, enfundada en una tela de ante rojiza. Llevaba la cabellera larga y morena recogida con una enorme diadema de helechos. Sus ojos seguían siendo oscuros, tanto como la propia noche. Por fin creí entenderlo. La chica de la sonrisa perfecta se casaría con mi tío aquella noche

de verano. Anduvo unos cuantos pasos y se colocó junto a él, a unos palmos del sacerdote y enfrente de la hoguera.

No pude seguir mirando. Un puñal frío y desgarrador recorrió mi interior, y, tras una última intentona de salir de la cabaña, no me quedó más remedio que tumbarme boca abajo entre las pieles de bisonte.

—No puede ser. Se lo dije. Además, ella es una niña, y él demasiado viejo.

Durante unos minutos, me ahogué de rabia ante la idea de que mi tío Manuel hubiese mandado encerrarme para evitar que pudiese poner pegas a su enlace.

Un grito ensordecedor de celebración se oyó al cabo de un rato. Mujeres y hombres tomaron toro estofado servido sobre cortezas de árbol y los hombres de mi tío compartieron whisky con los indios. Golpeé con furia el suelo y traté de aislarme de los bailes y festejos que se oían en Tonwantonga.

Pasado un rato, la música era más tenue. Giré sobre mí mismo para comprobar que los guardias se habían esfumado. Me sequé bien los ojos, me até con cuidado los cordones de las botas y caminé hasta la puerta de la cabaña, despacio, como a hurtadillas. Abrí con cuidado las telas que hacían las veces de puerta y vi, a unos pocos pies, cómo un grupo de mujeres avanzaba hacia mi posición de forma rápida y alborotada. Retrocedí desconcertado, y antes de poder volver a ojear por la ranura, irrumpieron en la estancia. Dos eran ancianas. Las otras dos, muy jóvenes. Las mismas cuatro mujeres que hacía apenas unas horas me habían llevado hasta la cabaña.

Al fondo, detrás de todas las demás, estaba ella.

La hija de Ontopanga. La joven recién casada que había turbado mis pensamientos en las últimas semanas, enfundada en su vestido rojo de piel de ciervo y con el pelo recogido tras una corona de helechos. Me quedé tan asombrado que no sé cuánto tiempo después de que el resto de mujeres se hubiesen ido para dejarnos a solas estuve callado y perplejo. Volví a mirar con nerviosismo por el hueco de la puerta, como esperando que todo aquello fuese parte de algún tipo de broma, pero lo único que vi fue la espalda tatuada y enorme de los dos guerreros, haciendo guardia de nuevo. Me puse de puntillas. A lo lejos, desde la gran hoguera, entre el gentío ya disperso y distraído, el rostro sonriente de Manuel Lisa me asintió complaciente.

Una mano acarició la mía. Me giré y vi a la chica sonreír y divertirse examinando mi gesto estupefacto. Seguí un rato en silencio, sintiéndome inseguro y estúpido, y teniendo la sensación de que todos allí entendían mejor que yo lo que estaba sucediendo.

—Mitain. Mitain —dijo ella con voz firme y segura golpeándose el pecho, como intentando que entendiera algo muy claro y conciso.

Su nombre. Se llamaba Mitain.

—Joaquín —le respondí de inmediato colocando el dedo índice sobre mi torso—. Me llamo Joaquín. —Casi involuntariamente, hice una nueva mueca de sorpresa al tiempo que giraba la cabeza en todas direcciones, desconcertado. Una risita salió del interior de Mitain al tiempo que me agarraba las manos con fuerza.

Durante un tiempo, fue como si mis ojos hablasen con ella dubitativos y los suyos me respondieran calmados, haciéndome ver que todo estaba en orden.

—¿Por qué estás aquí? ¿Ocurre algo? —pregunté.

—Mitain —se limitó a decir ella. Después susurró algo en la lengua ponca de los omahas.

Cuando por fin consiguió tranquilizarme, nos sentamos sobre la gruesa piel de bisonte que había en el centro de la cabaña. Ella trató de repetir mi nombre en múltiples ocasiones. Y yo el suyo. Mitain.

—Escucha… Mitain. No entiendo nada.

Poco a poco fuimos traduciendo en nuestros idiomas las cosas que nos rodeaban y riéndonos de la forma que tenía el otro de pronunciarlas. Luego sacó algo de su cinturón y lo extendió hacia mí con sumo cuidado. El medallón de plata de mi madre. Entendí enseguida que lo había cogido de mi talega el día en que la había pillado husmeando entre mis cosas.

No me enfadé con ella. Sonreí y asentí con la cabeza. Su presencia me tenía embelesado, y, si os soy sincero, nervioso como pocas veces lo había estado. Fuera, los cánticos del pueblo omaha se diluían repartidos en todas las direcciones. Sin embargo, dentro de aquel chamizo reinaba una insólita quietud.

—Joaquín —logró decir por fin.

Sentía su mirada atravesándome la piel. Sus ojos cálidos, el gesto seguro, los pechos agitándose bajo el ante rojo y la mano firme y serena sobre mi pierna.

Tal vez con otra chica habría actuado de otro modo. Con total diligencia, besándola o camelándola, al menos, de alguna forma divertida, pero aquella situación me había dejado paralizado. Miré de soslayo y vi el rostro de la joven a un palmo del propio, sonriente y manso.

Antes de que pudiera volver a meter la pata, como seguro habría hecho si aquello se hubiese alargado más de la cuenta, besó mi mejilla y colocó mi

mano bajo su cuello. Me empujó bruscamente y se desabrochó con brío el cinturón, sacándose por la cabeza el vestido de ante y dejando al descubierto el pecho en un ademán de que hiciera yo lo mismo.

Titubeé.

—Vale. De acuerdo, sí.

Me desaté los nudos y me quité las botas con los talones. Me desabroché el cinturón con torpeza y me deshice de los calzones. Me quedé desnudo, permitiendo que Mitain me abrazara y se colocase sobre mis piernas. Me abrazó con fuerza. Volvió a besarme. A ratos dejó que yo abrazase sus nalgas al tiempo que ella me mordía el labio. El cuello. Los hombros. Escurrió la mano entre mis piernas y dispuso a su antojo. Luego apretó contra mí su cuerpo y realizó con las caderas movimientos de todo tipo.

Aquella noche mágica y extraña, de la que aún guardo un recuerdo imborrable, el desconcierto y los nervios dejaron que el deseo y el entusiasmo se apoderaran de nosotros, y Mitain y yo hicimos el amor por primera vez.

12

El día 6 del mes de septiembre de 1807, Manuel Lisa dio la orden de construir un fuerte en la unión de los ríos Yellowstone y el Bighorn.

El mes de agosto había sido caluroso como ningún otro, e intuyo que para explicar bien lo que ocurrió habría que dividirlo en dos mitades. Hasta el día 12 de agosto permanecimos en Tonwantonga. Cacerías, algunas jornadas de pesca y un par de banquetes ceremoniosos en que los hombres del cielo y otros caciques del pueblo omaha ungieron a Manuel Lisa con grasas de animal y resinas.

En general, y salvo una mañana en que llegaron hasta el poblado indios poncas con la intención de presentarse, fumar con nosotros y agradecer que hubiésemos mantenido lejos a los siux con nuestra presencia, no se habían diferenciado mucho los días entre sí. Las noches, no obstante, habían sido con toda seguridad las más felices de mi vida, ya que recibía a menudo la visita de Mitain y amanecía a su lado en un perfecto secretismo del que tan solo mi tío, Ontopanga y algunas mujeres omahas parecían ser cómplices.

Durante aquellas noches, Mitain me ayudó a descubrir algo insólito y magnífico que hasta entonces me había sido desconocido. Me enseñó a indagar en el lecho en todo tipo de secretos. Deseos que jamás hubiera logrado imaginar. Instantes fugaces y placenteros que una vez concluidos me dejaban sin aliento, tendido boca arriba, absolutamente exhausto, pero deseoso de que volviesen a empezar, de que pudiesen repetirse una y otra vez, obnubilando mi juicio por completo.

—Mitain. ¿Entiendes lo que digo? —le decía yo mientras ella tejía con esmero un nuevo toldo para su campamento—. No lo entiendes.

—Joaquín —respondía ella sonriente.

—Bueno, da igual. ¿Te gusta estar aquí conmigo? —Al decir aquello, señalaba su pecho y luego apuntaba hacia el mío. Entonces ella me agarraba de la mano y me llevaba lejos de la cabaña, más allá del cultivo de maíz y de

los melones silvestres que crecían junto al poblado. Caminábamos un rato junto al río, y, cuando se iba el sol, por los pastos enormes y que se extendían en todas las direcciones. En ocasiones íbamos a visitar a su hermana, Me-umbane, una chica altísima y de carácter afable que nos preparaba con mimo un pan de maíz con verduras que solíamos acompañar de algo de carne de ardilla o de castor. Al anochecer, si no había tormenta, salíamos con ella para ver las estrellas en lo alto del cielo.

—Vaya, es impresionante.

—Joaquín. Enséñame tú.

La alegría que sentía aquellos días solo aumentó cuando me enteré de que Mitain había sido elegida para acompañar a la tribu en su partida de caza estival. Los omahas viajarían con nosotros río arriba, ascendiendo aún más por las aguas del Misuri, y ayudando a Manuel Lisa a encontrar un terreno en el que establecer un puesto comercial: un fuerte bien defendido y ocupado de forma permanente por hombres blancos dispuestos a comerciar y a negociar con las naciones indias de las Montañas Rocosas.

Y así fue como, desde el 12 de agosto, La Santa Cruz volvió a establecer rumbo norte, flanqueada desde el agua por seis barcas de piel de toro a las que los hombres llamaban «*bullboats*» y desde tierra por una veintena de jinetes que solían ir con uno o dos días de retraso con respecto al esquife capitaneado por Juan Ignacio. Fueron días soleados, agradables y tranquilos, en los que apenas hubo que lamentar un pequeño incidente: un encontronazo lejano con una partida de siux que huyeron al ver que los omahas venían con nosotros.

El primer día de septiembre, y tras una larga reunión entre Manuel Lisa, Benito Vázquez y dos caciques omahas, acabamos subiendo por el interior del río Yellowstone, afluente del Misuri, adentrándonos en un sendero que, con permiso del francés François Larocque, ningún hombre blanco había explorado jamás. *Cinco* días después, comenzamos a construir el que sería el primer puesto comercial establecido por descendientes europeos en el actual territorio de Montana.

—Tío, ¿cómo llamarás al fuerte cuando lo hayamos terminado? —le pregunté a Manuel Lisa esa mañana del 6 de septiembre, en que por fin pudimos hablar a solas, en lo alto de una pequeña colina desde la que podía divisarse toda la inmensidad del cañón del río Bighorn.

Mi tío encendió su pipa, se mesó las patillas y se sentó con las piernas cruzadas frente a un bosque cuyos árboles habían sido talados esa misma mañana con intención de dar forma a la empalizada.

—Lo llamaremos «Remón», como tu primo. «Fuerte Remón». Le hará ilusión… ¿Querrás decírselo tú mismo?

—Sí. Claro.

Dos enormes nubes se desplazaron en lo alto del cielo ensombreciendo el cauce del río para después volver a permitir que el sol lo hiciese resplandecer. La verdad, el fuerte rara vez fue conocido con ese nombre. Tuvo, no obstante, dos denominaciones que le sobrevivieron durante años. La primera de ellas, «Fort Manuel», por haber sido mi tío el encargado de su construcción. La segunda, que además fue durante años la más extendida entre los hombres, «Fort Raymond»: la incapacidad de los estadounidenses para pronunciar el nombre de mi primo llevó a que durante décadas, y hasta la actualidad, el fuerte establecido entre los ríos Bighorn y Yellowstone fuese conocido por este último nombre.

—Nadie había construido antes un fuerte en este punto. Los franceses montaron años atrás un puesto al final de las Rocosas, pero ningún hombre blanco se ha asentado jamás en esta zona del río. Seremos los primeros.

—¿Y qué haremos cuándo lo hayamos construido?

—Pasar aquí el invierno y mantener el asentamiento. Explorar estas tierras, descubrir los ríos que nacen más al norte. Cazar animales salvajes y comerciar con las tribus. Y si el tiempo lo permite, encontrar el nacimiento del río Columbia y dar de una vez por todas con el lago de Heceta. Será algo histórico, Joaquín. —Mientras decía esto último, se palpó con cuidado el bolsillo interior del abrigo, en el que guardaba a buen recaudo el mapa del marino.

Bastaba dejar hablar a mi tío sobre todas aquellas cosas y algo se encendía en su interior, como si una chispa creciese por momentos avivada por el viento.

Entonces sonrió, me miró con cautela y se atrevió a preguntarme por Mitain.

—¿Qué?

—Ontopanga me ha contado que va a verte todas las noches.

—Así es —respondí con timidez.

—¿No quieres ir con otras mujeres?

—No. Sé que los otros hombres lo hacen. Llaman «*squam*» a las mujeres indias. Pero yo solo quiero estar con Mitain.

—Entiendo.

—¿No supone eso un problema?

—¿El qué? —respondió, extrañado, Manuel Lisa.

—Que venga conmigo por las noches.

—Es una niña, Joaquín.

—Pero estás casado con ella.

—Intenté casarme con su hermana mayor, Me-um-bane, pero ya está comprometida con otro hombre. Lo único que necesito de esa boda es el pacto que establece con los omahas.

—¿Y a ellos no les importa? A Ontopanga.

—Al principio les importó, sí. Hasta que les dije que eras mi sobrino. —Un brillo certero y cauto se reflejó en los ojos de Manuel.

—¿Por qué?

—Para ellos, eres mi hijo.

—¿Cómo?

—Digamos que su sistema de parentesco es más enrevesado que el nuestro. Para los omahas no existe la figura de «tío». Los hermanos de tu padre son tus propios padres. Y las hermanas de tu madre, tus propias madres.

—Vaya…

—¿Has visto cómo organizan el poblado? Los sacerdotes, los guerreros…

—… los hombres del cielo y los de la tierra… —interrumpí.

—Exacto. Un hijo en la cultura omaha hereda los atributos y cualidades de su padre. Si algún día tuvieses un hijo con Mitain, sería para ellos igual de válido que si lo hubiese tenido conmigo. Todos salimos ganando.

—¿Hijos? —pregunté extrañado.

—Bueno, es un ejemplo, solo en el supuesto caso de que los tuvieseis, claro. —Rio entonces mi tío, con aquella risa grave y ronca que le caracterizaba—. Conozco a los omahas desde hace años: son un pueblo pragmático.

—¿Por qué se alían con nosotros?

Manuel Lisa rascó la cazoleta de su pipa y la volvió a llenar de tabaco. Luego se reclinó contra el ocaso, suspiró y se encogió de hombros.

—Supervivencia. Los siux al sur… los pies negros aquí al norte… les acribillan. ¿Te has fijado en sus hombres? Casi todos están malheridos. O mutilados. Sus enemigos son superiores en número, y, además, según cuenta Washinguhsabah, el hijo del antiguo jefe, alguien les está proporcionando armas de fuego.

—¿Quién?

—No lo sé. Podrían haber sido los franceses.

—¿Los Chouteau?

—No he logrado averiguarlo. Tal vez sean los británicos.

—¿Y cómo podemos ayudarlos?

—Les hemos dado armas, munición y algo de protección a cambio de caballos, barcas y telas. Pero somos comerciantes, Joaquín, no soldados.

—¿Y qué pueden hacer?

—Deberían abandonar sus tierras, marcharse más al oeste. Tal vez si tú se lo dices te hagan caso. Soy yo el que está casado con su hija, pero eres tú a quien ella quiere.

Aquella información había sido liberadora en cierto modo. Pero al mismo tiempo me obligaba a asumir una responsabilidad con la gente de la tribu. Tal vez por eso, al día siguiente, tras trabajar arduamente en la construcción del fuerte y haber ayudado al Manco, a Drouillard y a John Colter a atar bien entre sí los maderos que la cañonera, cogí prestado el caballo de Jean-Luc y me presenté entre los tipis apelotonados del campamento omaha que se había establecido a las afueras de la empalizada.

Las estrellas pestañeaban en lo alto del cielo cuando Mitain vino a verme a paso ligero. En un intento sincero por pronunciar bien nuestro idioma, la chica musitó un breve pero correctísimo:

—Hola, Joaquín. Triste.

La seguí, preocupado. Me llevó hasta una gran tela teñida y adornada con dibujos de bisontes y de hombres armados con lanzas y con flechas. En su interior, oscuro y en penumbra, saludé a varios hombres y mujeres que, sentados en torno a una montaña de ascuas, fumaban una larga pipa de madera.

Nos hicieron un sitio entre ellos con cierta amabilidad, y al cabo de unos segundos, unas enormes llamas azules crepitaron y revelaron el interior de la estancia, descubriendo los tatuajes rojizos y desgastados que adornaban la piel de Ontopanga. La oscuridad regresó después al interior de la estancia, y Mitain aprovechó la ocasión para agarrarme con fuerza la mano.

Un chico joven, al que le faltaban un par de dedos, me ofreció, complaciente, la pipa, larga y ornamentada, y yo la acepté, sonriente, haciendo uso de ella con orgullo. Tras intercambiar unas bromas, creí entender lo que decían. Manifestaron que el frío llegaría en unas semanas al río Yellowstone, y que pronto partirían de nuevo hasta Tonwantonga. Además, murmuraron entre lamentos que los siux habían atacado su poblado y violado a muchas de sus mujeres mientras ellos estaban allí, cazando lejos de sus casas. Mucho más tarde comprendí que cada vez era más difícil para los omahas repeler los ataques de sus vecinos, y eso los hacía sentirse muy tristes y abatidos. Os juro que pensé para mis adentros que debía hacer algo

por ayudar a aquella gente, pero no supe qué decir. Ni siquiera era capaz de hablar su idioma.

Me limité a contemplar sus ojos cansados, a observar cómo compartían la poca carne que habían logrado cazar aquel día y a sostener con fuerza la mano de Mitain. Bebieron un poco del licor que habían intercambiado con los hombres de mi tío.

Nadie dijo nada después, pues no había mucho que añadir. Aquellas personas admiraban el silencio de la noche, y en la más profunda quietud imaginable, me reconfortó entender que yo también lo hacía.

13

El día que se cumplían siete meses desde nuestra salida de San Luis corrió el whisky en Fort Raymond, pero a John Colter y a mí se nos prohibió beber una sola gota. Habían circulado rumores, se habían escuchado comentarios acerca de la planificación por parte de Manuel Lisa de una doble expedición hacia el oeste. Una partida subiendo el curso del río Yellowstone. La otra, haciendo lo mismo con el Bighorn. Tal vez, pienso ahora, además de encontrar tribus amistosas, pretendiera en esas expediciones dar con algún afluente que subiera hasta el lago de Heceta.

Observé el documento que exponía los planes de Lisa. Había sido colgado con esmero en la pared interior del fuerte. Weiser, que llevaba una turca de ordago, se acercó hasta allí, y me pidió que se lo tradujera.

—Habrá un par de incursiones… para cartografiar los dos ríos… —le dije en un malísimo inglés.

—¿Tú irás?

—Eso dice.

Una carcajada brotó de su interior y el licor le manó de entre los dientes. Se limpió la barba con la manga de la camisa.

—¿Morirás?

—Confío en no hacerlo.

—Si mueres, me quedo con tu parte —creo que me dijo.

El Manco relevó a Weiser cuando el estadounidense se alejó de allí rumbo al salón principal.

—No le hagas ni caso, Joaquín —me dijo, y colocó una mano sobre mi hombro—. Si mueres, yo me quedo con tu parte.

Pese a que Ontopanga me había dicho que los crows —los indios que habitaban la zona— serían amistosos, ambas rutas me parecían en cierto modo peligrosas. Aun con ello, la apatía, el aburrimiento y el frío nos habían hecho a todos soñar con ser los elegidos para salir de una vez por todas del

fuerte, en el que llevábamos cerca de doce días encerrados por una intensa nevada. Es más, antes de eso, habíamos pasado otro mes allí metidos. Y es que Fort Raymond había llamado la atención de los mandans, una tribu pacífica de indios que durante treinta días intercambió pieles con Manuel Lisa y ayudó a la compañía a identificar el paso de manadas de bisontes en las inmediaciones del puesto.

—Este lugar será recordado durante años —dijo Vázquez mientras proponía un brindis a los presentes—. Este fuerte será la insignia de esta compañía. Hay más de cuatrocientas pieles de bisonte empaquetadas en ese almacén. ¡Manuel Lisa ha construido este puñetero palacio, y nos ha hecho a todos ricos!

He de matizar que en el plano de lo olfativo, el palacio del que hablaba el Viejo más tenía que ver con una cuadra que con cualquier otra construcción. El hedor a resina de pino se había difuminado ya con el del almizcle grasiento de las pieles frescas y el de los barriles amontonados que contenían generosas raciones de salmón y bacalao en salazón. A todo ello, por supuesto, había que sumarle la incapacidad de ventilar la estancia mientras durase la tormenta.

—¡Brindemos también por los exploradores! ¡Al carajo con el mapa! ¡Que traigan mujeres! ¡Que no se les ocurra volver con las manos vacías! —gritó Arturo.

El documento de mi tío era claro. Aquel 5 de diciembre, al tiempo que el almacén del último piso de Fort Raymond era oficialmente inaugurado, se decidió que John Colter fuese el responsable de cartografiar para la empresa de Lisa el curso alto del río Yellowstone, del mismo modo que se decidió que un servidor fuese su ayudante. Partiríamos de inmediato, al día siguiente, y por ese motivo a ninguno de los dos se nos permitió celebrar con alcohol la apertura definitiva del puesto comercial.

Era la primera hora de la mañana de un lunes. Amanecimos al alba, nos ataviamos con toda la ropa de abrigo de la que dispusimos y esquivamos el retumbar de los ronquidos provenientes de la buhardilla que compartíamos con los isleños. Desde la tercera cabaña seguimos el rumbo que Fang nos marcaba unos pasos más adelante, siguiendo por la empalizada hasta el establo.

Partimos tan temprano que no hubo tiempo de despedidas. Miré para atrás, hacia el cristal cubierto de vaho de Fort Raymond, y creí ver a mi tío vigilando nuestros primeros pasos desde la ventana. Dos banderas colgaban

de la empalizada. Una tema dos bandas rojas a los lados y otra amarilla en el centro. Al parecer, la insignia con la que el reino de España surcaban los mares era la misma que habían empezado a izar, en los últimos años, los soldados españoles en fuertes y destacamentos. Junto a ella ondeaba con la brisa de la mañana una bandera de los Estados Unidos, teñida a rayas blancas y rojas y con un rectángulo azul en su esquina superior. Sobre el añil habían sido cosidas con mimo quince estrellas blancas de cinco puntas, una por cada estado de los que, en 1808, conformaban el país.

Me monté en el caballo y tiré de las riendas dándome la vuelta, despacio. Me detuve un segundo en el cerco nevado que los tipis de los omahas habían dejado sobre el terreno justo antes de marcharse.

—¿Volver a vernos? —me había dicho Mitain.

—Sí, claro. Volveremos a Tonwantonga después del invierno, antes de ir a San Luis. ¿Lo entiendes, Mitain?

—¿Volver?

—Volveré.

El recuerdo del beso secreto con el que nos habíamos despedido aquella noche de principios de noviembre distrajo mi atención por un instante.

—*C'mon, Joaquín, wake up* —me dijo Colter.

El primer día cabalgamos durante horas, siguiendo siempre el curso del río. De cuando en cuando, el perro se adelantaba y echaba un vistazo entre las copas de los árboles, con unos ojos alegres y traviesos que brillaban como el oro líquido. John y yo tratábamos de entablar algún tipo de conversación. Lo lográbamos formulando frases cortas y concisas, frases que, por supuesto, incluían español, inglés y un lenguaje de signos que fuimos inventando sobre la marcha. También nos descifrábamos gracias a un tipo de comprensión mutua, de esa que solo experimentas cuando compartes una responsabilidad con alguien el tiempo suficiente como para entenderte sin necesidad de verbalizarlo todo en exceso.

John Colter era un hombre honesto, de sangre fría y temperamento calmado. Mantenía como norma general un tono grave y tranquilo, y era capaz de estar alerta solo cuando era necesario. La gran barba larga y rubia y los cabellos también dorados le hacían poseedor de un aspecto entre lo místico y lo salvaje. Con alguna que otra dificultad, acabé por entender lo que me respondió cuando le pregunté que dónde había nacido. Treinta y tres años antes en el estado de Virginia. Jamás había vuelto. Ahora su *home* era el oeste. Vivía con su perro en la frontera, sin muchas normas, con pocos horarios, *free*, libre. «*This place*. Buen lugar», me dijo.

Hizo un frío espantoso aquella primera noche. Tanto, que casi habría echado de menos Fort Raymond y su pestilente hedor si no hubiese dispuesto de Tonwantonga en la memoria. Pensé en una hoguera cálida y apacible, en una cabaña de madera. Casi vi a Mitain en ella, esperándome, dispuesta a cobijarse conmigo entre una decena de mantas, aguardando indiferente que el mundo se derrumbase fuera mientras nos tuviésemos el uno al otro.

Escuché un ruido entre las ramas cercanas y eché mano de mi fusil. «No es nada. Algún ratón». Con el transcurso de los meses me había vuelto precavido y el instinto había hecho mella en mi forma de entender la naturaleza salvaje del curso alto del Misuri. Supervivencia, no cobardía. No quería morir allí. Quería vivir. Para correr nuevas aventuras. Para ayudar a los omahas. Quería volver a ver a Mitain.

—Puede incluso que…'tengamos un hijo —susurré.

Al segundo día, Fang mordió el cuello de una nutria y la dejó malherida en la orilla del río Yellowstone. Decidimos rematarla con el trinchete y compartir su carne con el perro, que instantes después bebió de un charco y se tumbó a dormir bajo los árboles. Al tercero, nevó un poco y algunas partes del río amanecieron congeladas por la mañana. Colter hizo un agujero en el hielo, se desnudó y se metió de lleno en el agua gélida. El grito que dio debió de oírse más allá de las Montañas Rocosas.

Yo me atreví a hacer lo mismo el cuarto día, justo después de contemplar durante un rato uno de los paisajes más hermosos que he podido presenciar en mi vida, y es que sobre un bosque de robles nevados salpicados con cerezos de Virginia se alzaba la que años más tarde los franceses bautizarían como «Cordillera Tetón». Al quinto día, cabalgamos durante muchas horas, cazamos una ardilla, ascendimos por el borde de una cascada y vimos un alce al que dejamos ir, pues era demasiado joven y escurridizo, y, la verdad, teníamos comida de sobra.

Al sexto día, a medianoche, nos encontramos por fin con indios crows. El primero en sentir su presencia fue Fang, que ladró durante varios minutos, despertándonos a los dos. Entonces me incorporé, y vi media docena de figuras ensombrecidas escondiéndose entre unos matorrales.

—¡John! —Dejé el rifle en el suelo, y John Colter debió de pensar que era buena idea, porque hizo exactamente lo mismo nada más levantarse.

Permanecimos un largo rato quietos, mirándonos los unos a los otros.

—*Let me see*…

John Colter avanzó hacia ellos, tranquilo, sin su rifle, con una sonrisa tenue dibujada en los labios. Les hizo un gesto para que se acercasen a él, y

ellos obedecieron de inmediato. Parecían vacilantes, curiosos. Eran niños. Seis niños crows y una única mujer adulta, enjaezada con dos trenzas largas, un vestido repleto de dientes de ciervo y unos mocasines negros.

Colter se quedó quieto y dejó que fueran los niños los que, bajo la atenta supervisión de la mujer, se acercaran a él y le rodearan por completo.

Tras un intercambio de risas y juegos, subí a hombros a una de las niñas. No tendría más de cinco o seis años. Ella rio a carcajadas, y tanto la mujer como nosotros mismos respiramos aliviados y contentos de que aquel encuentro se hubiese desarrollado de un modo tan cordial y divertido.

—Nuestro fuerte. Aquí. Nuestro fuerte —le dije.

Le entregamos a la mujer un improvisado mapa con la intersección de los ríos Yellowstone y Bighorn. Sobre él, había un pequeño dibujo de Fort Raymond. Le hicimos también señas con la mano para indicar la dirección en la que estaban nuestros compañeros. Ella asintió con la cabeza y más tarde, como si de una aparición fantasmagórica se hubiese tratado, desapareció entre los árboles sin dejar rastro. Nunca supe si fue aquel encuentro o el azar lo que en las siguientes semanas llevó a varias decenas de indios crows a comerciar con Manuel Lisa en el puesto comercial. Antes de irse, la mujer, con seriedad en el rostro y vehemencia en sus palabras, nos habló de lo que encontraríamos a continuación siguiendo el curso del río.

—Dice que no vayamos. Que no sigamos hacia delante —susurré. Colter, que había entendido lo mismo que yo, asintió con la cabeza y se encogió de hombros justo después de que la mujer se hubiese ido.

Al día siguiente apenas habíamos avanzado una hora a caballo cuando entendimos a qué se refería.

Me cuesta elegir las palabras. Ni siquiera años después de haber visto aquello por primera vez sabría describirlo con exactitud. El caso es que a medida que cabalgábamos junto al río, el bosque de pinos fue muriendo poco a poco, y una sensación extraña se adueñó del ambiente. Lo primero que percibimos diferente fue el olor. Un extraño aroma bañaba todo el paisaje, un tufo a pólvora, veneno y óxido.

Después, el propio río se movió en todas las direcciones, emitiendo un feroz sonido que provenía de lo más profundo de su ser. Aquello me dejó boquiabierto. Sorprendió del mismo modo a Colter y a Fang y, por supuesto, a los caballos, que enseguida tuvieron miedo y escondieron la cabeza entre las patas, y cuando los obligamos a seguir, se agitaron y se encabritaron, y no nos quedó más remedio que continuar a pie y llevarlos cogidos de las riendas. Nada más apearme de la montura, percibí en el suelo un tono pálido. Unos

pasos después, una costra blanca y polvorienta que se extendía, bulliciosa, ante nosotros proliferó en todas las direcciones.

Una especie de fuego ardía bajo la tierra. Como si un espíritu incandescente abrasase árboles y plantas e hiciese que el agua saliese hirviendo a la superficie escupiendo furiosos chorros de vapor. Fang ladraba y gemía asustado, escondiéndose a cada instante bajo mis piernas. Un escenario como aquel le hacía a uno preguntarse si algún espíritu de los indios había permitido tal desorden natural, o si, por el contrario, era el mismísimo diablo el que estaba detrás de aquella magnífica y sobrecogedora aberración. La respuesta se presentó por sí sola cuando, desconcertados, avanzamos un poco más entre los troncos desnudos de los pinos carbonizados. Un mar ondulante y ocre repleto de árboles muertos se extendía ante nosotros, y al final de él, una humeante boca que era azul, verde y amarilla se hundía en lo más profundo de la tierra. Del otro lado de la niebla que formaba aquella forma extraña y monstruosa, una decena de bisontes nos miraban con desdén. Sin saber por qué, del más absoluto asombro, las lágrimas se me amontonaron en los ojos, y no pude hacer nada por disimularlo.

—¿Qué es este lugar? —conseguí decirle a John aun a sabiendas de que no entendía mis palabras. Colter se limitó a tartamudear unas cuantas veces, a dejarse caer al suelo abrumado por todo aquello y a responder, finalmente, una sola cosa:

—*Hell*.

Infierno.

Tan rápido como pude, saqué un papel de mi costal y comencé a dibujar todo lo que veían mis ojos. Las terrazas ocres y blancas. Las grietas humeantes. Los árboles torcidos, moribundos. Mi intención no era otra que la de enseñar aquellas ilustraciones —malas e inexactas, pero ilustraciones, al fin y al cabo— a Diego de Goiri, pues pensaba que si había una persona en el mundo capaz de entender lo que veíamos, sería él. Luego cogí de mi canana el saquito verde en el que solía guardar la pólvora, cargué mi rifle con lo poco que quedaba y, cuando ya estaba vado, prendí un puñado de aquella arena humeante que había bajo nuestros pies y la introduje en su interior. Un rato después la costra blanca que se extendía por el suelo y el agua hirviendo se acabaron de forma abrupta y dieron paso a una llanura salpicada de bosquecillos de pinos.

Más hacia el sur, cuando los caballos volvieron a tranquilizarse y hubimos cabalgado durante unas horas para salir de aquel terreno infernal, encontramos el lago Yellowstone.

—Descansemos aquí un rato —dijo Colter en inglés.

Esa tarde, frente al lago, Colter y yo nos echamos en el suelo cómo solíamos hacer, meditando con paciencia, en silencio, dejando que la brisa fría del invierno zumbara en nuestros oídos. ¿Conocería Mitain aquella tierra? ¿Acaso sus dioses, y no el nuestro, reinaban en aquel valle? Pensé en los espíritus del fuego y el cielo. En las llamas azules de Tonwantonga y en los hombres del cielo de Omaha que bailaban las noches de verano en torno al Umo ‘ho ‘ti. ¿Conocerían ellos aquel territorio espectral en el que Colter y yo habíamos estado? ¿Era acaso real? «Un atributo de lo infernal es, al fin y al cabo, la irrealidad», comencé a pensar…

—No es por aquí —dijo Colter en inglés.

—¿El qué?

Obtuve respuesta, pero no logré descifrar lo que decía. Al intuirlo, John cogió un palo y dibujó sobre el terreno el discurrir del río. Al final de la línea, esbozó una cruz y negó con la cabeza.

—El paso que quiere encontrar tu tío. No está aquí —entendí entonces.

Asentí.

—Tal vez… —cogí otro palo para indicarle la dirección— sea más al norte.

—No sé…

—En el propio nacimiento del río Jefferson…

—¡Joaquín! —John me miró asustado, soltó el palo y señaló el horizonte incorporándose lentamente. Desde el otro lado del lago, una gigantesca nube de polvo se arremolinaba, salvaje, para luego esfumarse entre los árboles. Pero aquello no eran espíritus. No eran fantasmas infernales ni extraños fenómenos naturales, sino el rastro polvoriento de un centenar de indios espoleando furiosamente a sus monturas.

—¡Santo Dios! —exclamé—. ¿Son crows?

John Colter metió todo lo que había sacado en el hatillo y me hizo un gesto serio y cortante. Corrimos.

Subimos a nuestros caballos en un santiamén y cabalgamos hacia el norte a toda prisa. Bajo mi cuerpo, sentí el ímpetu del caballo rompiendo a correr, y solo entonces miré atrás. Colina arriba cabalgaban bajo la nube de polvo un montón de corceles. Sobre ellos iban jinetes armados.

—¡Huyamos! ¡Deprisa! —chillé. Volví a mirar. Fang nos seguía a toda velocidad. Tras él se acercaba, amenazante, un ruido ensordecedor de gritos y alaridos; aullidos agudos que emitían los guerreros. Nos habían visto partir e iban demasiado rápido. Pese al frío, muchos de ellos llevaban el pecho

descubierto y sus largas melenas ondeaban en el aire ataviadas con plumas de colores. Llevaban la piel pintada, por lo que Colter y yo no tuvimos duda de que se trataba de una partida de guerra.

—¡Rápido, Fang! —El perro, que se había quedado atrás, logró alcanzarnos a los pocos segundos. Mi caballo ascendió a duras penas por un risco siguiendo a la montura de John.

De repente, otro buen número de indios nos cortó el camino por delante, y no nos quedó más remedio que frenar en seco derrapando y resbalando en lo alto de un cortado nevado y puntiagudo.

—Estamos rodeados. —Tragué saliva. Temamos un precipicio a nuestra espalda.

—*Blackfeet* —dijo Colter, que aunque en español quiere decir «pies negros», en aquel momento no lo entendí. Supe, no obstante, que más de cien indios nos rodeaban contra una cornisa nevada y plagada de aristas. Pensé que de difícil manera viviríamos para contarlo.

Comenzó a nevar con fuerza en lo alto de aquel peñasco. Un guerrero joven y menudo, poseedor de una larga trenza oscura, se colocó frente a nosotros con el ceño fruncido y una lanza en ristre.

—No somos enemigos —conseguí decir, pero nadie entendió mis palabras.

Eran demasiados. Es bien posible que aquellos pies negros estuviesen yendo a la batalla y nos encontraran por casualidad en aquel momento de la mañana. Tal vez fuesen cazadores. En cualquier caso, no parecían tener ninguna gana de pasar por alto la oportunidad de rebanarnos la cabeza.

John Colter sacó su rifle, lo cargó y me lo dio a toda prisa mientras cargaba el mío. Al ver lo que hacíamos, los indios gritaron alarmados, y el guerrero de la trenza respondió a su llamada espoleando a su caballo hasta haberlo puesto a galope directo contra nosotros. Cuando se hubo acercado lo suficiente, se agachó y asomó su lanza sobre la cabeza del animal, dispuesto a arrojárnosla en cualquier instante. Colter apoyó mi rifle en su hombro y aguantó la respiración siguiendo con el cañón la trayectoria del jinete.

El sonido del disparo hizo eco en las montañas cuando solo un palmo de distancia le separaba de nosotros. Miré hacia atrás y vi que el caballo era el único que seguía su rumbo y frenaba en seco para no caer por el barranco. El jinete indio había dejado de serlo, y permanecía inmóvil tendido en el suelo con un charco de sangre brotándole del cuello.

Tras un pequeño silencio, todos los demás pies negros comenzaron a gritar de nuevo. Me di cuenta de que cada vez nevaba más y más fuerte. La

sangré se me heló de inmediato. Me temblaban las piernas.

—Atento, Colter —susurré.

Dos nuevos jinetes indios se acercaban a galope con un arco entre las manos.

Levanté el rifle. Antes de que Colter pudiera decirme nada, yo ya había disparado contra uno de los arqueros, al que acerté en la pierna y logré derribar del caballo. Cargué el arma a toda prisa. Una nueva bala salió del rifle que John sostenía con fuerza, silbando junto a mi oído e impactando sobre la masa homogénea que formaban los guerreros. Por los gritos furiosos de los presentes, debió de haberle atinado a alguno. Vi al jinete al que antes había derribado arrastrarse hacia nosotros. Disparé contra él, pero no logré hacer blanco y la bala se hundió en la nieve. Fue Fang el que nos salvó de su ataque, mordiéndole el rostro con fiereza. Colter, por su parte, consiguió atinar en el pecho al segundo arquero a caballo instantes antes de que este hubiese podido dispararnos.

Cinco indios más, que fueron cuatro cuando Colter me quitó el rifle y le acertó a uno en la cabeza, salieron a galope hacia nosotros, pero dos de ellos se resbalaron con la nieve e hicieron que los otros dos tropezaran con sus caballos.

—¡Sí! ¡Bien hecho! —grité nervioso.

El caos se apoderó de aquel risco, y cuando creí que no había nadie capaz de alcanzarnos, una nube de disparos brotó de entre los copos de nieve e impactó contra mi caballo, que perdió el equilibrio por completo.

Balas. Aquellos indios acababan de disparar una decena de rifles.

La nieve fría golpeó mi cara y luego mis rodillas a medida que rodaba ladera abajo. Me giré y vi a Colter forcejear con varios indios, tendido en el suelo, gritando e insultando a todos los que osaban acorralarle. Otros tantos disparos sonaron a mi espalda. Coloqué mi fusil sobre el cuello del caballo, que yacía abatido en la nieve, pero lo único que pude ver por la mira del cañón fue el cuerpo también inerte y sin vida de Fang. Una de las balas había atravesado su cabeza y lo había matado al instante.

Me quedé paralizado al ver aquello. «Qué muerte tan injusta», pensé. Detrás de su cadáver, un buen número de pies negros cargaban sus rifles y otros tantos corrían hacia nosotros levantando hachas y cuchillos por encima de sus cabezas.

El viento aullaba y estábamos atrapados, con el precipicio a las espaldas y una muerte segura ante nosotros. John Colter dejó escapar un grito de intenso dolor. Estalló un disparo que pasó junto a mi cabeza y se perdió en la lejanía.

«No quiero morir aquí —pensé—. No puedo morir. Mitain». Solté el rifle, cerré los ojos y salté al vacío.

SEGUNDA PARTE

SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1809

14

Más de un año después de su muerte, el recuerdo limitado y azaroso de Fang, el perro del señor Colter, persistía en las páginas roídas y maltrechas del diario de viaje del naturalista Diego de Goiri. Un dibujo fiel, algo desproporcionadas las patas, pero nítido e inmortal en la trigésima página de sus *Observaciones naturales y antropológicas de la expedición de Manuel Usa entre 1807y 1808*.

Varios meses después de haber realizado aquel dibujo, en septiembre de 1809, De Goiri seguía siendo un hombre alto y delgaducho, de mirada sincera y sonrisa sempiterna a pesar de los no siempre afortunados avatares del destino. Manuel Lisa había estrechado con él, más, si cabe, una de esas amistades perennes y duraderas que con frecuencia eran capaces de omitir hasta el diálogo. A menudo se juntaban en la casa de mi tío para debatir e intercambiar libros, periódicos y opiniones acerca de pasadas y futuras incursiones en territorio salvaje. Precisamente aquel día jugaron al ajedrez en el salón, y mientras tanto, conversaron afablemente.

—Ayer recibí por fin una carta de mi maestro. De Mociño.

—¿Desde Madrid? —preguntó mi tío.

—No. Desde Montpellier, en Francia.

—¿Está con Napoleón?

—En absoluto. Conociéndole, lo dudo mucho. Pero me temo que la guerra en España ha sacado lo peor de nuestra gente. Le acusan de traidor y de afrancesado.

Aquellos días, España libraba una guerra de independencia contra las tropas de Napoleón, y las noticias que nos llegaban a San Luis eran siempre tardías e imprecisas. De Goiri le arrebató a Lisa el alfil con el caballo. Las piezas de ajedrez se movían ágiles sobre el cuadrado, del mismo modo que lo hacían los peones españoles en Madrid, Sevilla y otras tantas ciudades

europeas del otro lado del océano, tratando de defender a un rey cautivo y cobarde en el otro extremo del tablero.

—Le responderás, imagino, ahora que ya sabes por qué no recibía tu correspondencia en la capital.

—Así es. Debo hacerle llegar mis descubrimientos. Jaque.

—Y después ¿te irás?

—No puedo irme a un país que sigue en guerra. No sé nada de mis padres. Ni de mis hermanas. A menudo pienso en ellos, ¿sabes? —Una breve pausa dejó advertir el sonido de una torre ajusticiada—. Con suerte lograron salir de Bilbao antes del saqueo. No, no puedo ir. Madrid entera está tomada por la Grande Armée. Solo puede uno atracar en Sevilla o en Cádiz. E igualmente están asediadas. Cuando la guerra haya acabado, entonces ya veremos. Jaque mate.

—Maldita sea, condenado alfil… Cómo he podido dejar de verlo…

Se levantó Manuel Lisa, merodeó por la estancia con el semblante serio, como casi siempre, y miró por la ventana un largo rato. Sabía que los motivos de Diego de Goiri para desear volver a España eran varios, pero por encima de todos ellos destacaba uno que no había mencionado, uno al que raramente se atrevía a hacer alusiones, y, cuando lo hacía, era de un modo ambiguo y tormentoso. Con el paso del tiempo entendí que el vizcaíno mantenía una relación prohibida con un hombre madrileño. Una de esas relaciones entre hombres que la iglesia tilda de sodomitas y que por poco que sea uno alguien relevante le ponen a remar en galeras o le plantan directamente en el exilio. Manuel Lisa sabía lo suficiente acerca de aquella historia como para entender que, aunque no lo mencionase, Diego deseaba más que nada poder regresar a Madrid y comprobar si aquel hombre seguía con vida.

—He tomado una decisión, Diego. Pero para poder llevarla a cabo necesito que te quedes en San Luis. Al menos una temporada.

—¿Qué decisión?

—Me gustaría que fueses parte de la compañía.

Aquello sorprendió a De Goiri, pues no esperaba bajo ningún concepto que mi tío le hiciese tal ofrecimiento. Desde el regreso de la expedición, ocho meses atrás, el éxito comercial y la enorme cantidad de pieles adquiridas habían permitido a Manuel Lisa fundar la que él mismo bautizó como la «Compañía de Piel de Misuri», conocida generalmente con su nombre en inglés: «*Missouri Fur Company*».

La propia compañía estaba dirigida por mi tío, pero habían decidido unirse a él numerosos comerciantes, a saber: Andrew Henry, Reuben Lewis

—hermano de Meriwether Lewis, colíder de la famosa expedición de Lewis y Clark— e incluso el propio William Clark. Aquello había permitido a Lisa ganarse una reputación considerable, que naturalmente pronto generó envidias y rencores entre los sectores de San Luis que habían quedado fuera del acuerdo.

—No sé qué decir. ¿En qué forma podría ayudarte? Con la compañía, me refiero.

—Necesito aliados dentro del negocio, Diego. Y de nadie me fío más que de ti. Eres inteligente, has estado al servicio de grandes hombres. Conoces bien a las personas, conoces sus ambiciones. Y eres un gran amigo. —Tales palabras, sorprendentemente salidas de la boca de mi tío, animaron a De Goiri muchísimo, instantes antes de infundirle una especie de vértigo.

—No conozco bien todos tus asuntos, Manuel. Me da miedo decir que sí y luego no poder cumplir con mi tarea.

—La parte relativa a la sede, aquí en San Luis, corresponderá a Clark. Tú vendrías conmigo. Mi propósito es volver a Fort Raymond dentro de un mes, para subir aún más, llegar a los afluentes que hay al norte. Más allá del Yellowstone. Construir un nuevo fuerte en tierra de los mandans, y desde allí encontrar el paso fluvial hasta el Pacífico, dar con el lago de Heceta. Tú podrías seguir con tu investigación…

—Los ingleses que trampean en las Rocosas no han encontrado ningún paso.

—No han navegado por el Jefferson. Están demasiado al norte.

Diego se encogió de hombros, dubitativo.

—No sé, Manuel.

—Europa está en guerra, y aquí tenemos tanto por hacer…

—No hay noticias del fuerte desde hace meses.

—En esta ocasión llevaremos para ti algún que otro ayudante. Y un dibujante, por qué no.

Los ojos del vizcaíno brillaron en la estancia como la luz de un candil. Como siempre, Manuel lisa guardaba con recelo sus planes para un buen día soltarlos de sopetón.

—Sigues creyendo que daremos con la conexión fluvial. Que llegaremos al Pacífico.

—Dejaremos pasar el invierno si es necesario y buscaremos el lago en primavera.

—¿Y si el mapa y las notas de Heceta se equivocan?

—En tal caso, haremos crecer el fuerte y las rutas comerciales en nombre de la compañía.

—¿Y qué hay del juicio? ¿Te permitirán volver? ¿Sin más?

—Benito Vázquez ya está planeando la ruta. Se lo he comentado a Drouillard, y parece estar decidido a trabajar con nosotros después de que se haya celebrado el juicio. Apuesto a que más de uno querrá usar el litigio para retenernos aquí, maniatados, pero, lo quieran o no, la compañía subirá por el Misuri en las próximas semanas.

Desde su regreso a San Luis, miradas críticas de empresarios, comerciantes y políticos de la Alta Luisiana no habían dejado de acechar a Manuel Lisa. No solo a él, de hecho, sino también a todos y cada uno de sus acompañantes. No tardó en difundirse el incidente ocurrido con Antoine Bissonet, en el que el propio Drouillard tuvo que seguir las órdenes de mi tío y disparar al francés por haber roto sus estrictos códigos de conducta. Manuel y Diego departían unas horas antes de que se celebrase en la provisional Casa de Justicia el pleito por la denuncia que la hermanastra de Bissonet había interpuesto contra George Drouillard y Manuel Lisa.

Cualquiera que conozca el funcionamiento de la pequeña y corrupta ciudad de San Luis, entenderá de inmediato que Joséphine Bissonet, una viuda con escasos recursos económicos y que apenas conocía a su hermanastro, se animase a denunciar a Manuel Lisa solo tras haber recibido el apoyo incondicional del abogado Abel C. Trébuchet, detrás de cuya C mayúscula se escondía el apellido Chouteau.

—Auguste Chouteau y su hermano estarán molestos mientras podamos seguir operando río arriba —dijo Manuel—. Habrían preferido verme regresar de la expedición en un puñetera ataúd.

—Eso te asusta.

—Me preocupa que a través del juicio consigan confiscar nuestros mapas, toda nuestra información.

La avaricia de los poderosos. El verdadero miedo de mi tío. Su única y recurrente pesadilla.

—Estas semanas he oído que otra empresa planea hacerte la competencia. ¿Por qué no llegan los Chouteau a un acuerdo con ellos y se olvidan de nosotros?

—Tal vez ya lo hayan hecho —sospechó Manuel—. La American Fur Company de Nueva York. La dirige un tal John Jacob Astor. Un alemán.

—¿John?

—Su verdadero nombre es Johann. Se ha cambiado el nombre, pero dicen que su acento le delata.

—¿Y dices que se ha unido a Auguste?

—Lo llevan todo con un secretismo pasmoso. Podría haber diversificado su actividad. Podría estar operando en Nueva York y al mismo tiempo haber encargado a los Chouteau que controlasen sus negocios en el Misuri y el Pacífico.

—Podría ser… —arrancó De Goiri dubitativo—. En cualquier caso, mañana en el juicio irán a por vosotros, Manuel, con todo su arsenal. Intentarán quitarte por la ley lo que hace un año no lograron arrebatarte ahí fuera.

Lisa volvió a mirar por la ventana. Polly regresaba a casa en aquel mismo momento, así que subió los escalones del pequeño porche de madera e hizo uso de la aldaba tocando en dos ocasiones. Mi tío la ayudó con las dos cestas que traía y Diego de Goiri se levantó para saludarla derrochando, como solía, cordialidad y buenos modales. Se sentaron luego los tres en torno a la mesa del salón y se sirvieron tres tazas de té, dejaron la tetera en el centro de la mesa y quitaron el tablero de ajedrez. Manuel y Diego sacaron su pipa, sacudieron la cazoleta y la llenaron de tabaco. Cuando hubieron acabado, la mujer de mi tío se retiró de la mesa dejándolos de nuevo a solas. Una situación típicamente civilizada que jamás hubiese ocurrido en Tonwantonga, donde hombres y mujeres a menudo discutían de los asuntos importantes por igual.

—¿Se lo contaste? —susurró entonces De Goiri.

—¿A Polly? ¿Si le conté qué?

—Lo de la boda con la mujer omaha. Con la hija de Ontopanga.

—Sí, claro que se lo dije. Y no le ahorré detalles. La verdad es que no hay nada que ocultar.

—¿A qué te refieres?

—La chica y yo nos casamos por pura formalidad…

—Ya, claro, pero aun así…

—No pasamos ninguna noche juntos. Si es a lo que te refieres.

—Ah. ¿No? —El vizcaíno miró sorprendido a su viejo amigo, se recolocó con mimo los anteojos y las arrugas de su rostro se acentuaron al tiempo que fumaba de su vieja pipa de madera. Manuel sonrió, se recostó sobre su mecedora y dejó escapar mi nombre entre los labios.

—¿Joaquín? —Los ojos perplejos y la sonrisa sincera de De Goiri hicieron que mi tío asintiera y soltara una risotada al tiempo que se

balanceaba—. Ahora lo entiendo. Qué callado se lo tenía… ¿Cómo se llamaba? La mujer omaha.

—Mitain —dije de pronto, dándome cuenta de que lo había pronunciado con un tono de voz lo bastante alto como para interrumpir de golpe la conversación que ambos mantenían en el piso de abajo. Posé con cuidado la pequeña libreta que sostenía entre mis manos y me quedé por un momento contemplando el papel de flores rosas que adornaba la pared.

—Baja, Joaquín. Maldito bribón, ¿cuánto tiempo llevas escuchando ahí arriba?

Bajé las escaleras despacio y saludé con afecto a Diego. Luego tomé asiento en una silla y me serví lo que restaba de té en una de las tacitas limpias que quedaban en la repisa.

—¿Cómo va esa cicatriz? —me preguntó—. Permíteme que le eche un ojo.

—Mejor. Apenas supura.

—No dejes de limpiarla.

—¿Volveremos este mes, entonces? ¿Pasaremos por Tonwantonga? —pregunté mirando a mi tío.

No respondió. De Goiri sostuvo entre sus manos los anteojos y apretó la mirada como tratando de encontrar algo en la cicatriz que recorría mi pierna.

—Está cicatrizando bien, Joaquín. Anda, vuelve a contarme la historia de cómo te la hiciste, a ver si entiendo algo. —Se reclinó sobre la silla de madera tallada y dio un sorbito a la taza de té.

Cómo narrar de forma verosímil un episodio que ni yo mismo soy capaz de creer… Pese a ello, aquel día, y después de que echase un ojo a mis cicatrices, se lo volví a contar a Diego de Goiri. No sería la última vez. En repetidas ocasiones salpiqué con partes de la historia a todo aquel que quiso prestar su oreja para escucharla. Intuyo que pocos la creyeron, y los que de verdad lo hicieron ya descansan bajo tierra.

Las imágenes se amontonan en mi cabeza de forma azarosa ahora que pretendo ordenarlas en estas líneas de una vez por todas. El cuerpo inerte de Fang. Los gritos moribundos de Colter. La nieve en lo alto de la ladera. Los aullidos furiosos e irregulares de una enorme partida de guerreros. La urgencia de la muerte, que me obligó a ser temerario en lo alto de aquel risco…

No recuerdo si llegué a considerar la distancia a la que podía estar del suelo. Pero recuerdo el salto, cerrados los ojos, las manos pegadas a las caderas. Me tiré montaña abajo. Y aterricé.

Un latigazo fuerte en las dos piernas se convirtió en el dolor más exquisito que uno pueda sentir, pues si nos duele algo es que estamos vivos, y mal asunto es el caso opuesto. Rodé un rato por la ladera. Hundí las rodillas en la nieve, sentí la cara ensangrentada y escuché a lo lejos los lamentos de los indios pies negros. Me puse en pie. El espesor de la nieve era tal que bien podía haber caído por un nuevo acantilado. Anduve todo lo deprisa que pude, haciendo un esfuerzo por alcanzar pronto la espesura del bosque y pensando solo en esconderme. En salir de allí pronto. En ponerme a salvo.

—Estoy vivo —recuerdo haber musitado durante horas—. John Colter ha muerto.

No sé ahora cuánto tiempo corrí entre los árboles, supongo que hasta que mis piernas me fallaron. Entonces rodé cuesta abajo y caí, mala fortuna la mía, en una grieta profunda y húmeda.

La oscuridad me invadió de pronto, y a duras penas observé que de la pierna me manaba un reguero de sangre que teñía de rojo la nieve. No logré moverme. El cuerpo paralizado. La piel congelada. Cuando llegó la noche, cerré los ojos, y el frío me consumió hasta los huesos.

Desperté moribundo, en aquel agujero putrefacto excavado por el hielo y el viento en el declive de la montaña. Traté de trepar, pero mis piernas no soportaban mi propio peso al levantarme.

—Ayuda… Por favor —susurré.

Nadie podía oírme. Creo recordar que el sol de la mañana me calentó de nuevo el pecho, los brazos y los dedos de los pies. Intenté trepar de nuevo y eso fue aún peor, pues caí desde una distancia considerable e impacté de bruces contra el suelo profundo de la grieta. Tratando de frenar el golpe, me hice un daño terrible en las manos. Pasé allí al menos otro día entero. No recuerdo mucho más. Sé que la sed y el hambre se pegaron a mi alma y tirité hasta perder la conciencia de mi propio ser.

—¿Y entonces? —interrumpió De Goiri.

Su pregunta me trasladó de nuevo al salón acogedor y tranquilo de la casa de mi tío. Sonreí y me encogí de hombros, intentando pellizcar cada detalle en mi memoria.

—Olor a carne, a tripas.

Mi mente regresó al frío de aquella grieta. Un hedor a carne cruda me hizo despertar. La luz cegadora de la mañana inundaba con su brillo todo lo que había a mi alrededor, así que tardé varios minutos en poder discernir dónde me encontraba. Cuando conseguí entreabrir los ojos, vi mi cuerpo lleno de

sangre. Coloqué mi mano sobre mi vientre y la aparté de nuevo toda roja y pringosa. Del susto traté de correr.

Tras ver que no podía moverme, miré alrededor. Comprobé con absoluto asombro que me hallaba en el interior de una enorme criatura. Un bisonte, muerto, tendido en el suelo, abierto de arriba abajo y con la mirada inerte. La sangre que recorría todo mi cuerpo no era mía, sino suya.

Alguien me había metido allí dentro, vaciando de tripas al animal y colocándome a mí en su interior, imagino que con la intención de que permaneciese caliente y a resguardo de la intemperie. Oí un cántico. Una voz aguda y alegre en el interior de mi cabeza. Y la vista se me nubló.

Pensé en mi madre. En Manuel Lisa. En las ganas que tenía de volver a ver a Mitain.

Lo siguiente que recuerdo es el rostro envejecido y arrugado de una mujer india, dándome de beber con una especie de tinaja de cerámica y cantando tras una humareda descomunal. Llevaba un vestido marrón de ante y un collar que tenía dientes de animal. En su boca, en cambio, no habría más de tres piezas.

—¿Quién eres? —pregunté.

Luego introdujo unas hojas machacadas y secas en la enorme herida que, al parecer, recorría mi frente de arriba abajo. Entré y salí de un extraño sueño durante al menos otros dos días. Tal vez más. Soñaba con mi madre, con su pelo negro y sus ojos verdes, con su voz dulce y con la necesidad de volver a casa. Pero también con cielos estrellados, con árboles de ramas rojizas, y aunque parezca mentira, con ardillas y culebras que corrían desorientadas sobre campos de ceniza y praderas humeantes.

En los momentos de vigilia, llegaba a vislumbrar un cazo con agua y un cuchillo con cuentas de colores. Y humo. Muchísimo humo a mi alrededor. A lo lejos, siempre, la silueta de la mujer india que murmuraba, cantaba, reía y me ofrecía comida de vez en cuando. Recuerdo también un caballo negro. El trote irregular de la montura sobre la nieve. Nos detuvimos. Volví a sentir entonces el frío de la nieve. Cuando volví a abrir los ojos, solo hallé un montón de cabezas pálidas abrigadas con pieles de animales muertos. Rostros preocupados, familiares. Miradas sorprendidas de volver a verme con vida, aunque fuera con ese aspecto.

—¿Es Joaquín?

—¿Cómo es posible? ¿Quién le ha traído hasta aquí? ¿Dónde está Colter? Joaquín, ¿qué ha pasado, dónde está John Colter?

—¡Traed mantas!

Ladeé la cabeza y reconocí las siluetas del Manco, de Drouillard y de Manuel Lisa. Suspiré.

—¿Dónde? —fue lo único que logré verbalizar—. ¿Dónde estamos?

—Estás en el fuerte, Joaquín —respondió mi tío—. Descansa.

Cerré los ojos y respiré aliviado. Una lágrima recorrió mi rostro.

—Gracias. Muchas gracias.

15

—Muchas gracias, Joaquín.

Polly se apeó de un carromato grande y oxidado con la ayuda de mi mano. Yo había llegado hacía un rato. Decenas de curiosos se agolpaban esa mañana entre las calles más céntricas de San Luis. Comerciantes, cazadores, artesanos. Lo que todos ellos estaban a punto de presenciar sería la comidilla de los días venideros. Varias acusaciones inesperadas alteraron la agenda del juicio que se celebró contra Drouillard y mi tío Manuel en aquel día tormentoso de verano. Trataré de narrarlo todo tal y como aconteció.

Un par de cornetas sonaban desde lo alto de la escalinata cada vez que un carruaje oficial ocupado por un fideicomisario efectuaba su entrada en la Casa de Justicia. Por ello, la hora señalada fue de un tremendo ajetreo. A cada aparición le seguía un murmullo intranquilo y chismoso. Auguste Chouteau fue el primero en llegar. Dio media vuelta antes de cruzar el umbral de la puerta y sus hombres le saludaron, haciendo de sus rostros espejos que reflejaban la mirada astuta y sonriente del distinguido fundador de la ciudad. El siguiente fue Alexander McNair, que llevaba en la mano su sombrero empenachado, y, a diferencia del primero, se dirigió de forma seria hacia la puerta lateral del edificio, sin hacer aspavientos ni gestos extravagantes. Bernard Pratte, un criollo nacido en París, arribó en tercer lugar. Cuñado de Auguste Chouteau, su presencia en el juzgado servía en la práctica para sumar un voto favorable a cualquier postulado que el propio Auguste defendiese. Meriwether Lewis, gobernador del territorio de Luisiana y presidente de aquel tribunal próvisional, entró casi al tiempo que William C. Carr. Pierre Chouteau —hermanastro de Auguste, al que ya conocéis— y su tocayo Pierre Provenchére cerraban aquella comitiva temporal de siete legisladores que, sin ser jueces, tenían la potestad de impartir sentencia en San Luis hasta que la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos incorporase magistrados

independientes en aquel nuevo territorio del país. Cosa que, por desgracia, acabó ocurriendo meses más tarde.

Como ya digo, ante la llegada de todos ellos y gracias al sonido histriónico de las cornetas, una multitud se había congregado en torno a la entrada de aquella improvisada sede judicial. Por ello, la aparición de George Drouillard no pasó inadvertida, y entre vítores, susurros y abucheos fue conducido hasta la parte trasera del inmueble. Instantes más tarde, la hermanastra del difunto Antoine Bissonet llegó con su abogado.

Cuando todos hubieron entrado en el interior del edificio, ayudé a Polly y a su hija Rachel a subir la escalinata blanca que daba acceso a un balcón interior en el que se amontonaban amigos, familiares y cotillas de toda índole. Desde allí, podía verse la sala del juicio con claridad, y pese a la aglomeración, no me fue difícil distinguir entre las últimas filas a Diego de Goiri y al Manco.

La sala era bastante oscura, alumbrada a media luz. Las cortinas polvorientas dejaban entrar la claridad exterior solo cuando un relámpago resplandecía en la distancia.

Cuando nos hubimos acomodado, el susurro adormecido de los presentes subrayaba de forma plausible una ausencia en el estrado. Pasaron aún un par de minutos hasta que, de pronto, las puertas del salón se abrieron coincidiendo con el sonido lejano de un trueno. Manuel Lisa hizo su aparición en la sala como si hubiese pactado con la tormenta el momento de su llegada. Bajo la gabardina negra, un sombrero de copa prominente, guantes oscuros y unas botas de piel de bisonte. Puso una mueca extraña y avanzó entre el gentío, con el suelo de madera crujiendo bajo sus pies, las patillas revueltas y el pelo enmarañado.

—En nombre del territorio de Luisiana… —comenzó, hablando en inglés, Meriwether Lewis, haciendo la correspondiente introducción y resumiendo de alguna forma el caso que nos reunía en aquel recinto.

Por un instante dejé de escuchar y analicé de forma meticulosa a cada uno de los presentes. La familia Chouteau —Auguste, Pierre y su cuñado, el señor Pratte— se había dispuesto al completo en el lateral derecho de la tarima. Por su parte, Carr, McNair y Provenchére estaban ubicados al lado opuesto, en el extremo izquierdo. En medio de todos ellos se alzaba una silla centenaria, sobre la que estaba sentado, haciendo las oportunas presentaciones, el propio Lewis, y frente a él, los acusados, Manuel Lisa y George Drouillard, que a duras penas habían logrado acomodarse en unas banquetas pequeñas y maltrechas que levantaban dos palmos del suelo.

—… por ello, la familia de la víctima acusa a George Drouillard del asesinato de Antoine Bissonet en el día 8 de julio del año 1807.

Como es obvio, tanto el propio Drouillard como mi tío aceptaron enseguida que aquel hombre había sido abatido, pero rechazaron en repetidas ocasiones la palabra «asesinato», por considerar que las circunstancias no habían sido arbitrarias, tal y como defendía Joséphine, la hermanastra del difunto.

George Drouillard, que desde su regreso había manifestado sentirse incapaz de recuperarse de lo sucedido, pues conocía a Bissonet desde hacía mucho tiempo, se mostró en todo momento apenado y dolido por haber disparado a aquel hombre, pero subrayó que había sido una obligación propia de su cargo. Lewis asentía al tiempo que anotaba de forma meticulosa cada una de las palabras que salían de la boca de los acusados.

Pasado un rato, Pierre Chouteau se puso en pie, y esperando unos segundos, lentos e incómodos, miró en todas las direcciones. Examinó a los acusados con una mirada turbia, triunfal, como sabiendo que lo que estaba a punto de decir sorprendería hasta al último de los allí presentes. Sacó entonces de su bolsillo una pequeña bala, la mostró al público y después al resto de fideicomisarios. Dejándola sobre la mesa, tomó aire para iniciar su acusación.

—Esta bala fue hallada hace dos días, junto a otras tantas de iguales calibre, marca y forma —arrancó de golpe— en los cuerpos inertes y sin vida de dos hombres que navegaban en una barca de río al sur del río Kansas. —Desde mi posición, pude ver con nitidez el gesto extraño e incómodo de mi tío, que miraba a Drouillard desconcertado—. El resto de ocupantes del barco sobrevivieron al ataque, pero se confesaron sorprendidos por el hecho de que fuesen mosquetones modernos y no flechas lo que trató de derribarlos.

—¿Adónde quieres llegar, Pierre? —interrumpió Lewis de inmediato—. El caso del que hablas aún no ha sido investigado.

—Usted lo ha dicho, gobernador: no ha sido investigado, ni probablemente lo sea jamás. No obstante, las balas disparadas hace una semana contra estos hombres coinciden plenamente con las halladas en el rifle del señor Drouillard. —Un susurro tenue pero constante resonó a lo largo de la estancia.

—Esto es absurdo, Lewis —se quejó mi tío.

—Permítame acabar, Lisa, se lo imploro —sonrió el francés—. Como es evidente, no podemos acusar a George de lo sucedido. Ni a él ni a ningún otro de los hombres de Lisa, puesto que no disponemos de un informe de su

partida. No dejaron constancia por escrito de qué personas conformaban la expedición, ni de cuáles eran sus intenciones. Actuaron, y perdónenme la expresión, como meros piratas.

El susurro ascendió entre los presentes hasta alcanzar la molesta categoría de murmullo.

—Ve al grano, Pierre —le inquirió su propio hermano.

—Soy, por tanto, de la opinión, compartida por cierto con otros fideicomisarios, de que el acusado, George Drouillard, no tiene forma de alegar que asesinó a Bissonet bajo las órdenes de Manuel Lisa, puesto que no existe informe alguno que acredite al señor Lisa como responsable de la expedición. Qué oportuno, ¿no creen?, que no exista un documento firmado que ataña para ninguno de los implicados responsabilidad legal. Y eso sin hablar de John Colter, ciudadano estadounidense que perdió la vida bajo el supuesto mandato de Lisa y del que, permítanme, nadie ha querido acordarse hasta la fecha.

Varias personas, incluido el propio Auguste, aplaudieron con timidez las palabras vehementes de un crecido Pierre Chouteau, que, sin embargo, aún no había terminado:

—Por ello, solicito que se abra una investigación para saber si los dos asesinatos ocurridos durante la semana pasada en el río Kansas o la extraña desaparición de John Colter son también obra de la banda indocumentada de seguidores de un corsario español que, parece ser, respetables fideicomisarios, bajo el nuevo nombre de «Compañía de Piel de Misuri» podría estar operando ilegalmente, o peor aún, como espías bajo las órdenes de la Corona española, en el curso del Misuri, territorio estadounidense de Lousiana.

Público y testigos se alborotaron de inmediato. Manuel Lisa se levantó de un brinco, y George Drouillard tuvo que tirarle de la manga para obligarle a sentarse de nuevo. Los que le conocimos sabemos bien que Manuel habría sido perfectamente capaz de golpear a Pierre Chouteau con todas sus fuerzas en aquel preciso instante. Incluso el propio Pierre debió de darse cuenta de ello, ya que nada más ver a mi tío levantarse dio hacia atrás unos pasos desnortados y asustadizos. Se envalentonó, no obstante, con el aplauso creciente de un amplio sector de los presentes y sonrió hacia nuestra dirección con una mirada maliciosa. Cuando Lewis mandó a la calma, Lisa ya se había vuelto a sentar y observaba de forma fija e intimidante cómo Chouteau hacía lo mismo en lo alto de la tarima.

El contraataque de mi tío fue mucho menos ostentoso, pero, si me lo permiten, diré que más práctico y funcional. Se limitó a presentar un informe

firmado por todos los miembros de la expedición —rúbrica de un servidor incluida— en el que le reconocíamos como capitán. Además, extendió sobre la mesa de Meriwether Lewis una libreta manuscrita por él mismo en la cual iban anotados, de forma meticulosa, los pormenores de la expedición tal y como un capitán de la Marina los hubiese recogido en un diario de a bordo, día tras día, con pelos y señales.

—Ya conocen mi diario, Lewis. —La pronunciación en inglés de mi tío solía ser torpe, pero, la verdad, en aquel día se esforzó por hablar de forma nítida y transparente.

—Gracias, Manuel. —El tono de Lewis era calmado. Habría apostado algo a que en ningún momento consideró a Drouillard o a mi tío culpables del supuesto asesinato. Parecía estar, de hecho, más interesado en las particularidades de la expedición—. Hay algo que debo preguntarte.

—Usted dirá.

—Con respecto a Colter… ¿aparece en este diario la forma que tuvisteis de encontrarle?

—Sí, señor. Como saben, una noche nos sorprendió caminando cerca de la desembocadura del Platte —le resumió mi tío con rapidez—. Le ofrecí unirse a nosotros, y lo hizo de buena gana…

—En este informe que nos entregas —interrumpió McNair— no figuran las firmas de Antoine Bissonet y de John Colter.

—No, señor. El informe es reciente…

—Como sabes, Manuel —le cortó esta vez el señor Pratte—, algún fideicomisario te acusa también de haber ordenado la ejecución de John Colter. ¿Aparece en algún lado escrita la forma que tuvo Colter de perder la vida?

—No sabemos con certeza que la perdiera, aunque es muy probable que muriese a manos de indios pies negros. —Un nuevo murmullo recorrió el balcón en el que Polly, Rachel y yo mismo nos encontrábamos—. Pensaba que estábamos aquí por el caso de Bissonet.

—Solicito que se confisquen los mapas y documentos personales de Manuel Lisa, para poder probar así su inocencia —espetó Auguste.

—Ya hubo un testigo que narró aquí lo acontecido con John Colter…

—¡Qué casualidad! —interrumpió de pronto Pierre Chouteau—. ¿Saben qué? ¡El testigo era su propio sobrino! —Unas cuantas risas se precipitaron tras la intervención de Pierre para apagarse de golpe cuando Manuel se puso en pie de nuevo y señaló con su dedo índice al francés.

—No se me antoja muy oportuno que un Chouteau remarque las relaciones familiares como un obstáculo en la credibilidad de una coartada, Pierre. —Aplausos y voces críticas a partes iguales tronaron a nuestro alrededor. Lewis trató de poner orden, pero el pequeño de los Chouteau, ajeno a todo el revuelo, no mostró arrepentimiento alguno por sus palabras; es más, continuó hablando incesantemente de mí, poniendo en entredicho con una actitud pueril lo que mis propios ojos habían visto.

—¡El mismo sobrino que asegura haber acompañado a Colter hasta un lugar donde el agua escupe fuego!

—Auguste… —intentó frenarle Lewis sin fortuna.

—¡El mismo joven que atribuye a los espíritus de los salvajes, o incluso al mismo demonio, la existencia de una puerta humeante y de colores que se hunde en la propia tierra!

—¡Auguste!

—¡Basamos la inocencia de Manuel Lisa en el relato de un joven que aseguró aquí haber sobrevivido al ataque de los pies negros saltando desde el risco de una montaña y cobijándose entre las tripas de un enorme bisonte!

A nadie le asombrará, después de lo mencionado, que un fuego recorriese mi interior para desatar una furia que pocas veces había experimentado. Me puse en pie y traté de hacerme un sitio entre el cuchicheo de los presentes. Tuvo que ser la inesperada pero oportuna mano de Diego de Goiri sobre mi hombro la que apaciguase mis ánimos y pusiese un toque de cordura en todo aquello. Mi tío no se lo tomó de mejor manera. Saltó desde su asiento, enfurecido, y en su caso fue la mano de George Drouillard la que frenó su cólera.

—Calma, Manuel. Es *un mal* idea. Pelear aquí es *un mal* idea.

Tras una interrupción que duró cerca de tres horas los fideicomisarios, además de comer y permitirse un dilatado descanso, votaron y debatieron el veredicto final.

—Ignora sus palabras, Lisa —le aconsejó Diego de Goiri—. Buscan que pierdas los papeles. Es imposible que George sea condenado. Todos hemos firmado el documento.

El juicio se reanudó bien entrada la tarde. Los legisladores llegaron a la conclusión de que Manuel Lisa había emprendido una empresa privada y que por tanto no había ley que le obligase a entregar ni el informe de su partida ni la constancia por escrito de personas e intenciones en dicha partida, cosa que, sin éxito, había exigido Pierre Chouteau.

Por lo tanto, y para tristeza de la hermanastra de la víctima, dieron por buena la palabra de los testigos y absolvieron a George Drouillard del cargo de asesinato contra Antoine Bissonet por un resultado de cuatro votos —Lewis, Carr, McNair y Provenchére— contra tres —Auguste Chouteau, Pierre Chouteau y Pratte—.

A las puertas del edificio, pude ver con desahogo cómo se dibujaba una sonrisa de alivio en los labios del mestizo. Respiraba por fin aliviado en los brazos de la que, por sus rasgos redondeados, altura y enorme parecido, pude reconocer como su propia hermana.

Por desgracia, la acusación contra mi tío por la muerte de John Colter quedó reabierta para ser juzgada en el futuro, cuando se pudieran tener en cuenta nuevas pruebas y testimonios. El rostro de Manuel Lisa se ensombreció cuando Lewis lo anunció como parte del último punto del veredicto.

Le vi molesto, como ausente. De algún modo supo que, aunque hubiese ganado aquella batalla, sus enemigos no se iban a dar por vencidos tan a la ligera.

Permaneció sentado en la banqueta roída del juzgado un largo rato. Me miró y me concedió un pequeño saludo levantándose el sombrero. Por desgracia, los enemigos de mi tío, incapaces de hacerle frente de otro modo, entendían a la perfección cuáles eran sus debilidades. Mediante mentiras y engaños conseguían fijar batallas que no se abordaban en territorio salvaje, batallas que Lisa odiaba tener que librar, rodeadas siempre de contratos, sellos y envidias.

No sin cierto egoísmo, debo admitir que aquel pequeño triunfo legal supuso para mí una alegría terrible. Con el camino despejado y con Drouillard y mi tío en libertad, se acercaba la oportunidad de regresar a territorio salvaje. Desde el día anterior, en que había oído a mi tío decirle a De Goiri que el viejo Benito Vázquez estaba trazando una nueva ruta para subir por el Misuri, no había hecho otra cosa que pensar en Mitain. ¿Se acordaría de mí? ¿Seguiría viva? ¿Estaría en Tonwantonga? «Tal vez en otro lugar —pensé— más remoto, a salvo de los ataques de siux y pies negros». Se cumplirían pronto diecinueve meses desde la última vez que habíamos estado juntos, pero no había sido tiempo suficiente como para perder la esperanza de volver a verla.

16

Por unas horas, la soleada mañana del día siguiente contribuyó a alejar de nosotros el mal sabor de boca que nos había quedado a causa de la nueva acusación contra mi tío, esta vez por la desaparición de John Colter. Manuel Lisa salió a la calle con una decena de mapas y contratos bajo el brazo e inspeccionó con ahínco el ánimo que desprendían las calles de San Luis a medida que subía de camino a las oficinas de su recién creada compañía. En las tertulias y corrillos que se formaban cerca de los soportales de la iglesia protestante se hablaba de la buena temperatura a modo de introducción para rápidamente opinar y debatir sobre el juicio del día anterior. Casi todos coincidían en afirmar que el español, a su parecer bruto y terco como nadie, acabaría por pagar tarde o temprano la osadía de actuar siempre al borde de la ley. Aparte de eso, los más próximos a los Chouteau acusaban al gobernador Lewis de no haber votado en contra de Lisa por poseer su hermano un porcentaje de los beneficios de la Compañía de Piel de Misuri. Para rematar, los que idolatraban al propio Lewis —y le tenían ya por un héroe nacional— eran incapaces de contradecirle a pesar de no tener tampoco en muy buena estima a Manuel Lisa, de modo que por lo uno o por lo otro el debate estaba servido.

Algunas damas, indudablemente recién venidas del este, probablemente de Nueva York o de Virginia, paseaban aquella mañana en carruajes descubiertos, protegiéndose del sol del verano con grandes y elegantes sombrillas. Con su llegada, pensé, los rasgos que algún día definieron a San Luis como una ciudad francesa o española se atenuaban a una velocidad vertiginosa.

Por mi parte, salí de casa algo más tarde, y acompañé a Diego de Goiri hasta la librería Jean-Jacques, de Third Street, por ver si el *Gazette* decía algo de la guerra en España. Poca cosa. Apenas unos renglones mal impresos en la cuarta página. Los ingleses habían entrado a todo trapo a ayudar a los

españoles en no sé qué batalla que, por supuesto, había vuelto a ganar Napoleón.

—No pinta bien la cosa.

—¿Para quién?

—Para los nuestros —creo que dije.

Recuerdo que por entonces aún pensaba que los españoles eran los míos. «Los nuestros», solía decir. Pese a estar enamorado de una india omaha, nunca haber estado en la metrópoli y llevar más de dos años en los Estados Unidos sin noticias de Nueva España. De una Nueva España que, por cierto, y para remate de este otro asunto, estaba aprovechando la guerra en Madrid para más pronto que tarde levantarse y declararse independiente.

—No pinta bien —suspiró el vizcaíno—. Supongo que tu tío lleva razón. Solo cuando haya acabado la guerra podré pensar en volver a mi hogar.

Aquella frase me entristeció de un modo insospechado.

Diego de Goiri tema en España, en su Bilbao natal, a toda su familia. Contaba también con amigos y con un empleo prometedor en la ciudad de Madrid. Pero ¿cuál era el hogar para mí? Unas cuantas historias sobre la valentía de mi padre, el recuerdo cada vez más borroso de mi madre y apenas seis nombres difusos de conocidos y primos lejanos repartidos por Nueva España. ¿Sería San Luis mi nuevo hogar? «Tal vez las tierras salvajes del oeste», pensé. En las que vivían los omahas. En las que vivía Mitain.

—¿Es posible no tener un solo hogar?

—¿Cómo dices?

—Da igual.

Paramos a desayunar en la pequeña casucha en la que, junto a las caballerizas de la iglesia católica —menos concurrida ya que la protestante—, vivía mal alimentado el Manco desde hacía un par de semanas. El suelo y las paredes crujían a cada paso, y a la pequeña mesa que sostenía nuestras tazas le faltaba una pata, que había sido sustituida por la rueda de un carro.

—Pues ya me veis, trabajando en la parroquia, con los feligreses. Echo una mano en todo lo que puedo. —Le gustaba hacer esa broma, por su apodo, aunque en rara ocasión tema gracia después de la segunda o la tercera mención.

—¿No te llega con el sueldo que te da mi tío? —pregunté.

—Ni por asomo. Y aunque así fuera…, hay por ahí una boca más que alimentar.

—¿Cómo dices?

—Un chiquillo.

—¿Así que son ciertos los rumores? —intervino Diego de Goiri—. ¿Tienes un hijo?

—No es que viva conmigo ni nada de eso. Pero prometí a su madre que la ayudaría pasándole algo de dinero todos los meses.

—¿Quién es la madre? —pregunté.

—Una preciosidad del burdel sin nombre que hay frente a las plantaciones. El edificio de la pared blanca.

—Santo cielo.

—La santa es ella por dejarme ir a verlo de vez en cuando.

—Lo tuyo es de asombro, amigo —dijo Diego.

—Qué le voy a hacer, naturalista. Es española. La única de su oficio que habla nuestro idioma por aquí. Y ya sabes mi mama de fornicar en nuestra lengua…

—¿Y has decidido expiar tus pecados trabajando para la parroquia? —se burló De Goiri.

El Manco soltó una risotada y miró con recelo a través de las cortinas.

—Casi todos aquí —dijo el Manco en voz— más baja examinando el patio de la iglesia, —el padre O'Connor incluso, comentan que Lisa mandó disparar a Colter, y que a ver si pronto le meten preso. Yo, porque no lo he oído de su boca, de la del cura, digo, sino siempre de boca de otros, pero como le escuche un día y me pille con la turca o ande yo por casualidad de mala uva, le arreo una paliza y lo tiro por el pozo.

—Pero si no entiendes lo que dice… —respondí al tiempo que bebía un sorbo de un café agrio y pasado al que tuve que echar varias cucharadas de azúcar para poder tragar con disimulo.

—¿Cómo no?

—¿En qué idioma habla el sacerdote?

—En inglés. —Pausó un segundo sus pensamientos y siguió al cabo de un rato—: Habla rápido, la verdad. Creo que es de familia irlandesa. Pero no creas, recuerdo las lecciones de Weiser. En Nueva Madrid cogí mucho vocabulario, y aquí estoy, perfeccionando mi acento. A la que vea que entiendo medio bien a O'Connor y le pille inventando otra de esas, le arreo. —Sonrió Diego de Goiri, intuyo que más complacido por la fidelidad del isleño hacia su viejo amigo Manuel que por cualquier otra cosa—. En fin, Joaquín, ¿cómo está tu tío? ¿Qué dice él?

—Animado. No esperaba lo de Colter… Pero dice que si eso se resuelve rápido y nos damos prisa, podremos partir en unas semanas, regresar al

fuerte… Dice que esta vez alcanzaremos por fin el nacimiento del río Misuri e incluso puede que encontremos la ruta fluvial hasta el Pacífico.

—Sigue obsesionado con eso, ¿eh?

—Eso parece.

—Pues Dios te oiga: estoy deseando salir de esta ciudad.

—El viejo Vázquez se está encargando de todo. De elaborar los mapas, de fijar la ruta y de conseguir provisiones.

—¿Y tú qué? —me dijo el Manco. Luego cogió su guitarra de debajo de la silla en la que estaba sentado.

—¿Cómo que yo qué?

—Coño, Joaquín, tú estarás deseando ir, tienes allí a tu india. Bueno, a la india de tu tío Manuel, a la niña, ya me entiendes.

—A Mitain, sí.

Por un momento me quedé pensativo, dudando si seguir guardándome aquel sentimiento extraño para mí mismo o si, por lo contrario, era lícito que me desahogara delante de mis amigos. El Manco ya había empezado a improvisar una décima al tiempo que rasgaba acordes sueltos con las cuerdas de su guitarra. El cuento del pobre Joaquín, enamoradito de Mitain.

—La echo mucho de menos —dije por fin con timidez, a riesgo de parecer un blando, interrumpiendo la canción del isleño. Al ver que hablaba en serio, dejó de tocar y me miró con firmeza—. Es injusto lo que está pasando con ella. Con ella y con todos los omahas.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó el Manco. De Goiri se quitó el poncho, lo puso sobre el regazo, se cruzó de piernas y se acomodó contra el respaldo para escucharme con atención.

—Pelean con los siux por las tierras. Y mueren. Pero esas tierras son suyas, no de los siux.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Mitain…

—Las tierras no son de nadie, Joaquín. Esta ciudad ¿pertenece a los españoles? ¿A los franceses? No, pertenece a los Estados Unidos. En su día puede que perteneciese a una tribu como la de tu niña, pero al final siempre gana el más fuerte. Ya lo sabes.

—Puede que tenga sentido —interrumpió De Goiri— que una tierra pertenezca al que primero la habita. Pero para los indios, y entiéndeme, Joaquín, no quiero desilusionarte, esa lucha está perdida.

—¿Por qué?

—Por desgracia, los indios no cuentan.

—Ya, bueno, para mí sí que cuentan.

—Verás, te contaré algo. —De Goiri se incorporó lentamente, se acomodó sus anteojos sobre la nariz y encendió la pipa de madera tallada—. Yo tenía poco más de veinte años cuando, bajo las órdenes del capitán Bodega y Cuadra, llegué a la isla de Nutka.

—¿Dónde está eso? —preguntó el Manco.

—En el océano Pacífico.

—Bien lejos.

—Al desembarcar, los marinos y yo nos encontramos con una bandera española ondeando en lo alto de un fuerte, llamado por todos «Fuerte de San Miguel». Así que todo parecía indicar que aquello era suelo español.

—¿Y no lo era?

—Resulta que los ingleses, vete tú a saber por qué, reclamaban que aquella porción de tierra era suya, así que enviaron en otro barco a su capitán, George Vancouver, para dialogar con el nuestro y repartir las tierras de un modo pacífico. —Mientras narraba su historia, un ruido de sillas y alforjas por poco tira la pared de al lado, lo cual no impidió que nos desconcentráramos; es más, pusimos, si cabe, el doble de oído en lo que el vizcaíno nos contaba—. Por si eso fuera poco, unos días antes de que los nuestros y los ingleses se sentaran a negociar, la Compañía de Voluntarios Catalanes, que eran los españoles que desde hacía más tiempo vigilaban nuestro fuerte, avisaron de que, a unas pocas millas, unos rusos tenían un puesto comercial que llevaba décadas instalado, y, para nuestra sorpresa, nos enseñaron un mapa ruso que efectivamente reconocía aquella isla como suya.

—¿Qué ocurrió finalmente? —le pregunté.

—Para evitar la guerra, España acordó abandonar el Fuerte de San Miguel. Y aquella tierra recóndita pasó a ser británica.

—Menudos perros. Sucios. Ingleses de los huevos —interrumpió el Manco.

—A los rusos se les dejó seguir comerciando —prosiguió Diego—, e imagino que hoy día lo siguen haciendo.

—¿Y bien? —inquirí yo a sabiendas de que no era esa su conclusión final —. ¿Fue justo? ¿Quién tema razón?

—Maquinna.

—¿Quién?

—El rey de los nutkas, Maquinna. Como parte del equipo científico de la expedición, me tocó investigar todo sobre aquellos indios. Los nutkas llevaban cientos de años habitando esa costa, construyendo sus casas con

madera de cedro y fabricando enormes canoas con raíces y cortezas. Incluso confeccionaban lanzas puntiagudas que ataban a cuerdas y con las que eran capaces de pescar ballenas inmensas. —Miró un segundo por la ventana y en un lento suspiro soltó el humo de su pipa, que amenazaba con apagarse—. Lo que quiero decir es que cuando españoles, ingleses y rusos se repartieron aquella tierra, ni siquiera mencionaron en su conversación a Maquinna, el rey de aquel extraordinario pueblo que había ejercido de anfitrión en sus reuniones. No es que no fuese tomado en cuenta como lo que era, un rey, es que ni siquiera fue considerado un ser humano en la carta por la que se estableció el reparto. Y creedme: pese a lo que os digan por ahí, los indios son seres humanos.

Entendí bien la moraleja. De Goiri me hacía ver que mi preocupación por Mitain y por el pueblo omaha era de una rareza e incomprensión absolutas en la tierra en la que estábamos. Aun así, no pude evitar encontrar una enorme diferencia entre su ejemplo y el mío.

—Pero en el caso de los omahas es distinto. Ellos luchan contra siux, no contra estadounidenses ni contra europeos: luchan contra otros indios.

—Joaquín, tras años de paz, Maquinna se vio obligado a invadir otras tribus vecinas, puesto que los británicos no les dejaron seguir pescando en el antiguo territorio de los nutkas. Tú mismo has dicho que los siux no pertenecen a ese territorio. ¿De dónde crees que vienen? ¿Quién los ha expulsado? Y, sobre todo, ¿quién les proporciona armas?

Era más que evidente que De Goiri era contrario a numerosas actividades que los hombres blancos realizaban en la frontera. Supo ver, con acierto, a mi juicio, ciertas actitudes que a día de hoy algunos denunciamos y que, sin embargo, en aquella época eran el pan nuestro de cada día.

Más tarde, salí a pasear por el muelle en solitario, comí en la taberna de Lautrec y desde allí me dirigí sin rumbo por la avenida del Misisipí, alejándome de las casitas blancas y de los almacenes comerciales para encontrarme poco a poco con las grandes fincas que los plantadores de tabaco y algodón habían abierto a las afueras. Por lo menos una docena de negros trabajaba de sol a sol en cada una de ellas. Pasé por delante de la casa georgiana del señor Calloway, en cuyos campos se cultivaba también el cacahuete, y al cabo de unos minutos descubrí que estaban levantando dos enormes mansiones de estilo francés en la ribera del río, justo delante un camino serpenteante que acababa en St. Genevieve. Aunque los dueños —los

hermanos Murray— aprovechaban con astucia los canales naturales del caudal, habían encomendado a sus esclavos construir alguno adicional. Observé desde la valla los esfuerzos ímprobos de los esclavos negros por lograrlo, hundiendo la azada con fuerza en la tierra una y otra vez, siguiendo las indicaciones constantes y agitadas de los gemelos.

De pronto, una mujer apartó la pala con la que retiraba la tierra mojada y me miró fijamente. Sus ojos eran dos soles apagados, perdidos, casi moribundos en un rostro de una edad incalculable. Permanecimos unos instantes con la mirada encontrada, yo de un lado de la valla y ella del otro. Acto seguido esgrimió una mirada hacia uno de los capataces, y sin concederme una despedida, siguió cavando con presteza. El capataz, a su vez, había recibido órdenes de los gemelos, que con un bastón en ristre y desde lo alto de una elevadísima mecedora blanca hacían señales con las manos, indicando en qué dirección querían que horadaran sus negros aquella tierra inabarcable.

Enseguida entendí cuáles eran sus intenciones.

Crecer. Crecer hasta el mismo río y llegar hasta la carretera. De ese modo no desaprovecharían ni una sola porción de aquel terreno inmenso que, si no me equivoco, acababan de adquirir de una familia española.

Crecer para prosperar. Prosperar para medrar. Medrar para seguir creciendo. Y de forma infinita.

El ascenso constante era el destino natural de todos los hombres que habitaban aquella ciudad. A costa de los esclavos negros que cultivaban las plantaciones. Del mismo modo que lo harían en el valle, río arriba, a expensas de las tierras que pronto robarían a los indios. Era injusto.

Una semilla de rebeldía luchaba por germinar en mi interior. Una idea en su forma más pura, desprovista aún de toda coraza, pero firme y sincera. Insuficiente, en cualquier caso, como para impulsarme a centrar mis fuerzas en dicha causa. Al fin y al cabo, ¿qué se podía hacer, si el nuevo presidente del país, James Madison, que había sustituido a Jefferson hacía apenas un par de meses, era, sin ir más lejos, el reconocido propietario de un millar de esclavos negros?

Un violín llamó de pronto mi atención; volví la vista atrás y observé cómo a unos pocos pasos una mujer joven, hermosa y de cabellos rebeldes tocaba furiosamente el instrumento en las escaleras de la mansión Hempstead. Me acerqué con disimulo y, apoyado en la pared de piedra, le escuché acariciar las cuerdas con el arco. Aquella fue la primera vez que vi a Mary Hempstead.

La melodía, probablemente escrita por algún célebre compositor europeo de aquellos a los que ella idolatraba, era hermosa y apacible, pero por algún motivo la interpretaba de un modo intrépido, absolutamente feroz.

Podría detenerme aquí. Contar mil cosas sobre Mary, hablaros de su pasado y, sobre todo, de su futuro, pero sobre ella volveréis a leer todo tipo de anécdotas a lo largo de esta historia. De hecho, para no irme por las ramas, lo que creo que debo contar ahora es que fue en ese momento del día, mientras observaba a Mary tocar el violín bajo un sol que amenazaba con esconderse, cuando un carro se acercó a toda prisa por el camino adoquinado y se detuvo ante mí de golpe.

Abrió la puerta un hombre moreno, de mediana edad, que aderezaba camisa blanca y portaba un sombrero bajo el brazo.

—¿Joaquín Lisa? —Era estadounidense.

—Soy yo —respondí en inglés.

—Soy Reuben. Reuben Lewis. Sube, tu tío te está buscando. Está muy preocupado. —Sabía que Reuben, además de hermano del gobernador, era socio de Manuel Lisa en la nueva compañía, de modo que no puse pegas a su demanda. Concedí una última mirada a la violinista y subí al carruaje de un brinco. Para mi sorpresa, en su interior estaba también George Drouillard, mirando por la ventana a través de las cortinas, pálido como un hueso, con la melena suelta y desaliñada tapando sus enormes pendientes ovalados.

—George.

—Hola, Joaquín.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—¿No te has enterado? —musitó él con un gesto preocupado.

—¿Enterado de qué?

—Han matado al viejo Vázquez.

17

La brisa constante que entraba por las ventanas de la compañía, abiertas de par en par en plena noche, convertía el interior del despacho de mi tío en una nube alborotada de papeles y documentos sellados. Llamó mi atención el globo terráqueo que semanas atrás había decorado la esquina del despacho y que, ahora, rotos sus ejes en el forcejeo, rodaba escaleras abajo a medida que curiosos y familiares accedíamos al lugar de los hechos.

—¿Dónde estabas? —espetó Manuel Lisa al tiempo que me vio acceder a la estancia.

—En las afueras, al otro lado del río, donde las plantaciones.

—Diego me dijo que te perdió de vista esta mañana. No te encontrábamos.

—Estuve con él donde el Manco. Luego salí y di vueltas por ahí. ¿Qué ha pasado?

—Aún no lo sé.

En el suelo de madera se amontonaban mapas, contratos y astillas, y sobre todos ellos, como un elemento más del desorden, yacía el cuerpo sin vida de Benito Vázquez. Con los ojos cerrados, el torso boca abajo y la cabeza sutilmente apoyada en los brazos entrecruzados, parecía que estuviese echando una cabezada sobre el suelo. Tanto era así que cada uno de los que llegábamos apuntábamos eso mismo. Sin embargo, tal y como lo confirmó a los pocos minutos el señor Lamar, de la policía de Luisiana, Vázquez estaba muerto.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Esta tarde. Me he pasado con él toda la mañana. De hecho, hemos comido juntos, un pescado frito, en ese sitio asqueroso que tanto le gusta en el que solo sirven pescado podrido.

—El Delicious Fish —aclaró Reuben.

—Ese. Luego me he ido al almacén a ayudar a Polly con la tienda y, al volver, con la única idea de decirle al viejo que se fuese a casa, que ya había trabajado bastante, me lo he encontrado muerto. Maldita sea.

Contra todo pronóstico, Benito Vázquez no presentaba heridas en su cuerpo. No había en él marcas de agresiones, ni moratones de ninguna índole. En una esquina del lugar, junto a la librería, y dejando hueco para que los dos hombres de la Granberry Mortuary se llevaran el cuerpo de Benito, Reuben Lewis y Andrew Henry explicaban a dos miembros de la milicia la tarea que el difundo desempeñaba en la compañía. Manuel cerró las ventanas, revolvió entre los documentos que permanecían dispersos encima de la mesa y se sentó en el escritorio de roble que presidía la habitación. Abrió cajones y libros, rebuscó entre los estantes y ojeó el interior de un baúl de madera de pino cubierto con piel de cabra. Lo que temía que pudiera haber pasado parecía estar ocurriendo.

—Se han llevado los mapas.

—¿*Cuál* mapas? —preguntó Drouillard, que desde que habíamos llegado se había limitado a estudiar en silencio y sin éxito las posibles causas de la muerte de Vázquez.

—Los de la expedición —susurró mi tío—. Todos. Tu mapa del Bighorn, el mapa que hizo Colter en el Yellowstone, mis anotaciones sobre los mandans, los que trazaban el recorrido del curso alto del Misuri… Por no mencionar todas y cada una de las transcripciones en las que Benito había trabajado estas semanas.

Miré por la ventana y alcancé a ver cómo se llevaban el cuerpo del Viejo en un carro pequeño y negruzco que apenas alcanzaba a ser iluminado por la luz roja de las farolas. La mujer de Vázquez iba en el carro, llorando a lágrima viva, consolada a duras penas por el mayor de sus doce hijos, que también sollozaba y se secaba las lágrimas con las mangas de su casaca. El padre O’Connor, sacerdote de la iglesia católica para que esa misma mañana había descubierto que trabajaba el Manco, iba en la parte delantera del carromato. Los caballos doblaron la esquina con apremio entre los murmullos y cuchicheos de los curiosos, muchos de los cuales señalaban la ventana de vidrio desde la que yo mismo observaba.

—¿Quién ha sido, Manuel? —preguntó en inglés el pequeño de los hermanos Lewis—. Si faltan los documentos, es evidente que se trata de un asesinato. Además de un robo. Lo denunciaremos todo.

—¡Váyanse de aquí! —les gritó de pronto mi tío a los hombres de la milicia estadounidense que tomaban nota de lo sucedido. Los muchachos, que

no hablaban español, pusieron un gesto contrariado y permanecieron en la estancia. Eso alteró aún más el ánimo de mi tío, que, para sorpresa de todos, se subió a la mesa de un salto y volvió a gritar aún más alto—: ¡Que se vayan, a tomar por saco!

Esta vez, los milicianos entendieron el mensaje, recogieron sus cosas y pidieron a Henry que les recordase la salida.

—¿Qué ocurre, Manuel? —musitó Drouillard.

—No me fío de nadie, maldita sea.

Un silencio largo y meditabundo se apoderó del segundo piso de la Compañía de Piel de Misuri, como si un dato hubiese quedado en la recámara del asunto, algo que nadie se hubiese atrevido a cuestionar. Por supuesto, así era, de modo que fui yo —tras observar que los hombres de la milicia se retiraban acompañados de Andrew Henry y que tan solo Drouillard, Reuben Lewis y mi tío oían la pregunta— quien dijo lo que todos pensábamos.

—¿Se han llevado el mapa de Bruno de Heceta?

—No —respondió Manuel de un modo adusto y sereno.

—Pero crees que es eso lo que buscaban —insistí.

Se bajó de la mesa, apoyando las manos en el alféizar de la ventana y abriendo los ojos como platos, con un rostro de locura inescrutable.

—Lo llevas siempre contigo, ¿verdad? —preguntó George Drouillard, que se había hecho una coleta con una tela blanca y ahora sus enormes pendientes reflejaban la escasa luz rojiza que entraba desde las farolas de la calle.

Manuel extendió sobre la mesa el famoso mapa con un gesto rabioso y sopesó como siempre sus palabras con un aire extraño.

—Esto es lo que llevo encima. No es el original.

—¿Una copia? —dije extrañado.

—¿Cómo voy a llevar el maldito mapa original encima?

—Sería *un maliáea* —apuntilló Drouillard.

La discusión no se alargó. Manuel Lisa decidió que ahí mismo había terminado. Algo había llamado su atención. Algo con la fuerza suficiente como para olvidar todo lo demás. Observé cómo entrecerraba los ojos y se agachaba para recoger algo del suelo.

Una chapa. Una pequeña chapita rectangular y metálica con tres siglas inscritas en uno de sus costados: «P. F. C».

—«P. F. C». ¿Qué es? —preguntó Drouillard.

—Esto no estaba aquí —respondió Lisa.

—¿Deberíamos entregárselo a la policía? —Reuben Lewis se había incorporado para observar el objeto metálico. Mi tío se limitó a ponerse en pie

de un brinco y a amenazar a todo el mundo con sacarles las entrañas si se atrevían a desvelar aquello. No se fiaba de nadie.

—P. F. C… —susurró—. ¿Conocemos a algún P. F. C? ¿Coinciden esas siglas con alguno de los Chouteau? ¿Con alguien a su servicio?

—Lo comprobaré —dijo Reuben.

Manuel Lisa me miró fijamente. Acto seguido metió la chapita en su bolsillo y fue el primero en abandonar la estancia.

Las primeras hojas del otoño cayeron el mismo día que Benito Vázquez fue enterrado en el cementerio del patio trasero de la iglesia católica de San Luis, la misma que hoy es conocida como Oíd Cathedral, junto al río, flanqueada entonces por una valla de piedra rectangular. El propio Benito, años atrás, en los tiempos en los que se construyó la iglesia, había sido el encargado de traer río arriba y desde Nueva Orleans la campana de estaño y cobre que aún hoy decora el templo. De aquello hacía ya veinte años. Al parecer, el sacerdote entonces era el padre Jerónimo. Sin embargo, aquel 21 de septiembre de 1809, James O'Connor, oriundo de Dublín, fue el encargado de llevar a cabo los prolegómenos del entierro, y dos muchachos pelirrojos ayudaron al Manco a cubrir de tierra el féretro del gallego. Su propia campana, desde lo alto, fue testigo del sepelio.

Benito Vázquez había sido un buen amigo de mi abuelo, Cristóbal de Lisa, y con un aura paternal y protectora había cuidado siempre de Manuel y de mi padre. Aprender todo aquello me hizo sentir aún más la muerte del Viejo. Ocho hijos le habían sobrevivido a la niñez de los doce que tuvo con la viuda Marie Julie Papin, francesa de nacimiento. El pequeño de todos ellos, Luis, un niño que apenas llegaría en aquella fecha a los diez años, miraba con rostro serio a todos y cada uno de los que se acercaban a dar el pésame a su madre, como a sabiendas de que el culpable de la tragedia debía de hallarse entre los presentes. A más de uno le sorprenderá saber que Luis, más conocido hoy en día como Louis Vasquez, es el joven pistolero que junto a los chicos de Ashley opera y comercia con pieles en el río Colorado.

Manuel Lisa y Polly se acercaron a Marie Julie. Unas palabras reconfortantes de Manuel precedieron al abrazo amargo y dolido —sincero, al fin y al cabo— que Polly y la viuda se dieron al instante. El mayor de los hijos, Francisco Javier, dedicó unas pocas palabras a la memoria de su padre.

—Como sabéis, mi padre nació en Santiago de Compostela. Fue durante muchos años soldado del ejército español en la ciudad de León… —Perdí la

noción de lo que decía por observar atentamente cómo una hoja caía desde lo alto de la copa de un álamo, azarosa, caduca, levitando sin rumbo entre los presentes. Una racha de viento repentina la elevó sobre las lápidas y la hizo caer inmediatamente del otro lado del muro de piedra que separaba el río de la propia iglesia. A unos pocos pasos de donde había caído, tras las piedras del tabique, una mujer joven observaba la ceremonia con curiosidad, sin atreverse a aproximarse, pero a una distancia que la hacía capaz de contemplar todo lo que ocurría. No necesité demasiado tiempo para caer en la cuenta de que ya había visto antes ese rostro. Era Mary, la hija de Edward Hempstead, la misma a la que el día anterior había visto tocar el violín en las escaleras de la plantación familiar. Los Hempstead no eran católicos, sino presbiterianos, por lo que nada, aparte del propio entierro, había podido atraer a la joven hasta el templo católico de O'Connor. Comprobé que Manuel Lisa ya había notado su presencia, pues la observaba de reojo al tiempo que sostenía la mano de su hijo Remón.

—Joaquín —me dijo de pronto—, tenemos que ir a un sitio.

—¿Ahora? ¿Adónde?

—Ahora no. Cuando acabe de hablar este pelmazo.

El hijo de Benito enumeraba los destacamentos militares y las misiones en las que su padre había rendido cuentas.

—¿Has visto a esa chica? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué querrá?

—Vete a saber. Es la hermana del señor Hempstead. Está como una cabra.

—Pues como todo el mundo aquí. —Por un instante me miró mi tío, inclinando la cabeza, con una ceja arqueada. Luego volvió a atender al hijo de Vázquez, que proseguía recitando los años en que el Viejo había renunciado al ejército para dedicar su tiempo y su amor a Dios y a la familia, aunque todos sabíamos bien que el pobre difunto los había dedicado al contrabando, al comercio de pieles y a alternar con prostitutas de aquí y de allá cuando no compartía el lecho con diferentes *squaws* río arriba.

Concluido el sepelio, me dirigí con mi tío calle arriba, alejándonos del río, hasta una esquina en penumbra de la décima. Allí, junto a un puesto cerrado de manteca de oso y lo suficientemente alejado de una cuadrilla de chiquillos que jugaba en la calle con espadas de madera, nos esperaba Reuben Lewis subido a su característico carruaje de madera de olmo y cortinas granates. El primero en subir fue Manuel, y mientras yo mismo lo hacía apoyándome en el ballestón y agarrando con fuerza el barrote de la pequeña ventana, vi cómo mi

tío saludaba en inglés y estrechaba la mano de las personas que había en su interior, uno de los cuales era el socio de mi tío, Reuben Lewis, y el otro nada menos que su hermano mayor, el gobernador de la Alta Luisiana, Meriwether Lewis.

—Buenas tardes, gobernador —dijo mi tío. La conversación se sucedió de principio a fin en inglés, y, para mi sorpresa, fui capaz de seguirla en todo momento, demostrándome a mí mismo que dos años habían bastado para hacerme con el idioma.

—Buenas tardes, Lisa. Lamento lo de Vázquez. Sé que era un buen amigo tuyo y de tu familia.

—Gracias. Le agradezco mucho que se haya ofrecido a tener esta charla, gobernador. Le presento a mi sobrino, Joaquín. —Estreché la mano de Meriwether Lewis justo cuando los caballos se ponían en marcha. Luego apoyé mi espalda en el respaldo carmesí y cerré bien la puerta cuando me hube logrado acomodar.

—Tienes enemigos en esta ciudad, Lisa.

—Lo sé.

El gobernador sonrió.

—Créeme, no es una buena ciudad para tenerlos. Ni siquiera es un buen país para tenerlos. —El gesto de Lewis era amable y directo—. Te contaré algo, Lisa. ¿Sabes lo que ocurrió con James Wilkinson, el antiguo gobernador?

El traqueteo del adoquín tapaba en gran medida las voces de los dos hombres. Manuel Lisa se quitó el sombrero con calma y lo apoyó sobre sus piernas.

—He oído historias.

—¿Qué tipo de historias?

—He oído que traicionó a los Estados Unidos.

Meriwether Lewis asintió.

—Primero resultó ser un espía al servicio de la Corona española. Más tarde, cuando se le investigó, confesó estar tratando de traicionar también al gobernador de Nueva España. El vicepresidente Burr y él mismo conspiraban contra todo el que podían para formar un país independiente en el territorio de Luisiana y erigirse reyes de él. —Nada más decir esto, el gobernador Lewis se quitó su casaca añil con adornos de pana y la dejó sobre el sillón de fieltro carmesí.

—Eso había oído, sí —se limitó a responder mi tío.

—Solo viven aquí seis mil personas, y ese cretino pretendía crear una nueva nación en mitad del continente. Traicionando para ello a quienes se interpusieran en tu camino. Como digo, no es una buena ciudad para tener enemigos.

El simple recuerdo de la traición cambió el semblante del estadounidense, que cerró el puño con fiereza y observó el paisaje con desdén. Pasados unos segundos, prosiguió.

—¿Sabes qué más, Lisa? Resulta que James Wilkinson era un buen amigo de cierta familia poderosa que lo controla todo por aquí, en San Luis.

—Lo sé. Fueron ellos mismos quienes me lo presentaron. El mismo día que se me negó tanto el acuerdo de comercio por la ruta de Santa Fe como el monopolio con las tribus.

—Los Chouteau no son un buen enemigo, Lisa.

—No he sido yo el que los ha escogido, téngalo por seguro.

—Sin embargo, es lógico que estén en tu contra. —El pelo del gobernador se adivinaba cobrizo cada vez que este corría la cortina granate para inspeccionar por qué zona de la ciudad los llevaba el conductor. En ocasiones el coche ralentizaba su paso, en otras pegaba un buen acelerón, y casi siempre giraba a la derecha, como dando vueltas circulares en el sentido de las agujas del reloj.

—¿A qué se refiere?

—Uno no crea una compañía de la nada sin obtener envidias a cambio. Menos aún una capaz de tener éxito río arriba, manteniendo buenas relaciones con los indios y estableciendo fructíferos puestos comerciales.

—La verdad, no hemos hecho más que empezar, señor. Pero gracias. —Una sonrisa torcida se adivinó pronto en la boca de Lewis. Manuel Lisa supo verla con premura y correspondió con un leve movimiento de cabeza.

—Sé que eres un tipo ambicioso, Lisa, y sé que te rodeas de hombres muy válidos. Drouillard es un buen amigo, al igual que lo era el pobre John Colter. Me han hablado maravillas del naturalista que a menudo te acompaña. Un compatriota tuyo luminoso y discerniente.

—Diego de Goiri. Un buen amigo.

—Además, lo reconozco, conocéis bien el territorio; vuestros consejos nos vinieron bien a William Clark y a mí hace apenas unos años, cuando llegamos al Pacífico a las órdenes de Jefferson.

Rodaba ahora el carruaje por un mal camino, uno plagado de baches y charcos.

—Me alegra oírlo, gobernador —respondió Lisa, poniendo serio el rostro y concediendo una mirada al hermano de su interlocutor—, aunque no recibí por aquello mucho más que el pago de las provisiones.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Quiero devolverte el favor.

Reuben Lewis indicó a su socio con la mirada que aquel era el momento para realizar peticiones.

—Los Chouteau se me echan encima, Lewis. La acusación por la muerte de John Colter… Un socavón más severo que los anteriores seguido de la maldición oportuna del conductor cortó de lleno lo que fuera que mi tío estuviese dispuesto a decir.

Se detuvo entonces el coche.

—Lo sé, lo sé. Tranquilízate. No hay pruebas de eso, Manuel, y mientras yo siga siendo gobernador y hasta que se establezca aquí un sistema garante, ten algo por seguro: nadie será condenado sin pruebas.

—El mapa, Manuel —interrumpió Reuben—, cuéntale lo del mapa.

Manuel Lisa miró a su socio, dubitativo, me miró luego a mí de reojo y por último observó, quitando de en medio la cortina granate, el río Misisipí, oscuro y caudaloso como siempre a esas horas.

—Es cierto que tengo un mapa, señor —respondió sin quitar la vista del paisaje a medida que el carruaje recobraba la marcha—. Un mapa que podría servir para hallar la ruta fluvial entre el Atlántico y el Pacífico.

Meriwether Lewis arqueó las cejas y buscó sin éxito en el rostro de su hermano una explicación a todo aquello.

—No existe paso alguno entre ambos océanos, Lisa. Yo mismo traté de dar con él.

—Tal vez no hayan dado con el lugar exacto.

—Los ingleses cartografiarán el año que viene el río Columbia desde sus puestos en las Rocosas. Negocio con el capitán Thompson para incluir sus mapas en mis diarios…

Pero Manuel Lisa hizo caso omiso de las palabras del gobernador.

—El mapa que poseo es fiable. Está firmado por Bruno de Heceta, un capitán de fragata español. Apuesto a que sabe quién es.

Los ojos de Lewis se iluminaron de un modo curioso. Por un momento trató de disimular su asombro, pero este era tal que no fue capaz de mantener sus posaderas en el asiento, y comenzó a moverse de forma nerviosa.

Mi tío sacó el mapa de Heceta de su bolsillo y lo mostró al gobernador.

—Sé que ustedes no lograron encontrar el paso. Con todo respeto, tal vez fue porque tomaron el afluente del Misuri equivocado.

—Documentamos la desembocadura del Jefferson…

—Pero no su nacimiento.

—Es una zona muy montañosa.

—En este valle se esconde este lago. —El dedo de Manuel Lisa tocó con cuidado el viejo mapa de Heceta.

—¿Qué es esto? —dijo Meriwether Lewis señalando el trazado sinuoso y curvilíneo con el dedo—. ¿Un afluente del río Columbia?

—Así es, señor. Mis exploradores lo llaman «Río Lewis», en honor a usted.

—Sé de qué río se trata. ¿Estás seguro de que llega tan al este?

—Seguro no, señor.

Lewis se tocó la barbilla, nervioso y dubitativo.

—Tal vez…

—Hace dos años estuvimos cerca de averiguarlo, pero Drouillard, Vázquez y Colter tuvieron dificultades para hallar el paso. El invierno se nos echó encima, nos quedamos sin provisiones y no pude alargar por más tiempo el contrato de mis hombres. Si pudiera ir una vez más, llegaríamos más al sur desde Three Forks, y mucho más hacia el oeste. Encontraríamos el paso fluvial en este lago. Justo al final del último afluente que nutre al río Jefferson.

—Ese territorio pertenece a los…

—… a los shoshones —interrumpió mi tío—. Tengo entendido que una de sus guías era shoshone.

—Sacajawea. La mujer india de Charbonneau, uno de nuestros exploradores. Sin embargo, se crio entre los hidatsas, lejos del paso que me señalas.

—Ella los llevó por el Madison. Llegaron hasta allí siguiendo el mapa de Le Page.

—Así es.

—Sin embargo, fíjese en la forma de esta sierra, y en este valle. El lago de Heceta está más al oeste. Si no lo descubrimos nosotros, lo acabarán haciendo los ingleses.

Lewis miró a su hermano, nervioso. Segundos después clavó su mirada en los ojos de mi tío. Parecía haber entendido a la perfección la importancia de su empresa.

—No puedes ir allí mientras siga en pie tu acusación por lo de Colter.

—Necesitamos que nos dejen intentarlo —respondió Reuben, adelantándose a Manuel Lisa—. Digan lo que digan, y pese a que no presente

señales de violencia, Benito Vázquez ha muerto asesinado. Asesinado tratando de defender los mapas de Lisa. Alguien está detrás de nosotros, hermano. Tal vez los Chouteau. Tal vez los británicos. No lo sabemos. Pero tanto para hallar ese paso como para hacer crecer la compañía, necesitamos que acaben de una vez por todas los juicios arbitrarios contra Lisa y contra sus hombres…

—Se dirige a Washington, ¿verdad? —interrumpió mi tío.

—Así es —respondió el gobernador, intentando, sin éxito, averiguar adonde querían llegar sus interlocutores.

—¿Qué tal un salvoconducto de la Corte Suprema de Justicia de Estados Unidos? —preguntó Manuel Lisa sin rodeos—. Algo que nos permita dejar de estar sometidos a la arbitrariedad de las leyes de Lousiana. Si gracias a eso pudiésemos volver ahí arriba, no tendría problema alguno en que añadiese usted este mapa y todo lo que hayamos cartografiado a sus propios diarios.

La oferta sorprendió a Meriwether Lewis, que clavó una vez más sus ojos azules en los de Manuel Lisa durante un largo rato. Se rascó la frente con la uña del dedo gordo. Suspiró.

—Podría conseguir un salvoconducto —dijo finalmente.

—Sería de gran ayuda, sin duda.

El carruaje se detuvo al cabo de unos segundos, y tras mirar por la ventanita, observé que nos encontrábamos frente a la parte trasera del almacén de mi tío. Lisa y Lewis se estrecharon la mano con apremio.

—Manuel, si lo encuentras…

—¿Sí?

—Si existe el paso, ¿reclamarás el territorio para la Corona española?

—¿Le preocupa eso?

—No es la primera vez que los españoles tratan de detener nuestro avance.

—¿Acaso le parezco un soldado español? ¿Cree que soy un espía?

—Tampoco me pareces estadounidense.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Y bien?

—El Oregón es un territorio delicado. No reclamaré el lago para los míos. Siempre que usted no lo haga para los Estados Unidos. Es solo un lago. ¿Es que no ha aprendido nada de los indios?

Sonrió ante esa oferta Lewis, que asintió con la cabeza. Yo traté de hacer una reverencia, y seguí a mi tío hasta que los dos nos hubimos bajado del coche.

—Olvidas tu mapa, Lisa.

—Quédeselo, como muestra de mi buena fe. Guárdelo con cuidado e inclúyalo en su diario si logramos hallar el paso.

Lewis sonrió por última vez, demostrando que mi tío le había convencido por completo. Luego añadió:

—Es una copia.

—Lo es.

—¿Y el original? ¿Te lo robaron junto al resto de cosas?

—No, señor —respondió mi tío—. Está a salvo.

Aquella noche tuve un sueño inspirador. Un sueño inocente y algo tonto pero esperanzador como ninguno. Soñé que estaba de vuelta en territorio salvaje, que corría por el bosque virgen que se extiende frente a nuestro fuerte jugando con los perros domesticados de los omahas. Mitain también estaba allí, así como Manuel Lisa, el jefe Ontopanga, Me-um-bane y el resto de los indios de la tribu. Echaba de menos aquel lugar. Algo en el modo de vida de sus gentes, en la naturaleza inmensa de sus valles, en la altura de sus montañas y en la fuerza de sus ríos me hacía amarlo y admirarlo por encima del resto de las cosas. Ojalá con soñarlo hubiese podido haberlo hecho realidad.

18

En algún punto incierto del Misuri, tal vez donde la superficie refleja con acierto la forma de los álamos, o más allá, pasados los rápidos de la desembocadura del Platte, donde empiezan las curvas sinuosas de su recorrido y las nutrias se zambullen para escapar de los lobos, hace ya algunos años que, según se cuenta, puede escucharse el sollozo tenue y constante de Big Elk, el gran jefe de los omahas.

Un lamento grave y sincero que fue compartido por muchos, como suele ser habitual entre los indios, y que mantuvo la mente del poblado abatida y desnortada en aquellos días del recién llegado otoño. Había muerto su hija Me-um-bane. Para dolor y pena de su padre, la joven tuvo que ser abandonada río abajo, cuando una partida de guerra siux los había sorprendido al amanecer, minutos después de que su hija hubiese perdido la vida.

No fue la única. Decenas de enfermos murieron aquellos días. Sus cadáveres quedaron abandonados, sin sepultura, junto a una de las orillas del río, en tierra de los poncas, que además de compartir lengua con los omahas habían tenido la mala suerte de participar de la misma pandemia. «*Petite vérole. Petite vérole*», solían decir los indios entre lamentos. El nombre francés de la viruela era, de hecho, lo único que pronunciaban cada vez que otro de sus vecinos caía bajo las garras de la enfermedad. «*Petite vérole*».

De modo que, pese a las habladurías, quiero dejar claro que fue la propia viruela y no otra cosa lo que pudo con la hija mayor de Ontopanga.

Después de aquello, Mitain estuvo durante varias semanas pensando en la pérdida de su hermana.

Un día lluvioso de otoño, mientras desmontaba a toda prisa uno de los tipis con la intención de huir una vez más de las naciones rivales, encontró sobre el barro las huellas de un ciervo. Vinieron entonces a su mente los juguetes que

su hermana le había fabricado años atrás. Sartas de huesos y pezuñas de ciervo labradas que Me-um-bane colgaba de la cuna de su hermana.

Haciendo cálculos, y según la descripción de la que dispuse tiempo después, intuyo que la joven india y Benito Vázquez perecieron casi a la par. La misma semana, si no el mismo día. Eventos así hacen que, pese a las enormes diferencias que ambas tragedias mostraron en sus causas y posterior resolución, el irrefutable empuje de la muerte se me presente como un destino igualador entre las vidas de indios, negros o blancos.

La voz de alarma sonó entonces en el bosque en el que se encontraban Mitain y el resto de los omahas. Había que huir de allí. La partida de siux que los había atacado junto al poblado acechaba de nuevo. Mitain se apresuró, probablemente pensando que había perdido demasiado tiempo inmersa en el recuerdo de su hermana. Ató con fuerza unas cuerdas de cuero a la silla de un caballo, sostuvo con ellas una bolsa de piel que quedó de ese modo aferrada al flanco del animal y colocó en ella a una preciosa niñita de ojos marrones, piel morena y pelo negro.

Cuidar de la pequeña se había convertido en su absoluta prioridad, en el motivo principal de su supervivencia. Caminó junto a las demás mujeres, tirando con fuerza del caballo y siguiendo con apremio las huellas de los hombres del cielo, que, a su vez, seguían a los cazadores. A su lado discurría el Misuri, por el cual, en canoas de abedul, probablemente navegasen los guerreros, dispuestos de este modo para proteger a la nación omaha de las amenazas que pudiesen aparecer tras los álamos de la orilla opuesta.

Al cabo de cuatro o cinco horas de extenuante cabalgar, se repartieron entre todos la caza y la pesca que los chicos jóvenes habían logrado capturar al alba. Mitain y la niñita compartieron una pata de conejo. En condiciones normales, hubiese machacado un poco de carne de venado en harina para después colarlo todo, poner al fuego la pasta, introducir la pata de conejo y hacer con todo ello una sopa, pero la huida constante y precipitada de los omahas estaba mermando también su capacidad de alimentarse con un mínimo de propiedad.

El sabor del conejo le hizo, sin embargo, soltar una ligera risotada, imagino que relacionada con el recuerdo —esta vez agradable y añorante— de Me-um-bane. Recordó lo disgustada que había estado su hermana con todos y cada uno de los conejos del valle, cuando meses atrás había parido a un niño con labio leporino. Los omahas, al igual que los poncas y otros indios de las llanuras, solían culpar a determinados animales de las malformaciones de sus hijos. En el caso del primogénito de la pequeña Me-um-bane, el asunto

se había atribuido al encanto de un conejo. Tristemente, el paladar hendido e incompleto de su hijo le produjo tantos problemas para tragar que acabó por costarle la vida. Yo mismo conocí a aquel niñito dos años antes de la muerte de su madre, durante la primera expedición que llevé a cabo con Manuel Lisa, unos días después de conocer a Mitain. Recuerdo ver cómo la propia Mitain y otras mujeres le cuidaban en los últimos días de su vida. Aquel día, por suerte, y comiendo una pata de conejo junto a la niña de ojos marrones, pudo más el recuerdo divertido de su hermana enfadada con todos los conejos que la tristeza por la muerte de madre e hijo.

Todo eso era agua pasada. Poco importaba ya. La mayor preocupación de los omahas era regresar pronto a Tonwantonga y rezar por que una vez allí no muriesen más familiares y amigos por culpa de la *petite vérole*. Esa misma noche, de hecho, murieron dos ancianos. Y a la mañana siguiente, una mujer joven. La viruela, que había llegado con el hombre blanco años atrás, reducía la población india de todas y cada una de las tribus. La costra enorme que se formaba en torno a la piel de todos los que la padecían asustaba terriblemente a los indios, que en rara ocasión sabían cómo actuar cuando un nuevo brote se presentaba por sorpresa en el poblado.

Un pedazo esponjoso de madera seca y una piedra para golpear sirvieron como pedernal en la noche siguiente. Mitain conservó ambas herramientas y fue la encargada de encender el fuego durante al menos tres o cuatro jornadas consecutivas. Por lo que he podido saber, tuvieron problemas con una manada de bisontes que, galopando río abajo asustados por el sonido de un mosquetón —de los que mi propio tío había intercambiado con ellos por pieles—, se llevaron por delante dos tipis e hirieron de gravedad a un famoso guerrero. No obstante, ese día comieron carne de búfalo, y, como ya estaban cerca de Tonwantonga, acarrearon con todas las pieles que pudieron para fabricar con ellas nuevos tipis y mantas para el invierno.

Imagino a Mitain con nitidez en aquellos días, trabajando de un modo firme y sin descanso, manteniendo a salvo a la niñita de ojos marrones y cabellos oscuros. La imagino corriendo, saltando, peleando para proteger a la pequeña de los siux, de los animales salvajes, de la *petite vérole* —aunque tal vez tuvo más papel la suerte en esto último— y de todas y cada una de las tormentas que amenazaron la marcha de los omahas.

Llegaron a su poblado en algún momento de los primeros días del mes de octubre, cuando las hojas de los árboles ya se despedían de las ramas secas y daban de comer a la propia tierra. Llegaron, a fin de cuentas, unas semanas antes de que Tonwantonga sufriera la peor de las desgracias. Esa noche tres

exploradores siux aparecieron en el horizonte. Ontopanga y los guerreros omahas quisieron ir detrás de ellos, pero antes de poder subirse a sus caballos los espías ya se habían esfumado más allá de la colina.

Al día siguiente, a sabiendas de que anticiparse a lo inevitable era la única forma de vencer a la muerte, Mitain se sentó sobre un pequeño tocón y meditó con la niña en brazos durante buena parte de la mañana, tratando de descifrar el modo de salvar a su pueblo.

Desde allí casi podía verse el río. Pensó una vez más que los hombres blancos no habían subido aguas arriba en todo el verano, y que probablemente ya no lo hicieran, pues había pasado ya la época acordada. Las hojas caían de los árboles y en pocos meses el valle se llenaría de nieve, lo que daría lugar a la que algunos indios denominaban «luna de la dificultad». Quiero pensar que Mitain se acordó de mí aquel día, y que de algún modo la esperanza de volver a verme fue lo que encendió una chispa en su interior, haciéndola capaz de ponerse de nuevo manos a la obra.

Cogió una piedra. Luego cogió otra, y más tarde una tercera, y una cuarta, hasta que hubo juntado las suficientes rocas como para llenar un enorme cesto. Dejó a la niñita dormida en su cabaña y anduvo hacia el sur, más allá del camino, colocando las piedras sobre el pasto verde de la hondonada, cada una de ellas seguida de otra. Luego las examinó con cautela. Entonces corrió hasta el centro de la aldea y se subió a un poste de madera que usaban los hombres para atar a los caballos.

—Ohiyesa, Wawoochita, hermanas, he tenido una idea —dijo Mitain en la lengua ponca de los omahas. Al ver que nadie le prestaba atención, emitió un grito fuerte y zarandeó la piel de ciervo que estaba a su lado. Varios indios se reunieron entonces en torno a ella, y volvió a comenzar haciendo uso del tono de voz más elevado del que dispuso:

—He tenido una idea, pero para ponerla en práctica necesito vuestra ayuda. Debemos recolectar muchas rocas, todas las que podamos, y ahora somos pocos, de modo que todos los clanes debemos colaborar. —Aquello no gustó a la mayoría de los presentes, que no entendieron el motivo por el que los hombres del cielo, limitados con estrictas tareas, debían saltarse el cometido para el que habían sido concebidos desde su propio nacimiento. Mitain trató de explicar su plan una vez más.

—Necesitaremos muchas rocas para crear un gran dibujo en el suelo.

—¿Para qué queremos hacer un dibujo, Mitain? —dijo un anciano.

—Necesito tu ayuda. Necesito la ayuda de los más ancianos. Ellos conocen mejor que nadie la forma de la tierra.

—Has perdido la cabeza por la muerte de tu hermana Me-um-bane —protestó otro hombre, un guerrero engalanado con plumas y un traje de gamuza de alce.

Ontopanga había salido de su cabaña y observaba sorprendido el tumulto que se había formado en torno a la segunda de sus hijas. Se limitó a verla defender con ahínco su idea frente al gentío. Tras haber explicado su plan pausadamente, el hombre medicina, que es como los indios llaman al médico de la tribu, expresó su entusiasmo por el plan de Mitain, y la ayudó a convencer al resto de los presentes con absoluta vehemencia.

—Obedeced a Mitain —dijo el hombre—; ha tenido una buena idea. No nos queda otra alternativa.

El gran jefe, que había entendido desde el comienzo el plan de su hija, se quedó un rato en silencio examinando a los demás miembros de la tribu. Finalmente, fue el primero en buscar entre las hierbas una roca lo suficientemente grande. La cogió con ambas manos y se dirigió lentamente hasta la hondonada, depositándola en el lugar exacto en que Mitain había propuesto comenzar su dibujo. Muy pronto, otros hombres y mujeres imitaron a Ontopanga y recogieron una a una las piedras que se extendían, dispersas, por la llanura.

Al cabo de un rato, todos los indios sanos y en disposición de ayudar se acercaron hasta la orilla del río, en cuyas riberas se amontonaban la mayor parte de los cantos grandes y redondeados. Los jóvenes siguieron ordenadamente las instrucciones de los ancianos, que tal y como Mitain había dicho, conocían mejor que nadie la forma de la tierra.

Cuando hubieron terminado, la luna y los últimos rayos del sol compartían sin rechistar el horizonte, así que Mitain volvió a su cabaña todo lo rápido que pudo. Allí encontró, en el interior de una cuna de abedul, unos ojos marrones, alegres y curiosos. Aquella niña era su hija. Y la protegería con su propia vida, de ser necesario.

19

El 13 de octubre de aquel mismo 1809, Manuel Lisa, al volver de finiquitar unos asuntos legales para la Compañía de Piel de Misuri, halló en las escaleras de su puerta un ejemplar del *Missouri Gazette* por cuyo titular supo que Meriwether Lewis había muerto. Al parecer, la propietaria de una posada llamada Grinder's Stand, en la carretera de Natchez Trace que unía el río Misisipí con Tennessee, había encontrado su cadáver abandonado con un disparo en la sien.

Mi tío escondió el ejemplar bajo su camisa, disimulando no haber hallado nada inquietante entre sus páginas, y nada más entrar en casa, cerró un poco las cortinas y husmeó un rato la calle apoyado en el alféizar.

—¿Te has enterado? —le espetó de pronto Polly desde su espalda.

—Han matado a Lewis.

—¿Matado? Un hombre en la iglesia ha dicho que se había suicidado.

—No puede ser una casualidad, Polly. Es imposible. —«Y menos en San Luis», habría añadido yo si hubiese llegado a tener la oportunidad.

—Es una tragedia. Solo tenía treinta y cinco años —dijo Polly, angustiada.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he leído en el periódico.

—¿En este? —Manuel Lisa sacó el ejemplar del *Missouri Gazette* que ocultaba bajo la camisa.

—No. En uno que me han dejado para que se lo leyera a la señora de Uderzo. Su marido lo compra a menudo, pero ella no sabe leer. ¿De dónde has sacado ese?

—Este estaba en las escaleras.

—¿En las nuestras?

—Sí. Ahí fuera. Y bien colocado. Como si hubieran querido que lo encontrara. Alguien lo ha tenido que dejar junto a la puerta —afirmó—.

¿Dónde están los niños? —dijo, unos segundos después, pensando que sus hijos podrían haberlo puesto allí, tal vez, jugando.

—En la escuela. Los tres. Yo llevo en casa varias horas, pero no he oído nada.

—Maldita sea. —Se levantó mi tío de la silla y se palpó las patillas un segundo, tratando de encontrarle una explicación a todo aquello.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió su mujer—. Si Lewis ha muerto, alguien ocupará su silla en el Consejo. Probablemente algún amigo de Chouteau. Y el nuevo juicio por la muerte de John Colter se celebra en una semana.

—No solo es eso, Polly. Le di una copia de mi mapa. Y le pedí que nos consiguiese un salvoconducto para poder volver a navegar río arriba esta misma semana.

—¿Cómo?

—Traté de convertir al gobernador en nuestro aliado.

—¿Le diste una copia de tu mapa?

—Una sin marcar, sin anotaciones. Poco más que un dibujo, pero una copia, al fin y al cabo, maldita sea. Debo pensar bien en lo que ha ocurrido. —Manuel abrazó a Polly nervioso y enfurecido, subió a su despacho y leyó la noticia de principio a fin un par de veces, confiando en hallar en el texto alguna pista, algún indicio que relacionase aquella muerte con su caso. Un disparo en la cabeza. ¿Suicidio? ¿Por qué iba a suicidarse alguien como Lewis? Se recostó sobre la cama, se quitó la casaca, la botas y la chalina y permitió que sus pensamientos fueran y vinieran varias veces, recorriendo los lugares más insospechados, ordenándose y desordenándose luego con el objetivo de poder hallar una respuesta a todo aquello. La muerte de Benito Vázquez, unos días atrás, le había dejado del todo pasmado. Estaba convencido de que su responsable había sido alguien que deseaba hacerse con sus mapas. Pero el gallego era un hombre mayor, y por todos sabido que de salud delicada en sus últimos años. Su cuerpo no presentaba signos de violencia. Tal vez el susto por la aparición del propio ladrón fue lo que acabó con su vida. Tal vez un infarto. Sin embargo, el gobernador Meriwether Lewis era un hombre joven, de apenas treinta y cinco años. No solo eso, era el gobernador de la Alta Luisiana. ¿Se había atrevido alguien a matar al gobernador de un disparo en la sien?

Todas aquellas aristas imposibles de franquear ocuparon la mente de Manuel lisa durante horas. Por un lado, no quería darse a sí mismo una importancia tal como para considerar que alguien pudiese haber asesinado a

Meriwether Lewis con la intención de impedir que votase a favor de su inocencia en el caso de John Colter. Pero ¿y si esa persona estaba también al corriente de su conversación en el carruaje de Reuben? Por un instante, llegó a dudar del propio Reuben. Un escalofrío le haría sentir que bien podría haber ocurrido, que la familia Chouteau podría estar de algún modo involucrada en todo aquello, y que ahora, sin duda, alguien de su círculo privado ocuparía la silla de Lewis en la temporal Casa de Justicia.

—Santo Dios —susurró.

Se puso sobre la testa un sombrero y anudó al cuello su chalina con hombreras de piel de nutria. Dio unas vueltas en círculos por la pequeña habitación.

—Tal vez…

Finalmente decidió salir de la casa para caminar un rato por el muelle.

—¿Dónde vas? —preguntó Polly, asustada.

—Al muelle, tranquila.

—No me fío de nadie, Manuel. No te fíes de nadie.

—Está bien.

Los hombres iban y venían en el amarradero, cargando las barcazas o simplemente paseando sin rumbo. Entre todos ellos, como al margen del caótico gentío, estaba Manuel Lisa, con la mirada perdida y el rostro afligido. Es increíble pensar cómo un hombre dominante y capaz de sobreponerse a los obstáculos de cualquier territorio salvaje era al mismo tiempo incapaz de descifrar las intrincadas jugadas y estratagemas de aquella ciudad codiciosa.

—Lewis… ¿Qué es lo que has hecho? —murmuró una vez más como para sus adentros.

Lisa anduvo hasta el borde de su propio embarcadero, se subió a su vieja canoa de madera y observó pensativo el discurrir de las aguas sobre el Misisipi. Luego introdujo su mano en el bolsillo del pantalón y sacó de él la pequeña chapita metálica que semanas atrás había recogido del lugar en que Benito Vázquez había perdido la vida. Las tres iniciales seguían estando grabadas de forma nítida y profunda sobre el rectángulo de metal: «P. F. C.».

—P… F… C… —dijo para sí mismo. Pero no fue capaz de sacar nada en claro.

Recortada su figura contra la luz de poniente, casi a sabiendas de poder ser el elemento principal de un cuadro, ataviado con su frac de paño negro, su chalina, su sombrero de copa y sus botas desgastadas, miró cómo se agachaba el sol entre los álamos. Manuel Lisa, la misma persona que no conocía la

derrota al otro lado de aquellos bosques, estaba siendo consumido y vencido a este lado del río.

Una voz femenina invadió de pronto su discurrir.

—¿Qué le parece el paisaje? Creo que se trata la mejor vista de toda la ciudad.

Manuel Lisa guardó a toda prisa la chapa en el bolsillo de su pantalón y se volvió de inmediato, para encontrarse por sorpresa y contra todo pronóstico con la mirada cortante y desafiante de Mary Hempstead, la escurridiza dama que desde hacía unas semanas acechaba, curiosa —y sin miedo de ser vista—, los movimientos de mi tío. Hermana del abogado Edward Hempstead, Mary era una mujer de buena familia, y, sin embargo, al contrario que casi todas las señoras de alta cuna, no solía hacer el ademán de quitarse el guante de la mano y extender esta para que su interlocutor rozase con sus labios la piel de los dedos; es más, aquel día se limitó a dar un brinco para subirse sin previo aviso a bordo de la canoa de mi tío.

—Mary Hempstead, ¿en qué puedo servirla? —debió de preguntar Lisa con un rostro de sorpresa que, seguro, intentó disimular sin demasiada fortuna.

—Manuel Lisa. ¿A qué se dedica? ¿Medita acerca de lo bello de este mundo?

—No, señorita.

—¿Y qué hace un hombre reputado como lo es usted a estas horas en el muelle? ¿Planea darse a la fuga?

Imagino que la espontaneidad de la joven fascinaba de algún modo a mi tío.

—Más bien pienso en los muertos.

—Qué inspirador.

—Han matado al gobernador.

—¿Le han matado? Qué curioso. Yo había leído que se había suicidado.

El sentido del humor de Mary Hempstead era siempre de lo más particular. Aquel día vestía como casi todos, con un paño oscuro chapeado, un sombrero de ala corta sobre la bonita cabellera castaña y una delicada faja de color canela apretándole la cintura. La faja hacía juego con sus ojos, que, relucientes bajo aquella luz anaranjada, la hacían estar más bella que nunca.

—Usted y yo apenas hemos intercambiado palabras en dos o tres ocasiones —dijo Manuel— y, sin embargo, tengo la sensación de que hace días que nos sigue.

—No se anda con rodeos.

—No suelo.

—Me gusta.

—¿Entonces es cierto? ¿Nos está espiando usted por algún motivo?

—No diría tanto. Solo tengo curiosidad. ¿Daría conmigo un paseo? Tal vez así pueda explicárselo.

Manuel Lisa tardó varios minutos en aceptar la invitación de la señorita Hempstead. Luego sentenció:

—Paseemos.

Salieron del muelle por la pequeña playa que se formaba en al fondo del amarradero, justo donde arranca hoy la avenida Lewis, en honor al por entonces recién fallecido gobernador. A esa hora, los almacenes habían echado el cierre hacía ya varias horas y solo caminaban por las calles los protestantes que salían de la misa de ocho, como cada día. Dejaron atrás una tienda de jabones y una sombrerería, caminaron por Third Street y se sentaron a una mesita de madera que había en el único café al estilo francés que podía encontrarse por aquel entonces en la ciudad, el Café de la Paix, un lugar acogedor con una terraza al aire libre situado junto a la iglesia.

—Es revelador que haya accedido a que nos sentemos al aire libre, siendo usted un hombre casado.

—No veo inconveniente alguno.

—Hay quien sí lo vería.

—No es mi caso, señorita. Me trae sin cuidado lo que piense la gente.

—Interesante. Así que el suicidio del gobernador es lo que le tenía meditando en el muelle —observó la dama con rostro serio mientras se acomodaba en su asiento.

—Meriwether Lewis era un buen hombre —respondió Lisa, grave y afligido, acompañando a Mary en la mesita baja adornada con un mantel amarillento.

—Sin duda, todos dirán que el mejor de los hombres, ahora que ha fallecido. —Se recolocó con disimulo la faja color canela y orientó la silla de modo que sombrero y pared hicieran de parapeto, tal vez para que nadie reparase en su presencia—. En cualquier caso, Lisa, permítame el atrevimiento: no es eso lo único que le hacía meditar.

—¿Cómo dice?

—Su muerte no le viene a usted nada bien.

Mi tío se detuvo unos segundos tratando de averiguar qué ocultaban los ojos color miel de aquella joven.

—¿Qué sabe Mary Hempstead de lo que me viene a mí bien y lo que no? —dijo Manuel finalmente, contrariado y removiéndose en su asiento pero luchando por no perder ni un ápice de su característico aspecto imponente.

El mozo apareció con una botella y un vaso de cristal. Sirvió a Manuel una copita de brandy. Una vez lo hubo hecho, Mary tuvo que pedir una para ella, de modo que pasaron unos minutos hasta que pudieron retomar su conversación con total intimidad.

—Estuve en el juicio —arrancó ella.

—Por supuesto.

—Lewis fue su ángel de la guarda. Los Chouteau van a por usted y a por su compañía, y tiene miedo de que algún amigo de Auguste ocupe ahora el lugar de Lewis en el juicio que se avecina por la muerte de John Colter.

—Además de seguirme por la calle, por el muelle y en los juzgados, ¿piensa usted por mí?

—No, pero creo saber lo que piensa.

Manuel Lisa se impacientó. Dudó acerca de la lealtad de su acompañante y apuró la copa de brandy.

—Creo que nuestra conversación ha llegado a su fin. Tenga una buena tarde, señorita.

—¿Cree que el que mató a su amigo Benito Vázquez está detrás de lo de Lewis? —inquirió Mary, intrigada. Luego hizo un gesto con la mano pidiendo a mi tío que no se marchara.

—¿No dice usted que sabe lo que pienso? —respondió con sorna Manuel Lisa.

—Piensa que no. Que es imposible. Que debe de ser una coincidencia… Pero al mismo tiempo le invade el miedo.

—No tengo ningún miedo a esos cobardes, señorita Hempstead.

—Por supuesto que sí. Si no lo tuviese, sería usted bobo. Desde que Luisiana dejó de ser territorio español, no posee la protección que necesita. Pertenece a otros. ¿Conoce a mi hermano? —La pregunta sorprendió a mi tío, que trató de ganar tiempo de reacción ordenando con la mano al mozo que punieran dos nuevas copitas de brandy sobre la mesa.

—Edward Hempstead. Es difícil no conocerle —dijo por fin mi tío—. Me han hablado de él a menudo, y tal vez en alguna ocasión nos hayan presentado. —Se recostó de nuevo sobre su asiento y se rascó la nariz con nerviosismo—. ¿Por qué lo dice?

—¿No decía usted que nuestra conversación había llegado a su fin?

—No sé adonde planea llegar. Tengo curiosidad.

—Mi hermano es un hombre despierto, Manuel.

—Eso me han dicho.

—No se le escapa una oportunidad de entender lo que le rodea, y, pese a su juventud, distingue como nadie a los hombres de esta ciudad. A menudo le invitan a las tertulias, ¿sabe? Eso cuando no las organiza él mismo, claro. —Mary guardó silencio el tiempo justo para dejar que dos nuevas copas de brandy fuesen servidas sobre la mesa—. Mi hermano ha seguido sus movimientos, Manuel.

—A través de usted, imagino.

—Hasta ahora era solo curiosidad. Leyó los artículos del *Gazette* en los que se decía que Manuel Lisa había viajado al noroeste y construido un fuerte en el curso alto del Misuri. En tierras de los crows.

—¿Y por qué le interesa a un abogado de tan distinguida familia lo que hayamos hecho nosotros al norte del Misuri?

—Esa es una buena pregunta.

—Y bien, ¿tiene respuesta?

—Siempre nos han interesado las tribus. Los indios en general. Crecimos en Connecticut. Cerca de New London. Cuando yo no era más que una niña, mi padre nos llevaba en un carro inglés por un camino hacia el norte, hasta Massachusetts. Aún quedaban indios mohicanos por allí, al norte de Boston, conviviendo con los franceses. Sobamos observarlos con absoluta fascinación, si le soy sincera.

—Curiosidad.

—Así es.

Pasaron por la calle, frente a la terracita del Café de la Paix, dos jóvenes de buen aspecto ataviados con sombreros. Tras ellos, dos señoras cogidas del brazo con talle ajustado y falda hueca. Entre murmullos, Manuel Lisa y Mary Hempstead lograron discernir que hablaban de la muerte del gobernador Lewis. Por ello, solo cuando el grupo hubo pasado de largo, mi tío retomó la conversación.

—Sin embargo, hoy se ha acercado a hablar conmigo. Y aquí estamos. ¿Qué es lo que ha hecho que deje de ser todo mera curiosidad? ¿Acaso está interesado su hermano en invertir en nuestra compañía?

—Tal vez sí que sea tan inteligente como pretende aparentar.

—Pretendo serlo —respondió con aplomo mi tío al tiempo que observaba cómo Mary daba un pequeño sorbo a su copita.

—Mi hermano y yo estaríamos más que interesados en participar de la red de puestos comerciales que sin duda planea abrir en las Montañas Rocosas, y

del comercio con las tribus. Al igual que lo estamos en saber si existe un paso fluvial al noroeste del continente. —Aquellas palabras sorprendieron más que ninguna otra a Manuel Lisa, que, pese al desconcierto por el improvisado diálogo en el día que se había enterado de la muerte de Lewis, no pudo evitar sonreír y tratar de inferir si aquel era de verdad el objetivo final de la reunión.

—No sé de qué paso me habla.

—Está bien. Dejemos eso para otro momento…

—Si solo querían invertir en la compañía, ¿por qué han tardado tanto tiempo en reunirse con nosotros? —Mary se acercó a Manuel tanto que mi tío pudo oler sin esfuerzo el perfume que la joven llevaba puesto sobre la blusa.

—A la vista está que no es muy seguro apoyarle públicamente, Lisa.

—Entiendo…

—Cuando uno aprovecha bien sus orígenes en este territorio, organiza tertulias y encuentros e invita a ellos a las mejores familias de San Luis. Empresarios, políticos, abogados. Sabemos que acostumbra a declinar las invitaciones a ese tipo de eventos, Lisa, pero seguro que sabe que tomando parte en ellos, como mi hermano hace, uno adquiere buena reputación. H imagino que sabe mejor que nadie que la reputación lo es todo en el territorio de Luisiana.

El rostro de Manuel Lisa se iluminó, pues vislumbró de pronto lo que la menor de los hermanos Hempstead podría estar tratando de decirle. Contuvo un segundo el aliento y leyó los ojos de su interlocutora con firmeza. Finalmente, fue la propia Mary la que confirmó sus sospechas.

—Mi hermano Edward va a ser elegido mañana para sustituir a Lewis entre los fideicomisarios de la ciudad.

De algún modo, aquellas palabras aliviaron de una manera descomunal a mi tío. En primera instancia quería decir que el puesto no sería ocupado por ningún allegado de los Chouteau. Pero además de eso, según lo que su propia hermana le estaba diciendo, Edward Hempstead parecía tener algún tipo de afinidad por los descubrimientos de la Compañía de Piel de Misuri, y aquello podría facilitar enormemente las cosas. Sin que hiciera falta aclarar la relación de ambos factores, Manuel Lisa arqueó las cejas, suspiró reconfortado y bebió el contenido de su segunda copita de un solo trago.

—Sería interesante conocer de primera mano a su hermano, señorita Hempstead.

—Sin duda, sería interesante.

—Sin embargo, como bien dice, habrá notado que la gente que toma partido por nuestra causa…

—… no corre la mejor de las fortunas en los últimos tiempos —completó Mary, asintiendo vigorosamente y levantándose con cuidado de la pequeña sillita de madera—. Ya lo hemos contemplado. Por eso no es él sino yo la que observa quién acude sus juicios, Manuel. Y a los entierros de sus amigos. Y, por supuesto, la que deja que la inviten a un brandy en el Café de la Paix, a la vista de media ciudad.

—Con mucho gusto.

—Hemos de ser cautos, todo a su debido tiempo. Anímese, Manuel; sepa que no está solo en esta ciudad.

Doblaba ya la esquina Mary Hempstead, dispuesta a subirse a un coche caoba tirado por cuatro caballos que había aparecido con precisión junto a la terracita de Third Street. Corría al mismo tiempo yo mismo calle abajo, tratando por todos los medios de dar con mi tío. Nuestros caminos se encontraron apenas a unos pasos del Café de la Paix, cuando en un intento por esquivarla y por detener el ímpetu que me empujaba calle abajo acabé chocándome contra la mesita redonda de mantel amarillo en la que habían estado sentados ella y el propio Manuel Lisa. Una de las copitas de brandy se hizo añicos contra el suelo, y el estruendo del crujir de las sillas no fue capaz de mitigar el de mi propia caída. Fue mi tío el que me ayudó a ponerme en pie bajo la atenta mirada del mozo que limpiaba la loza, de la señorita Hempstead y de su cochero.

—¡Joaquín! ¿Qué estás haciendo?

—Manuel. Tío. Capitán.

La respiración fatigada apenas me dejaba convertir mis pensamientos en palabras.

—¿Qué haces aquí?

—¡Tienes que ver algo!

—Cálmate. Toma aire. —Mi tío puso una mano sobre mi espalda y me miró con un rostro entre extrañado e inquisitivo—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Colter. John. —Suspiré profundamente y miré a los ojos de Manuel—. John Colter está vivo.

20

El gran salón del departamento de vida salvaje y pesca de San Luis acogió aquel día en su interior a cerca de cien personas. El encuentro, presidido por un pequeño oso disecado sobre una alfombra carmesí, había sido organizado para recibir al ya célebre explorador John Colter, que como si de un fantasma se tratase, había aparecido a las puertas de la ciudad tres días atrás. Muchos de los presentes —me atreveré a decir que la mayoría— aún no daban crédito a semejante hazaña.

El Manco y yo, ubicados en una esquina remota de la habitación, obviamente sí que lo hacíamos. Es más, comentábamos en aquel instante ante algunos curiosos el modo en que habíamos encontrado al estadounidense. Nos había sorprendido merodeando entre las plantaciones de las afueras de la ciudad, caminando sin rumbo, en un momento en que nos disponíamos a ir con Diego de Goiri a tomar unas copas de vino a la taberna de Lautrec.

—¿Te fijaste en su aspecto? —musitó el isleño.

—Me fijé. Estaba muy delgado.

—Como encogido. Y el pelo de la barba se le ha puesto canoso.

—Lo sé. Ayer estuvo en la casa de mi tío.

Me miró de soslayo mi amigo y negó con la cabeza, sonriente.

—Aún no puedo creer que esté vivo. Es increíble. Colter está vivo.

A medida que repasábamos la anécdota, nos veíamos obligados a elevar la voz; las ventanas estaban entreabiertas con la intención de que el aire corriese en el interior, así que el habitual ruido de los carruajes se mezclaba con el murmullo de los asistentes. Los sillones tapizados habían sido sustituidos por algunas sillas de madera como para ofrecer algo de comodidad a los presentes, amontonados desde primera hora bajo las lámparas de gas que ayudaban a conferir luz a la sala. Pese al despliegue, muchos no encontramos sitio en los asientos, así que permanecimos de pie junto a los enormes cuadros

con escenas dieciochescas que se extendían ampulosamente desde el suelo hasta lo alto del techo de madera.

Al fondo, frente a un ventanal, se encontraba el escritorio principal, sobre el cual había montoncitos de mapas y contratos viejos. Tras el pupitre estaba Auguste Chouteau, ataviado con una especie de casaca de tela rojiza y un cinturón negro. Muy cerca de él estaban sentados Manuel Lisa y Diego de Goiri. El Manco elevó el brazo ligeramente por encima del gentío y señaló a Mary Hempstead, única mujer de la estancia, engalanada con sombrero negro de ala corta y blusa a juego. La vi mirar en dirección a mi tío, y ambos mantuvieron su mirada durante varios segundos, asintiendo con gesto cómplice y observando cómo el hermano de ella, Edward Hempstead, nuevo fideicomisario de la ciudad, hacía su aparición en la sala.

—Joaquín, ¿no es ese Juan Ignacio? —dijo el Manco, poniéndose en pie de un salto.

—¿Dónde?

—Al fondo, junto a la puerta.

—No lo sé, no alcanzo a ver… Tal vez.

Hada meses que el Manco no veía a los otros dos isleños. Casi desde que habíamos vuelto de nuestra expedición. Se encogió de hombros y volvió a tomar asiento a mi lado.

—No estoy seguro. No creo. Su hijo y él viven ahora en Nueva Orleans.

Pasaron unos diez minutos hasta que Colter entró finalmente por la puerta, ayudándose del enorme brazo de George Drouillard para llegar hasta una pequeña silla de roble oscuro adornada con dos cojines de cuero. Tomó asiento de forma pausada. El traje de ante desgastado con flecos grises, las botas altas recubiertas con barro seco y el sombrero de piel de zorro le diferenciaban de forma pasmosa del resto de los presentes.

Tras una escueta pero concisa presentación, Edward Hempstead dio paso al propio Colter, que me concedió una mirada complaciente nada más reconocerme.

—Buenas tardes, señor Hempstead —comenzó John Colter—. Enhorabuena por su reciente elección. Buenas tardes a todos. No esperaba tanta expectación, la verdad. No pretendo extender esto demasiado. Sabéis que soy parco en palabras. Todo lo que se ha dicho acerca de mi muerte y de la posible implicación del español Manuel Lisa en mi desaparición es falso. No procede que sean juzgados tales sucesos. —Auguste Chouteau se removió en su asiento, incómodo, tratando de hacer como si aquello no fuese con él. Un centenar de susurros obligó a Colter a elevar la voz—. La información

que, según me han dicho, ofreció el joven Joaquín Lisa a su llegada es absolutamente verídica. —Sentí la mirada de todos clavada en mí durante varios segundos—. Aquel día fuimos acorralados por una partida de indios pies negros. Por lo que se ve, él logró escapar y yo no. Dicho esto, he querido acudir a esta reunión para advertir y dejar constancia de algo bien distinto. Quiero aprovechar este momento como pináculo desde el cual me escuchen los hombres poderosos de esta ciudad. Los pies negros, los siux y otras naciones indias del norte del continente están siendo armados…

—¿Dónde has estado todo este tiempo, John? —preguntó un joven miliciano que se hallaba entre los presentes, ignorando por completo lo que Colter trataba de decir.

—Cautivo.

—¿Durante veinte meses, Colter? —inquirió esta vez el propio Edward Hempstead.

—Así es. Sobreviví a la emboscada porque así lo decidieron mis atacantes. Los pies negros me maniataron y me encerraron en uno de sus campamentos al norte del río Yellowstone. Allí me dieron de comer y de beber. Permanecí encerrado durante días.

—¿Días? —espetó una voz desde las últimas filas.

—Semanas después, me liberaron para que los ayudase en una cacería. Y eso hice. El tiempo que pasé con ellos me bastó para comprender que alguien estaba proveyendo de armas de fuego y municiones a las tribus de lo alto del Misuri…

—¿Cómo es que no te mataron? Parece un poco extraño que de pronto decidiesen perdonarte la vida —interrumpió de nuevo una voz asombrada desde una de las primeras filas. John Colter miró molesto hacia el lugar de donde procedía, y acto seguido se quedó en silencio, observando con atención al viejo con peluca blanquecina que le había interrogado, Gabriel Chouteau, un primo lejano de Auguste.

—¡¿Cómo lograste escapar?! —chilló otra garganta desde la parte lateral de la estancia. El peculiar timbre me sonó extrañamente familiar. Giré la cabeza y observé que el interlocutor era en esta ocasión Pierre Chouteau. El público jaleó su pregunta. Era evidente que la muchedumbre había acudido al lugar para enterarse de los entresijos de la historia de Colter y no para prestar atención a lo que él desease contar.

—No logré escapar. Meses después, me liberaron.

—¿Te liberaron?

—En el día de la Danza del Sol, una fiesta de los indios, me soltaron para que corriese y así los jóvenes pudieran divertirse persiguiéndome y arrojándome sus lanzas.

Un pequeño silencio se adueñó de la estancia.

—¿Te utilizaron a modo de botín de caza? —preguntó otra voz entre el tumulto.

—Algo así.

—¿Y cómo sobreviviste a esa… cacería? —inquirió esta vez el padre O'Connor, el sacerdote de la iglesia católica que había oficiado días atrás el sepelio de Benito Vázquez y para el que ahora trabajaba el Manco. John Colter se dio cuenta entonces de que no pararían hasta que hubiese narrado la historia completa, así que suspiró y con un tono grave comenzó a narrar los detalles de su huida.

—Corriendo. Corrí más de lo que se esperaban, durante horas. Ellos me siguieron todo ese tiempo, errando sus disparos. Caí por un terraplén, me levanté. Luego caí por otro. Tuve suerte, imagino. Algo más al sur, cuando llegué a una parte del río… —se detuvo un momento, dubitativo, y finalmente decidió continuar— en la que del agua sale humo y del suelo brotan lagos de colores, volví la cabeza, y vi que algunos jóvenes pies negros seguían, a menos de veinte yardas de mí. —A medida que Colter hablaba, algunos hombres susurraban comentarios a los oídos de los otros—. Algo después, dando por hecho que una lanza me atravesaría la espalda, me detuve de repente. Me di la vuelta y extendí los brazos en señal de rendición.

—¿Y decidieron los salvajes perdonarte la vida, sin más? —cuestionó de nuevo el sacerdote, haciendo gala de su particular acento.

—No —respondió Colter—. El único indio que quedaba a mi espalda, intuyo que sorprendido por la rapidez de la acción, trató de frenar y se dio de bruces contra el suelo. Intentó arrojarme su lanza, sin éxito. Su arma se le atascó entonces en una roca y se le rompió en la mano. Yo tomé a toda velocidad la parte puntiaguda y atravesé con ella al joven, un chico de poco más de quince años.

—Asombroso —susurró el Manco.

—Después, me escondí en el bosque humeante que meses atrás había encontrado en aquella parte del Yellowstone. La mayoría de los indios temen ese lugar. De modo que allí permanecí varios días antes de emprender mi viaje de regreso.

Cuando John Colter hubo acabado, una oleada de risitas tímidas e incrédulas brotó en todas las direcciones.

—Todo lo que digo es cierto —protestó Colter, algo molesto—. La mitad de los aquí presentes ni siquiera habéis llegado remando hasta la desembocadura del Kansas…

—Así que existe verdaderamente el Infierno de Colter —se burló una voz anónima. Los murmullos y las risas volvieron a inundar la sala, desviando por momentos los motivos de aquella reunión.

—Recomiendo que se investigue qué empresa está armando y empujando a las naciones indias del tramo alto de Misuri hacia el sur…

La voz de Colter se perdió entre la muchedumbre. Finalmente, la mayor parte de los presentes comenzó a abandonar el edificio *níveo* y elegante que acogía el departamento de vida salvaje de Luisiana.

No le creían. Yo había estado allí, y sabía que aquello era cierto. Que aquel bosque humeante existía, que los pies negros disponían de numerosas armas de fuego y que, por tanto, todo cuanto decía Colter había de ser verídico. Pero aquellos hombres, en su mayoría grandes terratenientes y esclavistas de San Luis, eran incapaces de imaginar lo que se extendía más allá de las curvas que había frente a sus plantaciones el río Misisipí. Miré alrededor de la estancia y observé cómo Mary Hempstead se levantaba y se dirigía directamente a hablar con Manuel Lisa. Tras unas cuantas palabras en su oído, mi tío asintió y se puso en pie de un brinco.

—Aprovechando que estamos aquí reunidos, señores, señorita —comenzó Lisa, que, como de costumbre, se mesó las patillas y acarició su cicatriz antes de continuar. Los hombres que se disponían a salir por la puerta se detuvieron en el umbral de esta. Manuel dio unas vueltas a su sombrero entre sus manos y dirigió una mirada a John Colter—, y celebrando que la aparición de mi buen amigo borra de un plumazo la acusación que se intentó establecer contra mi persona unos días atrás, quiero hacer público que la Compañía de Piel de Misuri saldrá en apenas una semana rumbo al noroeste. —El Manco me miró con los ojos bien abiertos y una sonrisa dibujada en el rostro. Auguste y Pierre Chouteau intercambiaron miradas confusas—. Además de ubicar en el mapa el famoso Infierno del señor Colter, esta expedición averiguará, para tranquilidad del gobierno de la Alta Lousiana, quién está armando, ya sea empresa o nación, a los siux y a los pies negros y, por supuesto, descubrirá cuáles son sus intenciones. Llegaremos hasta nuestro bastión, Fort Raymond, construiremos un nuevo fuerte y remontaremos el río Misuri hasta su origen. Evidentemente, al tratarse de una empresa privada, nos reservamos el derecho de no contar aún cuáles son el resto de propósitos de nuestro viaje.

Esta vez fui yo el que sonreí a sabiendas de que mi tío se refería con esas últimas palabras al paso del noroeste que le había prometido a Lewis encontrar. El murmullo se extendió e hizo que el eco de la estancia devolviese las voces por duplicado. George Drouillard sonrió, se cruzó de brazos mostrando sus enormes tatuajes y miró con rostro desafiante al resto de los presentes.

—No quisiera poner en duda la viabilidad de tus planes Lisa, pero ¿con qué dinero pretendéis emprender este nuevo viaje? —le preguntó Auguste Chouteau, sin duda pensando que él y su familia eran los únicos capaces de proveer a mi tío del apoyo económico necesario para semejante empresa—. ¿Volverás a poner en riesgo la vida de los pocos que acepten seguirte?

—No, Auguste. Esta vez seremos muchos más. E iremos mejor equipados.

—¿Ah, sí?

—Así es.

—¿Acaso tenéis un nuevo inversor?

—Lo tiene, mi señor. —Edward Hempstead se puso en pie—. El español me ha convencido. Subiremos ahí arriba con más de cien hombres bien entrenados y perfectamente equipados.

El alboroto que provocó aquel comentario fue ensordecedor. Los balaústres temblaron y los cristales se abarrotaron de rostros curiosos. Andrew Henry y Reuben Lewis, los socios de mi tío, estrecharon agradecidos la mano que el señor Hempstead les tendió tras decir aquello.

Lo que más satisfacción me provocó fue la sombra de desconcierto que asomó en la mirada de los Chouteau. Durante varios segundos, el gentío se mostró absolutamente sorprendido. El francés esbozó una sonrisa falsa e impostada, y acto seguido se levantó con la intención de abandonar la estancia.

Manuel Lisa, Lewis, Henry y los hermanos Hempstead hicieron lo propio por la parte trasera del salón.

El velo de una noche sin luna nos sorprendió a todos a la salida del edificio. Polly y Rachel se despidieron de la mujer de Andrew Henry y pusieron rumbo a casa. Manuel estrechó la mano de su nuevo socio, el señor Hempstead, y quedaron en verse al día siguiente en su oficina. Pierre Chouteau, el único miembro de su familia que quedaba entre los presentes, entregó sus pertenencias a un esclavo negro que vestía unos pantalones de algodón blanco y una cadenita en la pernera y se esfumó montando un caballo

alto y elegante. Cuando casi todos se hubieron ido, el Manco y un servidor sorprendimos casi sin querer a Juan Ignacio y a su hijo Arturo.

—¡Vaya, menuda sorpresa! —gritó el más viejo de los dos.

—¿Sorpresa? Si sois vosotros los que aparecéis en nuestra ciudad sin avisar… Me ha parecido veros antes, entre la gente; se lo he comentado a Joaquín…

Los isleños rieron y se fundieron en un abrazo con el Manco. Yo me uní al saludo enseguida y les pregunté por su presencia en San Luis.

—Nos pusimos en contacto con Lisa tras enterarnos de la muerte del pobre Vázquez. Hemos venido a despedirnos.

—¿A despediros?

—Sí. No subiremos esta vez con tu tío hacia el noroeste.

—¿Cómo que no? ¿Habéis oído lo que paga? —interrumpió el Manco—. ¡El doble que la última vez!

—Mi madre está muy enferma —respondió Arturo.

—Vaya…

—Le hemos vendido a la nueva compañía de tu tío el barco. La Santa Cruz. Con lo que hemos sacado por él nos compraremos al fin una casita junto al río. En Nueva Madrid.

Estuvimos departiendo con ellos al menos una hora. El Manco lamentó no disponer de la compañía de sus paisanos en la nueva expedición. Juan Ignacio nos deseó suerte y mencionó la posibilidad de que en esta ocasión llegásemos al Pacífico a bordo de su propio esquife.

—Me basta con saber que será mi barco el que pasará a la historia.

Luego nos despedimos con un último abrazo.

—¡Joaquín! —gritó Arturo cuando ya bajaba los escalones adoquinados del departamento de vida salvaje y pesca de San Luis—. ¡Ojalá tengas suerte y encuentres de nuevo a tu india!

21

A la mañana siguiente, Edward Hempstead hundió la punta de una pluma alargada en un bote de tinta negra y la posó sobre el contrato que le otorgaba un porcentaje de la Compañía de Piel de Misuri. Lo escribió todo con una rotundidad inusitada, propia de un hombre poseedor de un calculado aplomo.

—¿Tiene ya pensado un nombre para el barco?

—¿Cómo dice? —preguntó mi tío.

—Mi barco está recién construido, Lisa. Póngale un nombre si quiere, y considérelo mi segunda aportación a nuestra causa —dijo Hempstead al tiempo que inundaba una por una las páginas del contrato con su rúbrica.

—Pensaré uno, sin duda.

—Posee ya uno, según me ha dicho.

—Le compré a un viejo amigo el esquife que usamos hace dos años.

—¿Bastará con dos navíos?

—Si el suyo es tan grande como dice, el resto de la compañía podrá usar balsas para transportar las provisiones. Nada más pasemos el Kansas, trataremos de hacernos con caballos.

Manuel Lisa y Edward Hempstead repasaron los principales puntos de su acuerdo durante las tres horas siguientes. Ciento veinte hombres participarían en aquella nueva expedición liderada por mi tío, casi setenta de ellos pagados por el propio Edward. El abogado y nuevo fideicomisario de la ciudad se aseguraba de ese modo un buen porcentaje en la recaudación obtenida por la venta posterior de pieles de castor y de bisonte.

Manuel Lisa pidió un nuevo modelo de mosquete Brown Bess para la mayor parte de sus hombres, además de las provisiones suficientes como para poder avanzar hasta el Plattesin necesidad de extender las partidas de caza por motivos de falta de alimentos. Edward, que pese a su rostro amable y sonrosado era un negociador audaz, exigió a continuación que fuese redactado un inventario semanal que le permitiese comprobar el rédito de sus

inversiones y propuso a un hombre de confianza para llevarlo a cabo. Manuel Lisa aceptó. El español pidió luego una serie de detalles menores, entre ellos, bidones de carne y pescado en salazón, herramientas tales como carretas, sierras y palas, objetos de valor que poder intercambiar con los indios y la inclusión en el grupo de un dibujante que ayudase a Diego de Goiri con sus investigaciones. Prometió construir un nuevo puesto comercial, más grande y fortificado que el anterior Fort Raymond y, a ser posible, subrayó, situado más al noroeste. Edward aceptó que este nuevo fuerte fuese propiedad de la Compañía de Piel de Misuri, de modo que pudiese ser utilizado, en caso de precisarlo, tanto por el propio Lisa como por sus socios Andrew Henry y Reuben Lewis.

—Lisa, dígame: ¿seguirá la misma ruta que en la anterior ocasión?

—Planeo acampar en las orillas de los ríos menores. Llegar así hasta Tonwantonga, el poblado de los omahas. Desde allí cruzar hasta tierra de los mandans, apenas a dos días de Fort Raymond… Allí continúan viviendo desde hace dos años tres de los hombres que ascendieron el río con nosotros junto a otros diez que envió Andrew Henry a principio de este año para reforzar la posición.

—¿Tienen noticias de ellos?

—Sabemos que llegaron, pero no hemos sabido nada más desde antes del verano.

—Según cuenta Colter, muchos indios de la zona han comenzado a ser hostiles. Tal vez para cuando lleguen al Bighorn su fuerte haya caído.

—Tal vez…

—Es una empresa peligrosa.

—Lo es. Sin duda alguna. ¿Se arrepiente ahora de haber firmado, Edward?

—En absoluto.

Manuel Lisa observó detenidamente a su nuevo socio. Edward Hempstead se arremolinaba los bigotes con el dedo índice, pensativo. El frac impoluto del abogado hacía juego con una librería alta repleta de tomos gruesos de tapas de piel marrón y granate. Frente a ella, y con un escritorio de madera oscura de por medio, departían los dos socios mientras fumaban y esclarecían los últimos flecos de su acuerdo.

—Suponiendo que Fort Raymond siga en pie, y cuando hayan construido el nuevo fuerte… —Hempstead dudó un instante—, ¿pretende encontrar el paso? ¿El camino fluvial hacia el Pacífico?

Manuel dudó un instante. Finalmente asintió con la cabeza.

—Así es.

—Curioso. Entonces entiendo que es cierto lo que se dice. Se fía de las anotaciones de un marino español más que de nuestros propios exploradores, que ya han negado ante el presidente la existencia de dicho paso. —Hempstead se mesó los bigotes al tiempo que sonreía.

—Me fío del mapa. —Manuel Lisa pensó durante unos segundos sus siguientes palabras y accedió a darle a su nuevo inversor la información que a su juicio merecía—. Mi padre confiaba de forma plena en Bruno de Heceta, el artífice del mapa. Mi hermano y yo estudiamos durante años su autenticidad y mi amigo Diego de Goiri, que como naturalista ha recorrido la costa del Pacífico, asegura que la línea costera coincide a la perfección con sus apuntes. Con toda sinceridad, Hempstead, tengo la corazonada de que hallaremos el dichoso paso en esta misma expedición. —Al decir esto último, ambos llevaron la mirada ante otro mapa, uno grande y rectangular del continente norteamericano que colgaba de una de las esquinas de la biblioteca del abogado. Como era habitual en aquella época, los ríos y fronteras de la costa este habían sido marcados sobre el pliego con total precisión. En cambio, los territorios del oeste seguían presentándose como un enorme vacío sobre el que permanecían escritas las palabras «*Unknown territories*». «Territorios desconocidos».

—La búsqueda del paso no restará en absoluto compromiso…

—Encuentre ese paso, Lisa. Conviértalo en su prioridad, si es necesario.

—¿Cómo dice?

—Imagine que lo descubriésemos y fuésemos los primeros en colocar un destacamento comercial en la encrucijada más importante del mundo. Los dos mayores océanos del planeta conectados a través de un único paso propiedad de nuestra compañía.

Mi tío contuvo una sonrisa amable.

—Lo encontraré, señor.

Pese a la emoción de haber hallado al fin un socio que compartiese su emoción por la búsqueda del paso, Manuel Lisa pensó que no quería dar más datos de los necesarios sobre el mapa de Heceta al abogado. No obstante, en la siguiente hora intercambiaron impresiones sobre la muerte del gobernador Lewis, así como sobre la de Benito Vázquez, y a raíz de todo aquello, Lisa le preguntó a su nuevo socio si conocía a alguien en la ciudad que respondiera a las iniciales P. E C.

—No se me viene nadie a la cabeza.

—¿Tiene Pierre Chouteau un segundo nombre?

—¿Cree que la tercera sigla hace referencia a su apellido? Su nombre real es Jean Pierre, o eso tengo entendido.

—Usted también lo piensa, y su hermana me lo hizo saber hace unos días. Y es lógico. ¿Quién, si no, iba a querer robar nuestros mapas?

Edward se encogió de hombros y miró con aplomo por la ventana. Luego afirmó:

—Puedo prometerle investigar sobre ello el tiempo que pase usted río arriba. Me enteraré también de si Lewis llevaba consigo la copia del mapa en el momento de su muerte. Usted céntrese en construir un fuerte y en encontrar el paso hacia el Pacífico antes de que lo hagan otros.

Manuel asintió, satisfecho, recogió su sombrero e introdujo una copia de los documentos en un portapliegos de cuero.

—Una última cosa, Lisa.

—Dígame.

—Me gustaría que fuese con ustedes alguien de mi absoluta confianza.

—Lo entiendo. Creí que por eso venían con nosotros todos sus cazadores. Y su hombre de cuentas.

—Por supuesto, así es. Sin embargo —el abogado seguía jugueteando, nervioso, con sus bigotes—, me gustaría incluir en el acuerdo la contratación de alguien de cuyos ojos me fío incluso más que de los propios.

—Usted dirá, Edward.

Hempstead estiró con atino su brazo derecho y golpeó la pared caoba al tiempo que se inclinaba sobre su asiento de roble. Al cabo de unos segundos apareció en la estancia Mary Hempstead. Mi tío arqueó las cejas y miró a ambos hermanos con un gesto que expresaba cierto grado de sorpresa. He de mencionar que en circunstancias normales otra persona hubiese apuntillado algo con respecto a esta decisión. Posiblemente porque, a juicio de los hombres blancos, los territorios salvajes no eran —ni son— tierras apropiadas para una dama. No obstante, hasta esa misma fecha ninguna otra se había embarcado rumbo al oeste. Sin embargo, para sorpresa de todos los presentes, Manuel Lisa no hizo más que ponerse en pie y estrechar la mano de Mary con aplomo, a quien convertiría poco después en la primera mujer blanca que surcaría las aguas salvajes del Misuri.

—Bienvenida a bordo, señorita Hempstead.

TERCERA PARTE

OCTUBRE DE 1809 - MAYO DE 1810

22

Casi dos años después de su última expedición, la única vela de La Santa Cruz, algo desgastada pero imponente y blanca como de costumbre, surcaba ya las aguas del Misuri seguida de cerca por otra aún más grande, la del recién adquirido Vázquez. El navío de Edward Hempstead tenía casi sesenta pies de eslora y un habitáculo cubierto diseñado para cargar en él las pieles de la compañía. A ambos costados colgaban del navío un montón de remos y poleas preparados para pellizcar las aguas del río. Justo por encima de la línea de flotación, escrito con tinta negra —aún fresca sobre la madera grisácea—, podía leerse en español la inscripción «Compañía de Piel de Misuri».

Los cabellos de Mary Hempstead, la hermana del nuevo y flamante inversor, ondeaban esa mañana con el viento en lo alto del alcázar de La Santa Cruz. Pude verlos desde la distancia precisamente porque aquella jornada iba yo a bordo del Vázquez, remando codo con codo con el Manco a las órdenes de George Drouillard y de Reuben Lewis. Según me contaba el isleño, antes de unirse a la expedición se había despedido del padre O'Connor de un modo muy poco ortodoxo.

—Salió por los aires, Joaquín.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Le di un buen escarmiento al cura, tal y como prometí que haría si decía algo malo de tu tío. Y lo dijo, vaya que si lo dijo.

—¿Y cómo no te han detenido?

—No saben que fui yo. —Sonreía de oreja a oreja el Manco mientras narraba su pequeño delito entre susurros—. Até a conciencia las riendas de los caballos al madero grande del confesionario, y cuando vi que ese irlandés lechoso hubo entrado, atranqué la puerta con el crucifijo de la sacristía y les arreé un golpe tremendo a los animales. ¡Con el cura dentro, Joaquín! ¡El confesionario entero salió volando por los aires con el cura dentro!

—Santo Dios —respondí entre risas.

—Sí. Eso pensé luego. Creo que me va a mandar directito al infierno después de esta. Pero qué sé yo, ha merecido la pena.

Había echado tanto de menos el aire limpio y húmedo que arrastraba la brisa sobre el agua y la sensación de explorar nuevas tierras que, en el fondo, aquello era como volver a empezar justo en el punto en el que lo habíamos dejado. Era como si nada hubiera pasado entre el día en que por última vez abandonamos Fort Raymond y la nueva visión de aquella mañana, con el Misuri abriéndose camino entre los álamos y el Manco contándome sus historias. A excepción de mi despedida con Mitain y de mi accidentado encuentro con los pies negros, todos los recuerdos que tenía de la expedición anterior eran tan buenos, tan capaces de despertar en mi interior sentimientos de alegría, que tan solo el subir río arriba me hacía sentir un afortunado. Pensaba en las colinas, en los arroyos, en las manadas de búfalos corriendo por las llanuras, en las cascadas que caían ferozmente entre las rocas. Moría de ganas por poder enseñarles a todos el territorio humeante del Yellowstone, que entre bromas e historietas ya había sido bautizado por todos como «el Infierno de Colter».

Pensaba en volver a ver las cimas nevadas de las Montañas Rocosas, los campos de maíz, los bosques de pinos. Y por encima de todas las cosas, pensaba en Mitain. Los últimos meses había logrado dejar de cavilar a diario sobre ella, sin embargo, la coraza que me impedía recordarla se resquebrajaba por momentos a medida que nuestro barco se adentraba más y más en territorio salvaje. ¿Volveríamos a vernos? ¿Seguiría viva y a salvo en Tonwantonga? Algo me decía que sí. De hecho, esas reflexiones fugaces, cargadas de nostalgia y optimismo, me acompañaron a menudo en aquellos primeros días de expedición. Aquellos árboles, aquellas montañas y aquel río imponente le hacían a uno olvidar por completo la envidia y las miserias egoístas que apenas a unos pocos días de distancia se erguían en torno al supuesto mundo civilizado.

Al oeste, solo había hueco para lo realmente importante; planear el día a día. Inmersos en la más absoluta naturaleza salvaje, no quedaba otra que devanarse los sesos con frecuencia para ir saliendo de los atolladeros en que nos metíamos día sí y día también. Y es que la naturaleza, bajo su apariencia majestuosa, oculta todo un compendio de molestas tareas que no queda más remedio que ejecutar con pulcritud si quiere uno salir airoso de sus peligros. Por ejemplo, durante las horas del atardecer, a excepción de las jornadas en que refrescaba un poco, las nubes de mosquitos iban y venían, picando siempre en las partes del cuerpo más insospechadas. En ocasiones los barcos

pasaban junto a una nube con miles de ellos, y nos cubríamos la cabeza con mantas y camisas para protegernos de sus molestas picaduras, que en ocasiones eran capaces de provocar una buena herida en la piel e infectarse al cabo de muy pocas horas. Eso por el día; por las noches, tal y como recordaba, los animales se acercaban al calor de nuestro fuego. Encendíamos hogueras cerca de la orilla y alejábamos algo los barcos para prevenir posibles ataques. Si cometíamos el error de atracar en un lugar de corrientes fuertes, al día siguiente nos costaba un esfuerzo terrible volver al Vázquez, y teníamos que ayudarnos de una soga enorme que atábamos a un árbol y de la cual tirábamos con fuerza con la intención obvia de retomar cuanto antes el viaje río arriba. En una ocasión, un joven llamado Patrick Aubrey cayó por la borda, y fue un auténtico milagro que pudiésemos arrojarle a tiempo un barril para que se agarrase a él con fuerza. Por fortuna, impedimos que se ahogase.

Por supuesto, cazábamos. Cazábamos tantos castores que era casi un milagro despellejar todos ellos antes de que el mal olor impregnase el barco durante días. También cazábamos liebres, nutrias y ciervos. Nuestra dieta, al igual que en la anterior expedición, volvía a ser eminentemente carnívora. Algunos hombres guardaban en sus talegas algo de té o de azúcar, pero lo más importante era no derrochar el saquito de sal con el que conservábamos la carne. Muchos días, al alba, una o dos cabras caían en trampas que habíamos ubicado en la cresta de los riscos la noche anterior. A la hora de comer, las asábamos en una parrilla sostenida con dos tocones por encima de una hoguera. La mañana que sobrepasamos el río Kansas nos felicitamos por haber logrado ascender más rápido que ninguna otra compañía antes aquel primer tramo del río. Lo celebré emocionado, alegre y pensando en Mitain.

—Si seguimos a este ritmo, llegaremos a Tonwantonga en una semana —susurré.

—Y eso que vamos acarreando con las jaulas inútiles de este naturalista —bromeó, señalando a Diego de Goiri, uno de los cazadores más jóvenes de Hempstead, uno joven y paliducho que había oído mi comentario. La burla, que sin duda habría sido motivo de mofa de haberla hecho uno de nosotros, fue respondida con la mirada cortante de John Colter, George Drouillard y Manuel Lisa. Desde ese día a los novatos les quedó bien claro el rango oficioso que, pese a su extraña ocupación, tenía el intelectual vizcaíno a bordo de aquel navío.

Desde la tercera semana comenzamos también a cazar algún bisonte y a almacenar sus pieles con la intención de vendérselas luego a los indios. Otras de esas pieles las secábamos para guardarlas en baúles de roble. El plan de

Manuel Lisa era dejar algunas allí y luego en el fuerte hasta que llegase de nuevo la oportunidad de regresar a San Luis. Se organizarían entonces las oportunas reuniones de la compañía y Edward Hempstead, Andrew Henry y el propio Lisa venderían los atadijos de pieles a los negocios locales, a los mayoristas y peleteros, viajeros, sastres y demás pequeños comerciantes de la ciudad.

Unos acordes bien afinados pusieron música al ritmo constante que producían los remos entrando en el agua.

—Para ser un manco, tocas bien *el* guitarra —le dijo George Drouillard al isleño entre risas—. De hecho, creo que eres *un* manco que mejor toca *el* guitarra que conozco.

El mestizo se había enterado ese mismo día y después de varios años conociéndole de lo que significaba el apodo de «el Manco», y se había quedado tan perplejo ante la evidente incongruencia del mote que llevaba varias horas riéndose cada vez que le veía.

—No veas qué guasa trae hoy el francés, Joaquín. O el indio. O lo que sea este loco —me dijo el Manco cuando hubimos parado para comer unas manzanas deshidratadas al mediodía.

—Siempre —le respondí.

—Pero no sabía yo que tanto. ¿Hemos pasado la desembocadura del Platte?

—A primera hora, sí.

—Bien. Pronto habrá más búfalos a los que disparar. Voy a apostar cinco dólares a que acabo con más animales que él.

—¿Con más bisontes que Drouillard? —Le pegué un bocado a la manzana y sonreí mirando de reojo al mestizo.

—¿No me ves capaz?

—En principio no. Pero tampoco te veía capaz de encerrar al cura en el confesionario y hacerlo volar por los aires.

—Bien dicho. Si quieres ganar unos dólares, apuesta por mí, Joaquín. Y le podrás comprar a tu india un vestido y unos zapatos bonitos cuando la encontremos. —Imaginé de pronto a Mitain vestida como una de las mujeres blancas de buena cuna de la ciudad y solté una carcajada.

—No creo que a Mitain le importen lo más mínimo los zapatos bonitos.

Esa noche, mientras el resto de la expedición jugaba a las cartas y se acomodaba en una pradera grande y apacible, Diego de Goiri y mi tío Manuel me invitaron a disfrutar de su compañía para la cena. El azaroso reparto de la tripulación en los dos barcos me había mantenido alejado de ellos en la última

semana, ya que a Diego y a su nuevo ayudante, Hugh Shelby, les había tocado ir con mi tío, con Andrew Henry y con los franceses a bordo de La Santa Cruz. Tomamos un poco de lengua de conejo recién cocinada en un caldo tibio y arqueamos los dedos para calentamos las manos en torno a una pequeña hoguera que hizo Manuel Lisa con el pedernal. Más tarde, mi tío sacó de una pequeña bolsa la pipa de los osages, mesó el tabaco y nos ofreció compartir con él el resto de la velada. De Goiri, que rascó del mismo modo la cazoleta de su pipa, había traído consigo una pequeña jaula de metal en la que tema atrapado a una especie de ratón enorme.

—¿A quién llevas ahí preso? ¿Se ha portado mal esa rata? —preguntó Manuel entre risas, dando las primeras caladas a su pipa de madera.

—Creo que no es una rata. Es más bien una especie de marmota —respondió Diego de Goiri, impasible tras sus lentes redondas.

—¿Has descubierto una nueva especie de marmota?

—Me temo que no. Llego tarde. Por lo que tengo entendido, el difunto Meriwether Lewis envió uno de estos al antiguo presidente Jefferson hace al menos cinco años.

—Vaya. Se te han adelantado los estadounidenses.

—Los franceses, en realidad.

Acerqué mi vista a las ranuras de la pequeña jaula y coloqué el dedo entre los barrotes. El animal que había en su interior, peludo y algo asustadizo, olfateó mi dedo con curiosidad.

—¿Cómo se llama? —pregunté con curiosidad—. Quiero decir, ¿qué animal es?

—Los franceses lo llamaron «*chiett de prairie*». Que vendría a ser algo así como «perro de la pradera». En cualquier caso, no es el animal en sí lo que estudio. —Mi tío arqueó las cejas sorprendido y echó un anillo de humo por la boca que se difuminó lentamente sobre su cabeza.

—¿Y qué es lo que estudias?

—Este animal se parece enormemente a una marmota europea. Sin embargo, no es una marmota.

—Continúa —dijo Lisa, acomodándose entre las hojas secas de un matorral.

—El bisonte americano se parece al bisonte europeo, pero no es el mismo animal. —De Goiri se reclinó hacia delante e hizo un gesto con la mano, como tratando de hacernos entender algo que escapaba a nuestras capacidades —. Del mismo modo que los lobos que aquí hemos visto son evidentemente

lobos peto difieren en tamaño, pelaje e incluso comportamiento de los lobos que el Real Gabinete de Historia Natural ha estudiado en Madrid.

—Son otro tipo de lobo, quieres decir.

—Exacto, ¿pero cómo han llegado a serlo?

—¿Cómo dices?

—Los naturalistas podemos gastar vanamente nuestro tiempo y nuestros esfuerzos en estudiar los matices, los cambios y las particularidades de estos nuevos animales. Pero lo realmente interesante, lo verdaderamente complejo sería poder explicar por qué presentan estos cambios.

—Creo que no te sigo, Diego. Y por la cara de pánfilo que pone Joaquín, diría que él tampoco.

Sonreí a mi tío y este me hizo una mueca afectuosa al tiempo que soltaba una carcajada de las suyas, ronca y grave como ninguna. Diego volvió a recostarse sobre la piedra, dio una lenta chupada a la pipa sobre la que ya había acomodado el tabaco y suspiró pensativo antes de volver a la carga con su teoría.

—Creo que podrían tener un antepasado común. Todos los lobos entre sí, me refiero. Al igual que todos los bisontes. No siempre fueron lo que son hoy en día: han tenido que cambiar. Es como si cada uno hubiese evolucionado para adaptarse al lugar en el que vive.

Hubo un breve silencio en el que traté de repasar mentalmente lo que había querido decir el naturalista.

—¿Todos los tipos de lobo son descendientes de un mismo lobo?

—Algo así, sí.

—¿Y cómo han llegado hasta aquí? —pregunté finalmente.

—Por el paso de Heceta —se apresuró a susurrar Manuel antes de compartir con Dé Goiri y conmigo otra pequeña carcajada. Diego de Goiri negó con la cabeza.

—Aún no lo sé. Es lo que intento descubrir.

—¿Sabes a quién no le va a gustar todo esto? —apuntó mi tío, que aunque había ido poniendo un rostro extraño a medida que el vizcaíno exponía su teoría, ahora por fin se había recostado tranquilo, boca arriba, mirando obnubilado el cielo estrellado.

—¿A quién?

—A Dios.

Manuel Lisa sabía bien que solo había algo a lo que los hombres piadosos de Dios —desde el papa de Roma al padre O’Connor— temían más que al infierno: el cerebro sin ataduras de los hombres de ciencia. Es de suponer que

por eso había sido tan fulminante la constante censura, la guerra atroz que habían librado —y que aún a día de hoy siguen librando— contra el mundo de las ideas. Diego de Goiri también lo sabía, por eso se cuidaba mucho de manifestar ciertas ocurrencias en función de según qué personas le rodearan. Pretender entender los entresijos del mundo mediante la experiencia y la razón suponía, a fin de cuentas, liquidar la potestad de lo divino sobre estos mismos asuntos, cosa maliciosa y perversa desde el punto de vista de la iglesia. Me acordé del sacerdote franciscano al que había servido en Texas años atrás y esbocé una sonrisa con tan solo imaginar qué habría dicho de haber entendido las teorías del naturalista.

Aquel mismo día, tras la explicación del vizcaíno, y cuando Manuel Lisa pensó que yo ya dormía en un profundo sueño, oí cómo Diego y mi tío reavivaban de nuevo la conversación, esta vez en un tono inusitadamente bajo, más tenue incluso que el susurro, evitando así que los dos hombres que hacían guardia junto a la orilla los escucharan.

—Pero, Diego, ¿sigues llevando contigo la carta? —El segundo tardó tanto en contestar que por un momento pensé que también se había quedado dormido.

—La llevo encima —respondió finalmente.

—¿La has leído ya?

—No puedo.

—Maldita sea. ¿Quieres que te la lea yo?

—No es que no sepa, Manuel. Es que no puedo.

—Está bien.

El mismo día en que, para sorpresa de todos, John Colter había aparecido magullado y desorientado a las afueras de San Luis, Diego de Goiri había permanecido encerrado en su casita de Sixth Street. El motivo fue, ni más ni menos, que la carta inesperada que había recibido. Una misiva que le tuvo muerto de miedo y absolutamente petrificado durante horas. Al ir a recogerla, un señor muy amable le había dicho que apenas unos días atrás le habían enviado aquella correspondencia desde Nueva Orleans, ciudad en la que al parecer habría estado un total de trece meses a la espera de ser reenviada. Las cartas solían ser enigmáticas e inquietantes en aquellos tiempos. Un auténtico juego de azar en el que los malos presagios o la muerte de un ser querido podían recorrer kilómetros cobijados por un sobre sellado. En la envoltura de la carta de Diego aún podía leerse con nitidez el remitente del escrito, pues la dirección y el nombre del emisor habían sido manuscritos con buena pluma y tinta negra.

DON ERNESTO DE LARRA Y LANGELOT
CALLE DE SEGOVIA, 4. MADRID, ESPAÑA
5 DE MAYO DE 1808.

Tardaríamos aún unas semanas en conocer su contenido. En ese día tan solo supe que, por algún motivo, Diego de Goiri no había sido capaz de acabar de leer la misiva, y que Manuel Lisa era la única persona de toda la expedición que intuía el motivo.

23

John Colter nos contó una historia horrible de buena mañana. Una historia repleta de vísceras y sangre que había sucedido años atrás en territorio salvaje.

—Le dispararon. Acabaron con él ese mismo día. Lamento decir que los pies negros se ensañaron con Potts. Después de muerto, separaron sus extremidades de su torso. —Diego de Goiri negó lentamente con la cabeza, apesadumbrado. Mi tío se limitó a expulsar entre sus labios una bocanada de humo blanquecino—. Si estoy vivo es porque aquel día los indios eligieron acabar con él y no conmigo.

—Vaya…

—Le debo la vida al bueno de Potts.

Una de las principales diferencias entre aquella expedición y la que habíamos hecho dos años atrás era el menor número de exploradores españoles en la comitiva. La pérdida de Vázquez, sumada a la ausencia de dos de los isleños, Juan Ignacio y Arturo, provocaba que la mayor parte de los debates y conversaciones se mantuviesen en inglés, pues, si no me acuerdo mal, además de Manuel Lisa, Diego de Goiri, el Manco y un servidor, pocos cazadores hablaban nuestra lengua.

—Echo en falta a Arturo y a Juan Ignacio —me confesó el Manco al mediodía.

—Yo también.

—Tanto hablar en inglés me pone la cabeza del revés.

—Buena rima.

—Menos guasa, Joaquín. Te juro que no lo soporto.

—¿Qué tal está la madre de Arturo?

El Manco se encogió de hombros y se introdujo un puñado de bayas en la boca.

—No he vuelto a saber de ellos desde el día en que los vimos. Solo sé eso. Renunciaban a esta vida de andar de arriba para abajo. De pegar tiros, comer barro y esquivar putos mosquitos. No los culpo, la verdad.

—Al menos decidieron dejarnos el barco.

—¿Dejarnos? —El Manco soltó una carcajada—. Ya los oíste: esos dos bandidos no daban nada gratis. Lo compró tu tío por una buena suma, si no me equivoco.

Observé cómo al oeste de nuestra posición las montañas dibujaban una línea irregular bajo el cielo de mediodía. Manuel Lisa revisaba sus mapas con cautela acompañado de George Drouillard, que roía un hueso a escasos metros de nuestra posición. Drouillard sí que hablaba español, de modo que inauguró uno de los primeros debates tejidos en nuestro idioma durante aquella semana.

—Se va acercando el momento de *poner* a la faena —dijo el mestizo.

—Cazaremos unos castores en esta zona. Poco más —le respondió mi tío.

—No hay que hacer de menos *a* castores, Manuel. Unas pocas *piel* de castor valen lo mismo o más que *piel* de bisonte. Buen precio. Blanco fácil de disparar. Es buen negocio. Es siempre *un buen* idea.

Drouillard removió su trasero sobre la roca en la que estaba sentado, se abrochó los cordones de sus botas y se recogió su larga cabellera con una coleta desaliñada. Diego de Goiri, que había permanecido atento a su conversación, se acercó para ofrecerles un trago de agua e introducir su opinión en el debate.

—Si acabar con los castores es tan fácil como decís y el precio por ellos es bueno, ¿cómo evitaréis que desaparezcan?

—¿A qué *refieres*?

—Cuando empiecen a llegar el resto de compañías. Cuando todo el mundo en San Luis, como de hecho ya ocurre, quiera seguir vuestros pasos porque vea que os habéis enriquecido con las pieles de castor…

—No podemos prohibir *agente* que lo haga.

—Lo sé. Por eso vendrán.

—Hay miles de castores, Diego —intervino Manuel Lisa—. ¿Pero y si llegasen miles de cazadores?

Nadie respondió.

A partir de aquella jornada, nuestros días adoptaron un patrón determinado. Bajo el cielo anaranjado del primer rayo de sol, unas tazas metálicas llenas de

té hirviendo nos ayudaban a mantener a raya el siempre desagradable frío de la mañana. Acto seguido, desayunábamos una sopa de carne y masa frita, recogíamos el campamento y remábamos a bordo de La Santa Cruz o del Vázquez, dispuestos a aprovechar cada minuto de luz de la mañana. Cuando veíamos que en lo alto del cielo el sol ralentizaba su ritmo, nos deteníamos lo suficiente como para comer algo de carne seca, o incluso algo de pescado si habíamos logrado pescar algún salmón. Llegábamos a la orilla cuando aún había luz, tras una decena de horas remando río arriba. Era entonces cuando salíamos a cazar, y a menudo conseguíamos volver con un par de conejos y unos cuantos castores.

Una de las mayores desgracias de aquellas primeras semanas ocurrió en torno al 12 de noviembre. Era un día gris. El cielo estaba absolutamente encapotado y una tormenta acechaba con caer en cualquier momento. Por suerte, esa mañana habíamos llegado a una zona mansa del Misuri, un tramo en el que el agua no empujaba con tanta fuerza y la superficie traía consigo un millar de hojas caducas. El Manco me señaló con la cabeza para que observase el gesto burlesco que Manuel Lisa hacía con las manos. Estaba llamando nuestra atención desde lo alto del alcázar del otro navío. Unos metros más allá, Andrew Henry y Reuben Lewis sonreían y cuchicheaban a escondidas de los novatos. De inmediato supe lo que tocaba; sonreí dejando a un lado mi ejemplar de la segunda parte del *Quijote* y, tras habernos asegurado de que el barco estaba lo suficientemente cerca de la orilla, cogí con fuerza a Patrick Aubrey por debajo de las axilas y dejé que otro cazador le agarrase de los tobillos. El chico miró asustado en todas las direcciones y profirió una buena retahila de insultos antes de caer por la borda. Al poco rato, los mellizos Jordan se precipitaron por la amura de estribor y cayeron uno encima del otro. Se pegaron entre ellos una paliza de muerte para, a duras penas, salir a flote. Observé entonces el barco de enfrente; un alboroto similar acontecía en la cubierta entre las risas y los cánticos de los tripulantes. Cuando Mary Hempstead vio lo que allí sucedía, se aferró con fuerza al madero grisáceo de la popa del navío y amenazó a mi tío con abrirle en canal si se le ocurría empujarla al río. Manuel Lisa cambió el rostro de inmediato, pidiéndole disculpas y prometiéndole que no la tiraría, para un instante después propinarle un empujón seco, a traición, lo suficientemente fuerte como para hacerle perder el equilibrio y dejar que se precipitase contra las aguas del Misuri. A diferencia del día en que a mí mismo me tiraron por la borda, dos años atrás, el otoño había traído consigo un día gris y desapacible, por lo que los novatos no se tomaron con buen talante el rito de iniciación.

La lluvia fue intensa aquella tarde. Desbordó en varias ocasiones los toldos de tela que habíamos colgado entre los árboles con la intención de mantenernos secos. Húmedos e incómodos, nos amontonamos en torno a las dos hogueras que con ciertas dificultades habían logrado encender Drouillard y otros cuatro hombres. Por norma general, un humo alto era perjudicial si se quería pasar inadvertido en aquel bosque, pero ese día aprovechamos el desnivel del dique para ocultar nuestra posición, y de esa manera conseguimos que la humareda se camuflara con las nubes bajas.

—Hay que inspeccionar la zona —dijo Manuel Lisa haciendo a un lado su capote y vaciando con brío el agua de su bota derecha. Luego repitió lo mismo en inglés y varios hombres que no hablaban español asintieron obedientes—. En tres direcciones. Dos hombres peinando el lado norte del río, cuatro al oeste y dos al sur.

—¿Y al este, capitán? —preguntó en inglés una voz tímida que se calentaba junto a las llamas.

—Al este solo hay salmones.

—¿Salmones?

—Al este tenemos el maldito río. Aprendan a orientarse o duraremos aquí menos que ese toldo sin agujeros que, por lo que veo, han colgado de ramas secas. —Al decir aquello señaló el toldo combado y empapado que cubría entre dos robles el improvisado campamento.

—Manco *e* yo vamos al norte —dijo Drouillard cargando su fusil al hombro y guardando su cuchillo en una funda decorada con cuentas—. Hugh y Mullin, al sur. —Noté cómo algunos de los presentes se escondían entre la multitud con disimulo; otros, en cambio, daban un paso al frente en señal de impostada voluntariedad.

—Yo iré al oeste —intervino por sorpresa Mary Hempstead, que había dejado de secar sus ropas al fuego para ataviarse con sombrero, botas y calcetines secos. George Drouillard miró a mi tío y vio cómo este asentía y se ponía en pie de un brinco.

—No es necesario —respondió Manuel—. Lo sé.

—Es peligroso, Mary.

—Insisto, Manuel.

Mi tío suspiró y tardó en responder un par de segundos.

—Está bien —respondió Lisa—. Yo mismo iré también hacia el oeste. Joaquín, Patrick, con nosotros.

Obedecí de inmediato, dejé mi hatillo cerca de un árbol bien cubierto con mi capote de ante y me uní a mi tío, a Mary y al joven Patrick Aubrey, que en

ese momento tiritaba y entornaba los ojos para protegerse de los alfilerazos de agua que nos caían desde lo alto de los árboles. Apenas habíamos saltado un torrente de agua embarrada para dirigirnos hacia el oeste cuando oímos a nuestras espaldas cómo las ramas secas del roble crujían y se resquebrajaban desmontando el toldo que segundos atrás había cobijado a los hombres de la lluvia. Observé de soslayo cómo mi tío arqueaba las cejas sin tan siquiera volver la mirada hacia atrás, y anduvimos bosque a través durante varios minutos.

El repicar de la lluvia era incesante, y por mucho que evitásemos los charcos con ridículos saltitos, nos seguíamos empapando los muslos y los hombros a cada paso que dábamos. Nos separamos lo suficiente como para hacer de aquel rastreo una tarea de provecho. Vi cómo Manuel Lisa se alejaba por mi izquierda y a Patrick y Mary desviarse hacia la derecha entre dos sauces inmensos.

Unos pasos después, sobre la arboleda, un relámpago amarillento rasgó el cielo. El trueno que le acompañaba tardó unos segundos en dejarse escuchar. Me deslicé por un pequeño barrizal y subí a lo alto de una loma. La espesura del bosque se manifestaba de un modo indómito e irregular a partir de aquel punto. Un segundo rayo, mayor aún que el anterior, vino acompañado de un cañonazo que resonó taciturno entre las nubes negras y bajas. Descendí por la colina, salté sobre un tronco y doblé con cuidado una roca gigantesca. Nada más aparecer en un claro de aquel bosque, escuché lo que en un primer momento interpreté como un tercer trueno. Sin embargo, pronto pensé que aquel estruendo no había venido precedido de ningún rayo y que su eco me había sonado extrañamente familiar.

—Un disparo —susurré.

Retrocedí. Luego avancé rápida y sigilosamente entre los árboles, consciente de que un disparo podía significar multitud de cosas, pero ninguna de ellas buena. Traté de dirigirme hacia el lugar del que había provenido el ruido y eché un vistazo hacia el surco profundo que la lluvia había formado entre los árboles. Me detuve en silencio y escuché con atención. Un grito desgarrador, agudo y largo atravesó la tormenta desde más allá de los grandes sauces. Alguien pedía ayuda.

—Patrick…

Eché mano a mi rifle y comprobé que mi machete estaba bien sujeto en la canana. Comencé a correr en su ayuda.

Salté el tronco, bordeé la roca, ascendí y descendí por la colina. Debí de dejar que mi instinto hiciera el resto, pues encontré rápidamente algo que me

hizo detenerme de forma repentina. Un osezno merodeaba en torno al cuerpo tendido de Patrick Aubrey, presionando la nariz contra sus muslos y provocando en él un surtido de gemidos y lamentos. Me acerqué con presteza tratando de ahuyentar al pequeño animal y conseguí que este saliera corriendo entre los árboles. Pude observar entonces, con un horror petrificante, que el torso de Patrick estaba absolutamente magullado.

—Patrick. Santo Dios, ¿qué ha ocurrido?

—*Core… ce ber…* —La sangre le brotaba a borbotones de la boca.

—Te llevaré al campamento.

—*Be… Bar…* —Al tiempo que musitaba sílabas inconclusas, luchaba por decirme algo con la mirada—. *Bear…*

Entonces lo supe. Me giré a toda velocidad al tiempo que notaba cómo se me encogía el estómago. El rugido pavoroso que emitió me hizo caer de culo al suelo, y tardé en levantarme una eternidad. Jamás había visto un oso antes, y jamás he vuelto a ver uno de semejantes proporciones. Sus ojos negros se clavaron en mí, y pronto me quedé espantado ante las impresionantes dimensiones del animal. Sus musculosas y gigantescas patas delanteras se abrieron de pronto, y pude contemplar sobre su cabeza dos inmensos hombros grasientos, empapados y amenazantes. La espalda tersa y brillante alzada sobre su testa en posición de ataque. Volvió a gruñir con ferocidad, mostrando sus dientes y hundiendo las pezuñas en el suelo enlodazado. Pensé en correr, en huir, en alejarme de allí todo lo lejos que mis piernas me permitieran, pero el oso hizo un movimiento repentino, fugaz como una bala, y pude ver que correr no serviría de mucho. Observé el sauce que se erguía frente a mí y pensé en treparlo. Si lograba subir a lo alto, podría abatir al animal desde las alturas. La osa —porque, como más tarde supe, se trataba de una osa— se acercó unos pasos más a mi posición y se preparó para atacar, rugiendo con el valor y la cólera de una madre protectora. Retrocedí un pequeño paso y tropecé ligeramente con el cuerpo de Patrick, que a duras penas se quejó, pues deliraba en el suelo con la mirada perdida.

—¡Tío! ¡Ayuda! —El miedo me impedía hacer nada más que pedir auxilio. Mi cuerpo estaba absolutamente paralizado—. ¡Mary!

Al oír mis gritos, la osa cogió carrerilla y comenzó a correr hacia mi posición esquivando los pequeños árboles que nos separaban. Además de ser monstruosa en tamaño, era ágil, y logró pegar un salto sobre una roca en lugar de eludirla, como habría pensado que haría desde el principio. Sin más tiempo de reacción, tomé aire asustado y tiré con fuerza del percutor de mi rifle; disparé de inmediato y conseguí hacer blanco sobre su lomo. Cuando la nube

de humo se hubo disipado, comprobé que la osa no desistía de su intento de darme caza.

Apenas unos pasos antes de alcanzarme, se detuvo. Se levantó sobre sus patas traseras y volvió a rugir, amenazante. Corrí. Salté por encima de unas ramas e hice todo lo posible por subirme a un árbol. La corteza era demasiado resbaladiza y la lluvia no permitía que mis botas se aferraran al tronco, así que, sin éxito, seguí corriendo ladera arriba.

—¡Ayuda! —volví a chillar con todas mis fuerzas. La tierra tembló bajo mis pies en el momento en que la osa comenzó a perseguirme. Una vez más, tiré del percutor y me paré en seco, girándome sobre mis propios pies y apretando el gatillo tras observar que apenas unos palmos separaban a aquel ser gigantesco de mi posición. El pedernal originó una chispa sobre la pólvora, y la bala salió directa contra el cuello de la osa, llenando el aire de humo y provocando que el animal retrocediera media docena de pasos.

Rugió de nuevo. Pude observar cómo la sangre salía de sus fauces. Sin embargo, cogió carrerilla con más presteza que antes, doblemente enfurecida, y por desgracia no tuve tiempo de reaccionar.

Su embestida me lanzó de espaldas y me hizo perder el rifle mientras volaba por los aires. Fui a aterrizar sobre un torrente de agua, y nada más ver que el animal corría furioso hacia mí, me hice un ovillo, en un acto reflejo último y desesperado por salvar la vida.

Las garras llegaron a arañarme la piel de la espalda, y sentí cómo un dolor punzante y profundo recorría toda mi piel. A duras penas logré echar mano de mi canana cuando comprobé que mi machete se había perdido entre el barro que arrastraba la corriente. Noté en mi cuello la respiración feroz del animal.

Toda esperanza por sobrevivir se había desvanecido ya cuando oí una voz firme y concisa a mi espalda.

—¡Aparta, Joaquín! —Me limité a encogerme de nuevo y escuché un disparo sobre mi cabeza. Mary Hempstead se había encaramado a una roca cercana y desde allí arriba apuntaba a la bestia, que, desconcertada por la llegada de los nuevos atacantes, había comenzado a dar vueltas en círculos, rugiendo y aplastando las hierbas y los arbustos a su paso. El segundo disparo de la mujer fue el más certero. Logró atravesar el pecho de la osa, que del impacto no pudo hacer nada más que tambalearse y desplomarse sobre sus patas. Pese a todo, aquel ser impresionante insistía salvajemente en seguir luchando. Me quedé maravillado con su fuerza, pero la osa, ajena, como es evidente, a mi total admiración, levantó la zarpa y me amenazó con ella, rugiendo y resoplando con furia. Sus ojos negros volvieron a clavarse en los

míos, y un gruñido furioso salió de su interior. Me incorporé como buenamente pude, dolorido y ensangrentado, y vislumbré con claridad cómo Manuel lisa corría hasta nuestra posición con un hacha en ristre. De un salto se subió a la espalda malherida del animal y hundió con fuerza el machado en su cabeza.

Desde más allá de los grandes árboles, una decena de nuestros compañeros se aproximaban a toda prisa con el rifle entre las manos. Sin duda, habían oído los disparos. George Drouillard y los hermanos Jordan se detuvieron un momento para observar y discernir la escena que se presentaba frente a ellos. La enorme osa estaba muerta, tumbada boca arriba, con los ojos abiertos y un hacha clavada en su cráneo. Manuel y Mary examinaban mis heridas y me ayudaban a levantarme en el instante en que el resto de la expedición llegaba ante nosotros.

—Joaquín, ¿te encuentras bien?

—Sí… La espalda…

Diego de Goiri hizo girar suavemente al joven Patrick sobre su costado para revisar su torso con cautela. Apenas unas deshilachadas telas embarradas habían quedado de su camisa, y bajo ellas, un sinfín de heridas paralelas se agrupaban de arriba abajo. La sangre rezumaba de su tripa y de su muslo izquierdo. Además, la mayor parte de sus dedos habían desaparecido y su tobillo estaba doblado y retorcido de forma antinatural.

—¿Alguna vez habíais visto un animal así? —preguntó Manuel Lisa.

—He visto osos. Pero nunca de este tamaño —respondió De Goiri al tiempo que dejaba que los hombres hiciesen torniquetes y se llevasen el cuerpo malherido de Patrick.

—Extraed del animal las partes comestibles —ordenó mi tío alzando la voz—. Esta noche cenaremos oso.

Construimos una pequeña camilla antes del anochecer para tumbar allí a Patrick Aubrey, de quien pronto dijimos que no conseguiría pasar con vida la primera noche. Diego revisó también la herida de mi espalda y colocó sobre la carne desgarrada un ungüento que alivió enormemente mi dolor.

Es curioso cómo recordamos los momentos más duros de nuestra vida. Escribiendo estas líneas he pausado ligeramente mi pluma para acariciar las cicatrices que aún hoy conservo en la espalda. Heridas que se han convertido en un mapa de los peligros que logramos atravesar en aquellos años salvajes, inciertos e indómitos.

Si mis cálculos no me fallaban, al día siguiente llegaríamos al poblado omaha de Tonwantonga. Pensé en la ironía de haber estado a punto de perder

la vida un día antes de saber si Mitain conservaba la suya. Olvidé el dolor de mis heridas y recé con toda mi alma, pidiendo al Todopoderoso que nos juntase de nuevo, deseando de todo corazón que nada malo le hubiese pasado. Tendido boca abajo para no ensuciar el vendaje de mis heridas, pataleé de impaciencia y pedí una y otra vez volver a verla. Minutos más tarde, observé cómo la luz tintineante de un candelabro iluminaba los anteojos de Diego de Goiri. El naturalista usaba una pequeña pluma para escribir con ímpetu en su cuaderno negro de páginas blanquecinas.

EXPEDICIÓN DE LA COMPAÑÍA DE PIEL DE MISURI. 12 DE NOVIEMBRE DE 1809.

Esta tarde ha ocurrido una desgracia. Dos hombres han resultado heridos por el ataque de un enorme oso. Uno de ellos es el sobrino del capitán Manuel Lisa, Joaquín. Un buen amigo que, si nada se tuerce, pronto se recuperará de sus heridas. El otro es Patrick Aubrey, un joven estadounidense al que hemos encontrado en muy mal estado tras el ataque. Trataré de curar y desinfectar sus heridas, aunque es casi un milagro que siga con vida. Después de dar muerte al animal, se han extraído muchas de sus partes para usarlas como alimento. Curiosamente se ha decidido almacenar en unos tarros la grasa del propio oso. El explorador George Drouillard asegura que los indios la comprarán por considerarla un excelente remedio contra la caída masculina del cabello. Puede ser este el oso al que los hombres denominan «grizzli». Pero pese a ser un oso descomunal y tener un tamaño mucho mayor al del oso pardo europeo, no difiere mucho de este mismo en el resto de cosas. He pedido quedarme con sus garras para compararlas a mi vuelta con la del oso que conservamos disecado en el Real Gabinete. Creo que una vez más estoy ante un ejemplo de que los animales de este continente guardan un parentesco milenario con los de otras regiones de este mundo. Por su aspecto, ferocidad y dimensiones, propondré a mis colegas llamar a esta especie de oso «Ursus Horribilis». Mi nuevo ayudante y dibujante, un joven estadounidense llamado Hugh Shelby, ya traza sobre el papel el dibujo que adjuntaré más adelante en este mismo diario.

Mañana, 13 de noviembre, es un día muy esperado por la expedición. Si el clima mejora y la lluvia amaina, llegaremos a Tonwantonga antes del mediodía, y podremos reencontramos con el pueblo omaha.

24

—No *venir*, Joaquín. Estás débil.

—Me presento como voluntario —insistí.

—Es *un mal* idea.

—Por favor, George.

Pese a que las heridas de mi espalda me habían dejado fuera de la selección de hombres que Drouillard había realizado con objeto de aproximarnos al poblado omaha, tardé poco en ofrecerme como voluntario. Así, en la mañana del 13 de noviembre en torno a treinta hombres encabezados por mi tío abandonamos los barcos y caminamos hasta la gran pradera verde que, tal y como recordaba, se extendía, ampulosa, en todas las direcciones. Pasamos el bosquecito y dejamos a nuestra derecha los campos de maíz que en su día habían cultivado los indios. Por fin. Habíamos vuelto.

Por desgracia, el optimismo se esfumó pasados unos minutos. Un desgarro más punzante y doloroso que el que la osa grizzli había dejado en mi espalda perforó lo más hondo de mi ser.

—¿Qué son estas ruinas?

—Escombros —susurré.

Nos acercamos con cautela. Saltamos un muro de troncos mal apilados y sorteamos unas telas roídas y chamuscadas. Algo confusos, caminamos hasta el centro de aquella escombrera. La ubicación era la correcta. El cúmulo de casas derruidas que se extendía ante nosotros había de ser Tonwantonga. De hecho, pronto notamos que algunas de las cabañas de tierra seguían en pie, concéntricas y perfectamente alineadas, tal y como yo mismo las recordaba. Otras, en cambio, se habían esfumado del paisaje. No había rastro del establo, ni de las cabañas de los hombres del cielo. Había desaparecido también el chamizo del hombre medicina. Y la barraca del gran jefe.

—Mitain…

Una brisa alborotó las hierbas que crecían en torno a las casitas y el pasto chocó contra las maderas repicando en un lamento inquietante. El terreno estaba repleto de hoyuelos. Agujeros similares a madrigueras de topo que se contaban por cientos y que se repartían a lo largo de la llanura. Sin duda, y la mirada de Manuel Lisa así nos lo confirmó, aquello eran huecos que las mujeres omahas habían hecho para sostener las pieles de los tipis. Aunque otrora convivieron con las cabañas de barro, habían desaparecido por completo del poblado. Anduvimos de arriba abajo entre las chozas abandonadas, esquivando con pequeños saltos los orificios del terreno, sin mediar palabra, identificando alguna herramienta, un par de hogueras frías y reconociendo hachas, cunas, mantas y restos antiguos de lo que había sido Tonwantonga.

—¿Dónde están todos, Manuel? —se atrevió a decir Mary Hempstead.

—Ya no están. Pero han estado, de eso no hay duda. —Manuel Lisa se arrodilló un instante y examinó una pequeña punta de flecha que había entre las hierbas—. Se han marchado a toda prisa, además.

—¿Cómo lo sabes?

—Los cadáveres. No los han quemado, ni les han dado sepultura. —Señaló hacia la parte más baja del camino. Una decena de cuerpos amontonados yacían en el centro de la pradera. El corazón me dio un vuelco. Dejé mis cosas en el suelo y anduve a toda prisa hasta los cuerpos. La mayoría presentaba un deterioro notable. Pese a ello, se reconocía en aquellos pobres indios la costra amarillenta que no hacía mucho tiempo había recorrido todo su cuerpo.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los hombres, un tipo rubio de cabello largo que cubría su cuello con una piel de paño grueso.

—*Petit vérole* —respondió otro de los cazadores.

—Exacto. Viruela —confirmó Manuel Lisa, echándose a la nariz un pañuelo drapeado y acercándose con cautela a los cuerpos sin vida.

Un aroma de tristeza bañaba aquel lugar. Aún se percibía la derrota entre los escombros del poblado. Alcé la cabeza y comprobé que desde nuestra posición debía de haber sido posible vislumbrar la cabaña personal del jefe Ontopanga, en la que horas atrás había imaginado que me recibiría Mitain. En su lugar se amontonaban una veintena de rocas y una empalizada ennegrecida en lo que parecía un intento mal pertrechado de prenderle fuego al poblado.

—¿Estás bien, Joaquín? —dijo Mary nada más observar mi rostro, pálido como la nieve.

—Sí. Me duele… me duelen un poco las heridas de la espalda. Estoy bien.

Sentí una terrible vergüenza cuando las primeras lágrimas brotaron de mis ojos. Tanto que no tuve más remedio que abandonar aquellas ruinas y al resto de los presentes y caminar sin rumbo una buena distancia. Se apoderó entonces de mí un sentimiento de vacío que jamás había sentido. Un dolor irrefrenable que a duras penas podía contener en mi interior y que, muy a mi pesar, me llenaba de rabia y tristeza.

Quise gritar, correr, disparar. Volver atrás en el tiempo y decirme a mí mismo que no abandonase a Mitain. Que permaneciera a su lado. Traté de controlar esa locura repentina por un momento. Luego, le propiné una fuerte patada a una roca y la vi rodar entre las hierbas, deslizándose hasta la parte más baja del terreno. Al llegar a la hondonada, chocó contra otra roca, y el sonido que ambas provocaron me hizo girar la cabeza hasta el lugar de la embestida.

En un primer instante pensé que había ido a parar a otra cabaña en ruinas, pero pronto vislumbré que aquella segunda piedra no era fruto de ningún derrumbe. Estaba meticulosamente colocada detrás de otra, y esta otra, a su vez, iba seguida de una tercera. Decenas de piedras formaban en conjunto una extraña y alargada hilera. No recordaba esa especie de cerco a las afueras del poblado.

Retrocedí unos pasos con la intención de tener una mejor perspectiva de la concavidad que formaba el terreno. La hilera de peñascos se extendía, serpenteante, hasta que, unos metros más adelante, una segunda hilera brotaba de la primera.

—¿Qué es esto? —susurré.

Algún tipo de rito omaha, tal vez. Retrocedí aún más sobre mis pasos y me subí a lo alto de un gran poste de madera que los indios usaban para atar a sus caballos. Desde allí pude contemplar con absoluta nitidez la primera hilera de rocas, cortada por la segunda unos metros más adelante, y a su vez, esta segunda, cortada por una tercera fila de piedras grisáceas. Un dibujo. La más grande de todas las rocas era un gran peñasco blanquecino ubicado en la confluencia de la segunda y la tercera hileras y que había sido tallado y marcado en numerosas ocasiones con pinturas de un tono cobrizo.

—¿Qué es esto? —La voz de Manuel Lisa sonó grave y misteriosa desde el camino. Me sequé rápidamente los ojos con las mangas de la camisa, aunque intuyo que mi tío adivinó que había dejado escapar unas pocas lágrimas. Pegué un brinco y me coloqué de nuevo a nivel del suelo.

—Eso estaba pensando yo. Parece un dibujo —respondí—. Algún tipo de rito, tal vez.

Lisa examinó con detenimiento las sinuosas líneas de rocas y fue moldeando un gesto de extraña duda en su rostro.

—No lo sé —dijo de pronto—. Más bien parece el trazo de un camino.

Observé un instante más el dibujo. Demasiado tortuoso para tratarse de un camino. Una brisa volvió a agitar las hierbas, y el pasto chocó esta vez contra la extraña formación de peñascos grises y ovalados. El trazado era más bien ondulante, como el rastro de una serpiente o el de las aguas de un río. «Y qué es un río sino un camino de agua», pensé.

—Las aguas del río —dije de pronto. Manuel Lisa, que se daba la vuelta en ese preciso momento, se paró en seco y me concedió una mirada dubitativa. Una luz se encendió de pronto en mi mente al tiempo en que descifraba, ahora con total clarividencia, el significado de aquellas líneas.

—Es el Misuri. Esta primera línea de cantos es el río Misuri.

La hilera más larga de rocas, trazada de abajo a arriba, bien ancha y ampulosa, podía ser el Misuri. De ella salían otras tantas, el Platte, el Kansas… Pero los omahas solo se habían esmerado en definir con rigor el punto de unión del Misuri con la segunda columna, en la margen derecha del río.

—El Yellowstone. El Yellowstone desagua en ese punto del Misuri.

—Así es —confirmó con sorpresa mi tío, que, siguiendo mis pasos, se había adentrado en la hondonada y observaba con detenimiento la pedregosa cadena.

—Y la tercera columna, hecha con cantos grises, la que sale del Yellowstone…

—El Bighorn —asintió Manuel Lisa acercándose aún más, tanto que casi se dio de bruces con la enorme roca blanca, tallada y adornada con pinturas de un tono cobrizo.

—De modo que esa piedra pintada —arranqué entrecerrando los ojos con la intención de no errar en mis palabras— en la confluencia del Yellowstone con el río Bighorn…

—Fort Raymond. Nuestro fuerte.

La pintura sobre la piedra marcaba dos símbolos bien diferenciados. El primero de ellos era una especie de rueda. Un círculo cortado por varias líneas centrales. El segundo, dos flechas cruzadas, la una encima de la otra.

—¿Qué quiere decir? —dije señalando la circunferencia.

—«Hogar», creo.

—¿Y las flechas cruzadas?

—«Amistad». Los omahas han huido al norte. Se han ido de estas tierras. Han abandonado Tonwantonga.

—Y se han guarecido en Fort Raymond. Eso nos está queriendo decir… que lo han hecho su nuevo hogar.

—Eso parece, sí —respondió mi tío girando lentamente la cabeza y concediéndome una ligera sonrisa.

A fin de cuentas, la tribu, que había pasado con nosotros el invierno de nuestra primera expedición, era aliada de mi tío, y ese territorio había sido siempre su lugar de caza durante el estío. De haber huido a alguna parte, habría sido a Fort Raymond. Y aunque yo aún no sabía que la idea de guiarnos a través de aquellos dibujos había sido de Mitain, algo en mi interior supo de inmediato que seguía viva y que tanto ella como gran parte de su tribu confiaba en nuestra alianza para poner a salvo lo que quedaba de su pueblo. Esa chispa de esperanza bastó para avivar el fuego que minutos atrás se había apagado en mi interior.

Sin saber muy bien por qué, metí una de esas piedras en mi bolsillo y palpé mi pantalón asegurándome de que caía hasta el fondo.

—¡Muchachos! —gritó Manuel Lisa—. ¡Volvemos a los barcos! No acamparemos aquí, subiremos un poco más al norte.

El cielo fue tan azul como el mismo océano durante casi dos semanas. Con ese clima, impropio del otoño pero bien recibido por los hombres, cubrimos en apenas ocho días todo el tramo de río que, cada vez más fiero e indómito, ascendía hasta la desembocadura del Yellowstone. Ascendía, por tanto, hasta nuestro fuerte, donde aún debían de seguir esperando Weiser, Thomas, Jean-Luc y los refuerzos del capitán Henry. Ascendía también hacia las tierras inexploradas sobre las que muy pronto levantaríamos un nuevo puesto comercial, y ascendía, tal y como yo mismo me decía cada noche, hacia Mitain, la joven de cabellos oscuros y ondulados de la que nunca debí haberme separado.

En dos ocasiones atracamos los barcos durante jornada y media para cazar castores, y en una tercera ocasión La Santa Cruz resultó dañada en su proa por el choque de una enorme rama que había arrastrado la corriente y que hizo palanca en el lecho del río. No quedó más remedio que parar para reparar el estropicio. Como era de esperar, se aprovechó el parón para retomar la cacería, y el Manco perdió su apuesta personal con George Drouillard, que

triplicó sin dificultad el número total de animales abatidos por el isleño. «Lo siento, era *un mal* idea», se limitó a decir el mestizo.

—Su rifle es más rápido que el mío, Joaquín —dijo el Manco—. Y eso debiera restarle algún que otro punto.

Se sentó y secó el sudor de su cara con un pañuelo amarillento que sacó del bolsillo de su enorme abrigo de ante, una prenda envejecida, remendada y llena de manchas de aceite.

—Debiste haberlo pensado mejor antes de apostar el desayuno —le respondí al tiempo que compartía de mala gana la mitad de mi propia sopa.

—Maldita sea. No sé, Joaquín. No sé. —Mi reprimenda ocasionó el arrebol en sus mejillas, de modo que tardó un rato en continuar—. No te quejes. Podría ser peor. Mira a ese pobre diablo.

El joven Patrick Aubrey, herido por la osa grizzli que había perforado mi propia espalda, deliraba desde hacía varios días en su camilla, con la mirada perdida. Su hermano, otro chico de no más de dieciséis o diecisiete años, le acompañaba en cada momento. Diego de Goiri había removido cielo y tierra con la intención de salvar al muchacho, pero cada amanecer se antojaba como una tarea de mayor dificultad que el anterior.

—Tal vez deberíamos mandarle de vuelta a San Luis con dos o tres hombres en uno de los botes. Reuben quería volver por Año Nuevo. Que lidere él su retirada —sugirió Colter.

—No alcanzarían el Platte sin los cuidados de Diego —respondió Lisa.

—Tampoco llegará al fuerte con vida.

—No. No lo hará.

Por increíble que parezca, Aubrey sobrevivió un total de veinte noches a sus heridas, y fue enterrado cuando el sol apenas se levantaba dos palmos del horizonte en una enorme llanura de las inmediaciones del Cheyenne, un afluente grande y caudaloso del Misuri.

El río Cheyenne, por cierto, no había sido adecuadamente cartografiado y nombrado en aquella fecha. Como ya imaginaréis, obtendría su nombre actual años más tarde, en honor a la tribu que habitó sus orillas durante aquellos primeros años del siglo. En el mediodía de la jornada en que enterramos a Patrick, seis indios de la tribu se presentaron ante nuestras barcas con ofrendas y regalos de toda índole. Curiosamente, los cheyenes hablan una lengua muy similar a la de los shawnees, de modo que George Drouillard fue el encargado de establecer con ellos una comunicación ágil y certera que se acabó zanjando con un rápido intercambio de bienes y ofrendas por ambas partes.

—Cómprales más maíz, George —dijo mi tío—. Diles que podemos darles a cambio las pieles de castor que aún llevamos en…

—No quieren más piel —interrumpió Drouillard—. Quieren *nuestra* licor.

—¿Cuánto maíz nos dan por una botella?

—Todo *la* que tienen, probablemente.

—¿De verdad?

—Eso parece.

—Pues que así sea.

Aquella, que fue la mejor transacción de la jornada, no gustó nada a los gemelos Jordan, que, de origen escocés, eran sin duda alguna los más beodos de la compañía.

Cuando se aproximaba el momento de la despedida, fuimos advertidos del riesgo que corríamos subiendo más al norte. Según nos dijeron, los pies negros se habían armado, convirtiéndose en guerreros muy fuertes en las márgenes derecha e izquierda de la parte norte del río. Habían hecho suyas las tierras altas del Misuri. Les hablamos con todo lujo de detalles del fuerte que habíamos construido dos años atrás, y aunque insistieron en que no lo conocían, dieron por hecho que también habría sido destruido por los pies negros.

—No puede ser. Allí se han refugiado los omahas. No habrían ido de haber desaparecido —dijo Lisa.

—Eso me dice, Manuel —respondió Drouillard con aplomo.

En un esfuerzo por hacerme entender, pregunté al más anciano de aquellos nativos por los omahas. Se limitó a negar con la cabeza y a sopesar con cuidado la elección de sus siguientes palabras. Creí entender, tal y como esperaba, que no había tenido noticias de Ontopanga y de su tribu en los últimos meses. Le agradecí con un movimiento de cabeza su encomiable esfuerzo por entenderse conmigo y traté de hacer una especie de reverencia. Un gesto que el anciano no entendió en absoluto.

—Más whisky —dijo entonces el indio, provocando alguna carcajada que otra entre los presentes. Le llevamos un segundo frasco y se puso muy contento, llegando a ofrecer sus preciados collares y todo cuanto poseía a cambio de la botella. Manuel Lisa aceptó zanjar aquello por un poco más de tabaco mezclado con corteza de sauce rojo y dos grandes cestas de nabos machacados. Luego, los cheyenes se deslizaron a toda prisa con una canoa maltrecha por la margen derecha del río y se perdieron en la distancia.

—Manuel, hemos de contemplar la opción de que el fuerte haya desaparecido —sentenció la señorita Hempstead.

Entendiendo su preocupación, esa noche mi tío encendió su pipa de cazoleta redonda y madera ornamentada. Compartió el tabaco y el balance de los resultados obtenidos hasta ese punto concreto de la expedición con Mary y con el responsable de las cuentas del señor Hempstead, un hombre amable y calmado de mediana edad del que solo recuerdo que ni daba problemas ni los resolvía.

Abandonamos el Misuri a la mañana siguiente. Los barcos se deslizaron como dos aves de alas abiertas arrastradas por el viento y tomaron el curso del Yellowstone a media mañana. El agua a nuestro alrededor se tornó blanca, en parte por el choque de ambas corrientes, pero también por la constante furia de los remos.

Un águila de cabeza blanquecina y enormes alas negras sobrevoló el Vázquez. Giré la cabeza por ver si Diego de Goiri la había logrado avistar, pero le encontré cabizbajo, sosteniendo su ya característica carta entre las manos y observando cómo las tablas de madera embestían la superficie del Yellowstone. Pensé que de algún modo aquella intriga a la que no quería hacer frente le estaba consumiendo, que estaba acabando con él día a día. Ni siquiera el acendrado discurrir del río bajo nuestros barcos le distraía ya de sus tristes pensamientos. En mi turno de descanso, que se hizo esperar más de lo debido, saqué de un pequeño baúl mi envejecida, embarrada pero inseparable novela y observé con admiración cómo Miguel de Cervantes ya había resuelto dos siglos atrás muchos de los designios y problemas de nuestro tiempo.

> *… y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que, sin sentirlo, soltó las riendas a Rocinante, el cual, sintiendo la libertad que se le daba, a cada paso se detenía a pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza, diciéndole*:
>
> *—Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias.*

Esa tarde, cuando hubimos atracado los botes junto a un pequeño acantilado, nos dispersamos a lo largo y ancho de la colina. Por lo que pude escuchar, hubo una pelea junto a la orilla. Me acerqué y, efectivamente, contemplé con asombro una trifulca entre dos hombres por una apuesta surgida en torno a un juego de cartas y algunos tragos de whisky. Al parecer, aquellos dos tipos se peleaban por el derecho a robarle a un tercero su saco de sal y su pedernal. John Colter fue el encargado de apaciguar los ánimos hasta

que Manuel Lisa irrumpió en el lugar, serio y amenazante como solo él sabía estarlo.

—¿De quién son esos bártulos? —dijo de pronto. Un silencio eterno invadió la colina.

Por fin, el tercero en discordia, un chico joven de cabellos castaños y mirada perdida, susurró:

—Míos.

—¿Y por qué se peleaban estos dos hombres por ellos?

Avergonzado, o tal vez intimidado, el chico no supo responder a aquello. Manuel Lisa giró la cabeza de nuevo y señaló a los dos supuestos culpables.

—Mañana cubriremos una gran distancia para llegar a Fort Raymond. No obstante, ustedes dos han perdido el derecho a guardar el pertinente descanso, así que harán la primera y la segunda guardia. —Tras decir aquello, impuso una multa a Jack Paradise y a Alexandre Bestos, los dos hombres responsables de la refriega, a los que también prohibió jugar a las cartas durante las tres semanas siguientes. Cuando Paradise se atrevió a contradecirle, mi tío propinó una patada a la baraja de naipes tan fuerte que el eco retumbó en todas las direcciones. Contemplamos con detenimiento cómo las cartas volaban por los aires y se acababan perdiendo entre los árboles más altos de la comisa. Otras fueron a parar al río y se esfumaron rápidamente con la corriente.

Nadie más rechistó después de aquello.

Los ojos de Manuel Lisa inspeccionaron a los expedicionarios uno a uno y finalmente se detuvieron en los del chico tímido y avergonzado. Lisa suspiró y caminó decidido hacia su rostro contraído. El joven, observando lo que ocurría y sorprendido por el hecho de que mi tío se acercase tanto hacia su posición, tomó con fuerza su oxidado mosquete de percusión y se cuadró ante los presentes.

—Si no me equivoco, le correspondía a usted iniciar la guardia hoy —dijo Manuel al tiempo que le entregaba su pedernal y su saquito de sal.

—Sí, señor.

—¿Es usted el hermano del fallecido Patrick Aubrey?

—Así es, señor.

—¿Cuál es su nombre?

—James. James Aubrey —respondió el chico, bajando el arma en un gesto de sosiego.

—Descanse esta noche, James. Esos hombres harán guardia por usted. Acompáñeme.

Caminaron juntos por un momento mientras el resto de los testigos de aquel suceso retomaban sus tareas, y tras bordeardos barriles y el fuego de una pequeña hoguera, contemplé con asombro cómo Manuel Lisa traía ante mí al muchacho.

—Joaquín. Te presento a James Aubrey.

—Nos conocemos. Hemos remado juntos alguna mañana —respondí en inglés. Pese a ello, le estreché la mano, y el chico sonrió tímidamente.

—Si vuelves a tener un problema así, James —continuó Manuel Lisa—, debes tratar de resolverlo por ti mismo. Aun así, si no lo consiguieras… —Manuel Lisa sacudió el barro seco de la camisa del chico—, si te vuelves a ver en una como esta, quiero que se lo cuentes a Joaquín. Él sabrá aconsejarte con propiedad.

—De acuerdo —respondió.

—Apenas tiene tres o cuatro años más que tú, pero créeme: sabe lo suficiente de todo esto como para prestarte su ayuda en caso de requerirlo. —Aquella responsabilidad me sorprendió tanto como podéis imaginar. Arqueé las cejas y busqué con la mirada a mi tío, que clavó sus ojos en los míos de un modo solemne. Unos segundos después estreché la mano del joven.

—¿Sabes leer, James? —volvió a preguntarle Manuel.

—No, señor. Lo lamento.

—Difícilmente podrás ganarte un ascenso en el futuro si no sabes leer o escribir. Debes aprender.

—De acuerdo.

—Aun así, tu comportamiento ha sido ejemplar en las últimas semanas.

—Gracias, señor.

—Gánate la confianza del grupo, demuestra que tienes carácter. Si lo consigues, y solo si lo consigues, te hago la promesa de que tu salario ascenderá en un dólar por semana. —El chico sonrió, agradeció el gesto de Manuel Lisa y, tras concederme una sonrisa menos tímida que la anterior, se retiró ladera abajo, dando pequeños pasitos entre el gentío.

Mi tío colocó con fuerza uno de los postes que sujetaban la piel de ciervo bajo la que Mary Hempstead, él y yo mismo nos cobijamos a la hora de cenar. El alimento fue escaso. Un poco de carne seca y los restos de un caldo con más agua que sustancia. Pese a ello, observé cómo la señorita Hempstead, al contrario que la mayoría de los hombres, no emitía queja alguna. Lo cual, dicho sea de paso, mi tío agradeció sobremanera.

Aquella mujer había superado con creces las expectativas de Manuel Lisa. Además de ser astuta y cultivada, cosa que ya había discernido antes de

emprender nuestro viaje, era valiente y de carácter tenaz. Muy capaz de defenderse de los peligros y de valerse por sí misma en una expedición repleta de hombres que, desprovistos en aquella tierra salvaje de los modales más básicos, buscaban con frecuencia su propia comodidad por encima de la del resto.

—¿Es cierto que mañana llegaremos al fuerte? —pregunté.

—Si sigue haciendo este tiempo y podemos usar la vela, sí —respondió Manuel.

Por un momento, Mary y mi tío me observaron con detenimiento, de un modo inquisitivo, como tratando de ver más allá de lo que podía contemplarse a simple vista. Levanté la cabeza y los miré algo desconcertado.

—¿Tienes miedo? —dijo de pronto la señorita Hempstead.

—No —respondí confundido—. ¿Miedo de qué?

—De no encontrar a tu india —respondió Mary.

Observé el gesto de mi tío y dudé un segundo sobre qué le habría contado Manuel Lisa de mí. La miré de nuevo y no supe qué responder. Finalmente dejé escapar un gruñido incómodo y me decidí a responder algo para salir de aquel embrollo.

—Tengo el mismo miedo a no encontrarla… que el que tiene mi tío a no encontrar lo que aparece en su mapa. —Me di la vuelta algo molesto, antes incluso de poder ver cuál era su reacción a mi respuesta. Apoyé la cabeza sobre el hatillo de tela en el que guardaba mi ropa seca y me cubrí todo lo que pude con un pedazo de la piel de la osa que días atrás había tratado de matamos.

La noche llenó el cielo de estrellas brillantes. Las observé durante un rato cuando comprobé que me costaba conciliar el sueño. Luego palpé con la mano derecha el bolsillo de mi pantalón. En su interior seguía llevando la pequeña piedra que de manera instintiva había recogido del curioso dibujo empedrado de Tonwantonga. La apreté con fuerza y permanecí así unas horas mientras mis párpados se iban cerrando, poco a poco. Cuando logré conciliar el sueño, lo hice con la esperanza de encontrar a Mitain al día siguiente, ajeno al enorme peligro que nos acechaba desde el otro lado de aquellos árboles.

25

El cielo del este, despejado como el resto de la semana pero frío como nunca, empezaba a mostrar los primeros guiños de luz del amanecer cuando la corneta del campamento rasgó el aire en señal de alarma. Me puse en pie de un salto, y nada más hacerlo, frente a mí, Alexandre, el mismo cazador que la noche anterior había protagonizado la refriega con Aubrey y que se frotaba con ímpetu las legañas, recibió un flechazo en el cuello. Un segundo toque de corneta alarmó a los más perezosos, y una ráfaga de ocho o nueve puntas astilladas atravesó sin previo aviso el campamento.

—¡Nos atacan! —se oyó desde lo alto—. ¡Arikaras!

Me apresuré a cerrar con fuerza mi talega y busqué el fusil tan rápido como pude. A mi lado, vi cómo Manuel Lisa y Mary Hempstead se ponían en pie de un salto. Corrimos entre los árboles hasta que una tercera ola de flechas salió despedida de entre la espesura del bosque. Una impactó en la pierna de otro hombre. Otra partió en dos el toldo bajo el que habían pasado la noche la mayor parte de los cazadores.

—¡A los barcos! —ordenó Manuel Lisa—. ¡Dejadlo todo! ¡George, ordena retirada a los barcos! —Una docena de exploradores se pararon en seco y tiraron del percutor de sus rifles y escopetas al tiempo que otros cargaban con pólvora sus mosquetones. Yo mismo apreté el gatillo de mi rifle y dejé que este originase una chispa sobre la pólvora. La bala salió directa contra la espesura de los álamos y pronto fue acompañada de otras tantas, provenientes de todas partes.

—¡Todos a bordo de los barcos! —se escuchó chillar en inglés a George Drouillard desde unos metros más adelante. La corneta sonó una vez más y un montón de indios brotaron de pronto desde la parte más baja de los matorrales. Sin duda habían permanecido agachados todo ese tiempo, a la espera de la mejor oportunidad para sorprendernos. Observé a Diego de Goiri y al Manco corriendo colina abajo, y decidí seguirlos justo después de

disparar una vez más contra los arikaras, pero cinco guerreros indios me cortaron el camino, y no me quedó más remedio que esconderme bajo una roca. Algunos hombres luchaban en la orilla. Otros, la mayoría, huían apresurados, abandonando todo lo que tenían bajo las pieles y telas del campamento. Un peñasco se movió a mi lado y tras él vi cómo se erguía un indio fuerte, ataviado con un sombrero de piel de nutria, una lanza en la mano derecha y un hacha brillante en la izquierda. Se acercó directo a mí, entrechocando las dos armas. Con más miedo que valor eché a correr y por fortuna encontré el camino despejado colina abajo.

Al poco rato, caí de bruces contra el suelo. Desde el pasto, eché la vista atrás para descubrir que lo que me había hecho tropezar era el cadáver ensangrentado de Hugh Shelby, el joven ayudante de Diego de Goiri. Un montón de láminas plagadas de dibujos yacían manchadas y arrugadas a su lado.

—¡A los barcos! —gritó esta vez Andrew Henry.

Me puse en pie y corrí entre las hierbas, agachado. Luego brinqué para salvar la distancia que había entre el pequeño acantilado y la cubierta del Vázquez. El propio Diego de Goiri fue el encargado de extender su mano para ayudarme a subir a bordo. Desde lo alto del alcázar de La Santa Cruz, varios hombres disparaban a los arikaras, y cortaban los cabos con la intención de alejarse a tiempo de la orilla. Una neblina se alzaba de entre las aguas cuando acerté a ver a un indio corpulento, con la cara pintada en tonos verdosos y una coleta en lo alto de su cabeza. Una enorme piel de oso le cubría toda la espalda. Gritó, alzó los brazos y ordenó un repentino alto el fuego que sus hombres obedecieron de inmediato. Pese a ello, varias balas provenientes desde los barcos siguieron hiriendo y abatiendo a nuestros atacantes.

—¡Alto! —ordenó Manuel Lisa.

—¡Acabad con ellos! —respondió alguien.

—¡No! ¡Ya basta!

—¡Capitán! ¡Nos han masacrado!

—¡No disparéis! —gritó mi tío.

El último disparo fue un proyectil del Manco. Se perdió en la lejanía sin encontrar ningún objetivo y su eco resonó por todo el valle. Comprobé que los indios habían llegado hasta la orilla, hiriendo a varios de nuestros hombres y matando, al menos, a cinco o seis de ellos. Agachado bajo los costados del navío, pude distinguir a través de la porta que los arikaras muertos en la refriega habían sido en torno a una docena. Mi tío, que estaba agachado a

escasos palmos de mi posición, se puso en pie con las manos en alto y examinó atentamente el terreno con un solo golpe de vista.

—Mi nombre es Manuel Lisa. Dirijo una partida de exploradores y comerciantes. No somos soldados. No venimos a batallar, ni a conquistar vuestras tierras. —Cuando George Drouillard se disponía a traducir aquello, una voz grave y fluida le interrumpió con apremio.

—*¿Qué-es-que-haces-en-nuestro-tierra-Manuelisa?* —preguntó el indio de la piel de oso y las pinturas verdes en el rostro, un arikara que contra todo pronóstico hablaba una mezcla de francés y español y que, sin duda, parecía ser el jefe.

—Somos exploradores. Comerciantes. Llevamos pieles, tabaco, provisiones —respondió mi tío—. Aún nos quedan botellas de whisky…

—Lleváis-armas-armé-de-fuego-para-*nuestro*-enemigos.

—No. Las armas son nuestras.

Un pequeño silencio llevó al indio a examinar con especial atención nuestra embarcación y nuestras vestimentas.

—¿De-dónde-*ser*?

—Soy español. Y la mayor parte de mis amigos, estadounidenses.

—Ingleses.

—No. No somos ingleses…

—No-podéis-*quedar-a*-nuestras-tierras —interrumpió el indio.

—Y no lo haremos. Nos dirigimos hacia el oeste, río arriba, hacia la unión del Yellowstone con el Bighorn. Los ríos. —Dos o tres de aquellos nativos, probablemente los únicos que estaban entendiendo algo, soltaron una carcajada.

—Ponéis-nombre-mal-a-nuestro-río-Manuelisa —se burló el hombre corpulento de la piel de oso. Mi tío concedió una tímida sonrisa a su interlocutor.

—Queremos ascender hasta allí para llegar a nuestro fuerte.

—*¿Votre-fort?*

—Así es. El fuerte Raymond.

Advertimos enseguida el murmullo sorprendido que recorrió el acantilado. Me fijé en cómo los más jóvenes prestaban atención a los ancianos. Manuel Lisa, que aprovechó para observar que Mary Hempstead no estaba herida, entendió enseguida el revuelo.

El curso del Misuri se había convertido en un polvorín después de que los pies negros y los siux hubiesen emprendido campañas de guerra contra las tribus vecinas. Los omahas, kaws, osages, arikaras y poncas se habían visto

obligados a huir de sus poblados y, tal y como había pronosticado John Colter, la influencia de hombres blancos era más que patente en todo aquello. Por inercia, se había reducido todo a una cuestión de confianzas, y, de ser cierto que Fort Raymond servía de refugio a Ontopanga, los arikaras debían de estar al tanto.

—Somos amigos de los omahas —dijo entonces mi tío—. ¿Están ellos allí?

El indio de la piel de oso seguía mirando con recelo a Manuel Lisa, reacio y temeroso en cierto modo de cada una de sus palabras.

—No encontramos a nadie en Tonwantonga. Estuvimos allí. Hace apenas dos semanas —intervino Drouillard. Al igual que mi tío, el mestizo hacía gestos con sus dedos y sus manos a medida que hablaba con el propósito de clarificar su mensaje.

De un pequeño salto, Lisa se bajó del barco y cayó de pie sobre las aguas menos profundas del río. El jefe de los arikaras ordenó a sus hombres que bajaran sus lanzas y sus arcos. Manuel Lisa aprovechó esa muestra de confianza y se aproximó hasta su posición, desabotonándose la camisa lentamente y mostrando el tatuaje indio que llevaba en el pecho.

—Soy amigo de Ontopanga. Estoy casado con su hija, Mitain. Todos aquí somos sus amigos.

Los ojos de uno y otro bando se clavaron en ellos dos, a la espera de que algo ocurriera.

El indio con la piel de oso, de ojos penetrantes y piel tersa y morena, tomó finalmente la iniciativa. Asintió y puso su mano sobre el hombro firme y corpulento de mi tío, sacudiendo ligeramente su abrigo de piel oscura. Un gesto que para los indios de las llanuras simbolizaba perdón, paz y respeto.

Enterramos a los caídos una hora después.

Envolvimos los cadáveres en telas de paño fino y decidimos transportarlos hasta un sitio más noble que aquel extraño cortado. Cuando el Manco y los gemelos Jordán trataron de atar uno de ellos a la grupa de un caballo de los arikaras, el animal relinchó y coceó, girando sobre sí mismo, e incluso lanzó una dentellada a su dueño, que se había ofrecido para ayudar. Los caballos de aquellos indios eran bravos e indómitos como ninguno, así que al final no nos quedó más remedio que usar ramas y raíces para fabricar con ellas unas rudimentarias parihuelas. Colocamos a cada uno de los caídos en una de aquellas camillas y los subimos colina arriba. Si la memoria no me falla, los

dos primeros que enterramos fueron los más pesados. Uno de ellos era un anciano llamado Oscar, otro, el estadounidense de padre español apellidado Cruz, de nombre Daniel. No recuerdo el apellido del primero, y he de reconocer que lo lamento profundamente, pues creo de corazón que la muerte solo sucede cuando a uno le olvidan, y escribir estas páginas no es sino mi lucha más ferviente contra esa misma causa.

Después enterramos a Douglas Brackenridge. Un carnicero que había nacido en Nueva York y que hacía diez años se había mudado a San Luis junto a su primo Ronald en busca de fortuna. Lisa dedicó unas palabras a su memoria y ayudó al hermano a echar tierra sobre su cuerpo. Por último, dimos sepultura al dibujante Hugh Shelby y a Alexandre Bestos. Como sabéis, Bestos había sido uno de los dos hombres amonestados en la noche anterior por Manuel Lisa. Uno de los dos que había intentado robar su hatillo al joven James Aubrey, lo cual no fue impedimento para que el muchacho ayudase a cavar su tumba en la ladera. Al cabo de unas horas, habíamos logrado dar digna sepultura a sus cuerpos.

Aunque hoy día se hayan venido abajo las cruces de madera y los postes que sujetaban muchas de las piedras protectoras, me consta que aún pueden identificarse las cinco tumbas que con ayuda de los arikaras hicimos para ellos. Siguen en lo alto de una colina verde y frondosa que se alza en la margen derecha del Yellowstone, a medio camino entre los ríos Powder y Tongue. Prácticamente la única gran colina que durante kilómetros de recorrido emerge al costado izquierdo del río.

Los indios, por el contrario, arrastraron a sus muertos hacia la espesura del pequeño bosque y no aceptaron nuestra ayuda para tratar de transportarlos. Aparecieron al cabo de unos minutos con cuatro canoas de abedul y una especie de canasto alto, repleto de mazorcas de maíz. Ante nuestros rostros de sorpresa, y tras meditarlo y discutirlo un largo rato, se limitaron a decir una sola cosa:

—Arikara *acompañar* a Manuel Lisa a Fort Raymond.

—¿Viajaremos con estos puñeteros salvajes? —preguntó, indignado, Ronald Brackenridge, primo del fallecido Douglas.

—Nos ayudarán a llegar a Fort Raymond —sentenció mi tío—, y no quiero volver a oír quejas al respecto.

A mediodía, la alegría por encontrarme con Mitain se entremezclaba con la tristeza por la pérdida de nuestros compañeros, motivo por el cual me mantuve inquieto y dubitativo a lo largo de todo el trayecto.

Avanzamos río arriba al ritmo constante y firme de los remos, que ayudaban a la vela en cada curva sinuosa que trazaba el curso del río. Nos deslizamos sobre las últimas hojas secas del otoño, y pasamos junto a cientos de árboles caídos y a un enorme banco de arena. Después de comer, navegamos al lado de dos grandes manadas de bisontes, que salieron despavoridas al oír el ruido de los caballos.

—Son muchísimos. Cientos. Tal vez lleguen al millar —dijo alguien.

—No pararemos a darles caza —ordenó Manuel—. Debemos llegar a Fort Raymond antes de que anochezca.

—Si es que sigue en pie… —musitó el Manco.

De Goiri, que se fijó en mi rostro preocupado tras el murmullo del Manco, sacó fuerzas como para poner una mano sobre mi espalda. Pero no dijo nada. Llevaba sin hablar más de una semana.

Por la orilla, junto a nosotros, cabalgaron buena parte del camino una veintena de indios arikaras. El sol arrancaba reflejos de las puntas de hueso de sus lanzas. Las pezuñas de los animales se aferraban con furia al pasto, y el sonido del trote contra las rocas resonaba por todo el valle en un espectáculo para los sentidos que sin duda resultaba maravilloso. Los jinetes se desviaron cuando llegamos a una zona repleta de maizales altos y frondosos. Según pude aprender algún tiempo después, aquella tribu vivía a base del cultivo de todo tipo de vegetales. Entre ellos estaban el girasol, el tabaco o los guisantes, pero como solía ocurrir con las tribus del valle, ninguno era tan importante como las mazorcas de maíz.

Las cuatro canoas de abedul nos siguieron a buen ritmo durante toda la jornada. Sobre cada una de ellas navegaban cinco hombres, aunque solo cuatro remaban. El quinto se sentaba en la parte trasera de la embarcación y daba relevo al primero cada cierto tiempo.

El paisaje amarillo se tornó anaranjado a medida que la tarde hacía acto de presencia. Unos nubarrones grises cubrieron poco a poco el cielo y el frío se dejó notar al cabo de pocas horas.

—¿Qué es aquello? —preguntó con timidez el joven James Aubrey. Bajo una considerable humareda, un montón de telas blanquecinas brotaban de entre los árboles en el lugar exacto en que debía haberse encontrado la empalizada del fuerte. Manuel Lisa dio un par de pasos hacia la proa y frunció el ceño con la intención de comprobar qué era aquel nuevo imprevisto. Extendió con ímpetu el catalejo de su barcaza y arqueó las cejas en señal de sorpresa. Un murmullo lejano inundó pronto el ambiente.

—Tipis.

Tomé impaciente su relevo y coloqué el catalejo delante de mis propios ojos. Efectivamente, un centenar de tiendas indias se extendían en torno a nuestro fuerte. Las hogueras que se repartían entre ellas eran las causantes del humo, y el ruido que provocaban probablemente se debiera al hecho de habernos visto acercarnos desde lo lejos.

—¡¿Qué hacemos, capitán?! —gritó una voz desde el otro barco.

—¿Qué tribu es? ¿Retrocedemos? —preguntó otro—. Son demasiados. Y han ocupado el fuerte.

Manuel Lisa concedió una mirada a los arikaras de las canoas. Continuaban remando a ritmo firme y convencido. Esperó unos segundos sin dar orden alguna y finalmente, tras divisar sobre uno de los tipis pinturas de los omahas, dio la orden de continuar río arriba, atracar unos metros más adelante y proseguir a pie hasta el fuerte:

—Son omahas… Hemos llegado.

—Mitain… —llegué a susurrar.

Nada más descender de los barcos, decenas de indios curiosos nos recibieron con una mezcla de miedo y alegría. Estrecharon nuestras manos con nerviosismo y nos guiaron hasta el terreno elevado y seco en el que dos años atrás habíamos montado nuestro campamento. Drouillard dio la prudente orden de avanzar todos en grupo. Justo después se quedó atrás con diez o doce hombres para encargarse de que los barcos repletos de pieles permaneciesen a buen recaudo. Mientras tanto, Manuel Lisa siguió avanzando colina arriba, con el jefe de los arikaras y con la mayor parte de nosotros caminando en columna de a uno, con la intención de reclamar la propiedad de Fort Raymond y de averiguar los motivos de tal concentración de indios en sus inmediaciones.

Una mujer india señaló a Mary Hempstead, extrañada. Otra, al verla, reaccionó horrorizada, y una tercera no pudo evitar rozar con la punta de sus dedos el pelo ondulado de la mujer blanca.

—Tranquila. Avanza sin miedo. Son amigos —le susurró Lisa.

El terreno que pisábamos era blando y húmedo. Pasamos entre pequeños tipis arracimados, hogueras encendidas con pequeñas ramitas, dispersos corrales para los caballos y cestas cargadas con carne y pescado en salazón. En la parte más alta de la ladera, casi un, centenar de indios se amontonaban para más tarde apartarse a nuestro paso.

Busqué entre los presentes a Mitain, pero solo fui capaz de distinguir un extraño compendio de rostros asombrados y gestos contrariados.

—No son solo indios omahas. Hay arikaras entre ellos. Y poncas —musitó John Colter, extrañado.

—Sí, me he dado cuenta —respondió mi tío—. Imagino que por eso ha sabido traernos hasta aquí nuestro amigo de la piel de oso.

—¿Dónde están Weiser y los nuestros? Es raro que no hayan salido a recibirnos.

—No tengo la menor idea.

Al cabo de un rato, Manuel Lisa reconoció un símbolo naranja oscuro, grande y curvilíneo pintado sobre una piel de alce en la entrada de nuestro fuerte. Los arikaras se detuvieron ante él y pronunciaron varias palabras que fuimos incapaces de comprender. Varios hombres montaron guardia en la puerta, y Manuel Lisa, Andrew Henry, Mary Hempstead, John Colter, Diego de Goiri y yo mismo fuimos los únicos que, con cautela pero a paso firme, caminamos bajo la puerta de la empalizada y entramos en su interior. Dentro de sus cuatro paredes se percibía cierto grado de abandono y deterioro. La mayor parte de los goznes de metal habían sido quitados. Manuel Lisa supuso que alguien los habría saqueado para usarlos en la construcción de otro fuerte o de cualquier tipo de despensa. Sin embargo, gran parte de las sillas que en su día habían rodeado la gran mesa de roble, así como la propia mesa o las escaleras de mano, permanecían intactas y debidamente colocadas justo donde las habíamos dejado. Caminamos hacia el exterior por la puerta de atrás. Los troncos de las empalizadas estaban destrozados. Era más que evidente que algún atacante los había usado como blanco de sus flechas, e incluso, según parecía, como leña para sus hogueras.

El suelo del establo desprendía un hedor pestilente y estaba revuelto por docenas de huellas de caballo. Manuel Lisa comprendió enseguida que los indios que actualmente poblaban la colina no habían sido los responsables del saqueo. De hecho, se habían limitado a instalar tipis alrededor del fuerte sin ocupar su interior.

Sin usarlo siquiera para cobijarse del frío.

—No entiendo nada de todo esto. ¿Dónde están nuestros hombres? —inquirió Henry, el socio de mi tío.

—Aquí no están. Solo hay indios.

—Tal vez él pueda explicártelo. —Diego de Goiri señalaba con el dedo índice a través del vidrio empañado de la ventana. Un hombre corpulento y cargado con decenas de collares avanzaba hacia la puerta.

—Big Elk —dijo Colter, recordando cómo llamaban los estadounidenses a Ontopanga.

Nos apresuramos a salir del establo y nos encontramos con el gran jefe de los omahas frente a la entrada posterior de la empalizada. Ontopanga y Manuel Lisa cruzaron unas palabras en su lengua justo antes de intercambiar un abrazo sincero y afectuoso.

—Estás aquí —logró decir el indio con tono grave. Luego apretó las manos de Colter y de De Goiri y no pudo disimular una sonrisa sorpresiva al encontrarse con Mary. Aquella era la primera mujer blanca que veían sus ojos.

Dio un pasito hacia atrás. Sus tatuajes y las cicatrices de su rostro resplandecían con la luz naranja del atardecer. Sonreí de forma instintiva y de pronto noté la mirada del jefe clavada sobre mis ojos con un gesto de alivio y una sonrisa calmada. Respondí a su mirada con un movimiento tímido de cabeza, y en ese mismo instante se hizo a un lado con rostro complaciente. De entre el tumulto alborotado que se había formado tras su enorme abrigo de bisonte, manó una cabellera larga, revoltosa y morena. Unos ojos oscuros y resplandecientes trataban de abrirse paso entre la multitud. Apretó los labios, arqueó las cejas y miró en todas las direcciones.

Cuando la mirada risueña de Mitain se cruzó con la mía, la alegría más inmensa que he sentido nunca sacudió mi interior obnubilando mis sentidos. Sin que hiciese falta mediar palabra, ambos nos fundimos en un abrazo que me devolvió de nuevo a la vida. Un abrazo que me supo a hogar y que aún hoy soy capaz de recordar con todos y cada uno de sus extraños matices. El olor a leña quemada, el murmullo y las pisadas de los indios sobre la colina, el desconcierto de los hombres al no hallar en el fuerte a nuestros compañeros, el ocaso anaranjado tras las copas de los árboles. El abrazo cálido y sincero con el que había soñado durante dos largos años.

—Hola, Joaquín —susurró Mitain. La sonrisa desbordante y sus ojos acristalados me invitaron a coger su mano con fuerza y a imaginar que nunca más la soltaba—. Sabía. Lo sabía.

—Estuvimos en Tonwantonga, Mitain. Encontramos el dibujo. El mapa hecho con las rocas. —Hundí la mano que me quedaba libre en lo más hondo de mi bolsillo de tela y saqué de él la piedra que varios días atrás había recogido en Tonwantonga. Nada más verla, Mitain emitió un suspiro de satisfacción y aprovechó para abrazarme de nuevo. Apoyé la cabeza sobre su hombro y contemplé cómo la multitud nos observaba. Tal vez por timidez, incliné algo más la cabeza, y entonces la vi, agarrada a su falda de ante, justo debajo de donde el cinturón de colores recogía los flecos de su atavío. Una niña de ojos marrones y pelo revuelto que mordía ferozmente el tallo de una

flor y se escondía bajo los pliegues de su vestido. Mitain se hizo a un lado y dejó que la niñita saliera de entre sus piernas. Nada más verme, secó con las manitas la flor mordisqueada que había tenido entre los labios y la extendió hacia mí en señal de saludo. Mitain se rio. Adivinó enseguida mi gesto contrariado y entrecerrando los ojos me propinó otra sonrisa, más pausada y serena que la anterior.

—Tu hija. Nuestra hija.

Mi mundo se paralizó en aquel instante eterno y feliz. Desde entonces no ha vuelto a girar en el mismo sentido.

26

—Muertos, Manuel. Todos tus amigos. Muertos. Lo siento mucho.

Las palabras de Ontopanga cayeron como un jarro de agua fría sobre los presentes. En las conversaciones de los días posteriores, creímos poder trazar un mapa de lo que había sucedido. Por los daños que presentaba el fuerte, varias partidas consecutivas de indios pies negros habían puesto en jaque al destacamento, atacando siempre desde el norte y en grupos de no más de veinte o treinta guerreros. Al parecer, para cuando Ontopanga y los suyos hubieron llegado, no quedaba alma con vida a la que prestar ayuda en Fort Raymond. Nada más entrar, hallaron una pila de cadáveres putrefactos y desnudos, todos ellos amontonados junto al establo. Entre los cuerpos pudieron identificar, sin mucha dificultad, a Peter Weiser, el estadounidense de padres alemanes que había estado al mando del destacamento durante dos largos años.

Una noche, después de varios días allí, honramos el lugar en el que habían sido enterrados sus cuerpos y preparamos un banquete modesto tras haber rezado todos juntos por la salvación eterna de sus almas.

Recuerdo bien aquella velada. La planta baja del fuerte estaba llena de humo, y el aire, cargado de olor a ciervo asado y a caldo recién hecho. Recuerdo que la bandera española que Benito Vázquez había dejado allí dos años atrás estaba roída y manchada bajo los platos, pues desde hacía un par de días servía como mantel para la mesa. Mary Hempstead, con el pelo suelto y la blusa desarreglada, tocaba el violín al tiempo que el Manco rasgaba su guitarra y cantaba la melodía de una décima, pero desde el rincón de la estancia en el que Mitain y yo nos encontrábamos su letra era casi imperceptible. Otras mujeres nativas merodeaban por el interior de la sala y compartían con los cazadores su pedazo de carne de ciervo con la condición

de compartir, unas horas más tarde y tras unos cuantos tragos de whisky, su lecho en la planta superior.

Manuel Lisa lo observaba todo con exhaustiva atención para centrarse de cuando en cuando en la conversación que mantenía con Diego de Goiri, que permanecía sentado tras el escritorio de madera de pino, entre cuadernos llenos de notas y mapas repletos de errores.

—Tienes *enseñar hablare* orno tú —me susurró Mitain entre el ruido de cacerolas y el alboroto de voces graves.

—Lo haré. Le enseñaré a hablar en mi idioma. —La cabeza de la pequeña Rosalía, con los preciosos rasgos indios de Mitain y la cabellera castaña de mi madre, de la que, además del pelo, había heredado el nombre, reposaba sobre las piernas de su madre con los ojos entrecerrados. Es difícil describir la sensación que tuve aquel día. Rodeado de cazadores ebrios y de pieles de búfalo tendidas en lo alto del fuerte. Sentado en una esquina de la bancada con la manita de mi propia hija agarrándome el dedo pulgar. Aquel fuerte oscuro y lleno de humo no era lugar para una niña, pensé, pero tampoco lo eran los tipis embarrados y repletos de indios enfermos y asustadizos que se extendían al otro lado de nuestras puertas. Observé su cara durante cerca de una hora, tratando de asimilar el hecho de que aquella criatura indefensa fuese mi hija. Nuestra hija.

Durante cuatro o cinco días realicé todas las tareas que mi tío me encomendó. Rastreé la zona, ayudé a reparar la empalizada junto al pequeño de los Aubrey, corté troncos y almacené en la leñera las ramas más húmedas. Ejercí de intermediario en el comercio con los poncas, los arikaras y los propios omahas y ordené y clasifiqué las pieles de castor en la alacena. Al acabar mi jornada, llegado el atardecer, corría en búsqueda del tipi de Mitain y pasaba la noche con ella y con Rosalía.

La incertidumbre de los primeros días se desvaneció. En su lugar, brotó una sensación de plenitud y alegría. No había sentido jamás en la vida un apego semejante por alguien como el que sentía por el duplo que formaban Mitain y nuestra hija. Fue en esos días cuando hablamos de todo lo que había sufrido y luchado Mitain por mantener a salvo a la niña. De cómo nuestro Dios, o los suyos, o alguna fuerza bondadosa habían decidido salvarle la vida al no permitir que contrajese la viruela en todos esos meses de penurias. Hablamos también largo y tendido de la muerte de su hermana Me-um-bane. Después de aquellas conversaciones, recordábamos la fortuna que suponía el hecho de habernos vuelto a encontrar, sonreíamos y nos fundíamos en un

abrazo largo y sincero. Al fin estábamos juntos. Después de tantas semanas. De tantos días con sus noches. De tanto tiempo alejados.

En la Nochebuena de 1809, cayó la primera gran nevada de la temporada, pero casi nadie se enteró por estar festejando y celebrando el nacimiento de Cristo entre cánticos, vino y hierbas de las que a menudo fumaban los indios para abstraerse de lo corpóreo.

—Pasaremos aquí el invierno —dijo de pronto Manuel Lisa mientras miraba la nieve descender del otro lado de la ventana y sellaba una carta que había escrito para su mujer y sus tres hijos.

—¿Todos? Apenas cabemos aquí —le respondí con un susurro.

—Lo sé. Reuben y sus hombres se vuelven a San Luis por año nuevo. Aun así, tendremos que construir otro fuerte. Uno mejor. Más grande. Tal vez con un cañón en el tejado y con un par de cuarteles a los costados.

—¿Aquí mismo?

—No exactamente, pero no demasiado lejos.

Manuel guardó la carta que le había escrito a Polly en un estuche de cuero bajo el pupitre de roble. Se apartó de la ventana y salió por la puerta hacia el frío de la noche. Clavó los ojos en la oscuridad y se permitió caminar un rato bajo la nieve. Yo le seguí de cerca hasta el otro lado del establo, donde dormían los diez caballos que les habíamos comprado a los arikaras. Cuando hubimos perdido el ruido lejano de los villancicos, mi tío cortó un grueso trozo de tabaco y se lo metió en la boca. Supe por su reacción que el intenso sabor había calmado momentáneamente sus nervios.

—¿Qué tal se te da? —me preguntó.

—¿El qué?

—Ser padre.

—Bien —respondí instintivamente.

Esperó un largo rato antes de continuar.

—Tu padre estaría orgulloso. Si existe una vida más allá, si mi hermano puede vernos desde ahí arriba, imagino que estará feliz de ser abuelo.

El aire frío de la noche mordió mis pulmones al respirar. Miré al cielo y traté de recordar el rostro de mi padre. Un cuarto de luna se dejaba ver entre las nubes. Cerré ligeramente los ojos para concentrarme, pero apenas me venía a la cabeza el sonido difuso de su voz.

—A veces me olvido de su cara. Guardo algún recuerdo, pero ya no sé si me he inventado a mi propio padre o si realmente era como le imagino.

Manuel me miró de soslayo y escupió el tabaco contra el suelo.

—¡¿Has oído, hermano?! —gritó de pronto mirando al cielo—. ¡Tal vez tengas suerte y tu hijo no recuerde lo feo que realmente eras!

No pude evitar soltar una pequeña carcajada, y luego volví a aspirar el aire fresco de la medianoche. Manuel Lisa se palpó el bolsillo del abrigo en el que guardaba su viejo mapa y, tras ver que le observaba, me concedió una segunda mirada.

—¿Iremos esta vez hasta el lago de Heceta? —pregunté.

—Llegaremos hasta él. Cuando haya pasado el invierno y se derritan las nieves, habrá más caudal en los afluentes del Misuri. Como te he dicho, en Año Nuevo enviaré a Reuben Lewis y a algunos hombres a San Luis con las pieles. Una vez puesta a salvo la mercancía, y tan pronto hayamos construido el nuevo fuerte, encontraremos el paso.

El simple hecho de mencionar al hermano del difunto gobernador me hizo recordar el asesinato de Vázquez y la extraña muerte del propio Lewis.

—Tío —comencé, dubitativo—. ¿Qué dice Reuben sobre la muerte de su hermano?

—¿A qué te refieres?

—¿Opina que fue un suicidio?

—Por supuesto que no. Cree que le mataron —respondió Manuel con firmeza.

—¿Y tú qué crees? —insistí.

—Creo que yo también hubiese preferido pensar que a mi hermano le asesinaron —paró para tragar saliva— antes que dar por hecho que estando borracho se quitó la vida de un disparo.

—Entonces piensas que se suicidó.

—No sé qué pensar. A veces trato de no hacerlo. Es lo bueno que tiene este sitio. Te quedas mirando a los árboles moverse con el viento y a los cielos inmensos desplazarse con sus tormentas y sus rayos, y ya no tienes por qué pensar ni en las intrigas de los poderosos ni en las estupideces del mundo civilizado. —Arqueó las cejas y sonrió de forma irónica—. Del supuesto mundo civilizado.

—¿Y a Vázquez?

Suspiró.

—A Vázquez le mataron. Estoy convencido.

—¿Quién? ¿Los Chouteau? —Esperé un rato—. ¿P. F. C.?

—Es imposible saberlo. —Manuel dio unos pasos hacia la arboleda y meditó un largo rato sus siguientes palabras—. Lo que estamos descubriendo

aquí posiblemente haga historia. La gente más codiciosa de este mundo querrá seguir nuestros pasos, a cualquier precio.

—¿Para qué? ¿Para matar castores y bisontes?

—Imagínatelo. Todo un continente por explorar. Bosques, ríos y llanuras inmensas sin explotar. Sin dueño.

—Ya tienen dueño.

Nada más decir aquello, Manuel alzó la cabeza para observarme con atención.

—Es cierto. Estas tierras ya tienen dueño. —Frente a nosotros se extendían un centenar de puntitos brillantes. Las hogueras de los omahas resplandecían ante la oscuridad de la luna menguante—. Pero dudo que sus actuales propietarios sean capaces de protegerlas por mucho tiempo.

Mi tío rara vez se equivocaba, y pese a lo triste que aquello pudiera hacerme sentir, lo que decía era cierto. De un modo rotundo. A nadie en las grandes ciudades le importaba que aquellas tierras estuviesen habitadas por los nativos. Los estadounidenses consideraban, ya en aquella época, que, por extensión natural, aquel territorio les era propio. Pronto comenzaría la colonización, la ocupación y el saqueo legitimado de las llanuras y de los bosques. Comenzaría, a fin de cuentas, el exterminio de cada una de las criaturas que los habitaban. Bisontes. Castores. Y también indios.

—Exactamente lo mismo que hubiesen hecho los franceses o los españoles de haber tenido la oportunidad —murmuré.

—Los caminos —dijo de pronto mi tío.

—¿Cómo?

—Si ya es ridículo pensar que estas tierras puedan pertenecer a una nación o a otra, imagina lo absurdo de levantar fronteras en ellas y vallar sus veredas. Los caminos son los únicos lugares que no debieran ser nunca de nadie.

—Entiendo…

—Tendrían que existir solo para que gente como tú o como yo decidiese hacia dónde quiere desplazarse. Aunque el único fin de ese movimiento solo fuese poder dar con un nuevo sendero. Un sendero que ningún hombre antes haya descubierto.

—Me gusta esa idea.

—Y a mí.

—Supongo que por eso estamos aquí.

—Para encontrar los senderos que no son de nadie.

El día de Navidad, la pequeña Rosalía se quedó con el resto de las mujeres de la tribu y yo salí a cazar con Mitain. Me até con fuerza las botas y metí por dentro de sus cordones los calzones y los pantalones para proteger mis piernas del frío. Tras alejarnos un buen tramo del fuerte y del poblado, encontramos el rastro de un animal. Sus huellas eran recientes, y habían marcado profundamente la nieve en lo alto de una colina. Sin duda alguna se trataba de un bisonte.

—Por aquí —dije entonces.

—Sí. Despacio —susurró Mitain sonriéndome desde más adelante.

El bosque se cerraba a medida que ascendíamos por el valle del Bighorn. La luz se filtraba entre las copas de los robles y reflejaba brillos y destellos en los charcos de nieve derretida que se apostaban a nuestro paso. Observamos un montón de ramas rotas entre dos arbustos destrozados, y asumimos que el animal había pasado por allí.

Caminé agazapado, tal y como Manuel Lisa me había enseñado, pero aprendiendo también del modo en que Mitain se abría paso entre los troncos, apoyando con sutileza la parte delantera de sus pies y avanzando medio agazapada entre los matorrales.

Cuando hubimos llegado ante un nevero de grandes dimensiones en el centro de una explanada, escuchamos un sonido distante. Saqué una bala del bolsillo de mi cinturón y la coloqué en el cañón. Luego cebé la cazoleta de mi rifle de pólvora e hice lo mismo con el mosquete que le había prestado a Mitain. Avanzamos hacia un pequeño hayedo y apartamos con la mano las zarzas que crecían delante de nuestro camino. Allí estaba nuestra presa. Imponente y oscura, intentando crear un hueco en la nieve con el hocico y resoplando para limpiar las hierbas ocultas bajo el manto blanquecino. Un bisonte alto y delgado. Justo entonces, con el rifle ya dispuesto sobre el hombro, cuando procedía a apretar el gatillo con mi dedo índice, Mitain me detuvo. Colocó su mano en el cañón e hizo fuerza para que bajara el arma y dejase de apuntar al animal. Contrariado por su actitud, la miré con el ceño fruncido y el semblante sorprendido. Ella se limitó a agacharse y a indicarme con un golpe de cabeza que observase el bulto oscuro que sobresalía entre las patas del animal.

Era una cría.

Un pequeño bisonte, indefenso, cobijándose bajo el vientre de su madre para obtener calor y aprendiendo de ella a remover la nieve en busca de alimento. Junto a un árbol cercano, asomó el cuerpo flaco y desnutrido de una segunda cría. Agaché definitivamente el arma, conmocionado por la escena.

—Madre —dijo Mitain con los ojos brillantes y sonriendo al tiempo que me acariciaba la cara—. No *morir*. Madre.

De un modo ancestral, a través de las generaciones, los omahas habían enseñado a sus hijos e hijas a vivir de la naturaleza. A cazar, a recolectar frutos, a cultivar. Pero siempre guardando un profundo respeto por aquella, pues el abuso de sus riquezas les negaría su disfrute a las generaciones futuras. Si hubiésemos matado a aquella hembra, entendí, sus crías habrían quedado indefensas y con total seguridad habrían muerto al cabo de unos pocos días. Habríamos destruido con un solo disparo el curso natural de la vida y negado a otro omaha la posibilidad de cazar en el futuro a alguna de aquellas crías, cuando se hubiesen convertido en bisontes grandes y fuertes, animales de los que poder aprovechar piel, carne y alma. Bisontes que, a su vez, habrían dado vida a nuevas criaturas.

Aquello me hizo reflexionar. Pensé en la osa que varias semanas atrás habíamos abatido. La misma que dio muerte al mayor de los hermanos Aubrey y que había dejado en mi espalda una cicatriz de por vida. Con su muerte, dejamos a un osezno indefenso en medio del bosque. Posiblemente ya habría muerto. Pensé después en lo que ocurriría con los bisontes si los presagios de mi tío se cumplían. Si, tal y como él anticipaba, el resto de cazadores y comerciantes del este se decidían a seguir nuestros pasos. Probablemente invadirían las tierras salvajes del oeste. A cualquier precio. Dispararían contra todo ser vivo que pudieran usar en su beneficio, y lo harían ajenos a las tradiciones ancestrales de los nativos.

Miré pausadamente a Mitain a medida que volvíamos al fuerte. No podía permitir que a los omahas les ocurriera nada malo. Por desgracia, el destino amargo de aquel territorio superó con creces las expectativas de cuanto pudiera haber presagiado en aquella jornada de caza.

Pasado el Año Nuevo, día en que a bordo de La Santa Cruz vimos marcharse a una treintena de hombres, todos ellos cargados de pieles partiendo rumbo a San Luis, las semanas se sucedieron con cierta monotonía.

—Mary, tal vez gea esta es la última oportunidad de volver a San Luis hasta el verano —le dijo mi tío a la señorita Hempstead el día 1 de enero.

—Lo sé, he decidido quedarme. Le entregué ayer a Reuben una carta sellada para mi hermano.

—Los números son buenos. Con las pieles que llegarán en unas semanas habremos cumplido con creces nuestro objetivo…

—No me quedo para vigilarte, Lisa.

—Como quieras.

—Me quedo porque sé que en un par de meses encontrarás el paso. —Se abrochó los botones de la camisa y ciñó bien el abrigo de piel de nutria a su cintura con una sonrisa contenida—. Quiero estar contigo cuando las velas de nuestro barco alcancen las aguas del océano Pacífico.

Por suerte, no hubo grandes nevadas aquel invierno, y el poblado maltrecho y provisional de los omahas no solo resistió las frías temperaturas, sino que adquirió un ordenamiento aceptable gracias a la colaboración permanente entre Manuel Lisa y Ontopanga. Los indios seguían estando demasiado asustados como para abandonar la protección que les confería nuestra compañía, por lo que pasé con Mitain y con Rosalía la mayor parte de las noches y los escasos días libres de los que dispuse.

Los trabajos invernales orbitaron fundamentalmente en torno a la construcción del nuevo fuerte, que en contraste con Fort Raymond, y pese a su estado inacabado, se sentía como un lugar amplio y bien protegido. Dos cuarteles elevados construidos con madera de álamo se erguían en las esquinas diagonalmente opuestas de la empalizada. Trabajamos en su levantamiento cerca de veinte hombres, por lo que en apenas una semana habían cogido buena forma y considerable altura, haciendo que sus esquinas interiores coincidiesen con las paredes exteriores de la empalizada. La semana siguiente comenzamos con el recinto principal. Por orden de mi tío, las paredes debían elevarse alrededor de un perímetro rectangular, que podría alcanzar con facilidad una longitud de cuarenta metros en su cara norte y más de veinte en la más próxima al Pequeño Misuri.

En ocasiones me paseaba con Diego de Goiri por el campamento del pueblo omaha. Veíamos a menudo cómo los cazadores se recostaban entre las piernas de alguna mujer india y permitían que estas les inspeccionasen el cabello con sus dedos, buscando liendres y deshaciéndose de ellas como parte de un extraño ritual de higiene que solía acabar con ambos fornicando en el interior de un tipi lejano o en el almacén del destacamento, pese a estar esto segundo prohibido por mi tío y conllevar para el que se atreviera una multa de dos dólares.

En otras tiendas más cercanas, los hombres medicina de los poncas y los hombres del cielo de los omahas acometían sus rituales. Golpeaban tambores e inhalaban hierbas al tiempo que hacían girar y sonar vejigas de búfalo con la intención de ahuyentar a los malos espíritus de los enfermos.

De Goiri hablaba siempre con todos ellos, observaba su comportamiento durante un buen rato y después lo anotaba todo en su libreta.

Los ojos del vizcaíno no habían vuelto a brillar con la misma luz desde que recibiera aquella carta; de hecho, en ocasiones parecía más un alma en pena que un hombre, y poco quedaba ya del naturalista risueño y jovial al que más de dos años atrás habíamos conocido. No obstante, su dedicación y minuciosidad para con su tarea seguía siendo sorprendente, y no faltaba un solo día a su cita con cada uno de los cuadernos y estudios que de forma ordenada y meticulosa continuaba llevando a cabo.

Unos días después, y tras varias ideas descartadas, el nuevo fuerte quedó bautizado como «Fort Lisa». No estaba muy lejos de Fort Raymond, apenas a tres días de distancia. A él se mudaron buena parte de los tramperos que seguían estando bajo las órdenes de mi tío. Un servidor fue uno de los que se alegró de continuar en el más pequeño y casi derruido pero acogedor Fort Raymond. Me acompañaban Diego de Goiri, Mary Hempstead, George Drouillard, el Manco, el pequeño de los Aubrey y otros tantos que ya no recuerdo. Los encargados de supervisar la finalización del nuevo puesto y de liderar a la milicia en Fort Lisa fueron Andrew Henry y John Colter.

—Andrew —le espetó mi tío a su socio la mañana en que el estadounidense procedía a emprender su camino hacia Fort Lisa.

—Sí, Manuel —respondió el Henry.

—Con tu permiso, me gustaría darle una orden a Colter.

Andrew Henry miró extrañado al español. Finalmente respondió:

—Sí, claro. ¡John!

El explorador apareció de inmediato a lomos de una montura negra de crines grisáceas. El viento agitaba su cabellera rubia pese al sombrero de piel de nutria que cubría su cabeza.

—Sabe cuáles son sus órdenes. No necesita que se las recuerde. Instálese en Fort Lisa y permanezca a las órdenes de Andrew Henry hasta el primer día del mes de marzo. Ese día vuelva a Fort Raymond con seis hombres.

Colter sonrió y asintió de buena gana.

—Entendido, capitán. ¿Puedo preguntar para qué?

—Imagino que le gustará estar presente cuando ascendamos el Yellowstone. De camino a una exploración mucho mayor, vamos a visitar su famoso Infierno.

27

Iniciamos el trote para salir del fuerte uno de los primeros días de marzo. El sol de la mañana brillaba en todo su esplendor, y algunas mujeres de la tribu nos siguieron a paso ligero, huroneando desde la orilla opuesta del Yellowstone y tratando de adivinar nuestro rumbo desde la distancia. A mi lado iban Mary Hempstead y Manuel Lisa, montados en sendos caballos negros y conversando amigablemente. Ellos fueron los únicos que repararon en el modo en que se me encogió el pecho cuando, al tercer día, sobre la cima de un risco, las mujeres indias viraron sobre sus propios pasos y dieron media vuelta. Nos dejaban marchar solos hacia el oeste, incapaces de alcanzar el ritmo de los caballos. Mitain fue la que más tiempo permaneció en lo alto, siguiendo con la mirada el paso de mi montura.

—Te esperará —dijo mi tío con la intención de avivar mi ánimo.

—La última vez que ascendí por este río tardé dos años en volver a verla.

—Esta vez será distinto. Somos veinte, y bien armados. Llevamos con nosotros a los exploradores crows y en nuestro destino nos espera el Vázquez. Regresaremos a los fuertes tan pronto como hallamos encontrado el paso. Te lo prometo. En esta ocasión haremos historia, Joaquín.

El plan de mi tío era sencillo sobre el papel pero arriesgado y peligroso en la práctica, como de costumbre. Cabalgaríamos hacia el oeste, siguiendo el curso del Yellowstone, hasta encontrar el Infierno de Colter. Una vez allí, estudiaríamos el terreno, tomaríamos muestras del suelo y podríamos demostrar su existencia. Continuaríamos después tres días hacia el norte, con la intención de llegar a Three Forks, el nacimiento del Misuri. Allí, George Drouillard y otros hombres nos esperarían a bordo del Vázquez, listos para encontrar el paso fluvial hasta el Pacífico y navegar sobre él, tal y como Bruno de Heceta habría marcado años atrás en el viejo mapa de mi tío.

Lo que Manuel lisa había olvidado mencionar era que aquella tierra, traicionera como ninguna, la recorrían día y noche exploradores de los pies

negros. Los indios que casi acaban con mi vida y con la de John Colter más de dos años atrás. Los mismos indios que tenían atemorizados a poncas, arikaras y omahas en los aledaños de nuestro fuerte.

El cuarto día de ruta transcurrió como los tres primeros, sin sobresaltos.

Bajo los árboles, el sol era menos cegador y, en mi opinión, el paisaje se tornaba mucho más agradable. Identifiqué a simple vista las cordilleras lejanas. Sus cimas, blancas aún y resplandecientes bajo el sol, eran tan imponentes que uno se sentía minúsculo contemplándolas desde el valle. Conocía aquel sendero, si bien es cierto que en la anterior ocasión lo había visto con tanta nieve que esta vez parecía un mundo nuevo repleto de laderas verdes y riachuelos cristalinos.

Escuché el movimiento de una criatura escurridiza entre las copas de los álamos. Pronto comprobé que se trataba de una ardilla rojiza que semanas atrás De Goiri había catalogado en sus diarios. Esperé un segundo para permitir que el vizcaíno se aproximara hasta mi posición.

—¿Es una de tus ardillas?

—Eso parece. Están por todas partes —me respondió, tranquilo. Acto seguido se colocó los anteojos sobre la nariz para observar mejor al animal.

—¿Publicarás tus diarios cuando hayamos regresado? —le pregunté.

—Si tu tío tiene razón, si el mapa de Heceta no miente y existe el paso del noroeste entre el Atlántico y el Pacífico, ese será mi último capítulo. Y entonces, sí, intentaré publicarlo todo.

—¿Volverás a Madrid para ello? —El silencio inundó el bosque por un momento.

—Imagino que sí… Volver… —Los ojos de Diego se acristalaron bajo las lentes y se tornaron una vez más tristes y cansados. Era más que evidente que se sentía incómodo hablando de aquello, de modo que lamenté haber formulado la pregunta. Aferré las riendas de mi caballo con fuerza, enfadado conmigo mismo, y traté de buscar unas palabras acertadas, no recuerdo si para disculparme o para cambiar de asunto lo antes posible—. No sé si volveré —dijo de pronto—. ¿Y tú? ¿Qué harás tú?

La pregunta me cogió por sorpresa.

—¿Qué haré yo?

—Si salimos de esta en la que nos ha metido tu tío. —Sonrió y luego se secó las lágrimas de los ojos—. ¿Volverás a San Luis?

—Imagino… Aún no lo hemos decidido.

—¿Hemos?

—Mitain y la niña deben vivir con su pueblo.

—¿Y tú?

No era la primera vez que esa duda se hacía patente en mi cabeza, pero sí la primera en que alguien me obligaba a verbalizar mis pensamientos. Abandonamos la alameda y ascendimos en hilera por una loma plagada de pinos. Cuando volvimos a coincidir, el uno al lado de otro, retomé la conversación.

—No tengo por qué.

—¿Qué quieres decir?

—No tengo por qué vivir con ellos. No soy parte de su pueblo.

—¿Estás seguro de eso? —insistió Diego—. ¿No querrías vivir con los omahas?

Vivir con los omahas.

Los aromas inundaron entonces mis fosas nasales, y los sonidos cobraron vida a lo ancho del valle: el olor de los de los pinos, el rastro de los animales, el sonido caudaloso y tenaz del río Yellowstone, chocando feroz contra las rocas que se atrevían a amontonarse en sus orillas… Un leve susurro escapó de entre mis labios nerviosos y se encargó de responder a mi amigo.

—Tal vez…

Tal vez.

Con un golpe de vista contemplé al resto de la compañía. John Colter nos seguía rezagado; iba charlando y bromeando con los demás hombres sobre las bondades de las mujeres shawnees del área de Detroit, a las que tenía el gusto de haber visitado años atrás. Por delante, abrigados con trajes de ante y pantalones de cuero, iban los dos indios crows a los que mi tío había contratado con la intención de que nos guiaran hasta Three Forks. Esa noche, ellos mismos nos recomendaron acampar bajo dos enormes sauces, lo suficientemente lejos del río como para no sentir el frío de su corriente. Luego observé a Manuel repasar con esmero cada uno de sus mapas, perdiéndose en sus líneas sinuosas y susurrando palabras sueltas, tan ensimismado en su tarea que apenas era capaz de levantar la vista.

La luz naranja del amanecer se precipitaba entre las ramas cuando el sonido de los cascos de los caballos despertó a Manuel Lisa de un sueño poco profundo. Se levantó tan rápido como pudo. Colocó su abrigo embarrado sobre sus propios hombros y ató con fuerza las botas a sus tobillos. Lo vi salir de la tienda de tela ocre que la noche anterior habíamos construido. Miró a su alrededor en busca del causante de semejante ajetreo. Entonces observé cómo

un chico joven, uno de los cazadores que había montado guardia durante la velada, se apeaba de su montura para anunciar algo entre jadeos.

—Hemos encontrado el infierno. En realidad, he encontrado… el Infierno del señor Colter, señor. Por casualidad.

El chico, cuyo nombre no recuerdo, pero puedo decir que era rubio, pecoso y no pasaba de los veinte, tenía el pantalón mojado en torno a su muslo derecho. Al parecer, de buena mañana y por el motivo que fuera, el cazador había ido a orinar alejándose del grupo más de lo habitual. Encontrándose en plena faena, una enorme fumarola había surgido de la nada haciéndole perder el equilibrio. De ese modo tan poco heroico nos topamos con nuestro infierno.

Seguimos al muchacho durante varios minutos. Pronto, tal y como recordaba, un extraño olor a pólvora y metal oxidado inundó todo el bosque. Al igual que en la anterior ocasión, los caballos tuvieron miedo, y no quedó más remedio que atarlos a las ramas bajas de un árbol desnudo. Carbonizado. Corrimos hacia un riachuelo y Manuel Lisa siguió a John Colter para cruzarlo de un salto. Nada más hacerlo, el agua emitió un sonido feroz y se agitó violentamente. Eché un vistazo alrededor. Las terrazas ocres y blancas se repartían sobre la ladera. Las grietas humeantes. Los árboles torcidos y moribundos. Creíamos haber hallado el infierno.

—¡Joaquín! ¡Llevabais razón! —gritó Diego de Goiri entusiasmado—. ¡Manuel, llevaban razón! ¡Es como caminar sobre un volcán!

Mientras Diego examinaba con atención el movimiento de las aguas, acompañé a Mary Hempstead hacia la ladera de una colina, y allí arriba, ante dos decenas de hombres asombrados, percibimos el suelo pálido y marchito; una costra blanca repleta de burbujas que se extendía bulliciosamente ante nosotros. Sentir aquello bajo nuestros pies era una experiencia única, aterradora y hermosa a partes iguales.

Manuel Lisa se acercó unos segundos después, boquiabierto, y aquella fue la única ocasión en que recuerdo haber visto a mi tío permitiendo que la sorpresa se adueñara descontroladamente de su rostro.

—Es como si hubiese fuego ahí abajo. Como si la tierra ardiese bajo nuestros pies —murmuró Mary.

Mi tío, por su parte, se limitó a asentir y a golpear mi hombro repetidas veces en señal de aprobación. Unos pasos más adelante vimos cómo el humo brotaba del suelo y cómo el propio suelo se agrietaba para cobijar entre los surcos un sinfín de charcos ocres, verdes y amarillos. John Colter irrumpió de entre los hombres y estrechó la mano de Lisa.

—Enhorabuena —le espetó mi tío en perfecto inglés—. Lo habéis logrado. Nos habéis traído hasta aquí.

Colter sonrió y se sentó junto a mi tío. Por un instante, permanecieron en silencio disfrutando del paisaje. Hay hombres que están destinados a descubrir nuevos mundos, aunque ellos no lo quieran. John Colter fue uno de ellos. Manuel Lisa, otro. Aquel día, aunque creímos estar ante las mismas fumarolas con las que dos años atrás nos habíamos topado en nuestro camino, estábamos ante otras distintas. Acabábamos, por tanto, de descubrir un nuevo infierno. Sin saberlo. Nunca supe si se habían dado cuenta de aquello los dos guías crows que nos acompañaban. Es algo habitual entre exploradores errar en la creencia de haber encontrado algo por hallar otra cosa distinta. Es la parte irónica inherente a todo gran descubrimiento. No obstante, considero que eso no le quita ningún mérito, que el hallazgo en sí mismo es lo que más valor tiene de este tipo de hazañas.

Pasamos el día entero descansando y admirando aquel lugar enigmático. Manuel Lisa se sentía más satisfecho y esperanzado de lo que se había sentido durante años. A la hora de comer sacó un calendario manuscrito que guardaba entre sus mapas y calculó que Reuben Lewis ya habría vendido las pieles de las cacerías del otoño en San Luis. Estimó que le habría entregado a Polly su carta hacía semanas, anunciándole que todo había ido según lo previsto, que podía usar parte del dinero para la educación de los niños —y para donarlo a la iglesia, tal y como ella quería— y que pronto volvería a casa con los bolsillos llenos y el macuto cargado con nuevas historias que contar. Algo después quiso creer que los dos fuertes de la compañía, Fort Lisa y Fort Raymond, estarían bien protegidos en ese mismo momento. Por último, pensó que a los oídos de Edward Hempstead y de todo San Luis, incluida la familia Chouteau, ya habría llegado la noticia de que la Compañía de Piel de Misuri alcanzaba de ese modo, en pleno mes de marzo, todos y cada uno de sus objetivos anuales.

—Todo está saliendo bien, Joaquín —me dijo de pronto Manuel Lisa, cuando nos disponíamos a retomar la marcha.

—Lo sé, tío.

—¿Eso es todo?

—Enhorabuena. —Nada más decirlo, me sonrió.

—Estamos consiguiendo grandes cosas. Nos queda poco. Nos queda muy poco. Me alegra mucho que estés aquí para verlo.

Tardé unos segundos en responderle.

—Y a mí.

Sin embargo, y más ahora que había logrado demostrar la autenticidad del Infierno de Colter, la ambición por alcanzar su verdadero y sempiterno reto ardía más que nunca en el interior de Manuel Lisa: Heceta, el paso del noroeste.

—El paso. Nos queda el paso y habremos terminado.

Notaba que los éxitos recientes le habían dado la confianza necesaria para afrontar su desafío con energías renovadas, como si hubiera tomado un trago de buen brandy antes de rematar la faena. En dos días, según lo planeado, nos encontraríamos con el Vázquez en Three Forks y navegaríamos el Jefferson, uno de los tres ríos que conformaban el nacimiento del Misuri. Bordeando uno de sus meandros, al pie de las Rocosas, llegaríamos al lago de Heceta. De dicho lago, según el mapa, manaba también uno de los afluentes del Columbia, que a su vez desembocaba en el océano Pacífico.

Durante los dos días siguientes, los indios crows cumplieron con su parte del trato. Abandonamos el curso del Yellowstone antes de llegar al lago del mismo nombre y pronto perdimos la visión de los bosques tupidos que se amontonaban en sus orillas. Cada uno de los dos días cabalgamos durante seis o siete horas a través de lo que hoy se conoce como Big Belt, una sierra escarpada de cuyas laderas manan multitud de ríos pequeños. Era un auténtico espectáculo vernos allí, galopando con las camisas al viento y con las crines y colas de nuestros caballos trenzadas y adornadas con plumas de águila, tal y como nos habían enseñado a hacer los omahas y los poncas. A Colter y a Manuel Lisa, no obstante, les preocupaba que el terreno fuese demasiado escarpado. Lo suficiente como para que alguna tribu de pies negros o de *apupe* —como llamaban los crows a los nez perce— nos emboscase sin previo aviso, decidida a atacarnos o a darnos un quebradero de cabeza lo suficientemente grave como para retrasar nuestro camino.

—Salvemos la distancia en el menor tiempo posible. Estamos a punto de hacer historia. No dejemos que nada lo estropee —dijo Lisa durante uno de nuestros descansos.

Han pasado muchos años desde aquello, y, sin embargo, aún soy capaz de ver con claridad la vela blanca del Vázquez erguirse sobre el horizonte en el atardecer del tercer día, bien contrastada entre el cielo azul y el manto verde de la hierba. Como si fuese ayer mismo, recuerdo cómo llegamos ante nuestros compañeros, cabalgando casi en formación militar. Recuerdo a los hermanos Jordán clavar las tiendas en el suelo, no muy lejos de la orilla, al otro lado de una empalizada improvisada. Al Manco gritar nada más vernos, agitando la mano con vehemencia. Hugh Glass, un chico joven de Pensilvania

que años más tarde se convertiría en la mano derecha de Andrew Henry, fue el primero en saludarme.

—Bienvenidos a Three Forks —dijo en inglés amablemente.

Al oír el alboroto, George Drouillard, serio y sonriente al mismo tiempo, como solo él sabía estar, se hizo un hueco entre el gentío para estrecharle la mano a Manuel Lisa nada más apearse de la montura este último.

—¿Todo *buen*, Manuel?

—Vimos el Infierno de Colter, George. —El mestizo sonrió y estrechó la mano de su amigo John Colter con alegría.

—Me *alegro* oír eso.

Lisa revisó el terreno en el que se estaba estableciendo el campamento. Se palpó el bolsillo del abrigo en que guardaba su viejo mapa. Luego examinó las telas que se extendían en torno a la superficie de pasto verde.

—¿Acamparemos aquí?

—Sí, capitán. Es justo el lugar que acordamos. El Manco ha liderado *me* partida de caza con seis hombres esta tarde. Han cazado *una* alce y dos ciervos. También tenemos pescado.

—Bien. Vamos a cenar algo, y a descansar. Mañana, si todo va bien, encontraremos el paso.

Sin embargo, pese al ímpetu de mi tío, algo ensombrecía el rostro del mestizo.

—Manuel —el gesto de Drouillard era serio y dubitativo—, tenemos algo que contarte.

—¿No puede esperar a mañana?

—Sería *un mal* idea. Mejor ahora.

—De acuerdo.

Mi amigo Diego de Goiri, que estuvo presente en la conversación que mantuvieron aquella noche Manuel Lisa y Drouillard, explica en su diario lo acontecido de un modo claro y conciso.

EXPEDICIÓN DE LA COMPAÑÍA DE PIEL DE MISURI. 14 DE MARZO DE 1810.

En la tarde de hoy nuestro grupo se ha topado con el de George Drouillard en las inmediaciones del nacimiento del rio Misuri, en un lugar conocido por varios exploradores como Three Forks. Los planes de Manuel Lisa han salido por lo tanto de un modo preciso. Necesitaré más páginas (además de las anteriores) para relatar lo relativo al fascinante hallazgo volcánico que ha hecho la compañía. Mi ayudante ya trabaja en los dibujos de las fumarolas y los lagos de variopintos colores que hemos contemplado hace hoy apenas un par de jornadas. No obstante, he de reseñar que lo más importante de la jornada ha tenido lugar cuando Manuel Lisa y George Drouillard se han reunido para intercambiar sus impresiones. Según le ha contado el segundo al mando a nuestro capitán, La Santa Cruz, el barco de nuestra compañía, ha sido adelantado al alba por un pequeño esquife, ligero y de velas grises, repleto de hombres blancos. Téngase en cuenta lo inusitado de este hecho. No solo

son los primeros hombres blancos que nos encontramos desde que nos adentramos en territorio salvaje, sino que además han sido avistados en un terreno absolutamente remoto, en la parte más alta del río Misuri; un lugar del que apenas existen mapas y al que tan solo Manuel Lisa, Drouillard, tal vez Andrew Henry y un reducido número de estadounidenses sabrían llegar.

Al parecer, cuando Louis Belain y Hugh Glass, dos cazadores de nuestra compañía, los han sorprendido desde la orilla, se han limitado a poner pies en polvorosa, navegando río arriba, haciendo caso omiso de nuestra llamada.

Los rumores no han tardado en correr entre los hombres, y si me lo permiten, diré que es difícil no dejarse llevar por ellos: el único mapa presumiblemente certero —por ser una copia del original de Manuel Lisa— de esta parte del continente estaba en posesión del antiguo gobernador de la región, Meriwether Lewis, que perdió la vida en octubre del pasado año a causa de un disparo en la sien.

Por ello, a sabiendas de que Auguste Chouteau lleva meses pretendiendo alcanzar esta parte del Misuri y con la sensación de que ha tenido tiempo en estos meses de poner en marcha su expedición, todo parece apuntar a que es la nueva compañía de su familia la que se encuentra detrás del incidente, pues conocen a la perfección la ubicación de nuestro fuerte. No sería extraño que hubiesen interrogado a los cazadores que en él se quedaron cuando partimos hacia el oeste.

28

Una luz creciente y cálida atravesó las nubes grises de aquella llanura, iluminando mi rostro a la hora prevista y despertándome de un sueño profundo. Un aullido lejano de voces entremezcladas y el ruido de cacerolas agitándose a mi alrededor sirvieron para recordarme el lugar en que me había acostado la noche anterior. Parpadeé varias veces y vi a Manuel Lisa levantado, mesándose las patillas y calzándose las botas con su habitual esmero. Acomodó el cinturón bajo su vientre y se colocó la chalina de piel alrededor del cuello. Tapando su vieja cicatriz. Trataba de aparentar cierta elegancia, pero sus ropas no dejaban de ser las de un explorador que llevaba ya más de dos semanas sin asearse con propiedad en el destacamento.

—Joaquín, en pie. No podemos perder ni un minuto más. —Era evidente que mi tío estaba preocupado. Tal y como nos habían contado la noche anterior, y por increíble que esto parezca, un pequeño barco de velas grises tripulado por hombres blancos merodeaba por la zona.

—Sí, enseguida.

Aquella noche el Manco y yo habíamos dormido con almohada. Sé que para muchos esto puede ser una estupidez, pero tras varios días usando el macuto para apoyar la cabeza, o incluso el propio suelo, una comodidad de ese tipo confiere al descanso unas dimensiones abrumadoras. No obstante, antes de pegar los ojos había logrado comprender la gravedad de la situación, y, por si acaso, me había metido entre las mantas con las botas puestas, el pantalón abrochado y el arma cargada bajo el brazo. Cuando por fin me incorporé, noté cómo una fina brisa arrastraba el olor de la mañana desde las aguas. Los hombres cargaban en el Vázquez las provisiones y los aparejos necesarios para una navegación por aguas poco profundas.

A toda velocidad, tomé un café frío y me abroché los botones de la camisa. Recogí el rifle y até en torno a él un paño seco, con la intención de protegerlo de las aguas del río. Casi por casualidad, caí en la cuenta de que

aquel mismo día era mi cumpleaños. Tuve tiempo de contemplar mi reflejo en un charco antes de subir a bordo. Veintitrés años. Los tres últimos los había pasado a las órdenes de mi tío. Eché la vista atrás tanto con melancolía como de un modo literal durante apenas unos segundos y me sobró tiempo para comprobar que, en cierto modo, me había convertido en un hombre independiente y disciplinado.

Recogí mis bártulos antes que ningún otro y me dispuse a soltar la soga que nos retenía en aquella orilla. Tres años perdido en el oeste salvaje. Lo suficiente como para haberme visto transformado en un ser distinto, pero tan lejos aún de convertirme en lo que soy ahora.

A media mañana, el viento fresco y agradable que soplaba desde las montañas nos hizo avanzar a un ritmo generoso. Recuerdo que el sol resplandecía en el cielo azul y ni una sola nube podía contemplarse en el horizonte. Solo doce personas tripulábamos el barco. El resto se había quedado en Three Forks, cuidando del campamento y haciendo pequeñas incursiones surcando los ríos que Lisa había descartado explorar.

Tres ríos grandes y algún que otro riachuelo más pequeño constituyen el nacimiento del Misuri. Según el mapa de Bruno de Heceta, el que nosotros habíamos de tomar era el aún hoy conocido como Jefferson, nombrado por Meriwether Lewis cinco años atrás en honor al que fuera entonces presidente de los Estados Unidos. Los otros dos ríos, el James Madison y el Albert Gallatin —este segundo fue el primero en aparecer ante nosotros— se desviaban, según Drouillard, demasiado hacia el sur.

—¡Qué cantidad de peces! —se oyó desde la proa.

El lecho cristalino del Jefferson lo conformaban cantos rodados, grava, y miles de peces rapidísimos que cambiaban de rumbo al ver el esquife rasgando sus aguas.

Subimos por aquellas aguas transparentes usando remos y vela. Ascendimos luchando contra la corriente tan rápido como pudimos. Desde el alcázar del navío, Manuel Lisa contemplaba el curso del río con su viejo mapa en la mano, permitiendo por primera vez, al menos que yo recuerde, que los demás hombres contemplaran y analizaran las líneas sinuosas de su trazado.

—Joaquín. —El Manco se acercó a mí susurrando tras un cubo repleto de carne en salazón. Se había dejado crecer el mostacho más de lo normal, y el pelo negro le tapaba prácticamente todo el labio superior.

—Dime.

—Todo el mundo habla de lo mismo.

—¿Y de qué hablan?

—¿Quiénes son los del otro barco? —preguntó—. Los que nos adelantaron ayer al amanecer.

—Os adelantaron a vosotros, no a nosotros —contesté mientras ataba un cabo al saliente de la amura y observaba de reojo a mi tío.

—¿A mí? Yo estaba dormido. Y a mí nadie me dice nada. —Bajó la mirada y esperó a que yo sí le dijese algo.

—Porque nadie sabe nada —respondí.

Nada más decir aquello, una leve brizna de viento del este, tan suave y placentera como los dedos de Mitain, me revolvió el cabello enmarañado de la mañana y por poco hizo volar el sombrero de mi tío. Manuel Lisa ni siquiera prestaba atención al paisaje. Permanecía concentrado en que el impulso de los remos nos llevase hacia el oeste, ajeno al canto de los pájaros y al fluir del agua bajo la nave. No pasaron ni dos minutos cuando el Manco volvió a sacar el tema.

—George Drouillard…

—Ni Drouillard ni mi tío lo saben.

El isleño dio unos pasitos cortos y asustadizos y bajó el tono de su voz cuando otro hombre pasó a nuestro lado.

—¿Y quién crees tú que puede ser?

Solté el cabo y le miré a los ojos.

—No lo sé. Tal vez… —arranqué, sin atreverme a decir gran cosa.

—Sí lo sabes. Todos lo saben. Alguien planea robarle a Manuel Lisa y a la compañía el descubrimiento del paso del noroeste —espetó de pronto el Manco, diciendo tal vez lo que todos allí pensábamos pero nadie se atrevía a mencionar.

Alcé la vista y contemplé a mi tío, serio, escudriñando el horizonte con el catalejo en la mano.

—Es posible.

—Los hombres dicen que puede tratarse del asesino de San Luis. El mismo que acabó con las vidas de Vázquez y del gobernador. Si no es así, ¿de dónde ha sacado los mapas para llegar hasta aquí arriba? ¿Y qué está buscando? —concluyó.

—Si eso es así, debemos evitarlo.

No era la primera incursión de Manuel Lisa en el curso alto del Misuri, pero sí la que pretendía cambiar para siempre el modo en que navegamos nuestros océanos. Tal vez por eso los hombres se mostraban impacientes. Bajo la vela del esquife, una hilera de ocho jóvenes remaban a ritmo

constante. Otros dos, entre los que estaba George Drouillard, se agolpaban en la proa vigilando que los islotes fluviales no chocaran contra la quilla. El Manco y yo nos encargamos de la soga. Sobre el alcázar, Mary Hempstead y Manuel Lisa susurraban inquietos. Avanzamos siguiendo el curso del río durante casi una hora. Los álamos y los robles salpicaban la orilla, que en ciertos tramos tomaba altura y obligaba al río a encañonarse. Pese a ello, el Jefferson continuaba siendo perfectamente navegable, lo cual hacía que el navío no parase de salpicar entre sus tripulantes miradas de optimismo.

—¡Vamos a llegar al Snake!

—¡Y del Snake al Columbia! ¡Y de allí al océano!

Casi por sorpresa, las paredes rocosas desaparecieron y el curso se abrió ante nosotros lo suficiente como para que más de uno soltase un grito de ilusión por pensar que ya habíamos llegado.

—No es aquí. Queda un poco más —dijo en alto Manuel Lisa para acallar los murmullos esporádicos e instar al grupo a remar sin perder la ilusión que sin duda requería aquel momento histórico.

Treinta y cinco años atrás, los guardiamarinas del marino Bruno de Heceta enfermaron de escorbuto en la desembocadura del río Columbia y obligaron a su capitán a ascender río arriba en busca de agua potable. Durante treinta y cinco años, casi tantos como los que tema el propio Lisa, los trazos curvilíneos de su pluma habían permanecido intactos alrededor de una mancha negruzca; un lago capaz de unir los dos océanos más grandes del mundo conocido. Treinta y cinco años en los que un viejo mapa, vilipendiado por las autoridades de Nueva España y olvidado por todos salvo por Manuel Lisa y por mi padre, Joaquín Lisa, había esperado en silencio la oportunidad de ser usado por alguien con la capacidad y la voluntad de hacer historia.

Treinta y cinco años. Primero, en el baúl de un viejo marino. Luego, en el cajón secreto del escritorio de la casita en Nueva Madrid. Y desde entonces, a buen recaudo, en el bolsillo del frac de mi tío.

Paramos a comer apenas un par de minutos en los que, a decir verdad, casi nadie se llevó alimento a la boca. No obstante, fue tiempo más que suficiente para que Drouillard saliese con el joven Glass a merodear entre los arbustos y regresase a bordo con los cuerpos de una nutria y media docena de patos, todos ellos bien amarrados al cinturón del de Pensilvania.

—Si están por aquí los del otro esquife, habrán oído los disparos —advirtió el Manco.

A los lados, las montañas ondulantes se alzaban para volver a caer una seguida de otra. El sol de la tarde se ponía bajo los árboles cuando Manuel

Lisa nos sorprendió dando un brinco sobre los balaústres cobrizos del alcázar. Me puse en pie para contemplar su rostro con claridad y adiviné en su gesto una mueca de alegría.

—Creo que hemos llegado.

—Es imposible, Lisa —respondió Drouillard—. Estamos demasiado cerca. *Debería* faltar varias horas.

Algunos hombres corrieron hasta la proa, agolpándose entre las amuras de babor y estribor con la intención de observar el lago. Contra todo pronóstico, lejos de estrecharse en su curso más alto, el Jefferson se ensanchaba en aquel punto exacto de su recorrido, devolviendo al horizonte los álamos salpicados sobre la llanura de pastos verdes.

Si bien es cierto que llamar a aquello lago era una osadía, la forma de este se asemejaba de un modo asombroso al dibujo que Heceta había trazado sobre su mapa. Manuel Lisa ordenó que virásemos hacia el oeste, y para regocijo de los presentes, no tardó en aparecer ante nosotros un nuevo río, más caudaloso y ancho que el anterior, y que pese a la insistencia de sus meandros por revolverse sobre sí mismo, tomaba un rumbo nítido y marcado hacia poniente.

—¡Hurra! —oí gritar a mis espaldas—. ¡Bien hecho, capitán!

Recuerdo sentir al momento una ilusión contagiosa, una ensoñación que pronto fue compartida por todos y cada uno de los exploradores. El Manco, incluso, puso una mano sobre mi espalda y alzó el puño en señal de victoria.

Pero algo no iba bien. Drouillard y Lisa se miraron contrariados.

—No es posible, Lisa. Aún nos queda.

La corriente de las aguas había desaparecido y apenas emitía sonido alguno al margen del que la propia nave provocaba contra la superficie. Unos cien metros más adelante, de hecho, una pared de rocas daba paso a una colina y el cauce se perdía al pie de una alameda…

—¡Virad! ¡No es aquí! Hemos debido de anticiparnos. —Mi tío y el mestizo observaron con detenimiento el mapa. Poco después, viramos sobre nuestro rumbo y regresamos al supuesto lago de Heceta.

—Es imposible que esto sea un lago —se oyó decir a uno de los hombres.

—Más adelante, tal vez —musitó Mary.

—Debe de ser más adelante, sí. ¡Más hacia el oeste!

Con menos luz de la necesaria, el barco siguió navegando hacia poniente, atajando curvas cada vez más cerradas y esquivando los *troncos* y ramas que flotaban a la deriva. No hubo pasado mucho rato cuando nos topamos con un nuevo problema.

—Hay demasiados rápidos, capitán. Prácticamente no se ve el lecho. Habría que seguir por la mañana.

—Debemos de estar muy cerca. ¡Agarrad bien la soga!

Ante nosotros, el río Jefferson se desmembraba en una decena de riachuelos y canales abruptos que chocaban bruscamente contra los islotes de su margen derecha.

Fue entonces cuando sucedió. Mientras decidíamos cuál era la mejor forma de atravesar los rápidos, una sacudida hizo temblar el navío desde la quilla hasta su mástil. Perdimos el equilibrio y caímos al suelo de forma violenta. La nutria que Drouillard había cazado esa misma mañana salió despedida y, azarosamente, fue devuelta a las aguas del Jefferson. Los barriles de carne en salazón rodaron en la bodega y los mapas y aparejos de mi tío se desperdigaron por la cubierta. Hempstead gritó asustada cuando el mosquetón de uno de los presentes se disparó por accidente. El proyectil atravesó el sombrero del joven Glass, que a toda prisa trató de impedir que uno de los remos cayese por la borda.

Perdimos por completo el control de la embarcación y encallamos un poco más adelante, justo donde la rama de un gran sauce se inclinaba sobre las aguas.

Escudriñé el terreno con los ojos cansados. Demasiado oscuro. Habíamos apurado en exceso la luz del ocaso. Mientras el Manco arriaba la vela, Manuel Lisa salió del esquife, moviéndose enrabietado y pateando con fuerza las aguas de aquella ciénaga. Los demás saltaron con decisión, y se empaparon al instante los calcetines, el pantalón y hasta los calzones en aquella agua gélida y oscura. Encendí con dificultad un candelabro metálico y seguí a mis compañeros.

—Joaquín —dijo el Manco con rostro serio cuando hubo acabado de recoger el velamen.

—Qué quieres.

—Creo que hemos encallado.

Hicimos noche sobre la primera roca seca que encontramos, a buena distancia de donde había encallado el esquife.

29

A excepción de algún que otro carroñero y de ciertas criaturas que salían despavoridas nada más vernos —sobre todo ciervos, liebres pequeñas y patos—, aquella tierra estaba vacía. Desde que el Vázquez había encallado en un cenagal, dos días atrás, no hacíamos más que dar palos de ciego. Me duele reconocerlo, pero de algún modo el cansancio y el hastío iban pudiendo con nosotros. De no haber estado Mary Hempstead allí presente, probablemente nuestro ánimo hubiese decaído, pero ella siempre se mostraba optimista y nos instaba a tener paciencia.

—Joaquín, ¿estás bien? Abrígate y seca esas botas tan pronto como puedas.

—Estoy bien, Mary. ¿Cómo estás tú?

—Ilusionada. Estoy segura de que pronto hallaremos el paso. Confía en tu tío.

—Ya lo hago.

De modo que allí seguíamos, pese al frío y al hambre, buscando entre los valles estrechos un río más ancho, o un lago, tal vez una laguna pequeña, cualquier cosa que uniese algún afluente del Jefferson con otra masa de agua del otro lado de las colinas. Anoté lo siguiente en una cuartilla que aún conservo.

> *El rumbo hacia el oeste que hemos tomado, justo donde se supone que debiera haber estado el lago de Heceta, no ha dado buenos resultados. El navío ha encallado y al menos necesitaremos otro día para atar bien las sogas a los árboles y tirar de él. El caudal de los riachuelos de esta zona es muy pequeño, y su profundidad hace imposible cualquier tipo de navegación.*

Manuel Lisa caminó esas dos mañanas con algún acompañante hacia el oeste, regresando siempre al atardecer, con el rostro cabizbajo y una frase entre los labios:

—Aún no he visto nada. Pero ya nos falta poco.

Lo cierto es que, cuando decía nada, era literalmente nada. Ni lagos ni grandes ríos, ni siquiera alguna tribu. En aquel lugar no había más que castores y ciervos. Como podréis imaginar, lo que verdaderamente nos mantenía en vilo era el no haber tenido noticias del barco pequeño de velas grises que cinco días atrás había adelantado a La Santa Cruz en el tramo más alto de Misuri. Ni siquiera habíamos hallado un rastro de su presencia, por lo que algunos hombres habían comenzado a referirse a aquel navío como «*phantom*», «el fantasma».

—Ese fantasma endiablado terminará por encontrarnos a todos. Nos dará caza en plena noche, nos lanzará una maldición y nos mandará a todos al infierno —decía la tripulación.

—Sí. Y si eso ocurre, se acabará llevando toda la gloria —solía responder el Manco—. Pues no pienso permitirlo. Si hace falta hundirlo, lo hundiremos nada más verlo.

Al alba del tercer día, nos dividimos en parejas y caminamos en todas las direcciones posibles. Las gotas de rocío cubrían en su totalidad aquella llanura inhóspita, formando una capa blanquecina que se elevaba y descendía, ondulante, hasta el horizonte, repitiendo ese patrón en tantas ocasiones que uno se sentía insignificante. Bien al fondo, una sierra nevada poma fin a la pradera. Pensé que Manuel Lisa, que de manera expresa había pedido que fuera yo su acompañante, en otras circunstancias y con el ánimo más avivado hubiese dicho que estábamos más al norte y más al oeste de lo que ningún hombre blanco había estado hasta la fecha. Pero eso ya no importaba. Habían pasado a segundo plano las conquistas menores y tan solo prevalecía el hecho de encontrar el lago de Heceta antes de que el misterioso barco de velas grises lo hiciera, o antes de que la falta de munición, de alimento o de ánimo nos obligase a dar media vuelta para siempre. Cosa que, por otro lado, empezaba a tener cierto sentido.

—Tal vez deberíamos volver, tío.

—¿Cómo?

—El resto de la compañía sigue en Three Forks.

Pero Manuel Lisa era un hombre persistente.

—No nos iremos a ningún lado. Sé que estamos a punto de conseguirlo, Joaquín.

Esa noche volvimos al Vázquez junto con el resto de los exploradores. De nuevo, nadie había encontrado nada relevante. Ni rastro del otro barco. Ninguna pista sobre el posible paso.

Cenamos la última ración de nuestras provisiones y una liebre que habíamos cazado de buena mañana. Luego repartimos el turno de guardias.

Estuvimos más callados de lo habitual junto a la hoguera, y al cabo de un par de horas nos quedamos dormidos, bien guarecidos bajo una piel enorme y gruesa que habíamos recuperado de entre nuestros bártulos perdidos, junto a un pequeño riachuelo que discurría serpenteando entre las rocas.

Me desperté en plena madrugada y observé el manto estrellado durante un largo rato. Las estrellas brillaban en aquel lugar más que en ningún otro punto de los que alguna vez había contemplado.

El día siguiente fue la cuarta y última jornada de búsqueda.

Con el objetivo de divisar el terreno desde una posición elevada, atravesamos una meseta enriscada y absolutamente desapacible. Se trataba de una tierra alta, azotada por el viento de un modo atroz y de la cual brotaban otros riscos aún más altos y escarpados. Nos dijimos que desde aquella posición seríamos capaces de divisar el paisaje mejor que desde ningún otro lado, así que ascendimos por una pendiente de arenisca con cierta dificultad ayudándonos los unos a los otros para trepar hasta lo más alto.

Logramos hacer cumbre tras una hora de desmañado ascenso. Luego contemplamos con asombro la interminable telaraña de pequeños riachuelos y de cañones embarrados que se amontonaban hacia el oeste. Permanecimos quietos, a la espera de que alguien confirmara con palabras la cruda realidad que nuestros ojos ya habían vislumbrado.

—No hay lago alguno —concluyó finalmente Manuel Lisa. Pasó unos segundos rumiando otras palabras, maldiciendo entre susurros, a punto de estallar. Se contuvo y concedió un nuevo vistazo al horizonte—. Si de verdad existe el paso, no está en el Jefferson —añadió finalmente.

Nadie se atrevió a hablar después de aquello. Un soplo de aire hizo que las hierbas se agitasen y dibujasen extraños dibujos en la cima. Supe enseguida que aquella había sido una de las mayores desilusiones a las que mi tío se había enfrentado en toda su vida.

—Manuel… —arrancó Mary con la voz entrecortada, pero mi tío la interrumpió sin miramientos:

—El mapa está equivocado.

Un silencio aún más largo que el anterior nos mantuvo paralizados en lo alto de la colina. George Drouillard bajó su rifle y descansó un buen rato dejando caer su peso sobre la empuñadura. Con la mano que le quedaba libre, se rascó la cabellera y miró hacia el suelo con cara de circunstancia. Al ver que nadie hacía nada, di un paso al frente y miré fijamente a Lisa.

—¿Qué hacemos, *tío*? —pregunté.

—Nos volvemos a Three Forks.

—¿Y una vez allí?

—Y una vez allí regresaremos al fuerte —se giró sobre sí mismo y se colocó el sombrero sobre su testa con una mueca apagada y fría—, y desde allí, a San Luis.

—¿Se acabó?

—¿A qué te refieres con que se acabó, Joaquín?

—¿Nos rendimos?

—Nos rendimos.

—Mi padre creyó durante años que encontraríamos este paso. Tú mismo lo dijiste…

—¿Y no eras tú mismo él que decía ayer que debíamos darnos la vuelta? Tal vez llevaras razón.

—Pero él creía en el mapa, lo estudió a conciencia.

—Creer en algo no hace que ese maldito algo se convierta en realidad. —Aquellas palabras fueron demoledoras—. Lamento haberos traído a todos hasta aquí.

Manuel Lisa puso su mano sobre mi hombro y revolvió mi cabellera. Esa fue una de las pocas veces en que oí a mi tío pedir perdón por algo.

—De verdad. Lo siento.

Recuerdo lo que pasó después con una nitidez extraordinaria. Ya se habían retirado la mayor parte de los exploradores de aquella cima cuando el Manco, ignorando el momento grave y taciturno que se había generado, soltó un alarido confuso y señaló a un punto concreto del paisaje.

—¡Esperad! ¡Lisa! ¿Veis aquello?

Una masa de maderos carbonizados y el velamen flotante de un pequeño esquife se podían distinguir a simple vista desde nuestra posición. Avancé hacia el acantilado y coloqué mi mano sobre los ojos para protegerme con ella de la luz cegadora del sol. Una nube dispersa de humo manaba de las entrañas de aquel naufragio. De ese modo, segundos después de confirmar la ausencia del paso, hallamos al misterioso barco de velas grises que los hombres habían bautizado como «el Fantasma del Jefferson». Como si el destino hubiese querido que zanjásemos un asunto de forma precipitada antes de dar paso al siguiente. O como si un Dios todopoderoso nos hubiese liberado de nuestra carga a sabiendas de que entre el lodo y la vegetación de un cortado, y no a muchos metros de distancia, estábamos a punto de encontrar la explicación a buena parte de nuestras dudas.

30

El cadáver de un chico rubio flotaba azarosamente sobre las aguas del Jefferson. Estaba hinchado, con la piel pálida como la espuma y la vela gris del pequeño esquife enredada en torno al cuero de su cinturón pertrechado. Pese a ello, George Drouillard logró alcanzarle cuando se hubo aproximado lo suficiente a la orilla en la que nos encontrábamos. Al mestizo le bastó un leve movimiento de muñeca para que el cadáver girase sobre sí mismo. El rostro, del muerto estaba repleto de heridas recientes. Cortes profundos que se amontonaban entre sus mejillas y su pescuezo, desfigurando la mueca joven que sin duda había tenido. Nada más ver aquello, el Manco tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo por contener una arcada involuntaria. Finalmente no hizo más que tambalearse, palidecer y apoyar su peso en el tronco de un árbol viejo. Un momento después propuso volver sobre nuestros pasos.

—Capitán, tal vez sea inteligente volver al barco.

—No. Aún no —respondió mi tío.

—El responsable de esto no puede andar muy lejos.

—Eso no lo sabemos.

—Propongo entonces que no lo descubramos —insistió el isleño entre lamentos.

—No nos iremos de aquí hasta que sepamos de quién era este barco y quiénes lo han hundido.

Haciendo caso omiso de los deseos del Manco, nos aproximamos lentamente, con el arma en ristre y el ceño fruncido, tratando de entender qué había ocurrido con el Fantasma del Jefferson. Una bandera estadounidense pasó a nuestro lado flotando sobre las aguas, nos adelantó con apremio y finalmente se perdió en la distancia. Luego saltamos entre los islotes fluviales, siguiendo un rastro desordenado de astillas y flechas rotas. En cuanto nos hubimos aproximado lo suficiente, encontramos el cuerpo de otro hombre

tendido sobre la orilla. Le habían disparado tantas veces que su camisa, otrora blanca, parecía lucir un dibujo de flores rojizas.

No tardaron en aparecer los cadáveres del resto de tripulantes. El más anciano yacía de espaldas, con los ojos abiertos y las moscas zumbando en torno a su frente malherida. Miraba sin ver en dirección al cielo. De algún modo, sus rasgos me resultaban conocidos.

—¿Quién les ha hecho esto? —preguntó Mary Hempstead.

—Indios —respondió mi tío—. Pies negros. Tal vez gros ventres.

—O tal vez hayan sido los mandans —intervino otro hombre.

—No. No han sido los mandans.

El fluir de las aguas inundaba la escena con un susurro meditabundo, continuo y melancólico. Caminé hasta la linde del pequeño bosque. Reconocí en los troncos de los árboles tajos, cortes y agujeros de bala; marcas de una batalla reciente, muy intensa, pero fugaz.

—No hemos visto ni un solo poblado —insistió Mary.

Manuel Lisa dudó por un instante. Luego subió a lo alto de una pequeña colina en la que, acuclillado sobre el terreno, ya se había apostado George Drouillard. Observaron juntos cómo el rastro de un montón de hombres se perdía entre los matorrales.

—Porque no vivían aquí —respondió finalmente mi tío—. Estaban de paso. Vinieron del norte, atacaron a esta embarcación y siguieron hacia el sur.

—¿Un partida de guerra? —intervino Drouillard. Sus pendientes plateados brillaban una barbaridad con la luz cenital del sol de primavera—. ¿Pies negros, tal vez?

Pero Lisa no respondió. Apartó unas ramas con la mano, entrecerró los ojos y se deslizó lentamente por el terraplén enlodazado. Avanzó con decisión entre los cantos de la orilla y se detuvo ante lo que quedaba del esquife; un enorme pedazo de madera inclinado sobre las aguas. Los demás nos limitamos a observarle con detenimiento, aunque yo no tardé en comprender lo que escudriñaba con la mirada. Sumergió los brazos en el agua y, emitiendo un gruñido áspero, fruto del esfuerzo, sacó del fondo un enorme madero cóncavo que con toda probabilidad había formado parte de la amura de babor. Lo depositó sobre la tierra embarrada. Luego giró la cabeza lentamente con la intención de leer la inscripción que se hallaba escrita en nítida tinta negra sobre la superficie de madera astillada.

PACIFIC FUR COMPANY.

Apenas le bastó un segundo a Manuel Lisa para sacar la chapa metálica de su bolsillo y apretarla entre los dedos de forma violenta. Las siglas «P. F. C.» podían leerse aún en su cada vez más desgastada silueta. Drouillard y yo nos miramos por un instante y comprendimos de inmediato la relevancia del hallazgo. Las víctimas de aquel naufragio teman algo que ver, sin duda, con el responsable del asesinato de Benito Vázquez. De ahí que hubiesen llegado tan lejos. Eso explicaba su extraño comportamiento y daba coherencia al temerario impulso de adentrarse en aquellas aguas.

El mástil del barco crujió y se partió en dos y ambas mitades se acabaron deslizando corriente abajo. Mi tío permaneció impasible ante tal estruendo y se demoró un instante más ante la chapa de metal, murmurando para sus adentros y tratando sin éxito de buscar respuestas a lo sucedido. Respuestas que tal vez nunca hubiesen llegado de no haber sido por lo que ocurrió segundos después a nuestra espalda. Un rumor tenue y entrecortado hizo que dirigiésemos nuestra atención al arbusto en flor y lleno de espinas que se alzaba medio metro desde el suelo, justo detrás de nuestra posición. No fue difícil discernir tras él un cuerpo moribundo. Pertenecía a un chico joven, moreno, de piel oscura y nariz aguileña. Los que, pese a las heridas, logramos identificar a Arturo contuvimos el aire un momento y después emitimos un suspiro de sorpresa. Del vientre del isleño salía una saeta oscura, larga y astillada. Sus ojos brillaban entre lágrimas mortecinas.

—Lisa, ayuda… —susurró en español—. Lo siento mucho…

Lejos de concederle ayuda alguna, Manuel Lisa caminó a toda prisa hasta su posición y pisó los dedos de su mano con fuerza. Arturo emitió un pequeño aullido de dolor, y luego permaneció atento y asustado ante la mirada impasible de mi tío.

—¿Qué haces aquí? —espetó mi tío finalmente.

—Nos atacaron…

—¿Quién?

—Pies negros. Cientos de ellos… Ayúdame, por favor.

Manuel agarró con fuerza al chico por la pechera de la camisa. Sus ojos transmitían una rabia desconcertante. Una sentimiento ambiguo, capaz de ser al mismo tiempo frío como el hielo y candente como las chimeneas del Infierno de Colter.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Por favor…

—¿Qué es esto, Arturo? —Lisa le mostró a su amigo la chapa metálica con las siglas P. F. C. que durante tantos meses había guardado en sus

bolsillos.

—No lo sé, Manuel. —Un brillo tenue y compungido se reflejó en los ojos del muchacho cuando observó cómo nuestras caras contemplaban con asombro el interrogatorio. Arturo se detuvo en mi mirada durante un largo rato, aunque no tanto como en la del Manco, que observaba atónito y desamparado las heridas de su viejo amigo. Finalmente, Arturo volvió a hacer un esfuerzo por observar la chapa metálica que sostenía mi tío entre los dedos —. Parecen las siglas de la Pacific.

—¿La Pacific?

—La Pacific Fur Company, la empresa para la que hemos estado trabajando estos meses… mi padre y yo.

Un último estruendo señaló el quebrar de las maderas y envió al fondo del Jefferson lo que quedaba del esquife.

—¿Quién la dirige?

—Jacob Astor. El alemán. Era un secreto… Es la nueva filial de la American…

El rostro de mi tío se torció brevemente. Por un momento creí que sería capaz de aplastar el cráneo del isleño en un arrebato de ira; sin embargo, su interlocutor hizo una afirmación capaz de quitarle esos pensamientos de la cabeza.

—No existe el paso, Manuel. Los mapas estaban mal.

Mi tío pisó aún con más fuerza, apretando con su bota los dedos de Arturo. El isleño, por su parte, se limitó a emitir un sollozo vergonzante.

—Robasteis los mapas —sentenció con voz ronca Manuel Lisa.

—Lo siento… Yo no… Fue… mi padre… —El sollozo se convirtió en llanto, y unas lágrimas cargadas de duelo y vergüenza empaparon el rostro de nuestro antiguo compañero—. No lo sabíamos…

—¿El qué?

—No sabíamos que el viejo Vázquez estaría allí… Lo siento tanto…

—Pensé que tu padre lo había dejado. Nos vendió su maldito barco.

—Necesitábamos el dinero. Por favor, Lisa, ayúdame. —La rama del arbusto que había escondido el cuerpo de Arturo se agitó con el viento—. Nuestro capitán ofreció a mi padre dinero de sobra para tratar la enfermedad de mi madre… Lo único que nos pidió a cambio fueron los mapas. Tus planos de esta zona del continente… Lo siento mucho…

—Malditos seáis tu padre y tú, Arturo.

—Ese pecado maldijo nuestra expedición, lo sé…, lo presiento… Ruego a Dios que nos perdone por ello. Ruego que me perdones, Lisa. Mi padre ya ha

pagado por ello.

El muchacho señaló con el dedo hacia el cadáver de su padre. De pronto entendí por qué el rostro de aquel hombre muerto me resultaba tan familiar. Aunque con una apariencia casi irreconocible, Juan Ignacio era el anciano que yacía de espaldas, con los ojos abiertos y las moscas zumbando sobre su cráneo. El comentario pareció resbalar en el semblante serio de mi tío, pero intuyo que solo fingía esa frialdad para obtener toda la información necesaria de la boca de su viejo amigo.

—¿Quién os encargó robar los mapas? ¿Jacob Astor?

—No, señor. Nuestro capitán… El señor Williams. Quería sorprender a Astor…, ser ascendido y capitanear la construcción del nuevo fuerte… —El isleño volvió a señalar en dirección al río. El señor Williams debía de ser el hombre al que habían disparado tantas veces que su camisa lucía un sinfín de flores rojizas. Manuel Lisa apretó los labios y cerró los ojos por un momento. Arturo observó de nuevo a su alrededor, nos miró arrepentido y entendió sin dificultad el gesto de mi tío.

—¿Para qué necesitaba la Pacific nuestros mapas?

—El río Columbia… Astor quiere hacer suyo el territorio del noroeste. De haber encontrado el paso antes que él…, le hubiese sido imposible… Pero no existe, Lisa…, no hay paso. —Un reguero de sangre manó de la boca del isleño cuando una sacudida de su vientre le provocó una tos repentina y aparatosa. Manuel Lisa se limitó a sentarse junto a su amigo. Observó desde allí cómo el rastro ancho y desordenado de los indios se perdía entre los árboles, hacia el sur.

—¿Cómo han hundido vuestro barco?

—Un cañón. —Aquella respuesta hizo que Droüillard y mi tío intercambiasen una mirada de preocupación.

—Sois vosotros los que habéis armado a los pies negros.

—No, Manuel —respondió el chico—. La Northwest. Y la Compañía de la Bahía de Hudson. Los ingleses. Les vimos intercambiar armamento con ellos… hace tres semanas, más allá de la desembocadura del Pequeño Misuri…

Aquellas declaraciones coincidían con las descripciones y acusaciones que los arikaras habían hecho meses atrás, cuando nos habían atacado al confundirnos con soldados británicos. Arturo miró hacia un lado y nos examinó uno a uno por enésima vez. Luego empezó a tiritar.

—Huid, Lisa… No volváis al fuerte. Allí se esconden los omahas… lo sabe todo el mundo. No volváis… Los pies negros van hacia allá. Van a

destruir el fuerte y a todo el que lo proteja… Los ingleses están de su lado…

Mi mundo empequeñeció y aceleró su ritmo a partes iguales. No recuerdo siquiera si Arturo murió en el acto o tardó aún varios minutos en contarnos lo que sabía entre toses y lamentos. Pero recuerdo que agarré a Manuel Lisa del hombro y que el Manco me agarró a mí, tirando con fuerza de la parte trasera de mi camisa. George Drouillard ayudó a Mary a ponerse en pie para evitar que fuese arrollada entre los forcejeos y empujones de una discusión breve y nerviosa. Entre gritos y órdenes discordantes corrimos hasta el Vázquez.

—¡Volvemos al barco!

—¡Corred!

Los pies negros iban hacia Fort Raymond cargados de armamento británico. Aún tardaríamos meses en entender sus intenciones, pero en aquel momento comprendimos que su determinación más momentánea era la de destruirlo todo para impedir el crecimiento de nuestra empresa: aquello significaba que cientos de guerreros armados con cañones se dirigían hacia Mitain. Ese único hecho angustioso e irrefrenable colmó mis pensamientos desordenados y me obligó a actuar mediante impulsos, de forma arbitraria pero persistente, como la luz de la luna sobre el agua. Debía regresar al fuerte, advertir a los omahas del ataque y prevenir que muriesen decenas de hombres y mujeres inocentes.

Salvar a Mitain y a mi hija o morir en el intento.

31

—¡Vamos! —grité inclinando la cabeza y buscando su silueta sobre el horizonte—. ¡Más rápido!

No podían oírme. Estaban demasiado lejos.

El primer lucero del alba tardó en calentar la pradera, casi como si el sol no se atreviera a salir de entre las colinas, asustado tal vez por el manto de niebla que esa noche había cubierto el paisaje embarrado. La llanura, por su parte, despertó enrarecida, tan húmeda y fría que producía escalofríos el simple hecho de contemplarla. Los animales que habían salido a cazar temprano se asustaron al vernos rasgar el horizonte y volvieron a sus madrigueras. Abrazaba las riendas con fuerza y entrecerraba los ojos por evitar que las gotas de sudor me nublasen la vista.

—¡Rápido! —volví a exclamar—. Un poco más.

Cabalgábamos ajenos a la calma del paisaje. Veloces, sin demora, perturbando ferozmente la tranquilidad del valle. Si no me equivoco, gritaba porque los demás iban por detrás, y cada vez que volvía la mirada, comprobaba que la distancia con ellos era más y más notoria. Los que me seguían eran Manuel Lisa, George Drouillard y Diego de Goiri. Intuyo que todos ellos, sin excepción, habrían preferido que hubiese ralentizado el ritmo, que hubieses parado un segundo a meditar mejor la ruta o a dejar que los animales tomasen un respiro, pero no podía hacerlo. No estaba dispuesto a perder un solo segundo.

Espoleé a mi caballo con desesperación, apretando sus flancos e inclinándome sobre su lomo para coger velocidad. Por suerte, era una buena montura. Un animal musculoso, de crines blancas y lomo manchado. Apoyé por un instante la nariz en su cuello y la diferencia de temperatura me hizo comprobar que, pese al sudor, tenía el rostro congelado. El pantalón harapiento y la camisa de botones no eran abrigo suficiente: es más, mis orejas estaban ya completamente entumecidas; con las prisas, había dejado el

poncho y el abrigo de piel en Three Forks, pero ya no había forma de recuperarlos. Tan solo podía mirar hacia delante y hacer todo lo posible por que el caballo no aminorase la marcha.

Durante la noche, la niebla había sido densa y pesada, así que para no errar en el trayecto me había servido de los conocimientos del terreno que teman mi tío y Drouillard. Pero en aquel momento, con el sol por fin alzándose sobre la cordillera occidental, el manto se había esfumado, y para llegar a Fort Raymond uno no tenía más que trazar una línea recta hacia el sur, dejando al lado derecho las montañas grisáceas y sin perder de vista la posición que su propia sombra proyectaba sobre el suelo para no desviar el rumbo.

Permanecí cabalgando de este modo cerca de media mañana. Ni relajé los músculos ni me di por vencido. Todo lo contrario: seguí espoleando los costados del animal y animándolo a apretar el paso. En más de una ocasión escuché cómo el caballo se quejaba emitiendo un relincho agónico.

—Ánimo. Ya falta poco.

Mientras surcaba el manto de fina hierba y esquivaba los charcos plateados, trataba de ordenar en la cabeza mis pensamientos. Intentaba, a fin de cuentas, comprender cómo habíamos llegado a esa situación.

El día anterior, con la noticia del misterioso esquife hundido y la partida de guerra de los pies negros, la compañía acampada en Three Forks había pasado por alto el fracaso en la búsqueda del paso de Heceta. Es más, nada más regresar, las inmediaciones del Vázquez se convirtieron en un tumulto asustadizo y preocupado. Algunos hombres aconsejaron sin éxito que esperásemos allí a que todo hubiese pasado. Otros, entre murmullos tímidos y quejas continuas, amenazaron con desertar al alba. La gran mayoría, no obstante, prefirió limitarse a seguir las órdenes de mi tío y cargar en el barco las tiendas y los sacos de pieles a toda prisa. A mi lado pasó un cazador viejo. Aferraba con fuerza la cruz de su cuello y rezaba en un perfecto francés. Pedía a Dios volver a casa pronto para reencontrarse con su familia. Creo no equivocarme si digo que yo era el único que manifestaba, al menos de viva voz, el deseo sincero de llegar a Fort Raymond antes que los pies negros.

—Llegaríamos antes por tierra que siguiendo el curso del río —le había espetado a mi tío—. En línea recta no podemos estar a más de dos días del Yellowstone. —Al no obtener respuesta, acabé concluyendo en voz alta—: Iré yo.

—No, Joaquín.

—¿Por qué?

—Te perderás. Todos los valles son iguales desde aquí hasta el Yellowstone.

Por suerte, alguien más compartía mi opinión: George Drouillard había escuchado con atención nuestra conversación. Paciente, tranquilo, sin hacer un solo gesto. Y en ese preciso instante, y al ver que yo mismo no me bastaba con mis argumentos para hacer a Lisa entrar en razón, se puso en pie y, colocando sobre su espalda un poncho de tela oscura, posó su enorme mano sobre el hombro de mi tío.

—Manuel, el chico tiene razón, *ha* camino del río *es* demasiado hacia el este antes de ir hacia el sur. Caballos. No hay otro modo de llegar a tiempo, y debemos avisar a los cazadores.

Aquella frase —y alguna otra que ahora no recuerdo— terminó por convencer a mi tío, que resopló meditabundo, se acarició la cicatriz del cuello y se mesó con aplomo el pelo de sus patillas. Manuel Lisa tenía una obligación para con la gente de Fort Raymond. Al menos cincuenta hombres seguían allí apostados, cazando y trampeando para la compañía bajo las órdenes de Andrew Henry. Ajenos, sin duda alguna, a la devastación que pronto caería sobre todos ellos. El compromiso con aquellos hombres era ineludible. Tal vez por eso Lisa no respondió. Tan solo me concedió una mirada conciliadora, murmuró algo para sus adentros y se agachó para apretarse con fuerza los cordones de sus botas. Luego mandó llamar a John Colter y al Manco. Les encomendó con rostro serio y mirada serena proteger a la señorita Hempstead a bordo del esquife, pues, tal y como podíamos ver, la tripulación se agolpaba nerviosa en ese preciso instante sobre la cubierta del pequeño barco.

—John. Partid rumbo a Fort Lisa. No paréis en Fort Raymond.

—Pero, Manuel…, ¿y si no llegáis a tiempo?

—Veinte hombres no cambiarán la situación. La Santa Cruz debe de estar ya de regreso, atracada junto a Fort Raymond. Huiremos en ella; vosotros proteged el otro fuerte.

—Sí, capitán —respondió el Manco.

—Joaquín, recoge tus cosas —me dijo luego—. Iremos a caballo.

Unos minutos después ensilló la montura, se deshizo de los bártulos que consideró innecesarios y abrió la marcha con su elegante caballo negro, eligiendo sin mucha demora el camino entre la maleza. Le siguió con apremio George Drouillard, montado sobre un gran equino marrón que les habíamos comprado a los crows. El pelo negro recogido en una larga trenza, para impedir que se agolpase sobre su rostro, dejaba brillar sus pendientes con la

luz de aquel cielo inmenso. Por un momento, pensé que yo cerraría la marcha, pero un tercer caballo, blanco, desgarbado y que piafaba impaciente entre los arbustos, me adelantó justo al tiempo en que me preparaba para hacer galopar al mío.

—Voy con vosotros —dijo Diego de Goiri amarrando con fuerza las riendas e hincando con ímpetu los pies en los estribos. Luego me concedió una mirada cálida y segura, y le tendió al Manco su libreta, su cuaderno de cuero y una bolsa de tela fina repleta de dibujos—. Cuida muy bien de esto, por favor.

El Manco asintió y se retiró de allí a toda prisa. De Goiri le vio marcharse y luego volvió a mirarme.

—Joaquín. Salvemos a esa gente.

La mañana transcurrió veloz y casi tan calurosa como las herraduras de nuestras propias monturas. Manuel Lisa, George Drouillard y Diego de Goiri lograron alcanzarme al mediodía, momento en que no nos quedó más remedio que permitir que nuestros caballos abrevaran en la linde de una laguna.

—Hemos recortado distancias con los pies negros —dijo mi tío, que se había arrodillado para pegar su oreja izquierda al pasto de la llanura.

—Son lentos, Manuel. Son muchos. Si continuamos así, nos adelantaremos *en* ellos muy pronto —añadió George Drouillard con gesto triunfal.

El sol calentaba a esa hora el terreno y arrancaba de nuestras frentes gotas de sudor. De no haber sido por el apremio de nuestra empresa, probablemente habríamos parado a darnos un baño en el pequeño lago.

—Manuel —intervino Diego de Goiri—. ¿Y si nos encuentran ellos a nosotros?

—¿Cómo dices?

—¿Y si al tratar de adelantarlos nos viesen ellos a nosotros? Han debido de bordear la sierra por el otro lado, pero nada más lleguen al valle, tomarán el cauce del Yellowstone.

Nadie dio contestación a la pregunta. Tal vez por incertidumbre. Tal vez por miedo a la respuesta.

Más tarde seguimos galopando con brío, apretando la parte trasera de nuestras botas contra los flancos de los animales e inclinándonos sobre su lomo para coger más velocidad. La cordillera Teton y otras sierras menores se erguían a nuestra derecha, impasibles e inmensas. Conservaban aún la nieve en sus picos y estaban salpicadas por árboles floridos a lo largo de sus faldas.

Montañas salvajes y vírgenes, ajenas a la guerra y la destrucción de la que muy pronto íbamos a ser testigos.

El sueño y el hambre, que habían permanecido a la espera durante un día entero, no tardaron en aparecer. Por suerte, esa noche, instantes después de caer desfallecidos por el cansancio, Drouillard le atinó con el rifle a un conejo pequeño y grisáceo que De Goiri no tuvo ánimo de clasificar. Tras cocinarlo como buenamente pudimos, lo compartimos de buena gana, y con el estómago lleno, nos acuclillamos junto al vórtice de fuego. Me acerqué tanto a las llamas como me fue posible soportar, ahuecando las palmas de las manos para atrapar el calor de la hoguera. Luego, cuando las hube tenido así un buen rato, las presioné contra las costillas con la intención de mantener el torso caliente.

No podía dejar de pensar en Mitain. Tanto era así que hasta el crepitar de la lumbre me recordaba al del fuego que tantas veces habíamos encendido en su propia cabaña. El miedo a perderla para siempre era insoportable. Mi tío me observaba desde la distancia, callado, analizándolo todo como siempre hacía, con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados sobre las piernas.

—Tienes miedo a perder a la chica, Joaquín. A Mitain —dijo de pronto. Las miradas de Drouillard y de Diego se sumaron a la suya.

—Sí —respondí.

—Es algo natural. No debes avergonzarte.

—No lo hago.

Supe entonces que el tiempo y la experiencia me habían enseñado a perder la vergüenza ante las afirmaciones de ese tipo. «No lo hago», volví a susurrar para mí mismo.

—Me alegra. A este ritmo llegaremos a tiempo de advertirles. Podrán huir hacia el sur.

De Goiri se incorporó, se colocó bien sus anteojos al tiempo que fruncía el ceño y observó con calma el movimiento de las llamas.

—¿Y por qué habrían de huir? —dijo con voz calmada, sin apartar las lentes brillantes de la hoguera.

Manuel Lisa arqueó las cejas sorprendido.

—Porque, de lo contrario, una partida de guerra equipada con armamento británico y que con toda probabilidad los triplica en número acabará con su tribu.

—Si huyen hacia el sur, los siux volverán a perseguirlos.

—Y si se quedan en Fort Raymond, morirán en el acto.

—Al menos tendrán la oportunidad de defenderse.

—Cierto. Si se quedan, se defenderán. Y morirán.

Un estrépito violento de las llamas siguió a aquella sentencia rotunda de mi tío. George Drouillard se recostó entre las mantas, cerca del fuego, y suspiró profundamente, como tratando de ahuyentar de entre sus pensamientos un recuerdo arrepentido. Al cabo de un rato, dijo:

—Pocos años atrás, hice encargos *para ingleses* de la Compañía de la Bahía de Hudson. Transporté sus armas hasta Detroit. Cañones, rifles. *Seguro* las mismas armas que ahora les han vendido a pies negros. —Dio media vuelta sobre sí mismo y arropó sus hombros con la piel de bisonte que tapaba todo su cuerpo—. Hace años no había cañones, *no* rifle. Ahora *todas tribus* pelean por territorio, por no tener ninguna su propia tierra.

—George… —trató de responderle mi tío.

—Ingleses, franceses, estadounidenses, Chouteau, P. F. C… —siguió él. Un brillo melancólico reflejó en sus ojos la luz de la hoguera—, da igual. Si omahas van a morir, nosotros también hemos matado a omahas.

De Goiri asintió con timidez. Mi tío guardó silencio.

A menudo recuerdo aquellas palabras de Drouillard, pues sembraron en mí la semilla de algo que desde entonces ha rondado mi cabeza. Algo que ha sido capaz de matizar e incluso de definir con rigor gran parte de mis actos. Tal y como se demostró en la guerra que tuvo lugar dos años más tarde, los ingleses estaban armando a las tribus indias para ayudar a estas a frenar la colonización estadounidense. No obstante, los nativos, que a fin de cuentas no son tan distintos a los hombres blancos como estos segundos parecen creer, usaron el armamento y las alianzas con los europeos para resolver viejas rencillas e imponer su cultura frente a la de otras tribus vecinas. George Drouillard, arrepentido, cansado y a punto de dormirse por última vez bajo la piel de aquel bisonte, no hizo más que manifestar algo que a todas luces había de ser cierto: el empuje del hombre blanco, el comercio de sus armas y, por supuesto, la irrefrenable invasión de su territorio, estaban motivando y acelerando una trágica deriva que tarde o temprano llevaría a la muerte de las naciones indias. Una deriva de la cual eramos, quisiéramos o no, partícipes y culpables.

Dormimos varias horas en aquella noche calmada y fría. Los caballos descansaron también, a pocos metros de distancia, bajo un sauce que se erguía, inmenso, en medio de la pradera. A decir verdad, después de llevar dos días cabalgando a un ritmo demencial no fue difícil conciliar el sueño. Amanecimos, de hecho, cuando el sol ya se había alzado varios palmos sobre

el horizonte y la hoguera que nos había calentado en la oscuridad no era más que un montón de ceniza sobre un tronco chamuscado.

—En pie —dijo Lisa—. Hay una distancia considerable que cabalgar hasta el Yellowstone.

Me levanté de un brinco. Pisé las cenizas. Recogí mi manta. Apenas había hecho esto ultimo cuando unas sombras lejanas se deslizaron entre los troncos aún oscuros de unos árboles distantes. Manuel Lisa, que nos azuzaba para que acelerásemos el ritmo, fue el primero en reconocer su movimiento por el rabillo del ojo. De Goiri, que se encontraba a mi lado ensillando su montura, se recolocó sus anteojos alarmado por el gesto de su amigo. Nada más girar la cabeza, vimos otra silueta extraña y veloz correr por el bosque, esta vez mucho más cerca de nosotros.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Diego.

Manuel Lisa cargó su rifle. El vizcaíno y yo le imitamos de inmediato. Drouillard, en cambio, ya se había percatado de la posible amenaza y se limitó a arrastrarse por el terreno con la intención de vislumbrar lo que nos acechaba tras el espesor de las ramas bajas. El viento agitó las hojas de los árboles e hizo que chocaran las unas con las otras en un arrebato violento. «¿Y si al tratar de adelantarlos nos viesen ellos a nosotros?», había preguntado De Goiri el día anterior. En su rostro asustadizo pude leer el deseo sincero de haber errado en sus predicciones.

Una silueta surgió justo entonces sobre la colina más cercana. Se alzó sobre el suelo recortando su figura contra el azul del cielo y clavó su mirada en cada uno de nosotros. La silueta pertenecía a un indio desgarbado, tan largo y flaco como un árbol muerto, con el rostro pintado en tonos oscuros y una lanza en su mano izquierda. La mitad de la cabeza la llevaba rasurada y de la otra mitad crecía una cresta rojiza. Tanto su traje de ante como las telas con que cubría sus piernas estaban salpicadas con el oscuro verde grisáceo de los árboles. Las pinturas negras de sus mocasines brillaban de forma radiante con la luz de la mañana.

—Nos han encontrado —dijo mi tío con el rostro serio, moviéndose lentamente entre la maleza.

Al indio alto y desgarbado pronto le acompañaron, en lo alto de la colina, cerca de diez pies negros con indumentaria similar y cara de pocos amigos.

Frente a los movimientos sutiles de Manuel Lisa, uno de ellos empezó a gritar, como alertando al resto de la partida de nuestra presencia. No tardamos en oír un lejano rugir de voces desordenadas y aullidos alarmados.

—¡A los caballos! ¡Corred!

Hundí el pie en el estribo de mi montura y di un brinco tan fuerte que por poco caí del otro lado del animal. Espoleé su costado y bajo mi cuerpo sentí el ímpetu bravío del caballo rompiendo a galopar. Crucé una llanura desprotegida tan rápido como pude y muy pronto logré vislumbrar un bosquecillo de álamos que brotaba sobre el horizonte. Miré de reojo y comprobé que a mi lado iba Manuel Lisa. De Goiri nos seguía a toda velocidad y tras él se acercaba a toda prisa un ruido alborotado de gritos disonantes y pisadas rabiosas. Volví a mirar hacia atrás. No fui capaz de ver a Drouillard.

—¡¿Dónde está George?! —grité, pero el sonido ensordecedor del viento y el estruendoso pisar de los caballos sobre el pasto seco de la llanura impidieron que nadie consiguiese escuchar lo que decía.

Es imposible saber si los pies negros iban tras nuestra pista o si, tal y como mi tío siempre defendió, nos encontraron por casualidad. Tal vez la hoguera de la noche anterior les permitió hallar nuestra posición. Hoy día, les reconozco incluso la capacidad suficiente como para haber seguido nuestro rastro desde el preciso instante en que paramos a descansar en la laguna.

De nuevo, giré la cabeza por ver si nos seguían, y confirmé que al menos una docena de jinetes indios había logrado adivinar nuestro rumbo. Sostenían mosquetones y lanzas entre las manos y algunas de sus melenas ondeaban al viento ataviadas con plumas de colores. De algún modo nos recortaban distancias a cada momento que pasaba. George Drouillard seguía sin aparecer. El corazón me latía tan fuerte que parecía que se me iba a salir por la boca en cualquier bocanada. Si nos alcanzaban, moriríamos. Y si moríamos, no podríamos llegar a Fort Raymond a tiempo, de modo que también morirían los omahas. Morirían Mitain y Rosalía, y nada de todo lo que os he contado habría servido para nada.

De repente, justo cuando hubimos alcanzado la linde del bosque de álamos que se extendía frente a nosotros, el caballo marrón de Drouillard cruzó, asustado y relinchando, los arbustos. Sin jinete a la vista. Tiré de las riendas de mi montura y aminoramos la marcha, desconcertados. Manuel Lisa cargó su rifle y giró varias veces sobre sí mismo en busca de su viejo amigo.

—¡George!

—¡Corre! —nos respondió Drouillard en ese preciso instante—. ¡Huye!

El mestizo estaba apostado en cuclillas tras un enorme árbol caído. Terna el rifle Brown Bess sujeto entre las manos y apuntaba con él hacia nuestros perseguidores. Supe de inmediato que se había apeado de su caballo a propósito *con* la intención de abrir fuego contra los pies negros.

—¡George! —gritó Lisa—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Manuel! ¡*Llegar* a Fort Raymond!

—¡No, George! —respondió mi tío, horrorizado.

—¡Es *un buen* idea! ¡Es *un buen* idea!

El plan de Drouillard era simple: sacrificarse para hacer creer a los pies negros que todos nos habíamos escondido en aquella pequeña alameda. Contemplé con estupor cómo Manuel Lisa dejaba escapar un grito desgarrador antes de mirar hacia nuestra espada y espolear nuevamente los costados de su animal. Diego y yo le seguimos, asustados y confusos. Noté de nuevo la fuerza del caballo rompiendo a galopar bajo mis piernas cansadas y miré hacia atrás por última vez en aquel día nefasto.

George Drouillard acertó el primero de sus disparos. Cargó rápido el rifle y volvió a colocarlo sobre su hombro. Con el segundo tiro logró derribar al caballo de otro de nuestros atacantes, y con el tercero, al indio largo y flaco con forma de árbol muerto que nos había encontrado esa misma mañana.

No hubo más disparos. Tan solo un forcejeo largo y violento. Golpazos, cuchilladas, hachazos. El eco de los gritos de Drouillard resonó cien veces a lo largo del valle para morir después en una última frase tan agónica como eterna.

—¡Es *un buen* idea!

32

Sobre las paredes de Fort Raymond se proyectaban sin quererlo un centenar de tipis grises y ondulantes recortados contra el naranja del atardecer; la hoguera crepuscular de los omahas ardía en la creciente oscuridad, y provocaba que un sinfín de sombras serpenteantes dibujasen sus contornos sobre los maderos de la empalizada. Algo más lejos, sobre las aguas del río, ondeaba ya La Santa Cruz, que debía de haber regresado río arriba durante la última semana.

Mitain se encontraba apoyada en una pequeña valla del corral que servía a los cazadores para cobijar a los caballos. Al parecer, ella me había sentido llegar antes incluso de que hubiésemos cruzado el Bighorn a lomos de los caballos. No obstante, corrió a mis brazos, y yo a los suyos, nada más nos vimos desde la distancia.

—Joaquín —entonó con voz alta y clara haciéndose hueco entre los curiosos—. Sabía que *volver*, Joaquín.

La pérdida de Drouillard había sido tan horrible que ni Diego, ni Manuel ni yo nos atrevimos a elevar la voz durante los primeros minutos de nuestra llegada. Anduvimos a paso ligero entre sonrisas forzadas y pedimos a los omahas que nos trajeran un poco de agua. A lo largo de la colina sobre la que se erguía el fuerte, los cabellos rubios de Andrew Henry se arremolinaron al tiempo que el estadounidense descendía en nuestro encuentro. Aprovechando el ajetreo, Mitain y yo volvimos a abrazarnos, pero no perdimos ni un solo minuto en dilatar aquello con explicaciones precipitadas. Tomé su mano y la conduje hasta el poblado. Ella me besó en la mejilla, sonrió y me hizo entrar en un tipi blanquecino engalanado con dibujos de bisontes y símbolos rectilíneos para mostrarme que en su interior se hallaba Rosalía. Los ojos marrones de la niña se encontraron conmigo por sorpresa, y luego emitió un sonido dulce y agudo entre la risa y el asombro. La cogí con ambas manos y la alcé sobre los barrotes de la cuna de roble. El pelo castaño seguía tan

alborotado como de costumbre, pero le había crecido una barbaridad, y estaba ahora mucho más largo que en la anterior ocasión. Para mi sorpresa, la niña comenzó a balbucir un montón de palabras inconexas al tiempo que zarandeaba su sonajero de pezuña de ciervo. Luego noté la cabeza de Mitain sobre mi hombro y un montón de pensamientos difusos e irracionales quebraron la paz que durante un instante fui capaz de sentir en el interior de la piel de toro que conformaba la estancia. Inundaron mi mente el barco hundido del Jefferson, la repentina huida desde Three Forks y la muerte de George Drouillard. Dejé a la niña en la cuna y suspiré profundamente con el ánimo de contarle a Mitain cuanto había ocurrido en los últimos días.

—Mitain.

—Joaquín.

—Escucha. Hay poco tiempo. Tenemos que hablar de algo.

Minutos después Manuel Lisa y Ontopanga, así como el resto de jefes arikaras y poncas, se reunieron en torno a una hoguera a la entrada de Fort Raymond. Mi tío dio la voz de alarma y advirtió de un modo severo a los indios del peligro que corrían sus pueblos si se quedaban allí y no huían de inmediato. Con una mueca angulosa transida de fervor instó a hombres y mujeres a correr, a refugiarse en otra parte, a escapar una vez más del miedo y de la guerra. Diego de Goiri permanecía junto a Lisa. Tenía el gesto serio y meditabundo. Sus anteojos, que habían sufrido una ligera avería en la persecución de esa mañana, reflejaban con exactitud la luz rojiza y tintineante de las hogueras. Entre ambos se encontraba Andrew Henry, con el pelo más largo que de costumbre y el rostro afligido y derrumbado por la pérdida de su amigo. Lisa le había relatado la caída de Drouillard antes que al resto, a sabiendas de la relación de amistad que ambos habían mantenido en el pasado. Por su parte, Ontopanga no hizo más que asentir con seriedad ante el relato de mi tío y conceder miradas serias a todos y cada uno de sus interlocutores.

Es difícil discernir hoy día con exactitud el peso que las advertencias de Lisa tuvieron sobre el jefe de los omahas. Como líder, en ocasiones —y esto es algo que he aprendido con posterioridad— uno toma la decisión que siente que debe tomar y no la que le es más sencilla o la que presupone que su gente va a seguir de más agrado. En sus palabras, Ontopanga hubiese dicho que no importa cuánto retrase uno su destino en la vida, que al final siempre le llega el momento de afrontarlo.

Así pues, la luz gris macilenta de las nubes de tormenta sirvió para subrayar las órdenes del gran jefe: no habría más huidas. Su pueblo no

seguiría escondiéndose por salvar la vida. Aguardarían el embiste de los pies negros armados, preparados para la batalla y orgullosos de defender la tierra que les había servido de hogar en el invierno. Con todas las consecuencias que aquello implicaba.

Pensé de inmediato que Ontopanga ya había perdido una hija huyendo precipitadamente por las riberas del Misuri. Escapar hacia el sur como había propuesto mi tío era una opción inviable para él, pues en Tonwantonga y al sur del Yellowstone tendrían que lidiar con los siux. Por eso asentí cuando me enteré de que esa, la de luchar, y no otra, había sido su decisión. Manuel Lisa, sin embargo, se encabritó. Frotó sus ojos, incrédulo, una y otra vez y apretó el puño, enfurecido, al tiempo que se cobijaba en el fuerte para dar a sus hombres las órdenes de retirada. Nuestro capitán sabía sin duda cuál era el destino aciago que les deparaba a los indios si se quedaban allí apostados para luchar contra lo inevitable.

—La muerte. Es lo único que les espera si se quedan. Joaquín, recoge tus cosas. Nos vamos.

Observé mis botas embarradas tratando de hallar una respuesta que nunca llegó. Luego comencé a caminar, meditabundo, en silencio, observando cómo el sol se ocultaba ya entre las colinas. Me dejé caer por el camino y asomé el rostro al interior de la tienda de Mitain, notando enseguida la mirada severa del propio Ontopanga, que parecía haberle encomendado a su hija una tarea relevante en ese preciso instante. Por supuesto, no tardé en enterarme, cuando se hubo retirado el padre, de cuáles habían sido las órdenes recibidas por la hija. Mitain apretó mis manos con fuerza y emitió un sollozo tenue pero amargo y rabioso, mitigado apenas por el ruido ajetreado de los indios en el exterior, que entre gritos de alarma esparcían el mensaje de la inminente batalla. El miedo podía sentirse a la perfección desde el interior de aquellas lonas oscuras. Aquella gente iba a luchar. Y muchos de ellos, si no todos, morirían antes incluso de haber comprendido el motivo de la contienda.

Tras un instante que pareció eterno, cuando Mitain por fin hubo soltado sus manos de las mías, pude distinguir en el brillo de sus ojos pinceladas de miedo, angustia y tristeza. Rabia por el hecho de conocer y no poder cambiar el destino que les aguardaba. Después me llevó una vez más ante la cuna de Rosalía y dejó escapar una lágrima. Una sola gota veloz y escurridiza que se precipitó junto al rostro adormilado de la niña. Contemplé la escena tratando de hacer caso omiso del ruido y del alboroto del exterior y pasé mi mano por el rostro tierno e inocente de Rosalía. Aquella niña era mi hija, pensé, y

Mitain, lo más preciado que tenía. Los tambores de la batalla se cernían sobre ambas dispuestos a arrebatármelas.

Comencé a limpiar el cañón de mi mosquete con un trapo engrasado. Mitain se secó las lágrimas. Por el hueco que dejaba la lona mal cerrada veíamos a los hombres de mi tío cargar con fardos de pieles y llenar carretillas con licor, tabaco, faroles, armas y herramientas de la compañía. No supe qué hacer o qué decir, pero creo recordar que hincando las rodillas sobre el suelo terroso y húmedo tomé una decisión. Una sentencia firme que en aquel momento entendí como la más razonable y coherente que un hombre noble pudiera haber tomado de haberse hallado en mi situación.

Cerca de cuarenta pasos separaban el tipi de Mitain de la entrada de Fort Raymond, pero me bastaron veinte para llegar ante el umbral del fuerte con paso firme y gesto sereno. Manuel Lisa ayudaba a los hombres a recoger provisiones con la intención de poner pies en polvorosa antes de que los pies negros se presentaran allí dispuestos a acabar con todo. Nuestras miradas se encontraron el tiempo suficiente como para que mi tío supiese entender el motivo de mi gesto desafiante. Pese a ello, no tardé en decir alto y claro cuáles eran mis intenciones.

—Yo me quedo.

—No, Joaquín.

—Ontopanga ha encomendado a Mitain quedarse al cuidado de las mujeres. Las llevará a todas al bosque. Yo me quedo a luchar. Con los guerreros omahas. Me quedo por ella. Y por la niña.

—No sabes lo que estás diciendo.

Entré precipitadamente en el fuerte. La brisa que entraba por las ventanas no era suficiente para ventilar el destacamento, y el olor a cera se mezclaba aún con el de la sangre de bisonte. Me senté en un taburete medio roto que había junto a la gran mesa central, volví la cabeza y comprobé que mi tío seguía mirándome de un modo inquisitivo.

—Ellos aceptaron casarla contigo a cambio de protección —le dije—. Si nos vamos todos, estaremos incumpliendo…

—No estaremos incumpliendo nada. Hemos dejado que acampen junto a nuestro fuerte todo el invierno. Es más, se lo dejaremos ahora para que lo usen en caso de necesitarlo. Les hemos proporcionado armas, munición, herramientas…

—No es suficiente —interrumpí.

—Estamos tratando de salvarles la vida, avisándolos a tiempo. Instándolos a que se marchen. Incluso les he ofrecido caballos, escolta…

—Obligarlos a escapar no es salvarlos de nada.

Manuel Lisa soltó las bolsas que acarreaba con un aire cansado y abatido.

—George Drouillard ha muerto para que pudiésemos llegar a tiempo de avisarlos. A todos ellos. Es un milagro que hayamos llegado hasta aquí antes que los pies negros. Que los indios hayan decidido declinar nuestro consejo es su problema.

Me arrepiento hoy día por no haber sabido ver entonces la carga que suponían en Manuel Lisa la muerte de su amigo y la decepción por no haber hallado el paso del noroeste. Lo último que necesitaba en aquel momento era discutir conmigo sobre los motivos de mi decisión. Pese a ello, por una vez, Manuel Lisa no perdió la paciencia. Suspiró profundamente y se acercó a mí con el ánimo de hacerme entrar en razón.

—Somos comerciantes, Joaquín. No soldados. Avisa a Mitain, dile que coja a la niña y que venga con nosotros. Les haremos sitio en el barco. A las dos.

—Le han encomendado cuidar de las mujeres.

—Son demasiados, Joaquín, y están bien armados. Primero acabarán con vosotros. Después las encontrarán a ellas. Quieren su territorio, sus armas, sus pieles, y probablemente querrán a sus mujeres. Hay que saber cuándo se puede luchar y cuándo no.

—Yo me quedo. Lo tengo decidido.

Logré ponerme de pie con torpeza, azorado y con los ojos muy abiertos pese al cansancio que soportaban mis piernas.

El hombre responsable de las cuentas del señor Hempstead entró en el fuerte.

—Lisa, señor. Las pieles del almacén no están atadas. Ni siquiera figuran en el albarán…

—Dejadlas.

—Son más de cien pieles de bisontes, capitán.

—No da tiempo a cargarlas todas. Los pies negros están al llegar. Recoja sus cosas y embarque en La Santa Cruz.

El hombre desapareció y el fuerte volvió a permanecer en silencio. El ajetreo del exterior era cada vez más tenue. Los hombres de la compañía estaban embarcando. Manuel Lisa se quedó paralizado, con la mirada fría y el rostro serio como nunca.

—Joaquín… Nos vamos, es una orden.

—La decisión está tomada, capitán.

Diego de Goiri, que había estado escuchando el diálogo desde la distancia, avanzó hacia el interior de la estancia e introdujo la mano en un baúl de tapa oscura. El vizcaíno sacó de él una bolsa de medicinas, un cuchillo en una funda decorada con cuentas, su viejo mosquetón, un cuerno para pólvora y la carta con la que había cargado durante semanas.

—Diego, vuelve a guardar tus cosas —le dijo mi tío en un tono calmado —. Joaquín se queda. Nos vamos.

De Goiri cerró los ojos por un momento y se tomó unos segundos para doblar sobre sí misma la misiva manchada y envejecida que sostenía entre las manos. Luego metió con cuidado la mano en el bolsillo para guardarla a buen recaudo y tomó el cuerno de pólvora deslizándolo sobre su hombro. Mi tío contempló todo aquello un rato más sin comprender en absoluto los motivos de sus actos.

—¿Qué haces? —preguntó Lisa finalmente. Diego se agachó de nuevo, tomó el mosquetón del suelo y se lo colocó sobre el hombro izquierdo, el único que tema libre.

—Yo también me quedo —respondió finalmente.

Pese a la lobreguez y el abatimiento con que se había manifestado Diego en las últimas semanas, jamás habría imaginado una reacción similar a esa. Menos aún mi tío, que nada más apreciar cómo escapaban las palabras de los labios de su amigo, arqueó las cejas y se recolocó con nerviosismo la chalina sobre el cuello. Imagino que vosotros tampoco seréis capaces de entender sus motivos. Demasiados misterios rodearon siempre la vida de Diego. Si os soy sincero, logró llevarse a la tumba la mayoría. No obstante, y aunque aún tardé unos días en conocer lo que se hallaba escrito en el interior de aquella carta, os la transcribiré a continuación con la intención de que juzguéis vosotros mismos los motivos de su duelo:

Don Ernesto de Larra y Langelot
Calle de Segovia, 4. Madrid, España
5 de mayo de 1808
A la atención de don Diego de Goiri, a quien se deba presentar este oficio en la ciudad de Nueva Orleans.

Diego, lamento comunicarte lo siguiente por correspondencia, pero creo justo que lo conozcas con la mayor premura posible. Como bien sabrás pese a tu estancia en América, en los últimos meses los franceses apostados por toda España han ido tomado posesiones sobre nuestro pueblo capital, así como sobre las tropas españolas. Ante lo cual, el pueblo de Madrid se sublevó el pasado 2 de mayo. Si te escribo estas líneas es porque mi hermano Carlos fue apresado en los disturbios y, por orden del general Murat, ajusticiado de un disparo con arcabuz sobre la colina de Príncipe Pío en la jornada del 3 de mayo. Sabes bien que él y yo diferíamos en nuestras ideas, pero yo sé bien que Carlos habría querido que fueses el primero en conocer la noticia, de modo que pido a Dios que este

envío no se extravíe ni pase por malas manos. Lamento una vez más lo ocurrido, pues si su pérdida es dolorosa para todos, sé que para ti lo será de forma especial.

La guerra parece estar a punto de extenderse por toda España, mas, si sigo con salud a tu regreso, no olvides pasar a saludar por la plaza de la Paja preguntando por Ernesto a las puertas del palacete.

Dios te guarde en su gloria.
ERNESTO DE LARRA

Andrew Henry irrumpió en el fuerte para advertir a mi tío de que su caballo ya estaba listo a las puertas de la empalizada. Luego se retiró, intuyo que sin conocer en absoluto cuáles eran las intenciones del vizcaíno y de un servidor. Manuel Lisa se limitó a mirarnos con aplomo durante un último instante eterno.

—Diego, si haces esto por la muerte de ese hombre…

—Carlos murió luchando por algo, Manuel. Si me quedo, tendré la oportunidad de hacer lo mismo.

—Diego…

—Está decidido, capitán. No más órdenes por hoy.

Manuel Lisa asintió, se puso en pie cariacontecido, limpió el polvo de su sombrero y se lo colocó lentamente sobre su testa. Luego se mojó los labios, como tratando de buscar las palabras adecuadas.

Pero no las encontró.

Por último, y justo cuando ya se iba, se acercó a mí, me miró fijamente a los ojos y me apretó contra su pecho en un abrazo fuerte y sincero.

—Joaquín. Moriréis todos aquí —me susurró, con una voz quebrada entre la tristeza y el enfado—. Lo respeto. Pero deja que al menos salve a la pequeña.

—¿Cómo?

—No tienen derecho a sacrificar a Rosalía de esta manera. Deja que me lleve a tu hija a San Luis.

33

La luz de la luna se desteñía en tonos azulados sobre las aguas alborotadas del Misuri, y eso que el río se retorcía sobre sí mismo con bastante esmero en aquel tramo. Los omahas creyeron que el lecho rocoso que provocaba aquellas embestidas lo transformaría en una buena defensa en caso de que los pies negros decidiesen atacar desde la orilla opuesta. Tras observar la espuma blanca y furiosa de su caída, pensé que también lo convertiría en una trampa mortal si nos acorralaban contra su corriente. Me agaché junto a un sauce y preparé un saquito con la munición. Cuando lo tuve listo, lo dejé bien atado en mi cinturón. Luego eché un vistazo rápido hacia la parte de atrás, intentando, sin ningún éxito, encontrarle algún sentido a nuestra formación. Los caballos relinchaban nerviosos y piafaban entre los arbustos, pisoteando a su paso la cima embarrada y comiéndose las flores rosáceas que crecían en la ladera, ajenos al terror que pronto se desataría sobre el valle. Algunos indios, agazapados entre las hierbas y bien cubiertos con pinturas de guerra, intercambiaban consejos y órdenes inquietas con un murmullo tenue, casi imperceptible. Diego y yo los escuchábamos, pero éramos incapaces de entender ninguna de sus palabras. El vizcaíno me concedió una mirada tranquila, como tratando con ella de calmar mi ánimo. Si Diego de Goiri tenía miedo, no lo demostraba. Como sabéis, no era soldado, ni guerrero. Apenas había empuñado un rifle en tres o cuatro ocasiones, y, sin embargo, había asumido en cuerpo y alma que su destino iba a estar ligado al de aquellas personas. Esa noche le vi moverse entre los indios. Ofreció sus medicinas a uno, bromeó con otro y ayudó a un tercero a tranquilizar al más pequeño de sus hijos. Nos acercamos el uno al otro hasta habernos colocado espalda contra espalda, y oímos al mismo tiempo el lejano murmurar del enemigo en nuestra retaguardia. Más tarde vislumbramos el parpadeo metálico de los pendientes y collares de los pies negros entre la maleza lejana, del otro lado del río.

—Están aquí. Y también allí.

—Lo sé —le contesté—, lo he notado.

—Nos han rodeado.

—Ontopanga también se ha dado cuenta.

—Debimos haber luchado todos desde el interior del propio fuerte.

Unos segundos más tarde, éramos capaces incluso de escuchar el sonido de sus pisadas acercándose entre las hierbas.

—Me alegra que estés aquí —susurré de pronto. Diego me miró de reojo y sonrió al tiempo que fruncía el ceño con un aire melancólico.

—No dejes que te maten.

—Tú tampoco.

Un guerrero omaha engalanado con pinturas rojizas y piel de bisonte se adelantó con diez o doce hombres medio centenar de pasos. Desde su posición, nos concedió una mirada de preocupante desasosiego. Tal y como sospechábamos, habíamos sido rodeados. El enemigo se acercaba entre la oscuridad, y tan solo unos cuantos pies le separaban de nuestra posición. Noté cómo el corazón me latía en el pecho más fuerte que nunca. Miré a Diego de Goiri. Él me miró a mí, apretó el rifle del Manco entre sus manos y se agazapó aún más entre las hierbas. Esperamos.

La noche dejó escapar el aliento contenido en un grito desgarrador cuando los arqueros de Ontopanga dispararon sus flechas sobre el murmullo creciente. Varias saetas se perdieron entre los árboles. Otras tantas impactaron contra los pies negros, y el bosque estalló con los gritos agudos de un millar de indios y con el relinche feroz de decenas de sus caballos. A mi alrededor, los guerreros alzaron sus armas. Lanzas de hierro y de hueso. Decenas de ellas. Las hierbas altas y las rocas que hasta entonces habían escondido el brillo de sus aristas se derrumbaron para destapar en un instante el brillo y la sutileza de sus puntas afiladas.

Froté mis párpados y parpadeé por un instante, tratando de discernir lo que ocurría ante mis ojos. Por el río, bajo el reflejo de la luna, descendían diez o doce canoas repletas de indios armados. El curso fiero de las aguas los hacía bajar a toda prisa. Algunos de ellos dispararon. Tras sus disparos, otros indios hicieron lo propio desde nuestro lado. Más adelante, en tierra firme, ya había comenzado la batalla, pero desde mi posición tan solo era capaz de escuchar el eco entremezclado de la contienda. El crujir de las lanzas quebrándose contra los cuerpos. El fragor de los cuchillos desgarrando las pieles desnudas. Y casi acallando todo lo demás, la pólvora de la Pacific Fur Company

estallando sobre todo el terreno que ocupaba la arboleda, adueñándose de la batalla y empequeñeciendo aquel mundo oscuro a cada instante.

Seis omahas armados pasaron a nuestro lado. Corrían hacia lo alto del risco más cercano. Diego de Goiri los siguió sin dudarlo un segundo. Y yo mismo, armado con todo el valor del que dispuse —y tras cerrar los ojos un instante—, me uní a ellos con premura.

A medida que corríamos, vi cómo los jinetes de Ontopanga salían de la oscuridad, galopando bajo los árboles y aullando como lobos bajo la luna llena. Formando una hilera irregular, se amontonaron en el camino rumbo a la primera línea del combate. Seguí corriendo. Luego observé por última vez la luz de la luna reflejada en el discurrir del río. Tranquila. Inmóvil. Ajena también a toda la destrucción de la que íbamos a ser testigos. De su calmada figura me distrajo el crepitar de cien disparos envueltos en nubes de humo. El propio humo y el fuego dieron un brillo momentáneo a los rostros tatuados y pintados de nuestros atacantes.

Cuando hubimos llegado a la cima, escuchamos el ruido seco de los arcos: algunas flechas pasaron por encima de nosotros, e imagino que otras tantas se quedaron a medio camino. La última alcanzó a uno de los omahas en el vientre, haciéndole vacilar un instante y caer unos pasos más adelante, gritando y soltando su lanza por la ladera. Un disparo solitario atravesó el abrigo de Diego de Goiri, a lo que el vizcaíno respondió presionando el gatillo en un acto reflejo y derribando a un guerrero anciano que corría hacia nosotros. Desde el suelo siguió maldiciendo y balbuciendo con el hacha en ristre, así que otro de los nuestros le hundió un cuchillo en el cuello. Tiré del percutor de mi rifle y disparé contra las figuras oscuras que corrían a lo largo de la playa pedregosa, en la orilla más cercana. Tras comprobar que no había atinado, hice lo mismo en una nueva ocasión, y juraría que esa segunda vez sí que acerté, pues un indio cayó de bruces al agua sin oponer resistencia alguna.

Dos guerreros apuntaron hacia nuestra posición y dispararon sin pensárselo. Una de las balas atravesó el cráneo de un guerrero arikara que se encontraba a mi lado. La sangre y los sesos salieron despedidos en todas las direcciones, obligándome a frotarme los ojos para volver a ver cuanto ocurría. Estaba muerto de miedo. Lancé mi cuchillo contra un indio, y por miedo a haberlo confundido con uno de los nuestros, acabó saliendo sin fuerza de mi mano y cayendo a escasos palmos de mi posición.

—¡Atrás! —me oí chillar de pronto—. ¡Largo de aquí!

—¡Cuidado, Joaquín! —La voz de Diego sonó aguda y lejana.

Tropecé al ir a recuperar el cuchillo y rodé desorientado por el barro. En ese instante, perdí definitivamente a De Goiri y a los guerreros con quienes había subido previamente la colina. Cuando a duras penas hube recuperado la capacidad para orientarme, me tapé los ojos para protegerme de un destello rojizo y observé cómo un inmenso árbol ardía de arriba abajo. Lo que siguió fue un absoluto caos. Un caballo asustado por las llamas lanzaba relinchos espantosos y coceaba entre los árboles. Creí ver cómo el hermano del hombre medicina era acuchillado por otro indio, que se empapaba de ese modo los brazos y el pecho de sangre e instantes después era abatido por el disparo de uno de sus compañeros. Jamás había contemplado un nivel semejante de destrucción.

Años atrás, los soldados españoles de San Antonio de Béjar me habían hablado del noble arte de la guerra. ¿Era eso la guerra? ¿Ese absoluto caos? ¿Esa carnicería sin sentido podía llegar a tener algo de noble? Mis ojos no daban crédito.

Un cañonazo hizo temblar el suelo y Ontopanga salió de entre unos troncos derribados. Logré ponerme en pie de nuevo, tomar mi rifle y seguirle a paso ligero. Al momento volví a combatir, disparando a cualquiera que se me acercase y dando traspiés entre las raíces oscuras y elevadas de la espesura. Un caballo asustado recibió un balazo en una de sus patas y cayó de golpe contra el suelo. Los guerreros pies negros no hacían más que multiplicar su número. Nos atacaban desde todas las posiciones. Maté a dos o tres, herí a otros tantos y me agaché siempre que intuí que alguno estaba en disposición de dispararme. Creí ver a Diego corriendo entre los árboles.

—¡Diego! —mis gritos eran como tenues susurros en contraste con el ensordecedor resonar de la pólvora.

Después anduve unos pasos hacia delante y miré para atrás asustado. Me había vuelto a quedar solo.

Perdí mi rifle cuando un cañonazo derribó un árbol cercano, y conseguí una lanza partida sin saber muy bien cómo. Los aullidos y los gritos de guerra brotaban de todas partes, y yo estaba allí solo, en un pequeño claro, con media lanza en mi mano y un mareo terrible.

Anduve desorientado un rato. Luego vi cómo uno de los más fieros guerreros de los pies negros pasaba junto a mí sin tan siquiera percatarse de mi presencia. Casi por instinto, le lancé la media arma que sostenía con mi mano, y erré en el disparo. Aquel absurdo intento fue suficiente para que el indio diese media vuelta y me encontrase de un solo vistazo. Clavó sus ojos negros en los míos y sacó un cuchillo largo de entre las cintas de cuero que

envolvían su pierna izquierda. Llevaba los párpados y las mejillas pintados en tonos oscuros y una cresta trenzada sobre la testa. Brincó hacia mí. Yo corrí hacia atrás, tratando de retroceder. Una roca me cortaba el paso. Es curioso cómo en esos momentos, en plena batalla, uno apenas teme por su vida. El centelleo interno es tal que casi no se tiene tiempo de pensar en nada que no sea el presente más apabullante.

Para mi fortuna, un cañonazo impactó contra el suelo y nos derribó a ambos sobre un pequeño charco. El guerrero me lanzó entonces un arañazo que esquivé de milagro. Acto seguido intercambiamos media docena de empujones y puñetazos torpes. En ese preciso instante noté cómo el cuello me quemaba. El indio había agarrado el colgante de plata de mi madre desde la espalda y tiraba de él con fuerza, cortándome la respiración por completo. Traté de desabrocharlo sin éxito. Al mismo tiempo, abría la boca con todas mis fuerzas en un esfuerzo desesperado por tragar algo de aire.

Fue una piedra la que salvó mi vida. Hundí la mano en el charco y saqué de su interior una roca repleta de aristas con la que pude golpear la frente de mi atacante. Una vez recobré el aliento, vi cómo aquel reptaba entre las raíces tapándose con las manos el ojo ensangrentado. Me abalancé sobre él y usé la misma piedra para rematarle. Luego observé su cadáver con detenimiento. No tenía más años de los que yo mismo contaba en aquel entonces.

El fragor del bosque se hizo presente de nuevo.

Me incorporé y eché un nuevo vistazo a mi alrededor. El fuego se había apoderado de la batalla. Algunos guerreros en llamas saltaban al río en un intento desesperado de aliviar sus quemaduras. La corriente los engullía en apenas unos segundos, y ya no volvían a aparecer.

Sonó un cañonazo. Después otro. Ontopanga conducía a sus hombres con valentía entre las llamas, el caos y el humo de la ribera, pero cada vez llegaban más atacantes, y su artillería disparaba desde el otro lado del Bighorn. Un guerrero ankara muy joven, de no más de trece o catorce años, lloraba desconsoladamente sosteniendo entre sus manos un brazo ensangrentado. Apenas a unos pies de mi posición, el hollín y las brasas se arremolinaban en el aire sobre al menos una veintena de cuerpos omahas, que se habían carbonizado por culpa de las llamas. Muerte. El caos más absoluto. La destrucción de aquel bosque y de todos los que algún día lo habían habitado.

Un rato después, cerca de treinta canoas repletas de pies negros cruzaron el Bighorn aguas abajo, a no más de veinte pasos de nuestra retaguardia. Su indumentaria hizo que reparara en ellos más tiempo que en el resto.

Casacas.

Casacas rojas con filas verticales de botones plateados. Muchos de los indios que acababan de llegar a la contienda iban ataviados con el uniforme militar de los regulares británicos.

Aquella batalla estaba perdida, de modo que huimos. O retrocedimos, al menos, todo lo que pudimos.

—¡Corred! —me atreví a gritar.

Una flecha pasó silbando a escasos metros de mi cuerpo. Otra voló por los aires hasta hundirse en la espalda de un compañero omaha que se batía en retirada. Un disparo resonó después a escasos metros de donde estábamos e hizo crujir las ramas de un árbol cercano. Los pies me quemaban, embutidos en las botas de cuero, y el sudor y las cenizas se metían en mis ojos.

Salté, corrí e hice todo cuanto pude por salvar la vida.

Casi había llegado al claro en el que se amontonaban los tipis de los omahas cuando encontré a Diego de Goiri. Estaba sentado entre dos rocas grises, de espaldas, apoyado en la rama roída de un gran arbusto. Se apretaba con la mano el costado. Comprobé que su pierna era un nudo de nervios, una maraña ensangrentada que había sido destrozada y atravesada por las flechas. Sostenía aún el rifle del Manco en la mano que le quedaba libre. En el suelo, y tan solo a unos palmos de su posición, yacía el cadáver de un indio joven. A toda prisa y tras comprobar que nadie me seguía, hinqué la rodilla junto a él y traté de hacer que abriera los ojos.

—Intentamos… ayudar a estas personas, Joaquín —dijo sin lograr abrir los párpados, pero reconociendo al instante mi voz cansada—. No lo hemos conseguido. No he sabido, pero lo hemos intentado.

—Hay que retirarse, Diego —le dije—. Vienen por el bosque. Hay que huir al fuerte.

—No puedo moverme, Joaquín. Estoy muerto de frío. Creo que voy a morir aquí. —De la herida del costado manaba tanta sangre que traspasaba la camisa y el abrigo e incluso enrojecía el suelo por momentos. El viento del amanecer arrastró en ese instante un alboroto de al menos un centenar de voces.

—Ya están aquí —advertí.

—Pues huye, Joaquín —musitó De Goiri dejando de apretar su herida y permitiendo que la sangre corriese a borbotones por la hierba y la tierra embarrada.

—No —respondí, e intenté aupar el cuerpo del vizcaíno sobre mis hombros.

—Joaquín, para. Corre.

Pesaba demasiado. Diego me miró y sonrió con un gesto de orgullo. Entreabrió los labios pálidos como la espuma y murmuró sus últimas palabras:

—Vete, Joaquín. Y sé libre.

Una flecha quebró el cielo y fue a parar a escasos pasos de donde estábamos. Giré sobre mí mismo con lágrimas en los ojos y observé cómo una veintena de jóvenes pies negros tensaban sus arcos y se preparaban para disparar. Muy a mi pesar, solté el brazo inerte de mi amigo y corrí ladera arriba, esquivando como buenamente pude los flechazos de aquellos hombres.

Luego sentí cómo una fuerza me empujaba contra el suelo.

Me levanté y seguí corriendo. Cuando me quise dar cuenta, vi que la punta de una saeta se había clavado en mi hombro izquierdo. Arranqué de mala manera el palo astillado de la flecha y continué mi huida uniéndome a tres omahas que subían asustados desde la orilla del propio río.

Nos abrimos paso entre los tipis. Los indios que custodiaban el fuerte desde la empalizada nos cubrieron en nuestra llegada. Nada más hallarme en el recinto, intenté subir por las escaleras interiores de la empalizada para defender el puesto junto a los omahas. Apenas un minuto después, un cañonazo derrumbó la puerta principal y los guerreros que la custodiaban salieron despavoridos. Entré con algunos de ellos en el salón principal del puesto y atrancamos con sacos y barriles las puertas de madera.

—Arriba. Vamos arriba.

Trepé por la escalera de mano hasta la planta de arriba y dejé que los otros hombres me siguieran. Luego nos asomamos por una pequeña ventana. Decenas de pies negros nos habían seguido colina arriba y entraban ya por el hueco de la empalizada con la intención de darnos muerte.

Aquel era el fin. Golpeé la escalera para que cayera contra el piso de abajo y esperé allí arriba, tirado sobre la espalda, herido, exhausto.

Recé por que Mitain estuviese escondida en algún lugar lejano y por que Manuel Lisa hubiese puesto a salvo a nuestra hija. Tal y como me había prometido.

—Tío…

Pensé que Diego de Goiri acababa de morir, y no pude evitar soltar un lamento rabioso. De reojo, volví a mirar por la ventana. Los pies negros habían atravesado la empalizada exterior entre vítores y alaridos y ya golpeaban con furia las puertas de nuestro fuerte. Cerré los ojos y apreté los puños aguardando mi destino.

De repente, el sonido atronador de cien rifles resonó por todas partes y la madera carcomida se quebró a nuestro alrededor. Abrí los ojos para comprobar cómo volaban las astillas en el interior de la estancia.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Otro estruendo ensordecedor llegó desde lo más profundo del bosque.

Miré por la ventanita de vidrio un momento después. Caballos, soldados, fuego cruzado. Nuestros atacantes huían despavoridos, corriendo con tanta violencia que tropezaban los unos contra los otros y caían de bruces contra el suelo. Muchos de ellos, de hecho, morían siendo víctimas de balas que provenían de todas las direcciones. Descendí hasta la parte baja de Fort Raymond de un salto, y me pareció oír la voz de mi tío, pero el dolor de mis heridas y el volumen de los disparos fueron tales que no tardé en perder el conocimiento.

Unos instantes después, alguien se inclinó sobre mi cuerpo.

—¿Tío? ¿Manuel? —pregunté, absolutamente confundido. La mirada se me nublaba y apenas era capaz de distinguir unas cuantas manchas de color.

—No te muevas. Estás malherido —espetó en francés una voz familiar.

—¿Quién es? ¿Dónde está Mitain?

—Tranquilo, Lisa —contestó la voz grave y tranquila de Pierre, el menor de los hermanos Chouteau—. Te pondrás bien.

CUARTA PARTE

SEPTIEMBRE DE 1817 - DICIEMBRE DE 1819 - AGOSTO DE 1820

34

Si esta fuese una de las novelas que con insaciable apetito he devorado a lo largo de los últimos años, el relato que desde hace meses vengo escribiendo acabaría en este preciso instante. Sin embargo, al contrario que en la literatura, la vida prosigue de forma inexorable por encima de nuestras apetencias. Tal y como os prometí muchas líneas atrás, este manuscrito pretende hacer cierta justicia a la figura de mi tío, Manuel lisa, al que imagino que habréis ido conociendo a lo largo de la historia. Por ello, me parece oportuno señalar lo acontecido en una mañana soleada del otoño de 1817. Aquel día, el viento agitaba las hierbas de la pradera cuidadosamente y ayudaba a que el humo que desprendía mi pipa se elevase lentamente entre las ramas de un sauce inmenso.

Siete años después de la batalla en que había perdido la vida mi buen amigo Diego de Goiri, el recuerdo de las astillas volando por el interior del extinto Fort Raymond permanecía intacto en mi memoria. Si bien es cierto que, del mismo modo que era capaz de recordar el fuego y la desolación que provocaron los cañones, lo era ya de reconocer que aquello no había sido más que el principio del fin.

Un castor diminuto sorteó de un brinco las aguas estancadas de la orilla del Misuri, para después huir entre las hierbas nada más verme. «Cada vez hay menos castores», pensé. Luego le di otra calada a mi pipa. Aquello me distrajo por un momento de mi pensamiento anterior, pero al poco tiempo me tumbé boca arriba y, cobijado por una nube pasajera, continué reflexionando con calma. La batalla contra los pies negros a las puertas de Fort Raymond fue injusta, caótica y desmedida, pero sirvió para que los guerreros omahas entendiesen cuál iba a ser su destino en los años venideros, y es que, como sabréis, el apoyo británico a las tribus del norte no hizo más que incrementarse desde aquel mismo momento. A las pocas semanas de la batalla, de hecho, fueron los propios ingleses de la Compañía de la Bahía de

Hudson los que vinieron a ofrecerle a Ontopanga armamento y cañones para frenar el inminente avance estadounidense. Los mismos cañones que habían aniquilado a la mitad de su propio pueblo. Recuerdo que crucé con uno de los comerciantes británicos una mirada de desprecio cuando se inclinó sobre mi camilla a observar el proceso de curación de mis heridas. Nunca sentí de forma tan clara como aquel preciso día quiénes eran los míos y quiénes ya nunca podrían volver a serlo.

Casi siete años de guerras. De persecuciones. De huida constante. Siete años en que los indios, y yo con ellos, volvieron a pintar sus rostros para la batalla en al menos una veintena de ocasiones. Incontables pérdidas. Tantas, que los nuestros habían dejado de contarse por miles y ya solo se hablaba de unos cientos.

—Debemos volver a huir. Más al norte —me dijo Ontopanga un día de aquella primavera.

—No volverán a atacarnos aquí, confía en mi tío. Aquí estamos a salvo.

—No es por eso. No hay bisontes, Joaquín. Ni castores. No queda nada que cazar.

—Hablaré con ellos.

—¿Y hasta entonces?

—Pescaremos.

Apenas un centenar de omahas permanecíamos en la orilla del Misuri liderados por Ontopanga en 1817. Vivíamos junto a las ruinas de la antigua Tonwantonga, tratando de conservar las costumbres de su pueblo pese a la constante amenaza de la invasión del hombre blanco y pese a que nuestra principal garantía de supervivencia, curiosamente, seguía siendo el respaldo de otro hombre blanco. Manuel Lisa.

La guerra había perturbado de un modo atroz el comercio de pieles de mi tío. Las tribus aliadas de los británicos —y los propios británicos— atacaron sistemáticamente a los cazadores estadounidenses que bajo las órdenes de Manuel Lisa trataron de hacerse un hueco trampeando en el curso alto del Misuri. Solo las nuevas y más grandes compañías lograron mantener a flote la cuenta de resultados ante un caos y una incertidumbre semejantes. Fort Lisa, de hecho, fue quemado y reducido a sus cimientos en 1813, y la Compañía de Piel de Misuri, prácticamente disuelta dos años más tarde. Sin embargo, William Clark nombró a Manuel agente indio durante la guerra contra los ingleses, convirtiéndole de ese modo en responsable y protector de las tribus aliadas por encima de la desembocadura del Kansas. Entre ellas estaba el

pueblo omaha, de modo que mi propio tío era, no ya solo en la práctica, sino también sobre papel sellado, nuestro más valioso aliado.

—¡Joaquín! ¡Joaquín! —Mitain se acercó a mí descendiendo por una roca mojada y puntiaguda. Iba vestida con un nuevo traje largo de piel, y las cuentas oscuras del atuendo, bien cosidas sobre el marrón claro, hacían juego en cierto modo con el tono negruzco de sus ojos. El diseño asimétrico de aquel atavío le dejaba el hombro izquierdo al descubierto. Estaba realmente hermosa esa mañana—. ¡Joaquín! ¿Estás bien?

—Sí, solo estaba aquí, tumbado. ¿Qué ocurre? —respondí.

—Más abajo. Por el río. Barco de humo. —Mitain parecía nerviosa y ligeramente desconcertada. Tomó aire y trató de volver a explicarme lo que ocurría—. Barco de humo. Manuel Lisa ha venido en barco de humo.

Como si de algún extraño modo le hubiese invocado con mis pensamientos, el 30 de septiembre de 1817 Manuel Lisa, a bordo del primer barco de vapor que navegó el río Misuri, llegó hasta la orilla más cercana de nuestro poblado y fue recibido con honores por decenas de indios que jamás habían visto una embarcación semejante. Dos años más tarde, el capitán del Western Enginéer reclamaría para sí el honor de haber surcado por primera vez el mismo río con un navío de chimenea, pero puedo asegurarles que fue mi tío el que, yendo a bordo de esa máquina, mucho más modesta que las que habrían de llegar, descendió en primer lugar las escaleras que lo llevaron a tierra firme.

—¿Qué es *ese* máquina? Joaquín, ¿qué es ese barco? —repetía Mitain una y otra vez.

Las aguas se tornaban oscuras a medida que el artefacto expulsaba por un pequeño tubo ubicado junto a su amura un líquido negruzco y viscoso.

—No lo sé —respondí, sereno—. Pero espero que no hiera a los peces del río.

Nada más pisar el suelo de un brinco, Lisa se dio media vuelta con las manos en los bolsillos. Tenía el rostro serio y las patillas alborotadas tras su vieja chalina de piel.

—Es mi tío. Sin duda.

Alguna cana le había brotado ya en el pelo enmarañado, pero seguía siendo un hombre fuerte y corpulento. Oteó el horizonte reconociendo el terreno con sus penetrantes ojos marrones. Saludó a los omahas, les ofreció especias y licores y le regaló a un niño el juguete tallado de una carroza de concha, aunque lo que sorprendía a los mayores era la nube de humo grisáceo

que había desprendido el navío. Observé todo aquello desde lo alto de una colina.

—La niña, Joaquín —susurró Mitain, nerviosa—. ¿Viene con él?

—No lo creo, Mitain.

—Pregunta. Pregunta a Manuel Lisa.

—Bajemos a saludar.

Llegué con Mitain al lugar del desembarco en el preciso instante en que la tripulación descargaba dos baúles grandes de madera de pino. Levanté la mano haciéndome notar entre el gentío. Al verme, Manuel lisa no pudo evitar dibujar una sonrisa grande y sincera en su rostro. Me acerqué a él con el ánimo de darle un abrazo y él corrió hacia mi posición para hacer lo mismo tan rápido que por poco me tiró al suelo.

—Me alegra verte, Joaquín. —Se había quitado para abrazarme un sombrero negro de copa que le hacía juego con el abrigo. Cubría su torso una capa de paño fino, con cuello de piel de castor y bordados ocres en las hombreras.

—Lo mismo digo, tío. No te esperábamos —contesté—. Y menos aún a bordo de esa máquina.

—¿No te parece increíble? Los americanos lo llaman «*steamboat*». Es un barco de vapor… Santo Dios, casi no te reconozco —dijo, sorprendido, al tiempo que me agarraba cariñosamente la coleta con que me había recogido el pelo aquella mañana. Luego levantó ligeramente las cuentas de mi camisa para observar el dibujo de dos flechas entrecruzadas que desde la Danza del Sol de aquel mismo año llevaba tatuadas en uno de los brazos.

—¿Os quedaréis aquí?

—Mañana partimos de nuevo. Subimos hasta Fort Henry.

Manuel y yo llevábamos al menos dos años sin vernos. Tiempo suficiente como para aguardar a que las noticias importantes se dieran en torno a un fuego de media tarde y con el estómago bien lleno. No obstante, hubo una que no pudo esperar. Apreté sin quererlo a mi tío en el brazo y pregunté:

—¿Cómo está Rosaba? —Manuel Lisa posó en mí sus ojos calmados y asintió con un gesto tranquilo. Después me devolvió el apretón colocando una mano sobre mi hombro.

—Está bien. Está sana. Y muy fuerte. Sigue tan lista como siempre, Joaquín. Mary y yo cuidamos ahora de ella.

Tras el hombro de mi tío, adiviné un vestido verde oscuro y un sombrero también verde sobre una bonita cabellera castaña y rojiza. Aquella era la primera vez que Mary Hempstead volvía a adentrarse en el Alto Misuri desde

que se embarcase con mi tío en la expedición que trató de dar con el paso de Heceta, siete años atrás. La saludé estrechándole la mano con alegría y volví a mirar a mi tío con un ligero desconcierto.

—Polly murió el pasado invierno —susurró él.

—Vaya, lo lamento —respondí. La noticia me pilló por sorpresa.

—Mary y tus primos cuidan ahora conmigo de Rosalía.

La batalla de Fort Raymond lo había cambiado todo. Aquel día, siete años atrás, Manuel Lisa se había llevado a Rosalía para protegerla de los peligros a los que se vería expuesta si se quedaba. Pero, tal y como he dicho, la desolación que provocaron los cañones sobre el Misuri no había sido más que el principio del fin. La guerra fue especialmente dura en los territorios del norte. Muchos indios lucharon con los británicos en un intento desesperado por frenar el avance estadounidense. Algunos estadounidenses amigos fallecieron durante el conflicto. Entre ellos, John Colter, que se alistó para luchar con los *rangers* de Nathan Boone en el curso medio del Misisipí y acabó perdiendo la vida en 1813.

El caso es que durante la guerra, y tras comprobar la cantidad de niños omahas que perecieron el primer año, Mitain y yo decidimos que nuestra hija permaneciera en San Luis bajo la protección de mi tío. No fue una decisión fácil. No puedo hablar por Mitain, pero puedo asegurar que para mí fue —y sigue siendo— la más difícil que he tomado en la vida. Por ello, nada más oír que estaba sana y a salvo siendo cuidada por Mary Hempstead y por mi tío, giré rápido sobre mis talones buscando a Mitain con la mirada. Lo primero que le dije, al ver que aguardaba inquieta entre los curiosos, fue que la niña estaba bien. Le dije que estaba a salvo en San Luis. Ella suspiró entonces, con lágrimas en los ojos.

Manuel Lisa ordenó a la tripulación acampar junto al barco. Al menos cuarenta hombres, en su mayoría estadounidenses, hicieron caso a su capitán y comenzaron a desplegar lonas blancas y maderas de pino sobre una pequeña meseta. No fui capaz de reconocer entre los presentes a ningún viejo conocido.

El jefe Ontopanga, llamado Big Elk por todos los recién llegados salvo por mi tío, recibió con entusiasmo a su viejo amigo y le ofreció una comida de bienvenida. Por lo que sé, Manuel y Mary Hempstead compartieron con el jefe un almuerzo amistoso. Tal vez algo escaso. No me sorprendió. Casi todo escaseaba por allí en aquel entonces. Luego, ambos invitados entraron en la cabaña que Mitain y yo compartíamos a pocos metros de la del jefe, ubicada junto a un roble de raíces profundas que en esa época ya decoloraba sus hojas.

—¿Se puede? ¿Hay habitación disponible en esta pensión para un viejo como yo? —bromeó mi tío.

—Me temo que tendrá que buscar otra posada, capitán. La presente está repleta en esta época del año —respondí al tiempo que le abrazaba de nuevo.

En un atadijo de piel, Manuel Lisa me había traído varios libros y novelas. Le agradecí enormemente su esfuerzo, y, tras examinarlas una a una, las coloqué en el baúl grande y fornido en el que guardaba todas las demás, justo al lado de mi envejecido y amarillento ejemplar de *Don Quijote de la Mancha*.

—Aún lo conservas —dijo mi tío, observando el interior del cofre por encima de mi hombro.

—Desde hace más de diez años, si no me equivoco.

—Debe de ser el único regalo acertado que he logrado hacer en toda una vida.

—Fue idea de Rachel —respondí entre risas.

Luego abrimos una botella de whisky que Manuel había traído de San Luis, nos sentamos en el suelo sobre la piel grande de oso que engalanaba entonces el interior de la cabaña y comenzamos a charlar de forma impetuosa. Apenado, me contó lo que pudo sobre la muerte de Polly, su mujer. Al parecer, una fiebre altísima se la había llevado en una madrugada fría del invierno de ese mismo año.

—Apenas pudimos hacer nada por evitarlo.

—Vaya.

—Una lástima. No han sido meses fáciles.

—Lo siento mucho, tío. Polly era una gran mujer —dije apesadumbrado.

—Sí que lo era. Ya lo creo —respondió él. Añadió después que Mary le había ayudado mucho con la casa y los niños desde entonces—. ¿Sabes qué? Rosalía la quería mucho.

La siguiente hora de conversación giró en torno a nuestra hija. Mitain agradeció de todos los modos posibles que mi tío estuviese cuidando de ella en la capital y dejó escapar varias lágrimas al enterarse, por boca de Mary, de que la niña estaba aprendiendo a leer y a escribir en inglés. Le di la mano. Ella me sonrió y me la apretó con fuerza. Supongo que hay heridas que el tiempo no puede cerrar. Pese a haber aceptado que Rosalía se criase en «la ciudad del hombre blanco», como ella llamaba a San Luis, el dolor que Mitain había sentido al desprenderse de su hija era tan enorme que ni la inminente llegada del pequeño Diego era capaz de hacerle olvidar.

—¿Mitain? ¿Está embarazada? —dijo mi tío, sorprendido, cuando se enteró de la noticia.

—Así es. Tendremos un hijo al final del invierno.

Mary Hempstead, que había entendido a la perfección el gesto de mi tío, tocó tímidamente el vientre de Mitain, y esta le sonrió ayudándola a colocar la palma de su mano sobre el ombligo.

—Siempre que queráis, podéis venir los dos —arrancó mi tío—. A San Luis…

—No hará falta.

—Ontopanga me ha dicho que este año casi no habéis cosechado. Que los bisontes se han quedado en el norte. De no haber sido por la pesca…

—Si las compañías peleteras respetasen nuestro territorio, no habríamos tenido problemas con los bisontes. Cada año vienen más, y en grupos mayores.

—Joaquín, venid los dos a la ciudad.

—¿A bordo de uno de esos barcos que escupen humo?

Manuel apretó los labios y me concedió una mirada conciliadora.

—Ontopanga me ha contado también que ha habido un nuevo brote de viruela…

—Manuel —interrumpí—. Agradezco tu preocupación. Pero el niño nacerá aquí. Lo criaremos aquí. Con nosotros. Hemos decidido esto del mismo modo en que decidimos que Rosalía creciera contigo en San Luis. Ahora que ya ha pasado la guerra, lo intentaremos. El niño o la niña que nazca será omaha.

Manuel Lisa asintió, sonrió por un momento y llenó nuestras copas de whisky proponiendo un brindis por el futuro bebé.

—Brindemos entonces, Joaquín. Por tu hijo.

Horas después, mientras Manuel y yo hablábamos entre nosotros con entusiasmo, Mitain encendió una hoguera, puso a calentar una sopa y, tras ofrecernos un poco con amabilidad, bebió a tragos de un cuenco de madera roído y bastante enjuto ante la atenta mirada de Mary. Creo que Mitain no alcanzaba a entender todo lo que decíamos, pero supo que en nuestras voces vibraba de algún modo la sempiterna emoción del reencuentro. De hecho, si no recuerdo mal, el rostro de Manuel Lisa solo se ensombreció cuando le pregunté por el negocio de las pieles. Tal y como imaginaba, los celos y las

envidias que antaño habían surgido en San Luis en torno a su figura no habían amainado con los años.

—Cuéntale tú lo de mi hermano, Manuel —dijo en inglés Mary Hempstead, que había permanecido atenta y callada durante un largo rato. Lisa asintió, dejó la copa de whisky sobre la mesa y volvió a dirigirse a mí suspirando lentamente y arqueando las cejas con paciencia.

—El hermano de Mary…, Edward Hempstead…, murió hace unas semanas.

—¿Qué le ha pasado? —interrumpí. Tal vez sin hacer demasiados miramientos, pero concediéndole a la señorita Hempstead un gesto de condolencia.

—Le encontraron con un golpe en la nuca cerca del muelle. La versión oficial es que se cayó de su caballo.

—¿Y qué piensas tú?

Mi tío se reclinó sobre su asiento y probó una cucharada del caldo de carne que había puesto Mitain sobre la hoguera, acercándose para ello el recipiente al cuerpo con mucho cuidado. Luego me miró con su habitual rostro sereno.

—Edward Hempstead decidió apostar por nuestra causa hace ocho años —dijo Manuel.

—Lo sé.

—Desde entonces, su economía creció considerablemente. Pero su círculo de amigos se fue haciendo más y más pequeño con el tiempo… —Manuel Lisa negó lentamente con la cabeza.

—Joaquín, mi hermano casi nunca montaba a caballo —interrumpió en inglés Mary, impaciente.

—¿Y quién creéis que ha podido ser? —pregunté.

No obtuve respuesta. Lisa se limitó a dejar sobre un canasto de mimbre el cuenco de caldo y a encogerse de hombros negando con la cabeza. En los tiempos en los que Manuel Lisa perdió a su buen amigo Benito Vázquez, desconfió de los hermanos Chouteau, con quienes había tenido importantes desavenencias. Sin embargo, tal y como descubrimos de los labios de Arturo a orillas del Jefferson, los responsables de tal atrocidad resultaron haber sido el propio isleño y su padre. Sus amigos. Aquello fracturó más que nada la ya de por sí escasa confianza de Lisa en sus semejantes, y le obligó a encerrarse más aún en su mundo.

—¿Los hombres de Jacob Astor? —insistí.

—Tal vez…

Ese día, junto al naufragio del Jefferson, descubrimos también que las siglas P. F. C. que durante tantos meses rondaron la cabeza de mi tío pertenecían a la Pacific Fur Company, la empresa peletera del alemán Jacob Astor. Evidentemente, por aquello se celebró un juicio. En él, Edward Hempstead trató de defender la causa de Lisa, pero al haber muerto los isleños y carecer de pruebas que incriminasen al señor Astor, el pleito se saldó con una pequeña multa a favor de la familia de Vázquez. Multa que, según tengo entendido, la Pacific nunca llegó a pagar.

—En otro tiempo habrías acusado a los hermanos Chouteau —le dije, insistiendo por tercera vez tras una breve pausa.

—No descarto nada —respondió al fin.

—Los Chouteau me salvaron la vida hace siete años.

—Oyeron cañonazos en Fort Raymond y se acercaron a por el botín.

—Aparecieron en el fuerte…

—… cuando estaban a punto de capturaros, lo sé. —Lisa tomo aire, sonrió y volvió a encogerse de hombros—. Me lo has contado decenas de veces.

—Podrían no haberlo hecho.

—Joaquín, había más de cien pieles de búfalo en el fuerte empaquetadas en fardos de a ocho. Si aún crees que los Chouteau fueron hasta allí para salvaros la vida a ti y a seis indios omahas, es que has pasado demasiado tiempo lejos de nuestro mundo. —Ante aquellas palabras no dije nada. Luego comprobé que Mitain y Mary Hempstead se habían quedado dormidas y serví en nuestras copas los últimos tragos de whisky.

—¿Crees que podrían ir a por ti? —pregunté.

—¿Los Chouteau? ¿La Pacific? —Lisa se encogió de hombros por enésima vez y miró por una pequeña ranura cómo brillaba la luna sobre el río.

—Quien quiera que esté detrás de la muerte de Edward —insistí.

—No sé, Joaquín. Tal vez el bueno de Edward se cayera del caballo.

—O tal vez no.

—Cierto. Tal vez no. Es imposible saberlo, Joaquín. Ahora hay cerca de diez compañías peleteras en San Luis. Andrew Henry pretende abrir una con Ashley. Los franceses tienen otras tantas. Y no te hablo de los Chouteau, te hablo de Cabanné, de Pratte, de cientos de tramperos que bajan desde los lagos, en el Canadá. Apenas hay cazadores para tanta empresa, de modo que reclutan partidas de cientos de hombres en posadas, en tabernas, entre los capataces de los campos de arroz, hasta en los tribunales. —Se detuvo un instante para mirar a sus hombres por la ventana—. Hay delincuentes

trabajando para ellos, las compañías pagan la multa por sus condenas a cambio de una temporada sirviendo río arriba…

—¿Y pretendes que envíe a mi futuro hijo allí?

Lisa se rio con ojos melancólicos.

—Tienes razón. Es posible que, después de todo, aquí crezca más seguro.

—Manuel. Trata de alejar a las compañías de San Luis de estas tierras. Cada primavera suben más. Acaban con todo. Cada vez cazan más bisontes, cada vez suben más al norte. Son demasiadas.

Manuel Lisa suspiró y vaciló un instante, mirándome con un gesto arrepentido.

—Haré lo que pueda por mantenerlos lejos de vosotros. Te lo aseguro. No puedo prometerte más, no depende de mí.

Continuamos departiendo toda la noche. En algún momento mencionamos a Diego de Goiri y a George Drouillard, pero ya no recuerdo los demás asuntos que tratamos.

Al amanecer, Lisa recogió sus cosas, despertó a Mary y nos dijo adiós con un fuerte abrazo. No prolongamos demasiado los pormenores de su marcha, pues tenía prisa por alcanzar ese mismo día, a bordo de su pequeño barco de vapor, la ubicación del que sería el nuevo Fort Lisa, apenas enfrente del recién construido Fort Henry. Por supuesto, no pronunciamos palabras graves ni dimos discursos de despedida más allá de un breve «Cuida de Rosalía». Ojalá hubiese tenido la oportunidad de darle las gracias: aquella fue la última vez que vi a mi tío con vida.

35

El invierno de 1819 fue frío como ninguno. Si no recuerdo mal, la nieve llegó antes de lo esperado y tardó en irse demasiadas semanas. Pese a ello, cuentan los entendidos que nada tuvo eso que ver con que el rugir de la tierra azotase de forma atroz el valle del Misuri.

—¡Es un terremoto! ¡Salid de las cabañas!

En plena noche, los omahas gritaron y corrieron asustados en todas las direcciones. Yo, que pude notar en mi propio ser el sacudir violento de la tierra, tomé a Mitain de la mano, abracé a nuestro hijo Diego todo lo fuerte que pude y corrí con ellos apresurado hacia la luz de la luna. Ya en el exterior, contemplé con absoluto pavor cómo los árboles se estremecían y cómo el río Misuri se alborotaba y rugía con una ferocidad inusitada. Absolutamente todo reventó en un abrir y cerrar de ojos.

No era la primera vez que ocurría. Al parecer, el gran terremoto de Nueva Madrid, que se había producido apenas unos años atrás, no dejaba de amenazar con volver una y otra vez para atormentar así a los seres que habitábamos en nuestros valles. El afamado Tecumseh y otros ciudadanos de origen shawnee que sobrevivieron a la guerra de 1812 trataron de buscarle al terremoto todo tipo de significados relacionados con la profecía y el advenimiento de la era de los pueblos nativos. Los omahas y los poncas eran, por el contrario, mucho más pragmáticos.

—Mitain, ¿estás bien?

—Sí…

—Por un momento he Mentido que…

—La tierra a veces se mueve. Pero estamos bien. Hay que sobrevivir. Vuelve a la cama. Entonces no lo supe. Pero meses más tarde llegó a mis oídos lo ocurrido por aquella sacudida muchas millas más allá, río abajo, a orillas del río Misisipí. Como he dicho, el origen de aquellos movimientos de tierras no fue otro que la tranquila localidad de Nueva Madrid, de modo que si

un lugar quedó desolado para siempre tras el seísmo, fue precisamente la antigua ciudad española. Al igual que todas las casas coloniales del valle del Misisipí, esa noche, la casita de la familia Lisa se agitó una y mil veces hasta que no quedaron en pie nada más que sus cimientos.

Según parece, sobre el suelo resquebrajado de madera se amontonaron durante algunas horas papeles, contratos y pequeños tesoros que antaño fueron propiedad de decenas de tribus nativas. Luego, la superficie se hundió para volver a resurgir una y otra vez durante varios minutos. Por último, ya cuando el sol se elevaba tras la inmensa llanura, el río se desbordó y su caudal entró de golpe por las ventanas de la primera planta. El viejo retrato de mi abuelo fue hallado días más tarde —y muchas millas al sur— por un pescador a orillas del propio río. Roto su marco en el temblor, el lienzo se precipitó por las escaleras sin que nadie pudiese frenarlo ni hacer nada por impedirlo. Luego debió de ser arrastrado río abajo por la corriente.

Me enteré de todo aquello durante el intercambio de pieles que llevamos a cabo unos meses más tarde con el estadounidense Andrew Henry, que por aquel entonces aún seguía siendo socio de mi tío. Era un día frío, como todos los de aquel invierno. Henry llevaba puesto sobre su cuerpo enjuto una enorme piel de bisonte, tan alzado el cuello que bajo este a duras penas se averiguaban dos ojos entrecerrados y unas mejillas sonrojadas. Una pipa humeaba entre sus bigotes negruzcos y poblados.

—Aquí tienes, Joaquín —espetó en inglés al tiempo que arrastraba con ayuda de su ayudante un atadijo de libros y periódicos congelados—. Noticias del mundo real.

El acuerdo al que había llegado con Henry unos meses atrás incluía una exigencia atípica por mi parte: en su pertinente parada en Tonwantonga, la Compañía de Piel de Misuri había de traerme el mayor número de ejemplares del *Missouri Gazette* que les fuera posible acarrear. Aquella era mi única forma de mantener un contacto habitual con el que un día había sido mi mundo, y aunque en ocasiones los números del diario comarcal estaban desfasados o databan de semanas remotas, leerlos suponía para mí un disfrute y un alivio a todas luces difíciles de explicar.

—Fue un espanto, Joaquín. Lo del terremoto fue un absoluto desastre. No quedó en pie ni un solo edificio, hasta la iglesia se vino abajo, ya sabes.

Henry era en muchas ocasiones un hombre arisco en las formas, pero poseía una voz tranquila y sosegada que hacía que resultasen convincentes la mayor parte de sus observaciones.

—¿Lo sabe mi tío? —pregunté.

—Por supuesto. Todo el mundo lo sabe. Ha salido publicado en todas partes. Mira…

Un ejemplar del *Missouri Gazette* cayó entonces sobre la mesa. Sus páginas estaban congeladas conformando un solo bloque y me fue difícil despegar la primera de la siguiente.

«El mismo congreso que hace tres años declaró su independencia de España en Tucumán sanciona ahora la primera Constitución Argentina en la ciudad de Buenos Aires», rezaba la portada. Al fin, logré encontrar la noticia:

COMIENZAN A RETIRAR LAS RUINAS
DE LA QUE UN DÍA FUE LA IGLESIA CATÓLICA
DE NUEVA MADRID EN EL TERRITORIO DE MISURI.

El terremoto había resultado devastador para una gran cantidad de pueblos y pequeñas ciudades.

—Ya veo… Lo debí de haber imaginado. Incluso aquí arriba sentimos el temblor.

—En cualquier caso, ya te digo: tu tío ni siquiera ha querido ir a verlo. Si es que queda algo que ver allí, ya sabes.

Si aquella afirmación era cierta, Manuel Lisa nunca llegó a ver con sus propios ojos cómo la enorme colección de documentos y mapas de su compañía había sucumbido ante el temblor de la tierra. En más de una ocasión he imaginado algo: tal vez con aquel terremoto desapareciera para siempre el viejo mapa de Heceta, aquel por el que recorrimos una enorme cantidad de millas atravesando el Jefferson hasta su nacimiento y por el que tanto respeto profesaban Manuel Lisa y mi difunto padre.

—¿Has podido hablar con él sobre todo esto? —pregunté.

—No hemos coincidido. Tu tío Manuel estuvo hasta hace unas semanas en la desembocadura del Arkansas. Hace de interlocutor entre España y los Estados Unidos…, ya sabes.

—No. No sé, la verdad.

Henry se encogió de hombros y soltó una nube de humo que se disipó por toda la estancia.

—Se está pactando una nueva frontera. Parece que España mantendrá Texas y Nuevo México, pero todo territorio al norte del Arkansas pasa a ser nuestro. Incluidos el Misuri, el territorio de Oregón, las Rocosas y hasta la Florida.

Según tengo entendido, el gobernador de Nuevo México, Facundo Melgares, aconsejó al virrey de Nueva España pedir a Manuel Lisa mediación

en los puestos que tanto su viejo amigo como el propio Melgares habían logrado levantar años atrás y gracias a los cuales comerciaron con los Navajo y los Pueblo. Un trabajo arduo e inútil, pienso ahora. Más sabiendo que apenas unos meses después México conseguiría su independencia y la Corona española desaparecería de Norteamérica.

—Entiendo…

—Tiene intención de venir a visitarte. Planea una expedición tan pronto regrese a San Luis. Y créeme, volverá a San Luis. A fin de cuentas, es un hombre casado. —Henry adivinó la mueca incómoda que no pude contener pese al tono serio que había mantenido hasta el mismo momento—. Sabrás que se volvió a casar, ¿verdad?

—Lo sé —respondí—. Pero me enteré demasiado tarde. No pude ir a la boda.

—Se comentó.

—¿El qué?

—Que no estabas por allí. Más de uno dijo que ya te habría comido un oso. —Una carcajada salió repentinamente de entre sus labios enjutos y el humo de su pipa se esfumó en todas las direcciones.

—No logré ir. Eso es todo.

—Bueno, no te perdiste gran cosa. Con todos mis respetos lo digo, vaya eso por delante. —Un silencio largo y algo incómodo invadió la estancia—. En fin, Lisa. Debemos partir antes de que anochezca. Subimos hacia Fort Henry. Es un placer, como siempre, poder hacer negocios contigo y con los omahas.

—El placer es nuestro. —Las velas de la cabaña amenazaron con apagarse debido a una racha de viento que entró por la rendija de la ventana—. Recuerda, Henry: nada de cazar bisontes al sur de nuestra marca.

—Lo sé, lo sé. Descuida.

—Díselo a tus hombres.

—Por cierto, tu tío, ya sabes, envía recuerdos.

—Dale un fuerte abrazo de mi parte.

El comerciante salió por la pequeña puerta de madera y sus pies se hundieron varios palmos en la nieve. Avanzó unos cuantos pasos y se dirigió con torpeza hacia el costado de un caballo grisáceo. Ya a lomos de su montura, y tras exigir a sus hombres que dejaran de husmear entre las cabañas de la tribu, se giró una última vez y sonrió nervioso, como susurrando para sí mismo.

—Oye, Joaquín. Si no es indiscreción… —Esperé a que encontrara la forma de completar aquella frase, que a ciencia cierta sería indiscreta a juzgar por lo difícil que le estaba siendo escoger las palabras adecuadas—. ¿Es cierto lo que se dice?

—Tal vez. ¿Qué es lo que se dice?

—Que la cría de Manuel es en realidad tuya y de tu india.

El aullido lejano de un lobo sirvió como respuesta.

—Buen viaje, Henry. Si os apresuráis, llegaréis al fuerte antes de que anochezca.

36

El coro de la Iglesia Presbiteriana de San Luis entonaba un llanto cálido y melódico que retumbaba levemente en la bóveda grisácea que se hallaba sobre el altar. Quien lo conozca sabe que el templo es modesto y frío, pero en sus paredes de piedra se habían encendido ese día las velas suficientes como para conferir al lugar un aspecto contemplativo. Apenas una veintena de asistentes salpicaban los bancos oscuros de madera de cedro, la mayoría de ellos, curiosos y parroquianos habituales.

Las enormes puertas chirriaron cuando entré en la iglesia. Di unos pasos sigilosos hacia el frente, pero el portazo que resonó a mi espalda terminó por rematar el estruendo. No pude evitar reaccionar airado a las miradas furtivas y a los murmullos que acompañaron mi llegada. Una anciana examinó mi vestimenta de arriba abajo y me dedicó una mirada de evidente desaprobación. Pese a ello, no hice ademán de ocultar ni el barro de mis mocasines ni las cuentas coloridas de mi pantalón de ante, visiblemente envejecido y roto pese a la lobreguez de la sala. Un murmullo tenue y entrecortado se escuchó al poco rato desde la primera fila.

—¿Quién es? —dijo alguien.

—El sobrino de Lisa. Pensé que estaba muerto —respondió una mujer a su lado.

—Un fantasma, sin duda…

En los últimos años, San Luis había sufrido una transformación atroz. Los dos mil habitantes que la habían poblado doce años atrás eran ahora más de diez mil, eso sin contar a los esclavos negros, que sobre los campos ribereños del río trabajaban tan amontonados que uno no podía saber cuántos centenares de ellos dormían realmente en los chamizos.

—Pero algunas cosas nunca cambian —susurré.

Anduve unos pasos más y tomé asiento en una de las últimas filas.

El ataúd que contenía el cuerpo sin vida de Manuel Lisa estaba ubicado enfrente del altar, entre dos candelabros altos y junto a una descolorida bandera española. Dejé que las voces del coro se alzasen sobre el murmullo con una nueva cantinela y solo entonces examiné uno a uno a los presentes. Supe de inmediato que el joven alto y desgarbado que había en primera fila era Remón, el mayor de los hijos que mi *tío* había tenido con Polly. Llevábamos once años sin vemos, por lo que él ya debía de haber sobrepasado ampliamente la veintena. Remón giró la cabeza hacia atrás, lenta y solemnemente. Arqueó las cejas nada más reconocerme y luego desvió la mirada hacia el féretro de su padre.

En el otro extremo de la iglesia, reconocí a Mary Hempstead Lisa, la viuda de mi tío. No sé si sabréis que Manuel y ella se habían casado dos años atrás, en la misma iglesia presbiteriana que ahora acogía su funeral. Me fue enviada una carta informándome del enlace, pero la recibí de manos de un comerciante con varios meses de retraso, dos días después de que se hubiera celebrado el santo sacramento. Un matrimonio breve, pero feliz e intenso, según se rumoreaba. El cabello casi rojizo le caía a Mary sobre los hombros, sin peinar, desarreglado. A duras penas contenía el llanto.

Apoyé las cicatrices de mi espalda en el respaldo del banco oscuro, y al hacerlo, por un momento vino a mí el recuerdo de Mary y de mi difunto tío librándome de las garras del mismo oso que acabó en un bosque con la vida del joven Aubrey. No pude evitar esbozar una sonrisa melancólica.

Me fijé de nuevo en el ataúd de Manuel Lisa. Las velas arrancaban suaves destellos sobre la piel de su rostro inerte. Los jóvenes voluntarios de la iglesia presbiteriana habían vestido al difunto con un frac negro que le quedaba demasiado prieto, por lo que los botones parecían a punto de salir despedidos. Me dije a mí mismo que pese a haber llevado una vida de exabruptos y sorpresas, mi tío presentaba un aspecto tranquilo y luminoso en la muerte.

La misa se ofició en inglés.

—Nos une aquí la pérdida de nuestro amigo y vecino, Manuel Lisa. Sus hijos, su mujer…

Los ritos cristianos me eran ya tan ajenos que apenas pude contener una risa nerviosa y molesta a medida que el sacerdote oficiaba la ceremonia.

—… nunca antepuso sus intereses personales por encima de la razón, y de ese modo logró ganarse el corazón de todos los que le siguieron. No olvidemos los donativos que junto a su esposa, Mary, hizo a esta iglesia y a las demás familias de nuestra comunidad…

Las campanas repicaron cuando una especie de monaguillo y un tipo ataviado con sombrero alto y uniforme militar cerraron el ataúd en silencio. Luego, Remón y otros dos jóvenes los ayudaron a alzarlo sobre sus cinturas y lo condujeron por la puerta trasera hasta la calle que solía comunicar la ribera del río con el nuevo juzgado estatal.

Me apresuré a salir por la puerta principal para seguir a la comitiva, pero cuando no había avanzado más que unos pocos metros, me crucé, a las puertas de la iglesia, con la mirada tímida e inocente de una niña de pelo rizado y ojos inconfundibles. Tendría unos doce años e iba perfectamente vestida con una falda azul oscuro repleta de ribetes dorados y una preciosa diadema de flores.

No exagero si os confieso que el corazón se me detuvo por un instante.

Rosalía permaneció un largo rato mirándome a los ojos, como intentando descifrar un acertijo oculto en mi mirada. Luego fijó su atención en la melena que cubría mi rostro, en los tatuajes de mi brazo, en mi pantalón envejecido y en mis mocasines sucios y embarrados. Retrocedió unos pasitos con la boca abierta. Miró hacia el suelo, asustada.

Por algún motivo, sentí vergüenza. Traté de peinar mis cabellos e hinqué mi rodilla en el suelo adoquinado. Las lágrimas me escocían en los ojos, pero supe mantener en todo momento una sonrisa pausada.

—Hola. ¿Cómo te llamas? —le dije en inglés, aunque conocía bien la respuesta. O al menos eso creía.

—Rosalie.

—¿Rosalie?

—Sí.

Luego me señaló con el dedo y ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Y quién eres tú?

Permanecí tantos segundos enmudecido que dio tiempo a que Mary Hempstead Lisa saliese por la puerta, recibiese el pésame de un anciano con acento francés y se presentase ante nosotros acalorada y sorprendida. Me puse en pie nada más ver que se acercaba. Observé cómo Rosalía se escondía tras las faldas de Mary y le daba la mano con presteza. Miré a la viuda con calma y toda la, serenidad posible. Sonreí asintiendo ligeramente con la cabeza.

—Recibí la carta hace dos semanas —logré decir finalmente.

—La envié tan pronto como pude, Joaquín. Intenté hacerlo yo misma, pero tuve que esperar a que el primer vapor de la Pacific confirmase que iba a parar junto al puesto de Henry en Tonwantonga…

—En la carta decías que estaba muy enfermo, pero que rezabas por que sanase pronto.

—Se puso mucho peor en estos últimos días.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Nada.

—¿Nada?

—No saben lo que le ha matado.

Antes de que Mary pudiera seguir, Rosalía salió corriendo calle arriba al ser llamada por otras dos niñas que, al igual que ella, iban bien arregladas con zapatos de color, vestidos de volantes y finos calcetines blancos.

—¿Has venido a…?

—No —interrumpí, pues sabía perfectamente lo que Mary iba a decirme.

—¿Mitain?

—En nuestro hogar —respondí—. Cuidando de nuestro pequeño, de la tribu. Ya sabes. Cuidando de los omahas. —Volví de nuevo la cabeza para observar a la preciosa niña de cabellos rizados en que se había convertido mi primogénita. Mary asintió sonriente y colocó su mano sobre la mía.

—Cuidaré de ella igual o más que si fuese mi propia hija.

Miré al cielo y después a la pequeña tratando de buscar en mi interior una respuesta adecuada. Finalmente clavé mis ojos en Mary durante un largo rato.

—Lo sé. Ya lo haces.

El grupo de amigos y curiosos comenzó a desplazarse por la avenida larga y ancha que había frente a la iglesia. Observé que seguían el féretro de Lisa a paso lento y taciturno hacia la parte trasera de la mansión Hempstead. Me sequé las lágrimas de los ojos, me recogí con cuidado los cabellos tras las orejas y me decidí a seguirlos concediéndole a Mary una sonrisa sincera y un saludo más cortés y menos sincero de lo que me hubiese gustado.

—Joaquín, en su testamento… —me dijo ella cuando yo apenas había logrado alejarme unos pocos metros—, tu tío dejó para ti tres mil dólares en herencia y la mitad de su casa de Sulphur Springs.

—Olvídalo. Todo es para ella.

Lo único que le acepté a Mary de buen grado, no recuerdo aún por qué, fue el reloj de bolsillo de manecillas doradas que mi tío había llevado en todas y cada una de nuestras expediciones.

Una hora después, el violín quebradizo de Mary exhaló una melodía tenue frente a la tumba de Manuel Lisa, cuya lápida se erguía en el mismo centro de lo que hoy es el cementerio de Bellefontaine, en los terrenos de la familia Hempstead. Pese a que el sepelio fue público, apenas una docena de personas

nos congregamos alrededor de su sepultura. Reconocí de nuevo a Remón y a la que, según me dijeron, era su nueva mujer. Al verle, con sus elegantes pantalones oscuros y su galante sombrero negro, me hizo gracia pensar que durante años habíamos estado llamando en su honor al destacamento más occidental de todo Norteamérica. Me acerqué a él y, esta vez sí, nos dimos un abrazo cordial. Le pregunté por sus hermanos. Al parecer, Rachel, la hija de Polly, estaba casada con un empresario de Nueva York y no había podido asistir al entierro, y Manuel, el menor, se había enrolado en el ejército un año atrás, cuando España había cedido a los Estados Unidos el territorio de la Florida, por lo que enseguida fue asignado para ocupar un destacamento encargado de expulsar de la Península a los indios seminólas. Asentí fríamente al enterarme de todo aquello.

Luego clavé atentamente la mirada en Rosalía.

La niña había permanecido un largo rato aferrada al vestido de Mary al tiempo que esta tocaba el violín. La melodía, de hecho, siguió sonando frente a la tumba de mi tío durante unos cuantos minutos. Tiempo más que suficiente para comprobar que, del otro lado de la pequeña lápida, en pie y bajo la sombra de un pequeño ciprés, se encontraban el gobernador William Clark y los hermanos Chouteau; Auguste y Pierre. El mayor de los franceses, que cubría su gruesa papada con una camisa blanca de cuello alto, tenía el rostro arrugado y marchito. El menor de ellos, en cambio, se conservaba infinitamente mejor. Lucía sobre una casaca militar varias medallas y condecoraciones y usaba precisamente la manga llena de galones para sostener el peso de Auguste. Varios recuerdos se amontonaron en mi mente nada más verlos, pero en un ademán intencionado por zafarme de todos ellos, cerré los ojos y volví a concentrarme en el vibrar cansado de las cuerdas de Mary. Incliné por última vez la cabeza con la intención de leer la inscripción que había tallada sobre la roca.

MANUEL LISA.
NEW ORLEANS, 3 SEPT. 1772 - ST. LOUIS, 12 AUG. 1820.

En aquel habitáculo estrecho y soterrado descansaría eternamente el cuerpo del hombre que, sin planearlo, cambió mi vida para siempre. Murmuré algo para mis adentros y cerrélos ojos por un momento. Muy poco después, los acordes del instrumento hubieron terminado.

Dando por concluida la ceremonia, los presentes comenzaron a dispersarse de forma ordenada. Remón pagó unas monedas al sacerdote que había oficiado la misa y me estrechó la mano afablemente antes de dar media

vuelta. Los Chouteau ni siquiera me reconocieron, de modo que viraron sobre sí mismos y se fueron por donde habían venido con un paso lento y cansado.

Cuando las campanas repicaron por última vez, tan solo quedábamos tres personas junto a la tumba: Mary, Rosalía y yo mismo. Mi hija permaneció quieta y tranquila entre los brazos de Mary, fundida con ella en un abrazo largo y tierno. La mujer me concedió una mirada más larga, si cabe. Una mirada que, no sé cómo, logró transmitirme una calma profunda y cierto grado de esperanza. Asentí con determinación al cabo de un rato. Ella me sonrió. Le dio la mano a la niña y luego vi cómo ambas desaparecían bajo el gran portón de hierro que separaba la tumba de Lisa del jardín de la casa.

Es extraño el modo en que recordamos las cosas. Siempre me pareció una puerta elegante y extraordinaria y en cambio aquel día lucía tan vieja… Tan triste y oxidada…

En ese momento oí unos pasos. Sentí una presencia detrás de mí y di media vuelta para observar quién era. Un chico moreno, de escasa estatura y ojos claros, se acercaba con nerviosismo, agachando la cabeza y apretando los labios. Apenas rondaría los quince años, y cargaba sobre su hombro una bolsa de tela repleta de manuscritos. Al ver que no emitía palabra alguna, tuve que ser yo el que iniciase las presentaciones.

—Buenos días. ¿Nos conocemos?

—No, señor —me respondió en perfecto español—. Bueno, tal vez sí, pero dudo que se acuerde de mí.

—Llevo mucho sin venir por aquí —le dije.

—¿Es usted Joaquín Lisa?

—Así es.

—Soy… soy Aarón. Estopinal. Soy hijo de Alejandro Estopinal.

El apellido me resultó extrañamente familiar, pero no fui capaz de identificar a su propietario por el nombre.

—Lo lamento, chico —respondí—; me temo que no sé quién es tu padre.

—Ustedes le conocían por su apodo, señor. Manuel Lisa y todos ustedes llamaban a mi padre «Manco». El Manco, pese a que no le faltara ningún brazo.

Los recuerdos que no habían conseguido avivar ni mi llegada a San Luis ni la presencia de los Chouteau se hicieron presentes uno a uno en aquel preciso momento. Hacía años que no tenía noticias del Manco. Y de pronto recordé al hijo del que siempre nos había hablado. El chiquillo de ojos azules que había tenido con una de las prostitutas del burdel sin nombre que se

alzaba junto a las plantaciones de tabaco. No logré contener una sonrisa sincera al recordarlo.

—Tu padre es un buen amigo mío.

—En tal caso, señor, lamento enormemente comunicarle que falleció el pasado año.

—¿Falleció?

—Sí, señor. Trabajaba en la construcción del nuevo molino. Un accidente. Dice mi madre que nunca fue muy mañoso.

La madre del chico fue un día la única prostituta de habla hispana de todo San Luis. Recordé lo que el Manco solía decir: «No hay nada más bonito que fornicar en tu propio idioma, Joaquín». Al parecer, mi viejo amigo había intentado varias cosas en la vida después de nuestra última expedición. Peón, granjero, domador de caballos, constructor. Ese último oficio le había costado definitivamente la vida.

El chico, que al parecer había oído hablar de mí y de todos nosotros por anécdotas e historias de su padre, continuó explicándome todo durante unos pocos minutos. Luego se sacudió la bolsa de tela del hombro y extrajo de ella los cuadernos manuscritos que había estado portando todo ese rato.

—Esto es para usted.

—¿Qué es?

—Verá, señor: mi padre lo guardaba simplemente porque decía que alguien debía hacerlo. Cuando murió, mi madre quiso tirarlo, pero me permitió conservarlo si prometía deshacerme de ello algún día. Creo que es importante.

—¿No sabes lo que es? —insistí extrañado mientras él extraía de la bolsa una lámina blanca y desenvolvía con cuidado el cuaderno que había a su lado.

—No sé leer.

Finalmente, el envoltorio cedió y de sus costados rodó un cuaderno grueso, repleto de marcadores y con multitud de páginas roídas. Le di la vuelta con cuidado.

ESTUDIO DE LA NATURALEZA Y LA BOTÁNICA DE LUISIANA.

No me hizo falta leer más para saber de qué se trataba. Aun así, abrí el manuscrito por sus primeras páginas.

EXPEDICIÓN DE MANUEL LISA. 18 DE ABRIL DE 1807.

Durante años, di por perdidas las notas y estudios del naturalista Diego de Goiri. Sin embargo, aquella magnífica sorpresa demostraba que el Manco, pese a tampoco saber leer, había conservado durante más de una década todas y cada una de sus anotaciones. Aquellos dibujos. Los mapas. Sus textos.

—Vaya —logré susurrar con la voz entrecortada—. No sabía que…

—Consérvelo usted a buen recaudo, señor. Es lo que mi padre hubiese querido.

—Eso haré.

—Ha sido un placer conocerle, Lisa.

Antes de que pudiese contestar de nuevo o agradecer con mayor efusividad el recibimiento —el redescubrimiento, a decir verdad— de aquel regalo emotivo e inesperado, el chico dio media vuelta, se alejó a paso tranquilo entre los matorrales que imponían límite al camino y desapareció bajo las rejas de la enorme pero oxidada y vetusta puerta de hierro.

Sin entretenerme demasiado, compré unas provisiones para el camino y regresé al pequeño establo en que había atado mi montura aquella misma mañana.

—Son dos dólares por las alubias y el uso del establo, indio —me dijo el tendero.

Indio.

Sonreí. Salí del lugar por la puerta de atrás evitando ser visto en la ciudad. En una bolsa de cuero llevaba los cuadernos de Diego de Goiri. En el bolsillo de mi pantalón, el reloj pequeño y plateado de mi tío.

Entendí ese día que no hay sentimiento más fuerte que el de la nostalgia para obligarnos a escribir. No sé si fue a la altura del St. Charles o pasado el río Platte cuando me decidí a dejar constancia de quién fue Lisa y quiénes fuimos los que le seguimos. Por ello, hace ya unos meses, comencé este cuaderno relatando en su primera página el encuentro que tuve con mi tío Manuel en la primavera de 1807. Y ahora, al igual que entonces, lamento de todo corazón haber sido el último de nosotros con vida, pues aunque esta ha sido mi visión, mi historia, podrían haberse contado otras muchas. Y todas ellas bien distintas. Tal vez, incluso, y como dije entonces, habría sido más fácil entender nuestros viajes si los hubiese escrito cualquier otro. Espero, aun así, que mi mirada haya sido digna de ser leída. Ojalá consiga que el nombre de mi tío, y el de tantos hombres y mujeres valientes, perdure de ese modo en las memorias de aquellos a quienes pudieran llegar estas páginas.

Me acuerdo ahora de algo.

En una ocasión, unos cuantos años atrás, durante una tarde de otoño en San Luis, le oí decir a un español viejo y cansado que había compartido en su juventud los escasos años de marino de mi tío, que en los días de tormenta, mientras los demás tripulantes se protegían del viento con las manos, Manuel Lisa incluía la dirección y la intensidad de aquel en todos y cada uno de sus mapas. Me parece una gran forma de describirle en la que hasta la fecha nunca había reparado.

Poco más puedo añadir a esta historia. Precisamente un viento cálido y tormentoso llega ahora hasta mi cabaña. Giro la cabeza siguiendo el aroma de la tierra mojada y descubro cómo una luz abrumadora pero hermosa y cristalina se refleja en el cauce del río Misuri. Mi hijo Diego, que hace poco cumplió cinco años, juega con las hojas de la superficie mientras su madre capitanea una canoa de abedul, remando a ritmo constante contra la corriente tranquila del río. Pretendo que el pequeño sea uno de los primeros lectores de nuestra historia. Pero no lo será hoy. La verdad, hoy jugaremos en la alameda. Hoy comeremos un poco de pan de maíz con peces de nuestro río. Y al anochecer, si no llueve, saldremos a ver las estrellas en lo alto del cielo.

NOTAS DEL AUTOR

Senderos salvajes no podría haber existido sin el trabajo de historiadores, expertos y otros autores a lo largo de las últimas décadas. Como periodista y documentalista he disfrutado especialmente del proceso de investigación y de la búsqueda de fuentes fiables que, incluyendo el tiempo de escritura de la novela, ha sobrepasado holgadamente los dos años.

Empecé a recabar datos sobre la presencia de españoles en el Oeste americano en la primavera de 2017, leyendo textos sobre la venta de la Luisiana a Francia, durante la preproducción de un documental que dirigía entonces sobre el político Manuel Godoy. Muy poco después, cautivado por la materia y con la idea de rodar un nuevo documental, centré mi investigación en las compañías peleteras del Misuri. Leí en apenas unos días *Fur, Fortune and Empire*, de Eric Jay Dolin, una guía formidable acerca de lo que supuso la caza del castor y el bisonte en América, la expansión del hombre blanco hacia el oeste y la aniquilación del nativo americano, el gran olvidado en casi todas estas historias. También leí *The American Fur Trade of the Far West*, de Hiran Martin Chittenden. Fue entre sus páginas cuando un nombre que ya había salido en el libro de Dolin llamó especialmente mi atención: Manuel Lisa.

Esa misma semana pude comprobar que el español del que hablaban ambos historiadores era el mismo que aparecía en los legendarios cuadernos de Lewis y Clark. Un tipo rudo y tacaño al que los demás exploradores admiraban y odiaban a partes iguales. No obstante, la caricatura que se hacía de Lisa como un hombre arisco y testarudo, por ejemplo en *Westward Vision: The history of the Oregón Trail* (no sin cierto componente racista, recalcando sus ojos negros, su malísimo acento o sus fuertes facciones hispanas), chocaba con la virtud que todos los historiadores, en especial Chittenden, le atribuían: la de un respetado amigo de los indios, capaz no solo de comerciar

con ellos sino también de entender todas sus costumbres y mezclarse como nadie entre sus gentes.

Como casi siempre que construyo un nuevo guión, ese verano empecé a llenar la pared de mi habitación de notas y referencias. Mi curiosidad hacia el personaje crecía por momentos, más aún al comprobar que no había textos protagonizados por Manuel Lisa. Sin embargo (y esto lo acreditaba ya una buena nube de *Post-it* tras la pantalla de mi ordenador), el español aparecía como secundario en las biografías perfectamente documentadas de estadounidenses como John Colter, Meriwether Lewis o Mary Manuel Lisa, de soltera Mary Hempstead, la primera mujer blanca en navegar el curso alto del Misuri.

El motivo de este abandono era más que evidente, y pude constatarlo cuando un año después visité tanto el National Museum of American Indian de Nueva York como el Autry Museum of the American West de Los Angeles. El mito del Lejano Oeste, magistralmente articulado por el nacionalismo estadounidense, no solo había encontrado su sitio en el cine, el cómic o en la iconografía popular, sino que había calado los a menudo permeables muros de la historiografía moderna. Así pues, mitos americanos como Jim Bridger o John Colter, ensalzados por el relato estadounidense, habían eclipsado a lo largo de los años a exploradores, tramperos y pioneros de otras nacionalidades.

De este modo, y siempre por detrás de los nativos americanos, los alemanes —primeros *cowboys* y granjeros—, los escandinavos —entre los que hubo comerciantes y tenderos—, los franceses —verdaderos pioneros del comercio de pieles— o los españoles —herederos de las antiguas rutas comerciales de Nueva España— habían sido, tal vez no a propósito, pero sí por abandono, sacados de la historia.

Sabiendo esto, no fue ninguna sorpresa comprobar que, pese a que en las expediciones de Lisa se habían descubierto varios afluentes del Misuri, el actual Parque Nacional de Yellowstone o la mayor parte de los ríos y sierras del actual estado de Montana, existía un flagrante abandono de su figura, tanto en Estados Unidos como en España.

La tumba de Lisa, que a día de hoy sigue en pie en el cementerio de Bellefontaine de San Luis, acredita lo que los escasos textos históricos sobre el comerciante apuntaban a principios del siglo XX. Manuel nació el 8 de septiembre de 1772 en la ciudad de Nueva Orleans, por entonces española. Fue el primogénito de Cristóbal Lisa, un soldado murciano, y de María Ignacia Rodríguez, una joven originaria de San Agustín de la Florida, el

asentamiento europeo más antiguo ocupado hasta la fecha en los Estados Unidos, y que había sido fundado por españoles en 1575. Gracias a disponer del nombre completo y a la procedencia de la madre, pude hallar, en un libro sobre historia de la arquitectura de Nueva Orleans, que aquella había enviudado y contraído segundas nupcias con el mallorquín Antonio Ramis. En dicho documento se mencionaba también a los dos hermanos de Manuel: Joaquín y María Josefa. Y en las notas a pie de página se hacia un breve recorrido por la vida de Manuel Lisa. Casado con Polly Charles Chew, se mudó a San Luis años después; a sus órdenes se llevaron a cabo las primeras expediciones en territorio desconocido. Construyó el primer puesto fronterizo en el estado de Montana. Creador de la primera compañía peletera del Misuri… La vida de Manuel empezaba a dibujarse con claridad ante mi escritorio.

En torno a las navidades de 2017 les conté mis avances con todo aquello a mis socios en la productora. Les encantó. Recuerdo que acabábamos de estrenar nuestro primer documental y estábamos deseando iniciar un nuevo proyecto. Sin embargo, la experiencia reciente nos había dejado claro que rodar un largo con pocos medios era capaz de restarle a uno considerables años de vida, y concluimos que para grabar aquello en condiciones necesitaríamos más tiempo y —sobre todo— mucha más financiación.

Ese mismo día recibí una respuesta de la *Nebraska History Magasyne* a una duda que les había planteado semanas atrás.

En su correo me animaban a escribir algo sobre el personaje. Escribir algo. Durante ocho meses había convertido a Manuel Lisa en un viejo conocido, y tenía en la cabeza todo lo necesario para construir la narrativa. De ese modo, decidí aparcar la idea de rodar el documental y me puse a esbozar la que sería mi primera novela. El 2 de enero de 2018 —propósito de Año Nuevo mediante— comencé a darle forma al relato al tiempo que me documentaba —mucho más a fondo— de todo aquello que envolvería mi historia.

Como ya he dicho, gracias al hallazgo del libro de historia de la arquitectura de Nueva Orleans, pude averiguar algo más acerca de la vida de Joaquín, el más pequeño de la familia Lisa. Al parecer, Joaquín había acompañado a Manuel en casi todas sus empresas, tanto en Nueva Orleans como en San Luis, sin olvidar diversos negocios en Nueva Madrid, localidad del actual estado de Misuri famosa por sus movimientos sísmicos. Joaquín, que acabó perdiendo la vida a una edad temprana, me sirvió de excusa para introducir al narrador y, a la postre, protagonista de mi historia: Joaquín Lisa

hijo. Basándome en las historias de su propio padre, así como en las hazañas reales de Joseph LaFesche —canadiense elegido por el jefe Ontopanga de los omahas como su propio sucesor en 1843—, decidí construir un personaje ficticio a través de cuyos ojos pudiésemos ser testigos de los logros —y fracasos— de la Missouri Fur Company en lo que ellos mismos denominaron «el territorio salvaje».

Situé el comienzo de la historia después de releer *Manuel Usa and the opening of the Missouri Fur Trade*, un pequeño texto de Richard Edward Oglesby, y de revisionar algunas de las series y películas que en los últimos años están ayudando a redefinir la imagen del Oeste americano, como *Godless*, de Scott Frank, o *The Revenant*. El personaje de Hugh Glass, por cierto, interpretado en la cinta de Iñárritu por Leonardo DiCaprio, aparece en la tercera parte de *Senderos salvajes* como un joven cazador a las órdenes de la Missouri.

Una vez hube memorizado la vida de Manuel Lisa y creado para mí la de su sobrino, identifiqué y analicé a fondo a mis personajes secundarios. Leí todo lo que encontré sobre George Drouillard, un antiguo explorador shawnee de la expedición de Lewis y Clark que trabajó junto a Manuel Lisa hasta su violenta muerte en 1810, siendo especialmente revelador el ensayo *George Drouillard, hunter and interprete*^ de M. O. Skarsten. Por haber participado en la expedición más famosa de la historia estadounidense, su legado ha sido mucho más respetado que el de la mayor parte de «mis» demás personajes. Desde 1996, un museo lleva su nombre en Ohio, y ha aparecido en algunas novelas y documentales sobre la época. De entre todos los personajes reales que aparecen en *Senderos salvajes* solo supera a Drouillard en fama el legendario John Colter. Tal y como cuento en la novela, Colter fue hallado por Manuel Lisa al poco de haber arrancado su expedición de 1807. Las fumarolas del río Shoshone —incluso las del Parque Nacional de Yellowstone, por error, según algunas fuentes— son aún conocidas como «Colter's Hell», «el Infierno de Colter». Es considerado por muchos estadounidenses como el primer *mountain man* o trampero americano. Benito Vázquez, el segundo al mando de Lisa en su primera gran expedición, aparece citado en diversas enciclopedias del primitivo Oeste como un pionero del comercio con tribus de las llanuras del Misisipí. Su hijo, Luis Vázquez, fue durante muchos años ayudante y mano derecha del icónico Jim Bridger. Curiosamente, la mayor parte de la información sobre Vázquez la había encontrado meses atrás hojeando *Founding St. Louis: First City of the Neiv West*, un libro gracias al que pude aprender mucho sobre la fundación de la

ciudad de San Luis por la familia Chouteau. En resumidas cuentas, casi nada de lo que narro en la novela sobre estos tres personajes es cosecha propia, como tampoco lo es lo que cuento acerca de Mary Hempstead, la primera mujer blanca en el Alto Misuri. Sobre la tumba de Lisa, por cierto, fueron enterrados en 1869 los restos de Mary, conocida ya por aquel entonces como *Aunt Manuel*. Las memorias de la que fuera la tercera esposa de Lisa fueron publicadas por Ambrose C. Smith en 1870. Pude leer una copia de estas en el archivo digital de la biblioteca de la universidad de Harvard. En ellas se cuenta, tal y como narro en la parte final de *Senderos salvajes*, cómo Mary se hizo cargo de Rosalie, la hija que Manuel Lisa —y no Joaquín— tuvo con Mitain.

No cabe duda de que la segunda mujer de Manuel Lisa fue, precisamente, Mitain. Con la hija del jefe Ontopanga, Lisa mantuvo a lo largo de muchos años una extraña pero próspera relación marital. No obstante, la decisión de llevarse a su hija mayor a San Luis para alejarla de los peligros de la vida en la tribu acarreó enormes traumas para la madre, que finalmente logró mantener consigo a su hijo más pequeño. Poco más he podido hallar de la Mitain real tras la muerte de Manuel Lisa. Según algunas fuentes, su segundo hijo con Lisa no sobrevivió a la niñez, y fue vista en 1833 con una gran cicatriz en el rostro en algún punto cerca de Tonwantonga. En mi novela, como sabéis, he preferido mantenerla a salvo, dejando que acabase sus días junto a Joaquín. Mitain es, o eso he intentado, uno de los personajes más carismáticos de la novela. Tal vez por eso traté de darle a su trama el mejor final posible. Seguramente esa, junto a la creación del personaje de Diego de Goiri a partir de las biografías de Mariano Mociño y Martín Sessé y Lacasta, haya sido una de las mayores licencias de mi relato.

Sin embargo, en *Senderos salvajes* no llego a contar qué fue de la pequeña Rosalía. Según todas mis fuentes, Rosalie Lisa creció bajo la tutela de Mary, primero en San Luis y luego en la pequeña ciudad de Galena, Illinois. Allí conoció al estadounidense Madison Ely, con quien contrajo matrimonio y con el que tuvo un hijo, William Ely. Rosalie acabó sus días en Illinois, donde falleció el 22 de diciembre de 1904, en torno a los noventa años de edad. De ella se dijo que había conseguido una integración casi total para «haber sido la hija mestiza de un español y una salvaje».

En lo referente a la cultura omaha y al resto de culturas nativas aparecidas en la novela, he de destacar la lectura de *The Omaha: Language and the omaha way*, de la Omaha Nation Public School en Nebraska y la novela autobiográfica *La vida en los bosques*, de Charles Alexander Eastman. Casi

todo lo demás aprendido acerca de la lengua, la construcción familiar y la historia de las naciones omaha, ponca y arikara lo aprendí consultando los atlas del doctor Ian Barnes.

Acerca de los isleños y de la inmigración canaria a la Luisiana, pude leer *The Spanish Tradition in Louisiana* y consultar la web «Los Isleños Heritage and Cultural Society». Además, en los textos de Dolin y Chittenden hallé información relativa a la preferencia de Manuel Lisa de rodearse de cazadores de habla hispana. Encontré así, e incluí en el texto, a la familia Estopinal y al resto de familias canarias que abandonaron St. Bernard Parish y las zonas pantanosas del sur de Luisiana a principios del siglo XIX.

Sobre Bruno de Heceta y la búsqueda de la conexión fluvial, consulté el propio diario del marino, que efectivamente relata su periplo por la costa del Pacífico, subiendo desde California e internándose en lo que hoy día es el río Columbia. Cabe mencionar en este punto el visionado de los mapas del *Histórica! Atlas of the Pacific Northwest*, de Derek Hayes, en los que se demuestra lo erróneo de muchas cartas de españoles al situar de forma inexacta la llamada «Entrada de Hezeta» o «Río de San Roque». El mundo tuvo que esperar cien años más para ver una conexión por agua entre el Atlántico y el Pacífico. El artificial canal de Panamá fue la respuesta del ser humano ante la carencia de un paso natural que comunicase ambos océanos.

Acabé esta novela en mayo de 2019 poniendo punto y final al que creo que ha sido el proceso creativo más estimulante de mi vida. Tras charlar de ella con otros escritores, decidí presentarla *in extremis* al Certamen de Novela Histórica «Ciudad de Ubeda». Ese verano, ironías de la vida, mientras asistía a la boda de unos amigos en un pueblito de Connecticut, me comunicaron que mi relato sobre españoles en el Oeste americano había resultado finalista del certamen. Me puse en contacto con la editorial y, coronavirus mediante, logramos que viese la luz al año siguiente.

Confío en que haya sido tan divertido leerla como lo fue para mí escribirla, y espero que haya sido una ventana fiel, digna y honesta a las vidas de unos hombres y mujeres que, doscientos años atrás, tuvieron la osadía de soñar con un mundo nuevo.

SANTIAGO MAZARRO (Madrid, 1992). Graduado en Periodismo y Comunicación Audiovisual, ha trabajado como director y guionista de cine documental, así como de campañas publicitarias en España, México y Estados Unidos.

Apasionado de la historia, en la actualidad compagina la dirección de su propio estudio de comunicación con la creación literaria.

Senderos Salvajes es su primera novela con la que ha sido finalista del Certamen Internacional de Novela Histórica y ganador del premio al mejor autor novel en los premios Hislibris (2020).

ÍNDICE

Primera parte: Abril de 1807 - enero de 1808

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Segunda parte: Septiembre - octubre de 1809

Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Tercera parte: Octubre de 1809 - mayo de 1810
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Cuarta parte: Septiembre de 1817 - diciembre de 1819 - agosto de 1820
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Notas del autor

Sobre el autor